

UN NUEVO COMENTARIO
SOBRE
HECHOS
VOLUMEN 1

J. W. McGarvey



Comentarios Bíblicos El Expositor

Un Nuevo Comentario sobre Hechos

Volumen 1

Por J. W. McGarvey

Profesor de Historia Sagrada en el Colegio de la Biblia,
Autor de *"Un Comentario sobre Mateo y Marcos"*,
"Tierras de la Biblia", y *"Evidencias del Cristianismo"*.



1892

Originalmente escrito en 1863

Gospel Light Publishing Company
Delight, Arkansas

**Foto de la Portada por Eyal Asaf, Fotógrafo Aéreo
de Israel: El área del Templo vista desde el extremo
Sur del Monte de los Olivos**

ISBN 0-89916-000-X

Impreso en los Estados Unidos de América

Prefacio por el Autor

La composición de mi primer Comentario sobre el libro de los Hechos se inició cuando tenía unos treinta años, y la obra se publicó unos cuatro años más tarde. La mayor parte de la escritura se hizo en medio de las distracciones de los dos primeros años de nuestra era civil, y el volumen se publicó en el otoño de 1863, cuando los pensamientos de los hombres se apartaron de la religión y se dirigieron a los acontecimientos de la poderosa lucha.

La publicación de un Comentario en tales circunstancias se consideró tan arriesgada que no se llevó a cabo hasta que se puso a prueba la demanda por tal libro mediante una convocatoria previa de suscriptores. La respuesta a este llamado fue inesperadamente alentadora y el volumen se publicó en la forma económica que se ha mantenido desde entonces.

La venta de la obra antigua, aunque nunca muy grande, ha sido continua desde el momento de su publicación hasta la hora presente; y el autor ha recibido de vez en cuando las más gratificantes garantías del bien que ha hecho, tanto al proporcionar la instrucción

necesaria a muchos jóvenes predicadores, como al enseñar a muchas otras almas fervientes "más exactamente el camino del Señor" (Hech.18:26). Alentado por estas palabras, pero haciéndome cada vez más consciente cada año de los defectos de la obra, he sentido un deseo muy viviente de llevarla a un estado superior de excelencia antes de que termine la carrera de mi vida.

Sería verdaderamente un ingrato si no estuviera muy agradecido ahora por la bondadosa providencia que ha prolongado mi vida y me ha dado la fuerza necesaria para cumplir en algún grado este deseo de mi corazón.

Durante los veintinueve años transcurridos, me enorgullezco de estar mucho mejor preparado para escribir un Comentario sobre este precioso libro; porque no sólo he experimentado el crecimiento mental que es común a los hombres de hábitos estudiosos, sino que durante veintisiete de esos años he dado instrucción anualmente sobre cada versículo del libro a la clase del último año en el Colegio de la Biblia.

Al mismo tiempo, se han importado de las escuelas racionalistas de Alemania, y han surgido en nuestro propio país y en Gran Bretaña, cuestiones de vital importancia, pertenecientes tanto a la confiabilidad de esta narración como a los fundamentos de la fe misma, que eran desconocidos para mí hace treinta años.

Las cuestiones deben necesariamente ser discutidas en un Comentario sobre los Hechos que se adapte a las necesidades de los estudiantes actuales. Al tratar de resolver estos nuevos problemas, los amigos de la Biblia no han sido menos diligentes que sus enemigos al

presentarlos, y el resultado es una extensa literatura que no existía cuando se imprimió mi primer Comentario. No sólo eso, sino que se han completado los trabajos de toda una vida de Tischendorf y Tregells sobre el texto Griego, así como los de Wescott y Hort que entonces apenas habían comenzado y ahora tenemos por primera vez desde los primeros siglos de nuestra era un texto corregido en el cual leer estos escritos invaluables.

La Versión Revisada también ha llegado a mi socorro, ahorrándome la necesidad de corregir mi propia revisión de la Versión Autorizada que fue la base de mi trabajo anterior.

Haciendo uso de todas estas nuevas y mejores investigaciones, he producido una obra que es mucho más que una edición nueva y mejorada de mi primer Comentario, y que me veo obligado a llamarlo mi *Nuevo Comentario sobre los Hechos*.

Es nuevo en casi todo menos en la forma. En cuanto a esto, he encontrado la forma antigua, que permite leer el libro, no como se lee un diccionario, sino continuamente como se hace con otros libros, tan ventajosa en muchos aspectos, que la he conservado con ligeras modificaciones.

Mi edad avanzada y las muchas llamadas del deber que parecen reclamar el resto de mi vida activa, me recuerdan que este es muy probablemente el último esfuerzo que haré para mejorar una obra que muchos de mis amigos han expresado como la *más útil* de todos mis escritos; y ahora encomiendo este trabajo de mis manos y cerebro al destino que le espera en el futuro, en el que me

sobrevivirá en este mundo. El Señor, a cuyo servicio lo he escrito, lo tratará según sus méritos.

- El Autor

Lexington, Kentucky, 1892.

**Primera Edición en Español
por Armando Ramírez
(Enero 2023).**

Sitio Web para la Publicación Electrónica de este
Comentario:

<http://www.elexpositorpublica.com>

Todas las Citas de la Biblia vienen de la Versión
Castellana Reina-Valera 1960 a menos que se
indique lo Contrario.



Prefacio del Traductor al Español

Se considera a J. W. McGarvey (1829-1911) ser uno de los más activos e influyentes obreros pertenecientes a la segunda generación de Cristianos comprometidos en la restauración del modelo Nuevo Testamentario de la Iglesia primitiva tal como fue establecida y dirigida en el primer siglo en la antigua Jerusalén.

Como un estudiante del *Colegio Betania* (1847-50) fundado en 1840 por Alejandro Campbell en Bethany, West Virginia. McGarvey tuvo como profesores al mismo Alejandro Campbell, K. W. Pendleton, y Robert Richardson entre otros.

Su búsqueda por el estudio profundo y sus habilidades por la predicación pública pronto fueron pulidas bajo el liderazgo de sus maestros y su propia energía por buscar la verdad y proclamarla. Su primer esfuerzo en la predicación la efectuó en Dover, Missouri en 1853. Donde también comenzaron sus debates con pastores Presbiterianos, Metodistas y Universalistas. Sus contemporáneos dicen que debatía con una gran claridad del lenguaje, proposiciones bien establecidas y argumentos respaldados en las Escrituras. Fue en esta misma ciudad donde comenzó a escribir para las revistas más populares de su época como *American Christian Review* editada por Benjamín Franklin, *Millenial Harbinger* por Alejandro Campbell y *Lard's Quartely* por Moses Lard.

En 1865 fue invitado a unirse al Colegio de la Biblia en Lexington, Kentucky para enseñar Historia Sagrada y Estudios Bíblicos y permaneció ahí por los próximos 46

años sirviendo como Presidente del Colegio los últimos 16 años hasta su vejez.

McGarvey produjo Comentarios que hasta el día de hoy son considerados clásicos y ampliamente consultados por Cristianos de todas las pasadas generaciones. Su primer gran Comentario sobre Hechos lo publicó originalmente en 1863. Una revisión y ampliación la desarrolló en 1892 con una más elaborada distribución de secciones, temas y discusiones bajo el título: *Un Nuevo Comentario sobre Hechos*. Sobre esta última edición hemos trabajado en la versión en Español con el permiso amablemente concedido el pasado 23 de Noviembre de 2022 a un servidor para una publicación electrónica y una edición impresa limitada concedida por el hermano Brent Alexander de la compañía de libros *Gospel Light Publishing* de Delight, Arkansas.

Será publicado en 2 Volúmenes en Español siendo este el primero. En Inglés viene en un solo volumen de pasta dura por Gospel Light. Hay muchísimos buenos puntos observatorios a lo largo del libro de McGarvey que capturarán su atención y reforzarán el conocimiento básico que generalmente tenemos de este tratado inspirado de Lucas.

Una lista adicional de otros destacados libros escritos en Inglés por McGarvey incluyen: *Un Tratado sobre el Ancianado* (1870), *Un Comentario sobre Mateo y Marcos* (1875), *Las Tierras de la Biblia* (1881), *Evidencias del Cristianismo* (1886), *Jesús y Jonás* (1896), *La Autoricidad del Libro de Deuteronomio* (1902), *El Evangelio Cuatriple: Una Armonía de los Cuatro Evangelios* (1914), *Un Comentario sobre Tesalonicenses, Corintios, Gálatas y Romanos* (1916) junto a Phillip Pendleton. Entre una diversidad de tratados y un

libro de Sermones. De esta amplia mina de tesoros, creemos que hemos elegido la obra que más le caracterizó y que más tiempo invirtió (más de 30 años dedicados si contamos los 3 años que pasó redactándolo la primera vez (1863) a la composición de su gran Comentario sobre Hechos.

Su erudición ampliamente conocida y respetada por sus contemporáneos fue siempre acompañada por sus convicciones de lo que creyó ser la verdad. Al menos 3 veces retiró su membresía de congregaciones que introducían el instrumento musical (el órgano) en la adoración. Se opuso a la participación de un Cristiano en la guerra civil, predicó por igual a blancos como a negros, aunque aprobó y promovió la Sociedad misionera como un medio para evangelizar al mundo.

En un tributo hecho en su memoria uno de sus biógrafos escribió: “Creía en la inspiración verbal de la Biblia y prometió defender la Biblia en las buenas y en las malas. Creía que Isaías era Isaías, que Jonás era Jonás, que hubo un gran pez, y la asna de Balaam hablaba Hebreo tan bien como su amo. McGarvey fue un predicador fácil de escuchar y difícil de olvidar”.

Estoy agradecido y complacido por poner en circulación en nuestro idioma un libro clásico como este, producido por un Cristiano capaz en la segunda mitad del siglo 18, que seguirá iluminando el entendimiento de los Cristianos del siglo 21.

— El Traductor y Publicador al Español

Armando Ramírez

(Enero de 2023)

Correo Electrónico:

Armandokattan70@gmail.com

Tabla de Contenidos:

Prefacio del Autor	3
Prefacio del Traductor.....	8
Tabla de Contenidos.....	11
Introducción	13
Capítulo 1.....	43
Capítulo 2	61
Capítulo 3.....	91
Capítulo 4.....	109
Capítulo 5.....	125
Capítulo 6.....	145
Capítulo 7.....	159
Capítulo 8.....	175
Capítulo 9	205
Capítulo 10.....	237
Capítulo 11.....	259
Capítulo 12.....	273
Excuso.....	285

Introducción

I. Hechos de los Apóstoles es un libro muy descuidado. Así lo fue en los tiempos de Crisóstomo, quien vivió en el siglo V, y quien dijo: "Hay muchos que ni siquiera saben que existe este libro, o que puedan declarar el nombre del autor". Es así hasta el presente; y miles van a otros libros de la Biblia para encontrar lo que es la enseñanza distintiva de este. La razón de esto es encontrada en el hecho que antes del tiempo de Crisóstomo, la Iglesia se había apartado de su enseñanza distintiva, y hasta el día de hoy *no* ha vuelto a ella.

Es una dolorosa conciencia de este hecho lo que llevó al presente escritor, hace más de treinta años, a emprender un Comentario popular sobre el libro; y, aunque ahora no está tan descuidado como antes, todavía necesita enfatizarse más prominentemente ante la atención de esta época. La nueva atención que se le ha prestado a este libro inspirado dentro de nuestra propia generación es principalmente el resultado de los ataques hechos a su credibilidad por parte de los racionalistas; y esto puede resultar el medio providencial de llamar de nuevo a los hombres a volver esa clara comprensión de sus enseñanzas, y a la fiel observancia de ellas, que caracterizó a la Iglesia primitiva.

II. EL TITULO. "Los Hechos de los Apóstoles" hace suponer al lector principiante que trata de *todos* o casi todos los hechos de todos los apóstoles; cuando que en realidad trata sólo de unos *pocos* de ellos, y de casi ninguno de los hechos de la mayoría.

¹ *Homilías sobre Hechos I.*

Omitiendo los dos artículos definidos obtenemos el título: *Hechos de los Apóstoles*, que responde bien al contenido, representando *algunos* de los hechos de *algunos* de los apóstoles, sin señalar el número de ninguno de los dos. Este es el mismo título que lleva el libro en uno de los dos Manuscritos más antiguos que existen. (B), mientras que en el otro (El Sinaítico) se escribe simplemente, *Hechos*. El título sin duda se le dio después de que el libro dejara las manos de su autor; porque los escritores de aquella época *no acostumbraban* poner títulos a sus libros; pero sería difícil inventar un título mejor que el que hemos adoptado.

III. SU AUTOR. Este libro nos llega sin una expresión externa de su autoría; pero en su oración inicial está dirigido a uno llamado Teófilo, y afirma ser de la pluma de alguien que había escrito un tratado anterior sobre la carrera de Jesús, dirigido a la *misma* persona. Este tratado anterior es nuestro tercer Evangelio, y se le atribuye a Lucas. Esta afirmación de una autoría común se ve confirmada por la uniformidad de estilo que impregna los dos libros.¹ Toda la evidencia, por lo tanto, que tiende a probar que Lucas escribió nuestro tercer Evangelio tiene la misma fuerza en la prueba de que él escribió el libro de los Hechos. Mientras que los escritores incrédulos en general niegan que haya escrito alguno, todos admiten que el mismo autor escribió ambos.

En el transcurso del escrito aprendemos, por el uso del pronombre “en conexión con grandes secciones de la narración,² que el autor afirma haber sido compañero de viaje del apóstol Pablo durante gran parte de su ministerio,

¹ “No menos de cincuenta palabras son comunes a los dos libros que no se encuentran en ninguna otra parte del Nuevo Testamento” (Plumptre, Int. I.).

² A partir del Capítulo 16:11, cuando Pablo estuvo por primera vez en Troas, ocurre a intervalos cortos en la narración hasta el final.

y que han estado con él durante su primer encarcelamiento en Roma (Hech.28:16). Estas indicaciones apuntan exclusivamente a aquel a quien Pablo denomina “Lucas, el médico amado” (Col.4:14); porque estuvo con Pablo en el encarcelamiento en Roma, como se desprende de los saludos enviados por él en las epístolas a los Colosenses y a Filemón, ambas escritas en ese encarcelamiento; y el autor se distingue en Hechos de todos los demás compañeros habituales de Pablo. Él es así distinguido en el relato de la compañía que comenzó con Pablo en su último viaje a Jerusalén (20: 4-6); porque allí se menciona que Sópater, Aristarco, Segundo, Gayo, Timoteo, Tíquico y Trófimo fueron antes que Pablo a Troas, y allí nos esperaron a “nosotros”, es decir, al escritor y a Pablo. Como entonces el escritor no era *ninguno* de estos, y sin embargo viajó con Pablo en esta visita a Jerusalén, y de allí a Roma, podemos identificarlo nada menos que con Lucas. Es cierto que algunos otros además de Lucas estaban con Pablo cuando se escribieron las dos epístolas que acabamos de mencionar, pero ninguno de ellos viajó con Pablo como lo hizo el autor.¹

La prueba interna de la autoría de cualquier documento escrito tiene una presunción a su favor, como la de una escritura o un testamento cuando se encuentran en debida forma; y se mantiene firme ante el tribunal de la ley y de la razón hasta que sea anulada por pruebas más sólidas de fuentes externas. Para descartar esta prueba de que Lucas es el autor de los Hechos, debemos encontrar algún escritor competente para testificar, que la contradiga. No solo eso, sino que, como el libro ciertamente fue escrito por alguien, la cuestión de la

¹ Las personas nombradas son Aristarco, Jesús llamado Justo, Marcos, Epafras, Lucas, Demás (Col.4:10-14; Fil.23, 24).

autoría se encuentra entre Lucas y algún otro escritor; y el testimonio adverso, para ser concluyente, debe nombrar a ese *otro* escritor. Pero no se pretende que exista tal prueba. No solamente el libro no se acredita por nombre a ningún otro autor conocido, pero no se pretende que haya ninguna prueba externa de que Lucas no sea su autor. Por el contrario, los dos primeros escritores de la antigüedad cuyas obras se han conservado y que mencionan este libro por su nombre, declaran que Lucas es su autor. Uno de ellos es Ireneo, quien nació en las cercanías de Esmirna en la primera mitad del siglo Segundo, llegó a ser anciano en la Iglesia de Lyon, Francia, en el año 170, y murió a fines de ese siglo. En su niñez conoció a Policarpo, quien estaba relacionado con varios de los apóstoles, y por lo tanto, él no podía estar equivocado en cuanto a este asunto.¹ El otro es el autor del Canon Muratoriano, escrito por la misma época, que hace la misma afirmación.² Tal prueba con respecto a la autoría de cualquier libro de tipo secular no sería puesta en duda por ningún erudito; porque en realidad hay menos evidencia que esta de la autoría de casi todos los libros seculares de la antigüedad.

Siendo tal la prueba interna, y la prueba externa más temprana del origen del libro, encontramos, como deberíamos esperar encontrar, rastros de su existencia a lo largo del período que media entre el tiempo de su composición y los días de los autores recién mencionados.

Retrocediendo desde esta última fecha, Hechos se encuentra en las dos traducciones del Nuevo Testamento

¹ *Contra Herejes*, III.14.1.

² Las palabras son: "Los hechos de todos los apóstoles están escritos en un libro, Lucas relata los acontecimientos de los que fue testigo ocular a Teófilo". La declaración es inexacta, pero es explícita en cuanto a la autoría.

hechas hacia el año 150, una de ellas al Latín y la otra al Siríaco. El primero, la antigua versión Latina, circuló en la provincia Romana de África, y la segunda, La Peshita Siriaca, en Siria, al norte de Palestina. Que el libro haya sido así traducido muestra que había existido previamente en Griego lo suficiente como para atribuirse a una fuente inspirada, y esto en un tiempo en que los ancianos en las Iglesias recordaban *todo* hasta los días de los apóstoles. Encontramos, también, que Policarpo, mencionado anteriormente como contemporáneo de los apóstoles, hace citas de Hechos.¹ Esta cadena de evidencias es demasiado fuerte para romperla. Ha resistido la tensión de los ataques de los incrédulos en todo el pasado, y sin duda seguirá haciéndolo en el futuro.

IV. LAS FUENTES DE INFORMACIÓN DEL AUTOR. Si bien el uso de la primera persona en los pasajes en los que aparece demuestra que el autor estuvo presente en las escenas que allí se describen, no implica que estuviera presente solo en estas. Es posible que él haya hablado de la compañía de Pablo en tercera persona cuando él mismo estaba presente. Cuando estaba presente, su fuente de información era, por supuesto, su propia observación personal, y esto cubre no solo los llamados pasajes “nosotros”, sino, con toda probabilidad, algunos otros. Para casi todo el resto, incluido el relato del discurso y el martirio de Esteban, tuvo a Pablo como informante; y en cuanto a aquellos eventos con los cuales Pablo no tenía conexión, él tuvo la oportunidad de conversar con aquellos que lo tenían—con Felipe, por ejemplo, acerca de las labores de este último en Samaria y Filistea; y con Pedro y Jacobo el hermano del Señor, por todas las cosas en que

¹ En el primer capítulo de su epístola a los Filipenses, cita el sermón de Pedro sobre Pentecostés las palabras, “a quien Dios resucitó de los muertos, suelto los dolores de la muerte” cf. Hech.2:24.

participaron. El hecho de que algunos Hebraísmos caractericen sus primeros capítulos ha llevado a algunos eruditos a suponer que empleó documentos escritos hasta cierto punto, y esto no es del todo improbable. No debemos olvidar, además, que disfrutó casi con certeza del don milagroso del Espíritu Santo por la imposición de manos apostólicas; y esto, si bien puede no haber suprimido la necesidad de una investigación cuidadosa, debe haberlo *guiado* en sus selecciones y lo guardó de aceptar información errónea.

V. SU CREDIBILIDAD. La cuestión de la credibilidad del libro se resuelve por la naturaleza del tema en dos — su credibilidad, primero, en cuanto a los hechos registrados; y segundo, en cuanto a los discursos relatados. El primero se basa en tres motivos sustanciales. En primer lugar, el libro nos llega de la mano de un escritor en posesión del primer grado de credibilidad según los cánones de la crítica histórica; es decir, fue *contemporáneo* de los hechos que relata, y, en la medida en que no fue testigo ocular de ellos, los obtuvo de los que si lo fueron. Tal escritor, sin censura, posee el más alto grado de credibilidad conocido en la historia secular. En segundo lugar, los hechos que relata corresponden en muchos detalles importantes con las declaraciones de otros escritores competentes de la época en que él vivió, y cuyos credos y nacionalidades eran hostiles a los suyos. Esto aumenta en gran medida la fuerza de la evidencia basada en el fundamento mencionado en primer lugar. En tercer lugar, el libro contiene muchos puntos de acuerdo incidental con las reconocidas epístolas del apóstol Pablo, que no pueden explicarse excepto sino en la suposición de que él y Pablo dan un relato veraz de estos eventos. Para una exhibición un algo elaborada de las especificaciones

bajo los dos últimos encabezados, se remite al lector al volumen *Hora Paulina* escrito por William Paley, la gran obra maestra sobre el tema, y a *Las Evidencias del Cristianismo*, Parte Tercera del autor, que presenta algunos puntos de la evidencia omitida por Paley. El motivo principal por el que se ha cuestionado la credibilidad de los Hechos es, sin duda, el hecho de que contiene tantos relatos de milagros; pero esta objeción solo la plantean los racionalistas, que rechazan todos esos relatos, dondequiera que se encuentren, sin considerarlos dignos de investigación. Todas las objeciones especiales, basadas en pasajes particulares del libro, serán notadas en el curso del comentario.

En cuanto a los discursos en Hechos, se ha dicho que, en ausencia de cualquier método de escritura abreviada, era imposible preservarlos tal como fueron pronunciados; y se ha acusado que ciertas características del estilo de escritura de Lucas que contienen prueban que él los compuso y los puso en boca de los supuestos oradores. Pero estas dos objeciones son respondidas por la consideración con respecto a la primera, que todos estos discursos son obviamente solo epítomes de los originales, muy abreviados, tal como pudieron ser recordados y relatados por los oradores, o incluso por sus oyentes; y que, con respecto a las marcas del estilo peculiar de Lucas, pueden explicarse en parte por la participación que él tomó en la abreviación de ellos, y en parte por el hecho de que algunos de ellos, habiendo sido pronunciados en Arameo, fueron traducidas por Lucas, y recibieron de este modo la impresión de su estilo. Además, ha sido claramente demostrado por eruditos que se han tomado la molestia de escudriñar la fraseología de estos discursos y compararlos con las epístolas de los oradores, que en los discursos de

cada orador que ha dejado epístolas se encuentran algunas de las características de su propio estilo.¹ En realidad, pues, los discursos tienen precisamente las características que habría que esperar que tuvieran si se originaron y nos llegaron como la narración nos obliga a suponer.

VI. SUS DIVISIONES. Como todos los demás historiadores tempranos, Lucas recorre su narración de principio a fin sin una marca o nota que indique las divisiones de su tema; pero aunque no hay nada dirigido al ojo con el propósito de marcar las divisiones, están hechas y son inconfundibles. Nadie puede leer el libro sin observar *dos* grandes divisiones, la primera de las cuales podría llamarse una historia general de la Iglesia hasta la muerte de Herodes (12:23-25); y el segundo, que se extiende hasta el final del libro, podría llamarse un relato de las labores del apóstol Pablo. En consecuencia, muchos escritores tratan el libro como si estuviera dividido solo en estas dos partes. Pero cada una de estas contiene *divisiones* que se distinguen lo suficiente entre sí y de longitud suficiente para ser también partes separadas. La carrera de Pablo, por ejemplo, se divide en el relato de sus viajes de predicación entre los Gentiles, desde que fue apartado para esta obra (13:1-3), hasta su última visita a Jerusalén al final de su tercer viaje (21:16); y el relato de sus cinco años de prisión, que ocupa el resto del libro. La historia general también se divide en dos partes bien diferenciadas, la primera de las cuales termina en 8:4, trata exclusivamente de la Iglesia en Jerusalén, y el resto, desde el capítulo 8:5 hasta 12:25, del esparcimiento del evangelio en Judea, Samaria y las regiones a su alrededor. Por lo tanto,

¹ Numerosas especificaciones se dan en la *Introducción a los Hechos* escrito por Alford, Sec. II., y *La Introducción a Hechos* por Canon Cook en el *Speaker's Commentary*.

prefiero, una distribución de *cuatro partes*, de acuerdo a estas cuatro grandes divisiones hechas por el autor.

Cada una de estas partes se subdivide en *secciones*, cada una de las cuales trata un tema especial bajo el título general. Estas deben distinguirse por los capítulos en nuestros Nuevos Testamentos impresos, y lo serían si la división en capítulos se hubiera hecho sobre principios científicos; pero como los capítulos son arbitrarios, con frecuencia separando secciones naturales y, por lo tanto, provocando confusión, he distribuido el texto en sus secciones naturales y he empleado las divisiones de capítulos solo por conveniencia de referencia. También, con el propósito de mostrar aún más claramente a la vista del lector las divisiones del autor de su tema, he separado el texto en párrafos, y he añadido a cada uno su propio encabezamiento. Estas divisiones, con sus títulos y subtítulos, son realmente partes del Comentario, ya que ayudan a mostrar al lector el plan del autor; y un estudio cuidadoso de ellas en conexión con las observaciones hechas sobre los detalles de la narración permitirá al estudiante formarse una opinión mucho más elevada de la suele formarse de la habilidad literaria del autor.

VII. SU DISEÑO. Entre los eruditos creyentes y los racionalistas hay una diferencia radical con respecto al propósito principal por el cual se escribió el libro de los Hechos. F. C. Baur, en común con todos sus seguidores de la escuela de Tübingen, asume que Pedro era el líder de aquellos Judaizantes que estaban en continuo antagonismo con Pablo, estando los otros apóstoles también en plena simpatía con Pedro; que este antagonismo fue incesante a lo largo de la vida de los apóstoles; y que Hechos fue

escrito a fines del primer siglo, o un poco más tarde, porque “Tenemos así el propósito deliberado de hacer parecer que tal antagonismo nunca había existido”.

Baur dice: “Nos vemos obligados a pensar que el objetivo inmediato por el que se escribió Hechos era trazar un paralelo entre los dos apóstoles, en el que Pedro debería aparecer en Paulino, y Pablo en carácter Petrino. Incluso con respecto a las hazañas y las fortunas de los dos hombres, encontramos una notable coincidencia. No hay ningún tipo de milagro atribuido a Pedro en la primera parte de la obra que no encuentre su contrapartida en la segunda. Es aún más sorprendente observar cómo en la doctrina de sus discursos, y en su modo de actuar como apóstoles, no sólo están de acuerdo unos con otros, sino que parecen haber cambiado de partes”.¹ Esta visión del diseño del autor hace que el libro sea completamente falso, y una refutación suficiente de él se encuentra en lo que hemos dicho anteriormente en cuanto a su autoría y su credibilidad. Podemos agregar aquí, que el paralelo entre Pablo y Pedro, que realmente existe, *no* apoya la teoría, porque se explica completamente en la suposición de que toda la historia es veraz. Si Pedro y Pablo tenían el poder de curar enfermedades, deben haber curado las enfermedades que las encontraron entre la gente, y por lo tanto deben haber curado algunas de las mismas clases de enfermedades. Si predicaron el *mismo* evangelio, deben haber expresado muchas de las mismas *ideas*, especialmente si predicaron, como deben haber hecho, a muchas personas en el mismo estado de ánimo y que necesitaban la misma instrucción. Si fueron perseguidos, deben haber sufrido por igual las aflicciones que los hombres comúnmente infligen a aquellos a quienes

¹ *Historia de la Iglesia*, 1:133

persiguen; y si fueron guiados por el *mismo Espíritu*, deben haber estado de acuerdo entre sí. Por lo tanto, la teoría, entonces, como el razonamiento en el que se apoya, son fantasiosos y falsos.

Si bien los creyentes necesariamente deben rechazar la teoría radical que acabamos de exponer, difieren mucho entre ellos en cuanto al diseño principal del escritor. Las opiniones sobre este punto son casi tan numerosas como los comentaristas. No intentaremos nombrarlos: basta decir que casi todos implican el error de no distinguir entre lo que el autor ha hecho y el diseño por el cual lo hizo. Lo que ha hecho es escribir un muy breve relato del origen y progreso de la Iglesia en Jerusalén, hasta su dispersión bajo la persecución que se suscitó por motivo de Esteban; de los hombres y métodos por los cuales se establecieron Iglesias en los distritos circundantes, incluido el bautismo de los Gentiles; de los viajes de predicación de Pablo entre los distritos de Asia Menor, Macedonia y Grecia, incluido el origen y solución parcial de una controversia con respecto a la relación de los Gentiles convertidos a la ley de Moisés; y finalmente, del encarcelamiento de Pablo, que comenzó en Jerusalén y terminó en Roma. Esto es lo que ha hecho; y su propósito al hacerlo es determinarlo mediante una inspección del tema que ha introducido en las diferentes partes de su narración. Sin duda, como otros historiadores, tenía más de un propósito a la vista, uno de los cuales puede considerarse como principal y los otros como subordinados; y debemos distinguirlos por la cantidad relativa de atención que ha prestado a cada uno. Ese debe ser el propósito principal al que dedica la mayor parte del espacio, y al que las declaraciones sobre otros asuntos mantienen una relación subordinada. Ahora bien, la mayor parte del libro consiste en relatos detallados de

conversiones a Cristo, y de intentos fallidos de las mismas. Si extraemos del libro todos los relatos de este tipo, junto con los hechos e incidentes preparatorios y consecuentes de cada uno, habremos agotado casi por completo el contenido del libro.

El primer capítulo nos muestra cómo los apóstoles fueron preparados para la obra de *convertir* a los hombres; el segundo da cuenta de la conversión de los tres mil; el tercero relata la conversión de muchos otros, seguido del arresto y juicio de Pedro y Juan como consecuencia de estas conversiones; todas las persecuciones en los siguientes cuatro capítulos surgieron de la *oposición* a estas conversiones; los capítulos octavo, noveno y décimo están dedicados a las conversiones de los Samaritanos, el Eunuco, Saúl de Tarso y Cornelio; el undécimo, principalmente al establecimiento de la Iglesia en Antioquía por el bautismo de Judíos y Gentiles allí; el duodécimo es un episodio que muestra la benevolencia de los nuevos conversos y otra persecución en Jerusalén; el decimotercero y el decimocuarto dan los sermones y las conversiones sobre el viaje de Pablo con Bernabé; el decimoquinto describe la controversia sobre la circuncisión que surgió de las conversiones en el primer viaje de Pablo; el decimosexto presenta principalmente los incidentes que condujeron a las conversiones de Lidia y el Carcelero de Filipos, y que se relacionaron inmediatamente con ellas; el decimoséptimo, las conversiones en Tesalónica y Berea, seguidas de un esfuerzo casi infructuoso con el mismo fin en Atenas; el decimoctavo, las conversiones en Corinto, comprendiendo un año y medio; el decimonoveno, las muchas conversiones seguidas por la persecución en Éfeso; el vigésimo, el último viaje de Pablo a Jerusalén, seguido de

su arresto y sus vanos intentos de convertir a la turba en Jerusalén, Félix, Festo y Agripa; y su viaje a Roma, donde intenta en vano convertir a los líderes de los Judíos incrédulos en esa ciudad. Indudablemente, entonces, el propósito principal del escritor fue exponer a sus lectores una multitud de *casos de conversión* bajo la obra de apóstoles y hombres apostólicos, para que podamos saber cómo se llevó a cabo esta obra, la *principal* obra por la cual Jesús murió y los apóstoles fueron comisionados. Los casos registrados representan todos los *diferentes grados* de la sociedad humana, desde campesinos idólatras hasta sacerdotes, procónsules y reyes. Representan todos los grados de *cultura intelectual y religiosa*; todas las *ocupaciones* comunes de la vida; y todos los *países* y todas *lenguas* del mundo entonces conocido; mostrando así la adaptación del único sistema de vida y salvación a todos los habitantes de la tierra.

La historia de un caso de conversión abarca dos clases distintas de hechos; primero, las agencias e instrumentos empleados para efectuarlo; y segundo, los cambios operados en el tema de la misma. En la búsqueda de su diseño principal, por lo tanto, el autor se vio obligado a designar específicamente todas estas agencias, instrumentos y cambios. Lo hace para que sus lectores puedan saber qué agentes se emplean y cómo trabajan; qué instrumentos se utilizan y cómo se aplican; y qué cambios tienen lugar en una conversión Escritural. Los hombres se instruyen con más éxito y se mueven más fácilmente con el ejemplo que con el precepto; y de acuerdo con esta característica bien conocida de nuestra naturaleza, muchos maestros religiosos dependen mucho más, en sus esfuerzos por la conversión de los pecadores, de “experiencias” bien contadas que de la predicación directa

de la palabra. Este método fue anticipado por el Señor al darnos el libro de Hechos.

Los casos aquí registrados tienen esta superioridad sobre todos los que ahora ocurren, en el sentido de que fueron dirigidos por enseñanza infalible, y que fueron seleccionados por una sabiduría infalible de entre los miles que habían ocurrido, debido a su peculiar idoneidad para un lugar en el registro inspirado. Si, entonces, las conversiones modernas *concuerdan* con éstas, deben ser correctas; si no lo hacen, deben estar equivocadas en esa medida. El hombre que se propone guiar a otros por el camino de la salvación tiene el deber de guiarlos por *estos* modelos; y el hombre que se supone ser como un verdadero converso a Cristo puede probar su experiencia comparándola *con* éstas.

Si se pregunta, ¿Por qué no podemos tomar como modelo las conversiones que ocurrieron bajo las antiguas dispensaciones, o bajo el ministerio personal de Jesús? La respuesta es que no vivimos bajo la ley de Moisés, o bajo el ministerio personal de Jesús, sino bajo el ministerio del Espíritu Santo. Puesto que Jesús, justo antes de Su ascensión, encomendó todos los asuntos de Su reino en la tierra en manos de doce hombres, para ser guiados por el Espíritu Santo, que descendió poco después de Su ascensión, todo lo que podemos saber de los presentes términos del perdón debe *aprenderse* a través de la enseñanza y el ejemplo de estos hombres. Si las condiciones del perdón, por lo tanto, bajo cualquier dispensación precedente, difieren en algún aspecto de las establecidas y ejemplificadas en Hechos, en todos los puntos de diferencia estamos obligados por lo último y

liberados de lo primero. Estudiar correctamente el libro de los Hechos es estudiarlo con suprema referencia a *este* tema; y por esta razón nunca se pierde de vista este tema en las siguientes páginas.

Si este libro ha sido descuidado en el pasado, ha sido descuidado sobre todo, como hemos señalado anteriormente en referencia a esta, su enseñanza *más* distintiva. Por ignorancia de esto, miles de evangelistas están acostumbrados a referir a los pecadores para recibir instrucción sobre el tema de la conversión con más frecuencia al libro de los *Salmos* que a los *Hechos* de los Apóstoles. Por lo tanto, es una demanda de esta era, una era intensamente misionera, que entendamos *mejor* este libro de todos en la Biblia que está dedicado a este tema trascendentemente importante.

El agente principal en la realización de estas conversiones, y en la dirección de todas las labores de los apóstoles, fue el Espíritu Santo; y sin duda es un propósito secundario, si no coordinado, del autor, mostrar cómo se ejerció este poder divino en cumplimiento de la repetida promesa de nuestro Señor. El libro tiene su punto de partida en la comisión apostólica (1:2); pero a los apóstoles se les instruyó que no comenzaran su obra señalada *hasta* que el Espíritu Santo viniera sobre ellos (1:4); y de este modo, el cuerpo principal del libro comienza con un relato del descenso del Espíritu, y de principio a fin presenta las labores de los apóstoles y evangelistas como si fueran dirigidas constantemente por el Espíritu que moraba en ellos. Nuestro Señor había dicho a sus discípulos, antes de su partida: “Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me

fuere, os lo enviaré” (Jn. 16:7). “Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de la verdad, él os guiará a toda la verdad” (vrs. 12, 13). El relato de la partida del primero de estos guías celestiales se encuentra en la introducción de Hechos (1:9-11), y el cuerpo del libro expone la obra prometida del segundo. Si, entonces, podemos denominar correctamente los relatos combinados de los cuatro evangelistas como el Evangelio de Cristo, podemos con igual propiedad, como sugiere Plumptre,¹ denominar a Hechos como el Evangelio del Espíritu Santo.

Para llevar a cabo su propósito principal con respecto a las conversiones y la dirección del Espíritu Santo, fue necesario que Lucas hiciera *selecciones* de los numerosos eventos que ocurrieron en los *treinta años* cubiertos por su narración, y el plan sobre el cual se hicieron estas selecciones trae a la vista otro de sus diseños subordinados. Evidentemente, se propuso exponer las labores de Pablo de manera más completa que las de todos los demás hombres; probablemente porque, si bien también servirían a su propósito principal, al mismo tiempo tenía un *mejor* conocimiento personal con ellos.

Pero presentar estos eventos solamente hubiera sido presentarlos sin su conexión histórica en el pasado, y en consecuencia se vio obligado a comenzar con aquellos eventos que precedieron al ministerio de Pablo y prepararon el camino para él. Como Pedro fue el líder en todos estos eventos anteriores, era natural que figurara de manera más prominente en esa parte de la narración; y puesto que había muchos Judaizantes en el momento de la

¹ *Handy Commentary*, Introduction, IV.

composición del libro, que estaban ocupados propagando el informe de que la enseñanza de Pablo era *antagónica* en algunos aspectos a la de Pedro, era un recurso sabio refutar este informe falso e injurioso seleccionando tales acciones y palabras de los dos que demostrarían su perfecto acuerdo. Esto explica además esa fase de la narración mencionada anteriormente que ha sido aprovechada por los racionalistas como base para negar la credibilidad del libro.

Cuando indagamos en el carácter especial de las selecciones hechas en conexión con la obra de Pedro, descubrimos otro diseño subordinado, el de dar brevemente la fortuna de la Iglesia madre en Jerusalén, y luego los medios secundarios por los cuales el evangelio fue llevado a pueblos que habitaban junto a Palestina. Al mismo tiempo, tanto en esta parte como en la que tiene a Pablo como figura central, el escritor logra otro propósito muy importante, el de exponer el método apostólico para *organizar* las congregaciones individuales de los creyentes. Otros propósitos subordinados podrían señalarse si estuviéramos dispuestos a agotar este tema; pero estos son suficientes para mostrar que el plan del autor era sistemático, bien estudiado y de largo alcance. Ningún libro de la Biblia da mejores pruebas de una previsión minuciosa de su método y materia con referencia a los propósitos en la mente del escritor.

VIII. SU FECHA. F. C. Baur y todos los racionalistas de la escuela de Tübingen, fijan la composición del Libro de los Hechos en una fecha demasiado tardía para que Lucas haya sido su autor. Para ello no tienen más razón que las exigencias de su teoría respecto al designio del

autor, que hemos expuesto brevemente anteriormente (VII); pero como la teoría es incuestionablemente falsa, la conclusión basada en ella no merece una seria consideración. Algunos escritores que son más conservadores, pero que hasta cierto punto están bajo la influencia racionalista, lo fechan no antes del año 70 D. C.¹ La razón principal para asignarle esta fecha tardía es el supuesto hecho de que el evangelio de Lucas fue escrito después de la caída de Jerusalén; y fundamento de esta suposición es la suposición adicional de que la profecía de la destrucción de Jerusalén, citada por Jesús en Luc. 21:20-25, fue escrita después del evento. Pero como tales suposiciones no pueden tener ningún peso con los hombres que creen en la realidad de la profecía milagrosa, estamos justificados en dejar de lado sin previo aviso la conclusión que se basa en ella.

Los escritores conservadores en general, guiados por las indicaciones que se encuentran en el mismo libro, se unen en asignarle la fecha de la última circunstancia mencionada en el libro.² Esta circunstancia es la continuación del encarcelamiento de Pablo en Roma por “dos años enteros”. El hecho de que la narración termine aquí *sin* decirle al lector si Pablo fue liberado o condenado a muerte, se considera una prueba concluyente de que *ninguna* de las dos cosas había sucedido cuando se escribió la última palabra del libro. Esta prueba se fortalece grandemente cuando la consideramos en conexión con el curso de la narración en los últimos cuatro capítulos. En el capítulo 25, el escritor da cuenta de la apelación de Pablo a

¹ Meyer, *Introduction*, Vea III; Lechler, *Introduction*, Secc. II; Weiss, *Life of Christ*, 1:88.

² Gloag. *Introduction*, Sec. V; Canon Cook; *Speaker's Commentary*, *Introduction to Acts*, Sec. X; Alford, *Introduction*, Sec. IV; Hackett, *Introduction* Sec. V.

César, que interrumpió su juicio ante Festo, y que condujo a todos los procedimientos posteriores. Fue en consecuencia de esta apelación que Festo, desconcertado a sobre qué informe debería enviar al Emperador con el prisionero, llevó la atención de Agripa sobre el caso, y también llevó al propio Pablo ante este joven rey (25:12, 26, 27). Fue enviado al viaje descrito en el capítulo veintisiete en cumplimiento de la ley que rige el derecho de apelación; Pablo fue reanimado cuando la vida de él y sus compañeros del barco estaban al borde de la desesperación en medio de la tormenta por el mensaje divino: “No temas, Pablo; debes comparecer ante César” (27: 24); su apelación a César fue el tema de la primera conversación que mantuvo con los Judíos en la ciudad de Roma (28: 17-19); y estuvo en prisión dos años enteros en espera de su juicio. Ahora bien, si su juicio ante César tuvo lugar cuando se completó este libro, ya sea que haya resultado en absolución o en condena, es inexplicable que el libro se cerrara *sin* una palabra sobre el tema.

No se trataría de una mera omisión como muchas otras que sabemos que se produjeron en el transcurso de la narración – la omisión de asuntos cuya mención no requería el contexto histórico – sino la omisión del hecho culminante al que conduciría una larga serie de acontecimientos previamente mencionados, y sobre los cuales el escritor había despertado deliberadamente la curiosidad de su lector. Sería como un drama en el que se excita el interés más profundo por la continuación del drama, pero que se cierra justo en el momento en que la continuación habría sido la siguiente y la última cosa en presenciar. O, más concretamente, sería como la historia de un juicio célebre, que presentaría el arresto del prisionero, su transporte desde un país lejano al lugar del

juicio, los incidentes de un largo encarcelamiento que condujo al mismo día del juicio, y luego cerrarlo sin una palabra sobre el juicio en sí. Tal narración nunca fue escrita, a menos que fuera una historia ficticia que se cerraba de este modo con el propósito mismo de tentar a sus lectores. Tal cierre a una historia tan seria y veraz sería inaudito. Nuestra única inferencia racional, entonces, es que Lucas escribió la última oración de este libro justo al final de los dos años completos que menciona, y *antes* de que el caso de Pablo hubiera sido juzgado por el emperador.

Se ha hecho un intento de romper la fuerza de este razonamiento suponiendo que Lucas pudo haber tenido la intención de escribir otro libro, y tal como dejó incompleto el relato de la ascensión de Jesús al final de su Evangelio, y luego lo completó dando otros detalles al comienzo del libro de los Hechos, de igual modo, pretendía hacerlo con el relato del juicio de Pablo.¹ Pero no hay el menor fundamento para la suposición de que Lucas tuviera tal intención. Se intenta explicar un hecho que admite una explicación sin ella. Además, el supuesto caso no es un paralelo; porque en el Evangelio de Lucas sí mencionó la ascensión, de la cual dio un relato más completo en su próximo libro; pero aquí no dice una palabra sobre el resultado del juicio de Pablo, aunque podría haberlo hecho en una sola línea. Él dispone de la muerte del apóstol Jacobo en siete palabras en Griego (12: 2), y ciertamente podría haber agregado otras tantas palabras para decírnos que Pablo fue absuelto, o que fue condenado; y luego, si tenía otro libro en contemplación, podría haber reservado en el un relato más completo.

¹ Meyer, *Introduction, Sec. III*, siguiendo varios racionalistas y críticos Alemanes.

Antes de dejar este tema, es conveniente decir que Ireneo, quien escribió en la segunda mitad del siglo segundo, dice que Lucas escribió su Evangelio después de la muerte de los apóstoles Pedro y Pablo;¹ pero la evidencia interna mencionada anteriormente supera esta evidencia tradicional, y adquiere un peso aún mayor cuando consideramos que bajo esta suposición el autor no sólo omitió decir el resultado de la apelación de Pablo ante el César, sino que también omitió mencionar dos eventos inmediatamente conectados con su historia, que fueron las más alarmantes y angustiantes de todas las calamidades que sucedieron a la Iglesia apostólica, la ejecución en Roma de estos dos prominentes apóstoles.

IX. SU CRONOLOGÍA. Con la excepción de algunas secciones en la Segunda Parte, en la que el autor comienza desde la dispersión de la Iglesia de Jerusalén para seguir al predicador o predicadores que llevaron el evangelio a cierto distrito, y luego, regresa al mismo punto para seguir a otro, todo el asunto en Hechos está organizado en un orden cronológico y, sin embargo, el autor no da notas conectadas de tiempo a partir de las cuales podamos distinguir el tiempo total ocupado por los eventos, o el tiempo cubierto por cualquier parte del libro excepto la última. En esta última parte es explícito en cuanto al tiempo, afirmando que Pablo fue arrestado en Jerusalén en una fiesta de Pentecostés; que estuvo en prisión desde entonces dos años hasta el ascenso al trono de Festo; que en el otoño siguiente fue enviado por Festo a Roma, llegando a esa ciudad en la primavera siguiente; y que permaneció preso en Roma dos años enteros (Hech.22:16; cf.24:27; 27:1; 9; 28:11-16, 30). De este modo, tenemos casi cinco años ocupados con esta porción de la historia, y como

¹ *Contra Herejes*, III.1.

es un hecho bien establecido que Festo fue enviado a Judea en el año 60¹ vemos que el arresto de Pablo dos años antes fue en Pentecostés del 58; que su partida a Roma fue en el otoño del 60; que llegó a Roma en la primavera del 61; y que la narración se cierra en la primavera del 63. Como las epístolas tituladas Efesios, Colosenses, Filemón y Filipenses, fueron escritas durante este encarcelamiento (Efe.3:1; 4:1; Fil.1:12, 13; 4:22; Col.4:10, 18; Film.1, 9, 10, 23). llevan la fecha 61-62.

Si comenzamos con el arresto de Pablo en Jerusalén, Pentecostés del año 58, y contamos hacia atrás, podemos recorrer una cierta distancia solamente a la luz de las declaraciones de Lucas, y aún más lejos con la ayuda de las declaraciones de Pablo. En el viaje por el que llegó a Roma, pasó en Filipos los días anteriores de la fiesta de los panes sin levadura (20: 6), y llegó allí directamente desde Grecia, donde había permanecido tres meses (20:1-6). Estos deben haber sido los tres meses de invierno, ya que fueron seguidos por el viaje a Filipos a principios de la primavera. Aquí, entonces, hemos llegado al invierno del 57-58; y como Romanos fue escrito en vísperas de partir de Grecia en el mismo viaje (Rom. 15: 25, 26, cf. Hech. 24:17), su fecha es a principios del 58. Gálatas muestra evidencia interna de haber sido escrito casi al mismo tiempo.²

Como Pablo fue directamente de Macedonia a Grecia, debe haber pasado el otoño en el primer país; y como les

¹ Creo que es claramente establecido por las pruebas de Conybeare y Howson, Apéndice II, nota C, contra los conceptos de Meyer, *Introduction to Acts*, Sec. IV.

² Esto se ve en la similitud del tema que constituye el argumento principal de las dos epístolas, es decir, la justificación por la fe, junto con la alusión de Pablo (Gal. 1:6) a la brevedad del tiempo desde que había estado en Galacia, un poco más de tres años.

dice a los Corintios que tenía la intención de permanecer en Éfeso hasta Pentecostés, y pasar en Corinto el próximo invierno, también debe haber pasado el verano en Macedonia (1 Cor. 16: 5-8). Este fue el verano del 57, y como escribió la Segunda de Corintios en Macedonia (2 Cor. 1:12; 7:5), esta debe ser la fecha de esa epístola. Pero él escribió Primera de Corintios en Éfeso poco antes de Pentecostés del mismo año (I Cor. 16:8), y en consecuencia esta es la fecha de esa epístola, y también es el año en que terminaron sus labores en Éfeso. Él había estado allí dos años y tres meses (19:8-10), y por lo tanto comenzó su trabajo allí a principios de 54.

Desde este punto hacia atrás no tenemos cifras de conexión, pero podemos recorrer por conjetura una corta distancia con un buen grado de probabilidad. Como Pablo, en su último viaje de regreso a Antioquía, dejó una obra en Éfeso y dejó allí a Priscila Aquila con el propósito de asegurar su ayuda a su regreso (18:19-21), es casi seguro que en su regreso pasó muy rápidamente por los distritos que están entre Antioquía y Éfeso, cubriendo el viaje mucho menos de un año, si es así, comenzó su tercer viaje en 53, habiendo cerrado su segundo viaje a mediados, o en la primera mitad de ese año. Pero al cerrar el segundo viaje vino directo desde Corinto, un viaje de una o dos semanas; y en Corinto se había quedado dieciocho meses (18:11). Esto nos vuelve de vuelta a principios del año 52, o finales del 51, para el comienzo de sus labores en Corinto. Por este tiempo escribió las dos epístolas a los Tesalonicenses.¹ Si,

¹ Esto se comprueba comparando lo que se dice de la llegada de Timoteo y Silas a Corinto, Hechos 18: 5, con 1 Tes. 3:3-6, que muestra que Timoteo había sido enviado de regreso a Tesalónica desde Atenas, y había regresado a Pablo en Corinto cuando se escribió la primera epístola; y la igualdad de la condición de la Iglesia de Tesalónica, junto con la presencia continua de Silas con Pablo, que no estaba con él después de que salió de Corinto, muestra que la Segunda de Tesalonicenses se escribió poco después. Véase 2 Tes. 1-4.

ahora, permitimos un poco menos de dos años para los eventos del segundo viaje hasta Corinto, establecemos el comienzo de ese viaje a principios del 50; y como ese viaje se inició casi inmediatamente después de la conferencia en Jerusalén sobre la circuncisión, establecemos el comienzo del año 50 como la fecha probable de ese evento.

En este punto, algunas de las figuras de Pablo vienen en nuestra ayuda. Afirma en Gálatas (1:18) que tres años después de su conversión fue de Damasco a Jerusalén, y que después de catorce años (2:1) fue allí de nuevo con Bernabé a la conferencia. Ahora bien, si estos dos períodos deben entenderse como consecutivos, es decir, diecisiete años desde su conversión a la conferencia, la conferencia no podría haber sido en el año 50 sin lanzar la conversión de Pablo hacia el 33, el año anterior a la fundación de la Iglesia.¹ Pero si contamos los tres años y los catorce años a partir de su conversión, lo cual concuerda mejor con el argumento del primer capítulo de Gálatas, entonces catorce años atrás del 50 establece su conversión en el año 36, el segundo año después de la fundación de la Iglesia, y esto está bastante en armonía con el curso de los acontecimientos en los primeros ocho capítulos de Hechos.

¹ La mayoría de los cronistas datan la muerte de nuestro Señor y la fundación de la Iglesia en el año 33; pero me veo obligado, después de mucha reflexión, a creer que ocurrió en el 34. Jesús fue bautizado, según Lucas (3:24), cuando tenía unos treinta años de edad, y por lo tanto entró casi inmediatamente en su trigésimo primero año. Si murió a los treinta y tres años, el ministerio puede haber durado solo un poco más de dos años. Nuestro único medio de determinar cuánto duró es observando el número de pascuas que ocurrieron durante su ministerio según las declaraciones de Juan, el único escritor que presta atención a este asunto. La que se menciona en el segundo capítulo de Juan es el primera de ellas, y probablemente ocurrió casi o cerca de seis meses después del bautismo de Jesús. Si la fiesta mencionada, pero no nombrada, en el 5:1 era una pascua, el tiempo total del ministerio desde la primera pascua fue de tres años; porque ciertamente pasó el tiempo de una de las otras mencionadas en 6: 4, lo que haría dos años, y vivió hasta la siguiente, mencionada en 12:1, lo que hace tres años. La única cuestión discutible, si nos

Con la conversión de Pablo en el año 36 como nuevo punto de partida, su primera visita a Jerusalén después, tres años después, y su partida a Tarso, se establecen en el año 39, y las labores de Felipe en Samaria, junto con el bautismo de Eunuco, en el intervalo entre 36 y 39.² A continuación, antes de estas cifras, tenemos una fecha establecida por Josefo. De él sabemos que Agripa murió en el 44³ y esto fue mientras Bernabé y Pablo estaban ocupados en su visita de benevolencia en las Iglesias de Judea (11:29; 12:25)

basamos en el testimonio de Juan, si la fiesta de 5:1 era una Pascua u alguna otra fiesta. Si argumentamos que no puede ser una Pascua, porque Juan la llama simplemente “una fiesta” sin especificarla, también podemos argumentar por el mismo hecho que no puede haber sido la fiesta de Pentecostés, o la de los Tabernáculos, o la de la Dedicación; porque nombra estas tres fiestas en otros lugares. Pero debe haber sido una de las cuatro fiestas, porque los Judíos no tenían otras. Si fuera el Pentecostés, los Tabernáculos o la Dedicación después de la supuesta Pascua, esto no haría ninguna diferencia en cuanto a la duración total del ministerio; porque tendríamos la Pascua en cuestión pasada en silencio, y el espacio entre la Pascua del cap. 2 y la del cap. 6 todavía serían dos años enteros. La suposición adoptada por aquellos que hacen que todo el ministerio dure dos años después de la primera Pascua es que la fiesta del 5:1 era la fiesta de la Dedicación que siguió a la Pascua del cap. 2. Pero esto requiere una interpretación forzada del comentario de Jesús a sus discípulos en Juan 4:35: “¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega?”.

La implicación natural en esta pregunta es que en el momento en que se propuso, la próxima cosecha sería dentro de cuatro meses; y como la cosecha en Palestina comienza a fines de Abril, la observación se hizo a fines de Diciembre o principios de Enero. Si es así, lo más probable es que la fiesta de la Dedicación de ese año ya haya pasado, porque ocurrió el día quince del décimo mes, que nunca fue posterior al día cinco de nuestro Enero ni anterior al cinco de Diciembre. Incluso si ese fue uno de los años en que esta fiesta cayó tarde en nuestro calendario, es casi imposible que fuera la fiesta de Juan 5:1; porque si lo fue, Jesús hizo este viaje a Galilea solo para regresar inmediatamente a Jerusalén, y esto en pleno invierno. Por estas razones pienso que la fiesta del 5:1 era una Pascua, y que por lo tanto el ministerio de Jesús duró más de tres años, y terminó en el año 34.

² Al describir estas labores entre su relato de la dispersión de la Iglesia y el regreso de Pablo a Jerusalén, Lucas evidentemente quiere decir que ocurrieron en este intervalo.

³ Él nos informa (*Antigüedades*, XIX.; 4:4, cf. V. 1; VIII:2) que poco después de que Claudio subió al trono en el 41 D.C., y por lo tanto la muerte de Agripa, tres años después, debe haber sido en el 44.

Pero antes de iniciar esta visita, estos dos hermanos habían pasado un año entero en Antioquía (11:26), y esto determina tanto la llegada de Pablo a esa ciudad en el año 43, como la duración de su estancia en Siria y Cilicia del 39 al 43, un período de unos cuatro años. Durante este período ocurrieron las labores de Pedro registradas en los capítulos noveno y décimo de los Hechos, y la fundación de la Iglesia de Antioquía. Podemos rastrear la cronología de estos con un buen grado de probabilidad. Se nos dice que después que Pablo fue expulsado de Jerusalén, la Iglesia en toda Judea, Samaria y Galilea tenían paz, y que Pedro fue “a todos”, es decir, por todos los de estos tres distritos, hasta que finalmente descendió a Lida, de donde fue llamado a Jope; y que allí permaneció “muchos días” (9:32-43).

Ahora bien, parece bastante irrazonable suponer que todos estos trabajos y viajes de Pedro ocuparon menos de un año, y es más probable que comprendieron dos. Si adoptamos la primera estimación, su llamado desde Jope a Cesárea para bautizar a los Gentiles fue en el año 40; y si fue la segunda, fue en el 41. Esta última ha sido adoptada como la fecha correcta por la mayoría de los Comentaristas. No puede estar lejos de ser correcto; y muestra que los apóstoles continuaron limitando su predicación a los circuncisos durante siete años, del 34 al 41.

La fecha de fundación de la Iglesia de Antioquía se puede aproximar mediante un cálculo similar. Tan pronto como los hermanos en Jerusalén se enteraron del bautismo de los Griegos allí, enviaron a Bernabé (11:22). Esto no puede haber sido muchas semanas después del evento, y Bernabé aparentemente permaneció allí por poco tiempo

antes de ir a Tarso y llevar a Pablo a Antioquía. Pero este último evento, como hemos visto arriba, fue en el 43; y consecuentemente la fundación de la Iglesia no pudo haber sido antes que algún tiempo en el 42. De este modo, vemos que el bautismo de los Griegos en Antioquía comenzó algunos meses después del bautismo de la casa de Cornelio, tal como el curso de la narración en Hechos nos llevaría naturalmente a suponer.

Los resultados obtenidos por esta línea de investigación en zigzag, el único tipo de línea que nuestras figuras separadas nos permiten seguir, pueden organizarse por conveniencia de la siguiente forma, colocando un punto de interrogación después de aquellas fechas que dependen en gran medida de la conjetura.

1. El Primer Pentecostés, Mayo 34.
2. La Dispersión de la Iglesia en Jerusalén, y la conversión de Saulo, 36
3. El Regreso de Pablo a Jerusalén después de su conversión, 39.
4. Las Labores de Felipe en Samaria, y el bautismo del Eunuco, entre el 36 y 39.
5. El Bautismo de la familia de Cornelio, 42 ?
6. La Fundación de la Iglesia en Antioquía, 41?
7. Las Primeras labores de Bernabé y Pablo juntos en Antioquía, 43.
8. Bernabé y Saulo envidos a Judea con víveres, la muerte de Jacobo, el encarcelamiento de Pedro, la muerte de Herodes, 44.
9. La conferencia sobre la Circuncisión, 50?
10. El Primer Viaje de Pablo a los Gentiles, entre el 44 y el 50, cinco años entre los años 44 y 50, cinco años sin una

estadía en Antioquía antes de comenzar, y una estadía en Antioquía justo antes de la conferencia. El viaje probablemente ocupó casi cuatro años.

11. El Segundo Viaje de Pablo, 50 al 53, incluyendo dieciocho meses, cerca de la mitad del tiempo en Corinto, Ahí él escribió 1 y 2 de Tesalonicenses.
12. El Tercer Viaje de Pablo, 53-58, incluyendo dos años y tres meses en Éfeso, su estancia más prolongada que en cualquier otro lugar. En este viaje, él escribió 1 y 2 de Corintios en el 57, y Gálatas y Romanos a principios del 58.
13. Del 58 al 63, su encarcelamiento, comenzando en Jerusalén en el 58, continuando en Cesárea del 58 al 60, en el viaje a Roma del otoño del 60 a la primavera del 61, y en Roma del 61 al 63. En estos dos años, él escribió Efesios, Colosenses, Filemón, Filipenses, y también Hebreos, si es que él escribió esta última epístola (cf. Heb.13:18, 19).

Meyer, en su *Commentary on Acts* (Introducción), da una tabla que presenta las cronologías de treinta y tres autores, antiguos y modernos, incluyendo sólo uno de los muchos autores Ingleses que han escrito sobre el tema. No hay dos de estos que estén completamente de acuerdo entre sí, sin embargo, todos se aproximan tanto al acuerdo que muy pocos de ellos difieren más de *dos años* en un punto de las cifras dadas anteriormente. Por lo tanto, este es un enfoque lo suficientemente cercano a la verdad exacta en el caso para responder a todos los propósitos prácticos, especialmente porque Lucas muestra con su casi total desprecio por la cronología que no basó en ella el valor de sus hechos.

X. LITERATURA.

Sería fácil copiar una lista de todos

los libros, antiguos y modernos, que se han escrito para la aclaración del libro de Hechos; pero creo que es suficiente nombrar aquí los que he encontrado más útiles en mis propios estudios. Cuando escribí mi antiguo Comentario, sólo tenía a la mano constantemente los *Comentarios sobre el Texto Original* por Bloomfield, Olshausen y Hackett, y los Comentarios populares de J. A. Alexander, Albert Barnes y algunas de las obras Inglesas más antiguas que ahora están obsoletos. También utilice constantemente el volumen *Life and Epistles of Paul* de Conybeare y Howson, que en ese entonces era un trabajo nuevo, y siendo el primero de su tipo, fue como una nueva revelación para todos los que nunca habían estudiado Hechos a la luz de las Epístolas de Pablo.

En la preparación del presente Comentario, he contado con la asistencia adicional de las siguientes obras:

1. COMENTARIOS: Alford's, Meyer's, Gloag's, Lechler's (en *Lange's Bible Work*), Jacobson's (en *Speaker's Commentary*), Plumptre (un volumen del *Handy Commentary*), Stokes (un volumen de *Expositor's Bible*), y Lumby's (un volumen de *La Biblia de Cambridge* para Escuelas y Universidades). De estos, he encontrado el de Meyer el más elaborado e instructivo en exégesis grammatical; mientras que los de Alford y Plumptre han demostrado ser los más útiles en otros aspectos.

2. VIDAS DE PABLO: *La Vida y Obra de Pablo* de Farrar ha vivificado el cuadro trazado con tanta precisión por Conybeare y Howson, mientras que las obras individuales de C. F. Baur y Ernest Renan, han servido para señalar las aproximaciones del enemigo, para que

podamos proteger al estudiante de forma más segura contra él.

3. OTRAS OBRAS: He encontrado una utilidad similar a la última mencionada, en la obra infiel de Baur sobre la *Historia de la Iglesia Cristiana* en los tres primeros Siglos, en la obra de Zeller sobre los Hechos, y en la obra anónima Inglesa titulada *Supernatural Religion*.

Además de la información derivada de los libros que he mencionado, también hice la viaje por Palestina en el año 1879 y visité puntos de interés Bíblico en Asia Menor y Grecia. Viajé mucho más por Palestina y vi más lugares apartados que cualquier otro Estadounidense cuyos escritos conozco; y lo hice con el distante propósito de capacitarme mejor para hablar y escribir sobre temas que son iluminados por un conocimiento exacto del país.

PRIMERA PARTE

EL ORIGEN, PROGRESO Y DISPERSIÓN DE LA IGLESIA EN JERUSALEN

(1:1 — 8:4)

SECCION I — DECLARACIONES INTRODUCTORIAS

(1:1-26)

1. El Punto de Inicio de la Narración

Vers. 1, 2. Lucas establece el punto de inicio de esta narración en el día en que terminó su relato de Jesús. (1) “En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó¹ a hacer y a enseñar, (2) hasta el día en que fue recibido arriba,² después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido;” Este es el punto de inicio cronológicamente adecuado, porque el presente tratado es una continuación de la historia iniciada en el primero; y el mandamiento dado “el día en que fue recibido arriba”, que no puede ser otro que la Comisión Apostólica, es lógicamente el punto de partida correcto, porque de él derivaron los apóstoles su autoridad para los actos que iban a ser registrados. Durante el ministerio personal de Jesús,

¹ “Comenzó a hacer y enseñar”. Es una expresión idiomática en la que “comenzó” es superflua en Inglés. Diríamos, “hizo y enseñó”. Para otros ejemplos de esta expresión, vea Mr. 6:2; 13:5; Luc. 3:8; 11:26; 13:25; 14:9, 29; Jn. 13:5. Es un error suponer que en esta expresión se alude a los actos personales y enseñanzas de Cristo como un mero comienzo de que continúo haciendo y enseñando después de Su ascensión.

² En esta traducción del versículo 2 se sigue el orden exacto de las cláusulas en el Griego, y la conexión entre el día de la ascensión y el mandamiento

no autorizó a nadie a predicarlo como el Cristo; por el contrario, prohibió a sus apóstoles hacerlo (Mat.16:20; 17:9) Él fue sin duda movido a esto por la consideración de sus conceptos inadecuados del Mesías, su incomprendición de la naturaleza de su reino y su imperfecta aprehensión de mucho de lo que les había enseñado. Todavía eran incapaces de exponer correctamente sus afirmaciones. En la noche de la traición les informó que en poco tiempo les sería dado el Espíritu Santo para guiarlos a toda la verdad, y que entonces esta restricción sería eliminada.

Finalmente, “**hasta el día en que fue recibido arriba**” Él dijo como Lucas había escrito antes, “Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Luc.24:46, 47), y como Marcos había escrito, “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado” (Mar.16:15, 16). Encontraremos que esta comisión es la clave de toda la narración que tenemos ante nosotros; que los Hechos de los apóstoles aquí registrados son la contraparte de sus términos, y la mejor exposición de su significado.

V. 3. Como los apóstoles pronto aparecerán en la narración dando testimonio de la resurrección de Jesús, nuestro autor da a continuación una declaración compendiosa de sus cualificaciones para este testimonio: (v.3) “**a quienes también, después de haber padecido, se**

entregado en ese día es expresado como aparece en el original. En ese mismo tiempo las palabras después “*hasta el día*” en la versión A. V y la R. V. pero no representadas por las palabras correspondientes en el original, son evitadas, y el participio, ἐντειλάμενος tiene su correcta traducción.

presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios". En el capítulo final de la narración anterior (evangelio de Lucas) se habían dado varias de estas pruebas, y no se repiten aquí. Sin embargo, aprendemos aquí un hecho no relacionado allí, que el tiempo desde la resurrección hasta la ascensión fue de cuarenta días. Esta declaración ha sido tratada por críticos hostiles como una ocurrencia *tardía* por parte de Lucas, sosteniendo que en su narración anterior Lucas representa a Jesús ascendiendo al cielo el mismo día en que resucitó de entre los muertos.¹ La verdad es que en el primer relato se describe una entrevista que ocurrió el día de la resurrección, y otra el día de la ascensión, sin tener en cuenta el hecho que hubo un *intervalo* entre ellas; (Luc.24:43, 44-51) mientras que aquí se afirma claramente que hubo un intervalo de cuarenta días. La última declaración sirve al propósito de una explicación; pero no es una contradicción.

Vers. 4, 5. El relato de la demora de los apóstoles en Jerusalén después de recibir su comisión, y también para determinar más definitivamente el momento en que debían comenzar su trabajo, el historiador cita a continuación una parte de la conversación que tuvo lugar en el día de la ascensión: (4) "Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. (5) Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días". Este mandamiento ha sido confundido por los Comentaristas con el mandamiento mencionado anteriormente (2); pero, como hemos visto, ese mandamiento es la comisión, mientras que esto no es más

¹ Renan, *Apóstoles*, 20; Meyer, *Ibid.*

que una limitación de la comisión en cuanto a su tiempo y lugar de comienzo. La “promesa del Padre”, que habían oído de él, es la promesa del Espíritu Santo que les había hecho la noche de la traición. Sobre el significado de la expresión “bautizados en el Espíritu Santo”, véase adelante en 2:4. La alusión al bautismo de Juan probablemente fue sugerida por el bien recordado comentario de Juan: “Yo a la verdad os bautizo en agua; pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correas de su calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Luc.3:16).

2. La Promesa Final del Espíritu Santo, 6-8

V. 6. Cuando Jesús murió, toda esperanza de que establecería el reino esperado expiró por un tiempo; pero desde Su resurrección había hablado mucho a los discípulos acerca del reino (versículo 3), y había dicho, según lo informado por Mateo, “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mat.28:18), y a partir de tales observaciones, los apóstoles habían comenzado a creer que el reino que Él no había podido establecer antes de su muerte, aún lo establecería *después* de su resurrección. Lucas revela este reavivamiento de esperanza en su siguiente declaración: (6) “Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?”. La forma de su pregunta “¿restaurarás el reino a Israel?” muestra que ellos todavía conservaban su *antigua* idea errónea, que el reino de Cristo sería una restauración del antiguo reino de David y no una institución nueva y diferente.

La pregunta también muestra inequívocamente que su reino aún no había sido inaugurado; porque si lo hubiera sido, es inconcebible que estos hombres, que eran sus

principales funcionarios ejecutivos en la tierra, no supieran nada del hecho; y es igualmente inconcebible que, si lo hubiera sido, Jesús no habría corregido rápidamente un error tan flagrante por parte de los discípulos. De hecho, nada, sino un concepto erróneo casi tan grave como el de los doce con respecto a la naturaleza del reino podría haber originado el pensamiento entretenido por algunos en los tiempos modernos, que el reino de Cristo se había establecido antes de este tiempo.

Todos los argumentos en apoyo de esta idea, y todas las interpretaciones de pasajes especiales a su favor, por muy plausibles que sean, son descartados por la consideración decisiva de que este reino no podría ser inaugurado hasta que el Rey fuera coronado en el cielo. Esto ocurrió después de la ascensión (Fil.2:8-11; Heb.2:9) y Su primer acto administrativo en la tierra fue el de *enviar* el Espíritu Santo sobre los apóstoles en el próximo Pentecostés (Hech.2:32,33).

Vers. 7, 8. Ahora, retómenos la respuesta a la pregunta que acabamos de considerar: (7). “**Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad;** (8) pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”. La respuesta sugiere que los tiempos y sazones de los propósitos de Dios se mantienen más en reserva que los propósitos mismos; y esto está en armonía con la característica conocida de la profecía, que se ocupa más de hechos y la sucesión de eventos que de fechas o períodos definidos. No era importante para ellos saber el tiempo en que se establecería el reino; pero era de suma importancia que recibieran el *poder* necesario para la parte

que iban a tomar en su comienzo y progreso; por lo que la respuesta se refiere principalmente a esto último. El poder prometido, y su obra como testigos, están tan conectados entre sí que indican que se entiende el poder de ser testigos eficaces.

Esto, como sabemos por el testimonio que dieron después, no fue simplemente para decir lo que ellos habían visto y oído, lo que podrían haber hecho sin ayuda de sus poderes; sino incluía la capacidad de *recordar* todo lo que les había dicho en sus años de ministerio; y para testificar acerca de Su exaltación en el cielo, Su voluntad con respecto a todos los asuntos espirituales en la tierra, y sus tratos futuros con hombres y ángeles. Este poder iba a ser conferido como se había prometido anteriormente, (Luc.24:48) y como ahora les asegura una vez más, por el Espíritu Santo iban a recibir “**dentro de no muchos días**”.

El orden de las localidades en las que les dice que den testimonio no fue el resultado de la parcialidad de los Judíos y Samaritanos sobre los Gentiles; ni tampoco fue meramente para cumplir la predicción de que así debe ser; Una razón, sugerida por los Comentaristas en general, para comenzar en Jerusalén, fue que pudiera ser vindicado en la misma ciudad en la que fue condenado; pero la razón principal era sin duda esta: La parte más devota del pueblo Judío, la parte que había quedado más favorablemente impresionada por la predicación preparatoria de Juan y Jesús, siempre se reunía en Jerusalén con motivo de las grandes fiestas anuales, y por lo tanto se podía comenzar allí con *mayor* éxito que en cualquier otro lugar. Junto a estos, los habitantes de los distritos rurales de Judea estaban mejor preparados por la predicación anterior; luego el Samaritano, que había visto algunos de los

milagros de Jesús; y por último, los Gentiles. De este modo, la regla del éxito se convirtió en su guía de un lugar a otro, y se convirtió en costumbre, incluso en países paganos, predicar “primero a los Judíos, y luego a los Gentiles”. El resultado justificó la regla, ya que el triunfo más importante que logró el evangelio fue *en Jerusalén*, y el acercamiento más exitoso a los Gentiles en todos los países fue a través de la *Sinagoga* Judía.

3. La Ascensión de Jesús, 9-11

V. 9. Habiendo completado ahora su anterior breve relato de la última entrevista de Jesús y sus discípulos, Lucas dice: (v.9) **“Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos”**. Aprendemos del registro anterior de Lucas sobre la ascensión, del cual este es un suplemento, que Jesús estaba en el acto de bendecirlos con las manos levantadas, cuando se separó de ellos y fue llevado a lo alto (Luc.24:50, 51). La nube formaba un fondo que hacía muy nítido el contorno de su persona mientras estaba a la vista, y de repente lo ocultó de la vista cuando entró en su seno. Por lo tanto, todas las circunstancias de esta salida tan adecuada están calculadas para descartar la sospecha de engaño o ilusión óptica.

Algunos escritores escépticos han afirmado que debido al silencio de Mateo y Juan en referencia a la ascensión, quienes fueron testigos oculares de ella si realmente ocurrió, mientras que solo Lucas y Marcos la mencionan y que no estuvieron presentes, es motivo para sospechar que estos últimos obtuvieron su información de fuentes impuras. Que el testimonio de Marcos y Lucas, sin embargo, es creíble, se hace evidente a todos los que creen en la resurrección de Jesús simplemente preguntando:

¿Qué pasó con el cuerpo después de que resucitó? Incluso si ninguno de los historiadores hubiera descrito la ascensión, aún deberíamos concluir que en algún momento y de alguna manera tuvo lugar. Debe observarse, también, que, si bien Juan no lo menciona, cita una conversación entre Jesús y María Magdalena que lo *implica*. Él le dijo a ella, “No me toques; porque aún no he subido a mi Padre” (Jn.20:17).

Quizás fue omitida por Mateo y Juan porque ambos cierran sus narraciones con escenas *en Galilea*, muy lejos de Jerusalén; y mencionadas por Marcos y Lucas porque concluyen la parte anterior de sus relatos en Jerusalén y en el día tuvo lugar la ascensión. De este modo, la asociación del pensamiento que tan frecuentemente gobierna las inserciones y omisiones pudo haber tenido su influencia natural en ellos. Finalmente, en cuanto a Lucas, había una razón especial por la que debía mencionarla, que se encuentra en el hecho de que los discursos y discusiones que está a punto de registrar tenían una referencia constante a Cristo ascendido y glorificado, y era muy apropiado que su introducción mencionara el hecho de la ascensión.

Vers.10, 11. No sólo la ascensión de Jesús al cielo, sino también su futura venida para emitir un juicio, iba a ser un tema destacado en la narración venidera, de ahí la introducción aquí de otro hecho que Lucas había omitido en su registro anterior: “**Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿Por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como la habéis visto ir al cielo**”. La venida repentina, la aparición

y las palabras de estos “dos varones con vestiduras blancas”, se combinaron para mostrar que eran ángeles, como el autor quiere que creamos. Afirman no sólo que Jesús vendrá de nuevo, sino que vendrá de la misma manera que los apóstoles lo habían visto partir; es decir, *visible y corporalmente*.

4. La Espera en Jerusalén, 12-14

V.12. Ante la reprensión de los ángeles, los discípulos apartaron la mirada de la nube y abandonaron el lugar: “**Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte que se llama del Olivar, el cual está cerca de Jerusalén, camino de un día de reposo**”. La ascensión tuvo lugar cerca de Betania, (Luc.24:50) que estaba a casi dos millas de Jerusalén, (Jn.11:18). (Esto es equivalente a 3 kilómetros 218 metros – ARP) y en la ladera oriental del monte. Es el lado más cercano del monte, o mejor dicho, la cumbre del mismo, que está a una distancia de un día de reposo, o sea, a siete octavos de una milla de la ciudad. (equivalente a 1 kilómetro 407 metros – ARP). Aprendemos de la narración anterior de Lucas que regresaron a Jerusalén “con gran gozo” (Luc.24:52). Su tristeza al separarse del Señor se convirtió en alegría al pensar en volverlo a ver.

V. 13. “y entrados, subieron al aposento alto, donde moraban Pedro y Jacobo, Juan, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas hermano de Jacobo”. Esta nueva enumeración de los once encuentra muy apropiadamente su lugar aquí, porque muestra que todos aquellos a quienes se les dio la comisión estaban en sus puestos, listos para comenzar su obra señalada, y esperando únicamente el poder prometido de lo alto.

V. 14. La forma en que estos hombres pasaron el tiempo de su espera, un intervalo de diez días,¹ fue tal como deberíamos esperar: (14) “**Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos**”. El lugar de esta oración y súplica no era principalmente el “aposento alto, donde moraban”, sino el templo; porque aprendemos de la narración anterior de Lucas que “y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios” (Luc.24:53).

Esta es la última vez que la madre de Jesús aparece en la historia del Nuevo Testamento. El hecho de que ella haya regresado con los discípulos a Jerusalén, y se haya quedado con ellos en lugar de retomar su residencia en Nazaret, indica que Juan fue fiel a la petición agonizante de Jesús, y la estaba cuidando *como* a su propia madre, ya que su madre natural aun vivía (Mat.27:56). Aunque la prominencia que se da aquí a su nombre muestra que los apóstoles la consideraban con gran respeto, sin embargo, la forma en que Lucas habla de ella muestra que él no tenía *ninguna* idea del homenaje que le rendirían en épocas posteriores una Iglesia idólatra.

Las llamadas “las mujeres”, que también estaban en esta compañía de adoradores, eran las que habían venido con Jesús desde Galilea; (Luc.23:49) y se mencionan de esta manera informal porque serían recordadas por alguien que, como Teófilo, había leído el tratado anterior.

Ellas también habían regresado de sus hogares en Galilea para esperar con los doce la venida de la “promesa del Padre”. El hecho de que los hermanos de Jesús

¹ Desde “la mañana después del Sábado” de la semana de la Pascua hasta el Pentecostés fueron cincuenta días (Lev.23:15, 16), y cuarenta de estos días habían transcurrido cuando la ascensión tuvo lugar.

estuvieran en la compañía es prueba de que un *gran cambio* se había producido en ellos desde que su hermano divino había terminado sus labores en Galilea: porque entonces no creían en él, (Jn.7:1-5) pero ahora creen, y se les identifica muy cercanamente con los apóstoles. Qué evidencia especial había provocado este cambio, o simplemente cuándo había tenido lugar, no tenemos forma de determinarlo.

5. El Lugar de Judas Suplido, 15-26

Vers. 15-19. El siguiente incidente es introducido con estas palabras: (15) “En aquellos días Pedro se levantó en medio de los hermanos (y los reunidos eran como ciento veinte en número), y dijo: (16) Varones hermanos, era necesario que se cumpliese la Escritura en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús, (17) y era contado con nosotros, y tenía parte en este ministerio. (18) Este, pues, con el salario de su iniquidad adquirió un campo, y cayendo de cabeza, se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron. (19) Y fue notorio a todos los habitantes de Jerusalén, de tal manera que aquel campo se llama en su propia lengua, **Acéldama, que quiere decir, Campo de sangre**”. La declaración entre paréntesis de que el número total era de unos ciento veinte, no debe entenderse en el sentido de que estos eran *todos* los discípulos que Jesús tenía entonces, sino sólo los que estaban ahí y estaban reunidos; porque Pablo dice que Jesús fue visto después de allí después de Su resurrección por más de quinientos hermanos a la vez (1 Cor.15:6). Los ciento veinte eran probablemente todos los que en ese momento *residían* en Jerusalén.

La última parte del paréntesis que describe el destino de Judas es, indudablemente, el lenguaje de Lucas, y está

tan estrechamente conectado con la primera parte que indica la misma autoría para ambos. La certeza de que es de Lucas surge del uso de la expresión, “su propia lengua”; mientras que Pedro habría dicho, “nuestra lengua”; y de la traducción de la palabra Hebrea Acéldama al Griego, lo que Pedro no habría hecho al dirigirse, como lo hizo, a una audiencia de Hebreos. El paréntesis fue insertado para hacer comprensibles a los lectores de Lucas las alusiones de Pedro a Judas, que, aunque perfectamente inteligibles sin el paréntesis para los oyentes de Pedro, no lo serían para los lectores de Lucas.

Pero, aunque este paréntesis sirve muy bien a su propósito obvio, presenta tres puntos de aparente conflicto con el relato de Mateo sobre el destino de Judas. Primero, dice que cayó de cabeza y *se partió* en dos, mientras que Mateo dice que se *ahorcó*; Segundo, lo representa *obteniendo* un campo con la recompensa de la iniquidad, mientras que Mateo representa a los principales sacerdotes *comprando* el campo con el mismo dinero; Tercero, deriva el nombre Acéldama de las circunstancias de que Judas cayó allí y se hizo pedazos, mientras que Mateo lo deriva de las circunstancias de que el campo fue comprado con el dinero de sangre (Mat.27:3-8). En cuanto al primero, los dos relatos están en perfecta armonía; porque si se ahorcó, o fue derribado, o cayó; y Lucas dice que se cayó. Si cayó y se partió en pedazos, debe haber caído desde una distancia considerable; o cuando cayó, su abdomen debe haber estado en una condición algo deteriorada; o ambas cosas pueden haber sido ciertas. El hecho que se colgara y permaneciera suspendido *hasta* que cayó, proporciona ambas condiciones, y explica plenamente su rompimiento en pedazos. Además si intentamos explicar su rompimiento en pedazos en cualquier otra hipótesis, nos resulta muy difícil imaginar una que sea adecuada.

Los dos relatos, entonces, no sólo son armoniosos, sino que el de Lucas es apoyado por el de Mateo. En cuanto al Segundo punto, si Judas devolvió el dinero como lo describe Mateo, y si los sacerdotes compraron con ese dinero el campo del alfarero, entonces ese campo era realmente *propiedad* de Judas, y podría haber sido reclamado por sus herederos; porque fue comprado con dinero que le pertenecía; y Lucas podría decir con verdad que Judas obtuvo el campo. En Tercer lugar, si el campo fue comprado con el dinero de sangre, o si Judas cayó allí y se rompió en pedazos, el campo podría haber derivado su nombre de cualquiera de las *dos* circunstancias, y mucho más podría haberlo derivado de ambas.

La probabilidad es que el terreno se haya vuelto comparativamente inútil por las excavaciones que el alfarero había hecho en busca de la arcilla para la alfarería; y cuando, además de esto, se encontró salpicado con el contenido de los cuencos putrefactos de un traidor que se había ahorcado allí, era un lugar tan horrible que el propietario se alegró de venderlo por una bagatela, y esto permitió que los sacerdotes lo compraran por las treinta piezas de plata, que ascendían probablemente a unos dieciséis dólares. Ningún otro terreno lo suficientemente grande para un pequeño cementerio podría haber sido comprado cerca del muro de Jerusalén por una suma tan pequeña. Estaba destinado al entierro de extranjeros demasiado pobres para permitirse un sepulcro excavado en la roca. Los pobres, ya fueran Judíos o Gentiles, eran enterrados en la tierra.

V. 20. El historiador retoma ahora el relato del discurso de Pedro, que había interrumpido con un paréntesis. En las observaciones ya citadas, Pedro había basado la acción que estaba a punto de proponer en una

profecía pronunciada por David, y había declarado, como fundamento de la acción que iba a realizarse, el hecho de que Judas había sido contado entre ellos, y tenía “parte en este ministerio”. Ahora cita la profecía a la que se alude: (20) **“Porque está escrito en el libro de los Salmos: Sea hecha desierta su habitación, Y no haya quién more en ella; y Tome otro su oficio¹”**. Estos dos pasajes, el primero del Salmo 69:25 y el segundo del Salmo 109:8, no tienen ninguna referencia específica a Judas en su contexto original. Ellas ocurren en medio de las maldiciones pronunciadas, no por David, sino, como dice explícitamente Pedro, por el Espíritu Santo a través de la boca de David (16) con respecto a hombres impíos en general que persiguen a los siervos de Dios.

Pero si es apropiado que las habitaciones de tales en general sean desoladas, y que cualquier oficio que tuvieran sea dado a otros; fue preminentemente así en el caso de Judas; y fue correcto decir que estas palabras fueron escritas de él como una entre muchas. Esto fue sin duda el significado de Pedro, porque podía ver tan claramente como nosotros el objetivo general de la denuncia.

Vers.21,22. Es importante observar aquí que la cuestión sobre la que está discutiendo Pedro no es el nombramiento original de un apóstol, sino la selección de un hombre para *suceder* a un apóstol. Por tanto, los

¹ La palabra ἐπίσκοπὴν traducida aquí como “oficio” en la Versión Revisada y “obispo” en la Versión Americana se cita de la Septuaginta, y su equivalente etimológico exacto en Inglés es superintendente. A qué tipo particular de supervisión se refiere el Salmo del que se cita, el contexto allí no lo indica; pero que en los tiempos del Salmista no tenía el significado que ahora se le da a la palabra obispado en Inglés, es absolutamente seguro, porque tal oficio no existía entonces. A falta de un conocimiento definitivo en cuanto el obispado a la que originalmente se hizo referencia, es probable que el término genérico oficio sea aquí la mejor forma de representar la palabra, especialmente como es traducida en los Salmos de la que es hecha la cita. Vea más sobre el uso de la palabra en el Nuevo Testamento bajo el Capítulo 20:28.

requisitos que se declaran necesarios para una elección son los que debe poseer cualquiera que aspire a ser sucesor de un apóstol. Los declara en la siguiente frase: (21) “**Es necesario, pues, que de estos hombres que han estado junto con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, (22) comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba, uno sea hecho testigo con nosotros, de su resurrección**”. No habiendo ningún otro caso en el Nuevo Testamento de la selección de un sucesor de un apóstol, esta es nuestra *única* guía bíblica sobre el tema; y debemos concluir que todos los que desde entonces han pretendido ser sucesores de los apóstoles, pero que no estuvieron con el Señor en su ministerio personal, *carecen* de una calificación esencial para el cargo. La razón obvia para limitar la elección a los que habían estado con los apóstoles desde el principio es que sólo ellos serían testigos completamente *competentes* de la identidad de Jesús cuando lo vieran después de Su resurrección. De este modo, Pedro, al igual que Pablo en su primera epístola a los Corintios (9:1), hace que sea una característica esencial de un apóstol ser *testigo* de la resurrección de Jesús.

Ver.23-26. (23) “**Y señalaron a dos: A José, llamado Barsabás, que tenía por sobrenombre Justo, y a Matías. (24) Y orando, dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has escogido, (25) para que tome la parte de este ministerio y apostolado, de que cayó Judas por transgresión, para irse a su propio lugar. Y les echaron suertes, y la suerte cayó sobre Matías; y fue contado con los once apóstoles**”. Debe observarse que los discípulos no eligieron a Matías por sí mismos, sino que, habiendo presentado primero a las dos personas entre las que debía hacerse la elección, oraron al Señor para que les mostrara a cuál *Él* había elegido, y

luego echaron suertes, entendiendo que aquel sobre quien cayera la suerte *era* la elección del Señor. Esto muestra que creían en una providencia de Dios tan especial que incluye, en las cosas que ella determina, hasta el echar suertes — de todas las cosas aparentemente las más accidentales. Si se pregunta por qué limitaron la elección del Señor a dos personas, la respuesta obvia, es que estos eran los *únicos* dos que poseían todos los requisitos establecidos por Pedro.

La oración ofrecida en esta ocasión en un modelo en su género. Los que oran tenían un solo objeto por el cual se inclinaron ante el Señor, y a la representación adecuada de esto limitan sus palabras. No repiten un pensamiento, ni lo elaboran más allá del punto o la perspicacia. Su petición se refiere tanto a las cualidades espirituales como intelectuales de dos personas, y se dirigen muy apropiadamente al Señor como *καρδιογνῶστα, el conocedor del corazón*. Ellos no oran, “Muéstranos cuál elegirás, o has escogido”; como si hubiera necesidad de reflexionar con el Señor; sino, “*muestra cuál de estos dos has escogido*”. Describen el cargo que desean que el Señor llene, como “*la parte en este ministerio y apostolado de que cayó Judas por transgresión, para irse a su propio lugar*”. Había estado en un lugar del que se había demostrado ser indigno, y ahora no dudan en decir que se ha ido a su propio lugar, el lugar al que van los hipócritas después de la muerte. Una oración tan breve en una ocasión tan importante sería difícilmente considerada como una oración en lo absoluto en esta época tan voluble; y una que expresa tan claramente el destino de un hombre muerto sería considerado como poco caritativo; ¿Porque quien se atrevería a insinuar, en este tiempo, que cualquier pecador muerto se ha ido a su propio lugar?

Dado que esta transacción ocurrió antes de la

inspiración de los apóstoles, y debido a que Pedro basa su autoridad para ello, no en ningún mandato de Jesús, sino en lo que algunos críticos consideran citas irrelevantes de los Salmos, algunos han sostenido que esta decisión no era completamente autorizada, y que Matías no era por lo tanto un apóstol verdadero. Pero la declaración de Lucas, “**fue contado con los once apóstoles**”, fue escrita mucho después de la inspiración de los doce, y expresa su juicio final en el caso. Además, a partir de este momento, la compañía de los apóstoles ya no se denomina “los once” sino “los doce”, (Hech.2:14; 4:2) lo que indica que, desde el momento del nombramiento, Matías se consideraba *uno* de los miembros. Obsérvese, también, que la omisión de Pedro de citar la autoridad de Jesús para el nombramiento de ninguna manera es prueba de que no tenían su autoridad.

Entre las cosas concernientes al reino de las que había hablado durante los cuarenta días (3), ésta pudo haber sido una (es decir, la autoridad para el nombramiento de un nuevo apóstol – ARP) por lo que sabemos; y Pedro pudo haber omitido mencionarla porque ya era bien conocido por todos los discípulos, aunque ellos habían fallado en observar la profecía de los Salmos que también la anunciaba. Finalmente, la promesa de que los doce apóstoles se sentarían en doce tronos, juzgando a las doce tribus, (Mat.19:28) requería que se llenara el lugar vacante; e incluso esto puede haber sido mencionado en alguna ocasión anterior, y por lo tanto se omitió ahora. El apostolado de Pablo fue uno especial para los Gentiles.

El autor ha completado ahora sus declaraciones introductorias. Ha demostrado que su narración parte de la comisión dado el día de la ascensión; que a los apóstoles se les aseguró en ese día un pronto bautismo en el Espíritu

Santo, que les daría pleno poder para testificar de Jesús; que fueron testigos de su ascensión al cielo desde donde enviaría el Espíritu prometido; que los once originales estaban todos en sus puestos después de la ascensión, esperando la promesa; y que se había llenado el lugar vacante del traidor con un sucesor adecuado. Todo estaba ahora listo, y la siguiente sección de la historia comienza con el advenimiento del Espíritu esperado.

SECCION II — LA IGLESIA ESTABLECIDA EN JERUSALEN

(2:1-47)

1. Los Apóstoles son llenos del Espíritu Santo (1-4)

Vers. 1-4. El autor entra ahora en el cuerpo principal de su obra describiendo el advenimiento prometido del Espíritu Santo: (1) **Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos.** (2) **Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaban,** el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; (3) y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. (4) **Y fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.** El día de Pentecostés fue el quincuagésimo día después del sábado de la semana de la Pascua; y como la cuenta comenzaba el día después del sábado, también terminaba el mismo día de la semana, o sea, nuestro domingo.¹

¹ Los Comentaristas en general, engañados por Josefo, representan los cincuenta días contados desde "el segundo día de los panes sin levadura, que es el decimosexto día del mes" (*Antigüedades*, III.10.5). Si esto fuera correcto, el primero de los cincuenta, y en consecuencia el último, podría caer en cualquier día de la semana. Pero la cláusula de promulgación de la ley dice lo siguiente: "Y contaréis desde el día en que sigue el día de reposo, desde el día en que ofrecisteis la gavilla de la ofrenda meciida; siete semanas cumplidas serán. Hasta el día siguiente del séptimo día de reposo contaréis cincuenta días; entonces ofreceréis el nuevo grano a Jehová" (Lev.23:15, 16). Este lenguaje no es fácil de malinterpretar; porque si incluso en la primera cláusula, las palabras "desde la mañana después del sábado" podrían interpretarse en el sentido desde el día siguiente al primer día de los panes sin levadura, la última parte de la oración excluye tal construcción; porque la cuenta debía ser "hasta el día siguiente del séptimo sábado", y la palabra sábado aquí sin duda significa un sábado semanal; y si el quincuagésimo día fue el día siguiente al día de reposo semanal, entonces el primero también debe haber sido el día siguiente al día de reposo semanal. Eso fue probado además por los términos de la ley, estableciendo el día de ofrecer la gavilla de la ofrenda meciida: "Y el sacerdote mecerá la gavilla delante de Jehová, para que seáis aceptos; el día siguiente del día de reposo la mecerá" (Lev.23:11). El primer día de los panes sin

Debido a las siete semanas que mediaban entre ella y el sábado de la Pascua, en el Antiguo Testamento se le llamaba “la fiesta de las semanas”; ¹ al haber ocurrido la siega del trigo en ese intervalo, se llamaba “la fiesta de la siega”; ² y a causa de la ofrenda que le es peculiar, se le llamó “el día de las primicias” ³. Pero después de que el idioma Griego se dio a conocer en Palestina, a consecuencia de la conquista de Asia por parte de Alejandro, adquirió el nombre de Pentecostés (quincuagésimo), por ser el día quincuagésimo. Se celebraba, según el ritual Mosaico, con el servicio especial de ofrecer los primeros frutos de la cosecha del trigo en forma de pan.⁴ Esta era una de las tres fiestas anuales en los que todos los varones Judíos debían estar presentes. La condenación y muerte de Jesús había ocurrido durante uno de estos, y el siguiente fue elegido más apropiadamente como la ocasión para Su vindicación y para la inauguración de Su reino en la tierra. El día también era apropiado por ser el día de la semana en el que resucitó de entre los muertos.

Las personas aquí reunidas y llenas del Espíritu Santo no eran, como muchos han supuesto, los ciento veinte discípulos mencionados entre paréntesis en el capítulo anterior, sino los doce apóstoles. Esto se asegura por la conexión gramatical entre el primer versículo del capítulo y el último del anterior. En su conjunto, se lee como sigue: “Y les echaron suertes, y la suerte cayó sobre Matías Y fue contado con los once apóstoles. Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos”¹

sin levadura, aunque en el no se debía hacer “ningún trabajo servil”, nunca se llama sábado. En cuanto al testimonio de Josefo sobre el tema, debemos recordar que, aunque afirma haber sido de ascendencia sacerdotal, nunca fue consagrado como sacerdote, escribió su obra *Antigüedades* muchos años después de la caída del templo y el cese de sus solemnidades, y su conocimiento de tales temas dependía de sus lecturas del Antiguo Testamento, en las que no tenía ventaja sobre los eruditos modernos. Aquí, como en muchos otros lugares, él ha malinterpretado el texto.

¹ Deut.16:10. ² Ex. 23:16. ³ Num.28:26. ⁴ Lev.23:15-21; Num.28:26-31.

La casa en la que los apóstoles estaban sentados cuando el Espíritu descendió sobre ellos no era el aposento alto en el que moraban, sino algún departamento del templo; porque, como aprendemos del tratado anterior de Lucas, los apóstoles durante estos días “estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios” (Luc.24:52) es decir, continuamente allí durante las horas en que el templo estaba abierto. El departamento superior era su lugar de alojamiento.¹

Las lenguas como de fuego que eran visibles sobre las cabezas de los apóstoles fueron *símbolos* de las lenguas audibles en las que inmediatamente comenzaron a hablar; y agregaron mucho al esplendor de la escena, que pronto captó la atención de la multitud reunida. La declaración de que las lenguas “se les aparecieron” no pretende excluir como testigos de ello a los que fueron reunidos, sino que señala el hecho de que los apóstoles estaban solos cuando el fenómeno apareció por primera vez.

Cuando los apóstoles fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar según el Espíritu les daba que hablase, la promesa de un bautismo en el Espíritu Santo y el poder de la alto fue cumplido. El poder tuvo efecto en sus mentes, y su presencia se manifestó exteriormente al hablar en idiomas que nunca habían aprendido.²

¹ La suposición presentada por primera vez por Crisóstomo, y adoptada muy generalmente por los Comentaristas más recientes, de que todos los ciento veinte estaban incluidos, y la opinión propuesta en los tiempos modernos (vea Alford *Ibid.*), de que todos los discípulos de Jesús que habían venido a la fiesta fueron incluidos, están completamente sin apoyo en el contexto; y la única razón plausible dada para cualquiera de los dos es el lenguaje universal empleado en la siguiente cita de Joel: “Y después de esto derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones” (Joel 2:28). Pero es obvio a simple vista que estas palabras no se cumplieron todas en aquella ocasión. Ninguno de los presentes estaba viendo visiones o soñando sueños. Aquí hubo sólo un comienzo de un cumplimiento que luego se prolongó hasta que todo se cumplió según lo predicho por Joel.

El milagro interno y mental fue demostrado por lo externo y lo físico. La promesa, “Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros” (Mat.10:20) se cumplió en su sentido más literal; porque las mismas palabras que pronunciaron les fueron supliditas inmediatamente por el Espíritu. No se preocuparon por cómo o qué decir, ni tampoco premeditaron. Literalmente les fue dado en esa hora lo que *debían* hablar.

Tal poder nunca antes había sido otorgado a los hombres. Fue el bautismo en el Espíritu Santo; no de los cuerpos, como el bautismo de Juan en agua, sino de sus *espíritus*. No fue un bautismo literal, porque este acto no debe afirmarse de la conexión entre espíritu y espíritu; pero la palabra bautismo se usa metafóricamente. Así como el

¹ En oposición a esta conclusión, Alford dice: “Ciertamente Lucas no habría usado esta palabra (“toda la casa”) de un departamento en el templo, o del templo mismo, sin más explicación” (Véase también Meyer *Ibid.*). Pero ya se había dado suficiente explicación con la declaración de que los apóstoles estaban “continuamente en el templo”; y, aunque Alford dice que esta declaración no puede aplicarse aquí, no da una buena razón para la afirmación, e insistimos en que si puede y lo hace. Un aposento alto en una casa particular no podría haber proporcionado espacio para la asamblea que presenció este fenómeno; mientras que uno de los muchos departamentos en el atrio del templo, con un lado abierto a toda el área del atrio, habría sido perfectamente adecuado para la ocasión.

² Con respecto al significado del autor aquí, la siguiente declaración enfática de Alford debe adoptarse de todo corazón: “No puede haber ninguna duda en ninguna mente sin prejuicios, que el hecho que esta narración nos presenta es que los discípulos comenzaron a *hablar en varios idiomas, es decir: los idiomas de las naciones enumeradas a continuación, y quizás otros*. Todos los intentos de evadir esto están relacionados con algún forzamiento del texto, o con alguna explicación rebuscada e indefendible”. Admitir con Meyer (Com. *Ibid.*), que este es el sentido del autor, y luego decir: “La comunicación repentina de una facilidad para hablar idiomas extranjeros no es lógicamente posible ni psicológica y moralmente concebible”, no es solo negar la confiabilidad del autor, y por lo tanto desacreditar todos sus relatos de milagros, pero es negar que el Espíritu pueda actuar milagrosamente en las mentes de los hombres. El lector que tenga curiosidad por conocer los muchos intentos absurdos que se han hecho para explicar este milagro, encontrará una descripción suficiente de ellos en el Comentario de Meyer sobre este pasaje.

cuerpo, cuando es bautizado en agua, se hunde debajo de su superficie y es completamente abrumado, de igual modo sus espíritus estaban completamente *bajo* el control del sus espíritus estaban completamente *bajo* el control del Espíritu Santo, siendo sus propias palabras las del Espíritu y no las de ellos. La metáfora se justifica por el poder sus espíritus estaban completamente *bajo* el control del Espíritu Santo, siendo sus propias palabras las del Espíritu y no las de ellos. La metáfora se justifica por el poder absoluto que el Espíritu divino ejercía sobre sus espíritus. absoluto que el Espíritu divino ejercía sobre sus espíritus. Tal no es el caso con las influencias ordinarias del Espíritu. Por consiguientes, estos no deben ser denominados bautismos en el Espíritu.¹

2. El Efecto en las Multitudes (5-13)

Vers. 5-13. Si tratamos de concebir algún método por el cual la inspiración milagrosa de un grupo de hombres pueda demostrarse inmediatamente a una audiencia, sin duda no podremos pensar en otro que no sea el empleado en esta ocasión – el de *hablar* inteligiblemente las maravillosas obras de Dios en una variedad de lenguas desconocidas para los oradores. Esto muestra lo apropiado del milagro particular obrado aquí, e incluso la necesidad del mismo para la convicción inmediata de los oyentes. Tal exhibición podría estar disponible para su propósito solo en presencia de personas familiarizadas con los idiomas hablados; pero la presente ocasión suplió esta condición, y a esto el autor se dirige a continuación: **(5) Moraban entonces en Jerusalén judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo.** **(6) Y hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua.** **(7) Y estaban atónitos y maravillados, diciendo: Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan?** **(8) ¿Cómo, pues, les oímos nosotros**

hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido? (9) Partos, medos, elamitas, y los que habitamos en Mesopotamia, en Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia, (10) en Frigia y Panfilia, en Egipto y en las regiones de África más allá de Cirene, y romanos aquí residentes, tantos judíos como prosélitos, (11) cretenses y árabes, les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios. (12) Y estaban todos atónitos y perplejos, diciéndose unos a otros: ¿Qué quiere decir esto? (13) Mas otros, burlándose, decían: Están llenos de mosto. Las lenguas nativas de estos Judíos eran las de los países enumerados en los que nacieron; sin embargo, a todos, o casi todos, sus padres les habían enseñado el dialecto *local* de Judea; porque tal era la costumbre de los Judíos de aquella época. Esto les permitió entender las lenguas habladas por los apóstoles y conocer la realidad del milagro.

Nunca antes se había presenciado un milagro como este, y el autor agota su vocabulario en el intento de describir su efecto en los oyentes. Él dice: "Estaban confusos", "atónitos", "maravillados", "perplejos", y "diciéndose unos a otros: ¿Qué significa esto?" Sobre esta cuestión se centraron sus pensamientos cuando tuvieron tiempo de pensar; y muestra que reconocieron la naturaleza milagrosa del fenómeno, pero no pudieron determinar lo que *significaba*; es decir, con qué propósito se realizó el milagro. No sabían nada de los hombres que hablaban, excepto que eran Galileos. Su pregunta, sin embargo, era la misma que el milagro pretendía provocar, y el discurso que siguió proveyó la respuesta.

Los burladores que dijeron, "Están llenos de mosto" ("vino nuevo" – KJV, RSV) eran hombres irreverentes, que no entendían más de una de las lenguas habladas, y así

confundían el resto con declaraciones necias; o fueron tan excesivamente irreverentes como para burlarse de lo que llenó de asombro a todos los demás. Su burla recibió la debida atención en el discurso que siguió.

3. El Sermón de Pedro (14-40)

I.

El Milagro Explicado, 14-21

Vers. 14-21. (14) Entonces Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló diciendo: Varones judíos, y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oíd mis palabras. (15) Porque éstos no están ebrios, como vosotros suponéis, puesto que es la hora tercera del día; (16) Mas esto es lo dicho por el profeta Joel: (17) Y en los posteriores días, dice Dios, Derramaré¹ de mi Espíritu sobre toda carne, Y vuestras hijos y vuestras hijas profetizarán; Vuestros jóvenes verán visiones, Y vuestros ancianos soñarán sueños; (18) Y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días Derramaré de mi Espíritu, y profetizarán. (19) Y daré prodigios arriba en el cielo, Y señales abajo en la tierra, Sangre y fuego y vapor de humo; (20) El sol se convertirá en tinieblas, Y la luna en sangre, Antes que venga el día del Señor, Grande y manifiesto; (21) Y todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. Pedro había escuchado lo que dijeron los burladores, y aunque

¹ El uso que se ha hecho de la expresión “derramar” en relación con la controversia sobre el bautismo (*Alexander On Acts, Ibid.*) es una muestra de celo partidista que es digno de mención solo porque se hace figurar en las discusiones sobre el tema por hombres de poco discernimiento. Se usa figurativamente para el envío del Espíritu Santo, ya que no se puede usar literalmente de una persona. La misión del Espíritu así designada y el bautismo en el Espíritu son dos conceptos distintos, y el término con el que se expresa el primero no puede tener ninguna relación posible con el significado del término con el que se expresa el segundo. Además, el término bautismo también se usa figurativamente en la conexión. Expresa el poder que el Espíritu ejerció sobre la mente de los apóstoles después de haber entrado en ellos; mientras que el término derramar (ἐκχεω) expresa el acto de Cristo al enviar el Espíritu desde el cielo.

provino de unos pocos, habló de ello como si expresara el sentimiento de la multitud. Esto tenía la ventaja de evitar una cuestión personal con los habían hecho el comentario, mientras que estaba calculado para despertar el disgusto de quienes habían tomado el asunto en serio.

Su respuesta no fue una refutación completa de la acusación, porque los hombres podrían estar intoxicados a cualquier hora del día; pero la hora temprana hacían muy improbable que estuvieran bajo la influencia del vino, mientras que el resto de su discurso se basó en demostrar la falsedad de la acusación.

La primera parte de la cita de Joel, versículos 17 y 18, es empleada por Pedro para responder a la pregunta de la multitud: “**¿Qué quiere decir esto?**” y la respuesta fue concluyente. Si hubiera atribuido el hablar en lenguas al ingenio de él mismo y de sus compañeros, o a cualquier otra cosa que no fuera el poder divino, sus oyentes no podrían haber aceptado su explicación; porque sabían que sólo el poder divino podía capacitar a los hombres para hablar así. Por lo tanto, cuando lo atribuyó al Espíritu de Dios, no pudieron sino ver que tenía razón; y cuando citó el pasaje del profeta que obviamente se cumplió ante sus ojos, no pudieron sino ver que los milagros estaban predeterminados en la mente de Dios.

También pudieron ver que la profecía implicaba mucho más de lo que estaban presenciando en ese momento; porque contemplaba un derramamiento del Espíritu Santo, no sólo sobre los hombres que estaban delante de ellos, sino sobre “toda carne”, tal como haría que hombres y mujeres profetizaran, vieran visiones y soñaran sueños. Todo excepto lo primero estaba aún por cumplirse, pero todo se cumplió en el curso de los

acontecimientos que el autor procederá a registrar. Por “*toda carne*” se entiende obviamente no sobre todo ser humano, sino personas de *todas* las nacionalidades.

El resto de la cita de Joel, versículo 19, 20, no tiene relación con el argumento de Pedro, pero probablemente se hizo para completar la conexión de lo que exigía su argumento. El grande y manifiesto día al que se refiere se ha entendido de diversas maneras; algunos refiriéndose a la destrucción de Jerusalén, algunos al día del juicio, y algunos incluso al mismo día de Pentecostés, “*Todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo*”, parece identificarlo con el día del juicio; porque sólo se escapará de los terrores de ese día invocando el nombre del Señor. No debemos entender que el *mero* acto de invocar el nombre del Señor salvará, sino la invocación al Señor que acompaña la fe y la obediencia sin las cuales toda invocación es vana.

Hasta ahora, en su discurso Pedro se ha limitado a probar su inspiración y la de sus compañeros. Esta fue una preparación necesaria para lo que seguiría, porque sus oyentes solo de esta manera podrían estar preparados para recibir con confianza implícita lo que tenía que decir de Jesús.

Si hubiera cerrado su discurso en este punto, se habrían convencido (es decir, la parte reflexiva de ellos) de que estaban escuchando a un hombre inspirado; pero no habrían aprendido más acerca de Jesús, o acerca de la salvación a través de él, de lo que sabían antes. Pero ahora se completa la introducción del discurso; el camino está preparado para la presentación del tema principal, y él procede inmediatamente a anunciar la proposición para lo cual todo lo que había dicho era sólo introductorio.

II.

Jesús es Proclamado como Cristo y Señor, 22-32**(a) Su Resurrección Declarada, 22-24**

Vers. 22-24. Es imposible para nosotros, a esta distancia de espacio y tiempo, darnos cuenta, excepto en un grado débil, del efecto en las mentes tan excitadas del próximo anuncio hecho por Pedro: (22) **Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesus nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; (23) a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, perdisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; (24) al cual Dios le levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella.** Llenos de asombro como ya lo estaban los oyentes, por una manifestación visible y audible del Espíritu de Dios, ven ahora que todo este asombroso fenómeno está subordinado al nombre de aquel Nazareno a quien habían despreciado y crucificado. Esta condena se les impone en una sentencia repleta de una serie de hechos

¹ Por los tres términos, obras milagros (*δυνάμεις*), prodigios (*τέρατα*) y señales (*σημεῖα*), Pedro no significa tres clases de acciones, sino emplea tres términos para describir los mismos fenómenos. Se refiere a los **milagros** de Jesús, que fueron obras poderosas, o poderes, porque obraron por el poder inmediato de Dios; **prodigios**, porque suscitaban asombro en los que los presenciaban; **señales**, porque significaban la aprobación de Dios a lo que Jesús enseñaba en relación con ellas.

² El original, (*ἀνόμων*), significa en este lugar, como se indica en el margen de la versión R. V., no hombres que son violadores de la ley, sino hombres que no están bajo la ley, es decir, Gentiles, cf. 1 Corintios 9:21.

³ En la expresión, “desatado los dolores de la muerte” (*τὰς ὀδῖνας του θανάτου*), los dolores de la muerte se consideran en sentido figurado como ataduras que retienen a la víctima de la muerte en confinamiento hasta que son desatadas. Ambos términos se usan figurativamente, y no es el propósito de Pedro insinuar que Jesús sufrió dolores después de morir. Pero para otro concepto del significado, véase Alford y Meyer.

calculados para hacerlos tambalearse y tambalearse como una baja rápida sucesión de fuertes golpes. En un suspiro se les recuerdan los maravillosos milagros y señales que Jesús había obrado entre ellos; ellos son responsabilizados de saber que esto es cierto; se les informa que fue de acuerdo con el propósito *predeterminado* de Dios que fue entregado en su poder, y no por su propia impotencia; y se les dice audazmente que Dios lo había resucitado de entre los muertos, siendo imposible que un ser como Él sea *retenido* permanentemente entre los muertos.

Jamás labios mortales anunciaron en tan breve espacio tantos hechos de importancia tan terribles para los oyentes. Podríamos desafiar al mundo a encontrar un paralelo en los discursos de sus oradores o las declamaciones de sus poetas. No hay un semejante rayo en todas las cargas de los profetas de Israel, o entre las voces que resuenan a través del Apocalipsis. Es el primer anuncio público al mundo de un Redentor resucitado y glorificado.

(b) La Resurrección de Cristo Predicha por David, 25-31

Vers. 25-28. Dos de los actos declarados en este anuncio requerían prueba; los otros no requerían ninguna. Que Jesús había sido aprobado por Dios por medio de milagros, y que lo habían matado por manos de los inicuos Romanos, eran hechos bien conocidos por los oyentes; pero que Jesús les ha sido entregado de acuerdo con un propósito predeterminado de Dios, era una novedad para ellos; y que Dios lo había resucitado de entre los muertos, no creían; Por lo tanto, estas dos últimas afirmaciones necesitaban *prueba*, y Pedro procede a dar la prueba de manera tanto formal como concluyente. Cita primero el pasaje en el que David había predicho muy claramente la resurrección de alguien de entre los muertos, hablando en

primera persona, como si se refiriera a sí mismo. (25) Porque David dice de él; Veía al Señor siempre delante de mí; Porque está a mí diestra, no seré conmovido. (26) Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua, Y aun mi carne descansará en esperanza; (27) Porque no dejarás mi alma en el Hades, Ni permitirás que tu Santo vea corrupción. (28) Mi hiciste conocer los caminos de la vida; Me llenarás de gozo con tu presencia.

Solo una parte de esta cita en lo que se refiere a la resurrección se adapta al propósito especial del apóstol, y la porción anterior (versículos 25, 26) sirve para presentarla en forma concretada. Las palabras, “No dejarás mi alma en el hades” afirman un regreso del alma del estado desencarnado;¹ mientras que las palabras “Ni permitirás que tu Santo vea corrupción” afirman que el cuerpo sería reanimado por el *retorno* del alma, antes de que la corrupción se asentara. Las palabras añadidas, “Me hiciste conocer los caminos de la vida; Me llenarás de gozo con tu presencia”, se refieren primero al conocimiento de este tema impartido antes de la muerte, y en segundo lugar a la alegría del resucitado de entre los muertos al contemplar el rostro de Dios.

Que este pasaje predice la resurrección de alguna persona de entre los muertos previa a la corrupción de su cuerpo, es innegable; y la única pregunta entre Pedro y sus oyentes era, ¿De quién habla David? Como utiliza la

¹ Hades es una palabra Griega transferida al Inglés porque nuestro idioma no tiene una palabra nativa que la represente exactamente. Se compone de privado ἀ y ἰδεῖν ver, y significa literalmente *lo invisible*; pero en el uso se aplica exclusivamente a la morada invisible de los espíritus humanos sin cuerpo. Si no tuviéramos otra prueba de este significado, nuestro texto, combinado con el comentario de Pedro, en el versículo 31 a continuación, lo aclararía. Mientras que el cuerpo de Jesús estaba en la tumba, su alma estaba en el Hades y, sin embargo, estaba en el Paraíso, como aprendemos de su declaración al ladrón moribundo (Lucas 23:43). Esto muestra que para los justos el Hades es un lugar de dulce reposo.

primera persona, y por lo tanto parece hablar de sí mismo, fue necesario que Pedro, para desarrollar su argumento, mostrara que se refiere a alguna *otra* persona, y esa persona es el *Cristo*. Esto procede a hacerlo.

Vers. 29-31. (29) **Varones hermanos,** se puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy. (30) Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado de que su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su rostro, (31) viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni que su carne vio corrupción. Era bien sabido por los Judíos, como lo es por todos los intérpretes de los Salmos proféticos, que David habla habitualmente en *primera* persona cuando profetiza del Cristo; y en cualquier caso dado, si se aclara que no habla de sí mismo, la conclusión es que *habla* del Cristo. Esta es la fuerza del argumento de Pedro, y probó a sus oyentes Judíos lo que él se dispuso a probar, que el Cristo, de acuerdo con un propósito predeterminado y expreso de Dios, sufriría la muerte y resucitaría rápidamente de entre los muertos. También corrigió su concepción de un reinado terrenal de Cristo, y les mostró que Él se sentaría en el trono de David después de Su resurrección, y no antes de Su muerte.

(c) La Resurrección de Jesús Atestiguada por los Doce, 32

V. 32. Hasta aquí en su argumento el orador ha probado que el Cristo iba a ser entregado a la muerte, y que iba a resucitar de entre los muertos para sentarse en Su trono; pero todavía tiene que probar que esto era verdadero de Jesús. Esto lo prueba ahora por el testimonio

de sí mismo y de los once que estaban con él: (32) **A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.** Es probable que esto sea solo la sustancia de lo que dijo sobre este punto, y que entró en los detalles del testimonio. Como los testigos eran personalmente desconocidos para la multitud, su testimonio como simples hombres podría haber tenido poco peso entre sus oyentes; pero hablaban como hombres llenos del Espíritu de Dios, y esto para los hombres de educación Judía era garantía suficiente de que lo que decían era ciertamente verdadero. En consecuencia, el hecho ahora establecido por este testimonio, tomado en conexión con lo que acabamos de aprender del Salmo, de que el Cristo iba a sufrir y resucitar de entre los muertos como Jesús había sufrido y resucitado, probó más allá de toda duda que Jesús era el Cristo. Por lo tanto, así debió parecerle a todo oyente reflexivo.

(d) **Jesús Exaltado al Trono de Dios, 33-35**

V. 33. Para sustentar la proposición de que el Cristo resucitaría de esta manera para sentarse en el trono de David (versículos 30, 31), era necesario que Pedro trazara su progreso más allá de la resurrección, y mostrará que realmente había sido exaltado al trono. Esto lo hace con estas palabras: (33) **Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís.** Su prueba no es la mencionada en el capítulo introductorio de los Hechos, que él y sus compañeros habían visto a Jesús ascender al cielo (1:9-10); porque esto habría sido en vano, ya que sus ojos no lo siguieron más allá de la nube que lo recibió fuera de su vista; sino es lo que sus oyentes estaban presenciando con sus propios ojos y oídos, el hecho de que él y sus compañeros hablaban como el Espíritu Santo les daba que hablasen, mientras las lenguas de fuego se asentaban sobre sus cabezas.

Al decir que Jesús había sido exaltado por la diestra de Dios, Pedro habló lo que ni él ni ningún otro mortal podía hacer sino por la revelación directa; pero a medida que la revelación directa se manifestaba ante el pueblo, quedó claro que el testimonio dado era del mismo Espíritu Santo, que acababa de descender del cielo donde la exaltación había tenido lugar. Aquí había un testimonio que ningún hombre sensato entre los Judíos podría pensar en cuestionar.

Vers. 34, 35. Un punto más se establece, no como prueba adicional de que Jesús había sido exaltado, sino para mostrar que lo que ahora se probó acerca de Él fue predicho del Cristo, y se completará este argumento inimitable: (34) **Porque David¹ no subió a los cielos; pero él mismo dice:** Dijo el Señor a mi señor: Siéntate a mi diestra, (35) **Hasta que ponga a tus enemigos por estado de mis pies.** Los mismos Fariseos admitieron que en este pasaje David se refería a Cristo; y habían estado muy perplejos en las consecuencias de esta admisión en una conversación memorable con Jesús (Mat.22:43, 44); pero Pedro, sin dar nada por sentado, guarda la aplicación, como lo había hecho con la cita anterior de David, al señalar que David mismo *no* había ascendido al cielo, y por lo tanto no podía estar hablando de sí mismo con estas palabras. Admitido esto, la única alternativa era, como en el otro caso, que se refería al Cristo; porque ciertamente David no llamaría a ningún otro su Señor.

¹ Al citar aquí el Salmo 110:1 escrito por David, Pedro por el Espíritu Santo sigue el ejemplo de Jesús, quien hizo lo mismo, y quien también declara que David dijo esto “en el Espíritu” (Mateo 22:43, 44). Este testimonio explícito de la autoría literaria Davídica de ese Salmo no puede descartarse afirmando que fue, en labios de Jesús o de Pedro, un mero acomodo a una opinión incorrecta entonces vigente entre los Judíos; porque el argumento en ambos casos se basa en que David fue es escritor, y es falacioso si este no es un hecho. Tampoco puede considerarse como un error por parte de Jesús o Pedro; pues esto sería acusarlos de un razonamiento falaz basado en premisas asumidas en la ignorancia. Sería una negación del conocimiento sobrenatural por parte de Jesús, y de la inspiración por parte de Pedro.

(e) La Conclusión Lógica, 36

V. 36. Habiendo ahora establecido con evidencias indiscutibles las dos afirmaciones hechas en su anuncio de apertura que se necesitaban pruebas; primero, que Jesús había sido entregado a sus enemigos por el determinado consejo y previo conocimiento de Dios; y segundo, que Dios lo había resucitado de entre los muertos; y habiendo ido más allá de su primer anuncio al probar que Dios lo había exaltado y lo había sentado a Su propia diestra en el cielo, Pedro ahora anuncia su conclusión final en estos términos seguros y sorprendentes: (36) **Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesus a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo.** Lo había hecho Señor al hacerlo sentar en el propio trono *de* Dios, para gobernar sobre ángeles y hombres; y lo había hecho Cristo al hacerlo sentar en el trono *de* David según la promesa. Era el trono de Dios, porque era el trono del dominio *universal*; y era el trono de David, porque era la *descendencia lineal* de David lo que hacía de Jesús el rey legítimo. De esta conclusión, los oyentes Judíos de Pedro aprendieron que, contrariamente a su concepción anterior, el Cristo prometido ¡no se sentaría en un trono *terrenal*, por glorioso que fuera, sino en el trono del *universo*!

III.

El Pueblo Exhortado a Salvarse, 37-40

V.37. Como ya hemos observado, hasta el momento en que Pedro se levantó para dirigirse a la audiencia, aunque se había producido el bautismo del Espíritu Santo y se habían presenciado sus efectos en los sujetos del mismo, no se había producido *ningún* cambio en la mente

de personas en referencia a Jesús, ni experimentaron otra emoción que asombro y confusión. El cambio deseado en referencia a Cristo no se efectuó hasta que Pedro habló; y todo el poder a realizarse que residía en el bautismo en el Espíritu se manifestó mediante las palabras que el Espíritu hizo que Pedro hablara. El primer efecto visible se describe con estas palabras: (37) **Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?**. En esta exclamación, ellos confesaron tácitamente su creencia en lo que Pedro había predicado; y la afirmación de que fueron traspasados hasta el corazón muestra que sentían profundamente el *remordimiento* que los hechos que ahora creían pretendían inspirar. Desde que Pedro comenzó a hablar se produjo un cambio tanto en sus convicciones como en sus sentimientos. Ahora ellos creen que Jesús es el Cristo, y son compungidos en el corazón con el pensamiento de que lo han asesinado. Todo este efecto Lucas lo atribuye, como vemos que se debe ser trazado, a lo que habían oído: "Al oír esto, se compungieron de corazón". Esto ejemplifica la enseñanza de Pablo, que "la fe es ("viene" – KJV) por el oír, y el oír, por la palabra de Dios" (Rom.10:14-17).

V. 38. La pregunta, "¿Qué haremos?" tuvo referencia a como podían estos hombres culpables escapar de las consecuencias de su crimen; y aunque la idea de la salvación de sus pecados en general apenas podría haber tenido un lugar en sus mentes, la verdadera fuerza de su pregunta estaría bien expresada por la pregunta completa: ¿Qué *debemos* hacer para ser salvos? Esta es la *primera vez* bajo el reinado de Cristo que se planteó esta pregunta trascendental y, por supuesto, la primera vez que *recibió* una respuesta. Cualquiera que haya sido la respuesta adecuada bajo cualquier dispensación anterior, o en cualquier tiempo anterior en la historia del mundo, la

respuesta dada por Pedro en este día de Pentecostés, el día en que comenzó el *reinado* de Cristo en la tierra, es la verdadera e infalible respuesta para todos los que preguntan en todo el tiempo posterior. (38) **Pedro les dijo:** **Arrepentíos,¹ y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para² perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.** Debe observarse que en la respuesta a la pregunta, ¿qué haremos? Se les dice que hagan dos cosas; primero, *arrepentirse*; y segundo, *ser bautizados* en el nombre de Jesucristo. Si Pedro se hubiera detenido aquí, las personas habría aprendido su deber inmediato, y nosotros también habríamos aprendido que el deber inmediato de los hombres compungidos de corazón por un sentimiento de culpa es arrepentirse y bautizarse; también sabríamos que esto es lo que debemos hacer para ser librados de nuestra culpa. Pero Pedro no se detuvo con los dos mandamientos; consideró adecuado declarar específicamente las *bendiciones* que seguirían al cumplimiento de ellas.

A las personas se le dijo que se arrepintiera y se bauticen “para perdón de los pecados”. Esto indica más específicamente lo que se habría entendido al conectar la pregunta con su respuesta, como acabamos de afirmar. Hace que sea doblemente cierto que el perdón de los pecados sigue al bautismo y, por lo tanto, debe ser esperado (el perdón de los pecados) por los bautizados. Esto es igualmente cierto si la traducción correcta es, como en la Versión Revisada, “para perdón de los pecados”,

¹ Que a estas personas se les mandó que se arrepintieran después de haber sido “compungidos en el corazón” por el poder del Espíritu a través de la verdad predicada, y fueron tan penetrados por un sentimiento de culpa como para clamar: “¿Hermanos, ¿qué haremos?” muestra claramente que el arrepentimiento no es un mero *dolor* por el pecado, sino un *cambio* que le sigue. Para una definición más detallada, consulte la nota en el Capítulo 3:19.

² Para una justificación de esta desviación de la Versión Revisada, y para una declaración completa de la conexión entre el bautismo y la remisión de los pecados, véase Excurso A.

porque si somos bautizados “para” perdón, el perdón *sigue* al bautismo y el bautismo nos *lleva* a él. El perdón de los pecados, la remisión de los pecados y el perdón son términos sinónimos y expresan la necesidad principal del alma humana en sus circunstancias terrenales más favorables. El rebelde contra el gobierno de Dios, aunque deponga las armas y se convierta en súbdito leal, no puede tener ninguna esperanza *sin* el perdón del pasado; y después de haber sido perdonado, mientras lucha humildemente en el servicio de Dios, se reconoce todavía culpable de defectos por los cuales queda corto en la recompensa final a menos que sea perdonado una y otra vez. La cuestión de las condiciones del perdón, por lo tanto, se divide en dos; una con referencia al *pecador* que aún no ha sido perdonado, y la otra al *santo* que puede haber caído en pecado. Fue la primera clase la que planteó la pregunta a Pedro, y sólo a ellos se aplica su respuesta.

La segunda bendición prometida sobre la condición del arrepentimiento y el bautismo es el “**don del Espíritu Santo**”. Con esto no refiere al don milagroso que acababa de ser otorgado a los apóstoles; porque sabemos por la historia posterior que este don no fue otorgado a *todos* los que se arrepintieron y fueron bautizados, sino solo a unos pocos hermanos de prominencia en las diversas congregaciones. La expresión significa el Espíritu Santo *como* un don; y la referencia es a esa *morada* del Espíritu Santo por la cual producimos los frutos del Espíritu, y sin la cual no somos de Cristo. De esta promesa Pedro habla más plenamente en la siguiente oración de este sermón.

V. 39 (39) Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare. Como se trata de una promesa condicional, condicionada al arrepentimiento

y al bautismo, los hijos mencionados no pueden ser otros que los que se arrepientan y sean bautizados. Esta promesa, por lo tanto, no puede entenderse refiriéndose a niños pequeños. Además, la promesa es para aquellos a quienes el Señor “llamare”, y Él llama solo a aquellos que pueden oír y creer. Podemos señalar que la universalidad de esta promesa, aunque muy clara para nosotros que la leemos a la luz de las revelaciones posteriores, Pedro y los otros apóstoles entendieron que incluía a los Gentiles solo en la medida en que pudieran ser circuncidados. Este es un ejemplo entre muchos en los que hombres inspirados, al hablar las palabras que el Espíritu les dio, no comprendieron adecuadamente su significado.

V.40. Al concluir su informe del sermón de Pedro, el autor nos informa indirectamente que sólo ha dado un resumen del mismo: **(40) Y con otras muchas palabras testificaba y les exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación.** El término “testificaba” se refiere a la parte argumentativa del discurso; y el término, “exhortaba” a la parte oratoria. Este último, naturalmente, siguió su declaración de las condiciones del perdón, y se resume en las palabras: “Sed salvos de esta perversa generación”. Ellos debían salvarse al cumplir con las condiciones de salvación que se acaban de establecer; porque la salvación del pecado se realiza en el perdón de los pecados;¹ y la referencia a estas condiciones era

¹ “*Sed salvos de esta* (en la que ahora vive) *perversa generación* al separarse de ellos por el μετάνοιαν y el bautismo” — Meyer. En oposición a esto, Alford dice: “Los mandamientos de los Apóstoles se traducen incorrectamente en la American Version, “Sálvense a ustedes mismos”. Es estrictamente pasivo — *Sed salvos* — “déjanos salvar”, “Permitan que Dios los salve por medio de nosotros”. Pero el asombroso esfuerzo que hace este ingenioso intérprete para extraer del precepto el significado que le asigna, delata la debilidad del intento. La palabra original está en modo imperativo, σώθητε y como expresa el mandato, “*Sed salvos*”, requiere que el acto de salvar sea hecho por las personas a las que se dirige y, por lo tanto, se expresa correctamente con los términos, “*Sed salvos*”

demasiado obvia para ser malinterpretada.

Esta exhortación debe haber impedido que cualquiera concibiera la idea expresada con tanta frecuencia por los evangelistas modernos, que un pecador no puede hacer *nada* para salvarse. Si bien es cierto que el pecador no puede hacer nada para procurar o merecer su propia salvación, o para perdonar sus propios pecados, *debe* hacer lo que se prescribe como método para *aceptar* la salvación que se le proporciona y se le ofrece. En esta medida se salva a sí mismo. Ser salvo de esa generación era ser salvo del *destino* que aguardaba a esa generación en el mundo eterno, debido a que podemos ser salvos de un barco que se hunde al escapar de su destino. Si el lector revisa cuidadosamente este discurso, con referencia a su plan como sermón y la conducción de su línea de argumentación, él encontrará que cumple con la regla de la homilética tan estrictamente como si Pedro hubiera sido entrenado en esta ciencia moderna; y que su lógica es impecable de principio a fin. Esto no pudo haber sido el resultado de la educación o entrenamiento de Pedro; porque él no tenía instrucción previa que pudiera haberlo cualificado para un trabajo extemporáneo de este carácter; sino debe atribuirse al poder guiator del Espíritu Santo, dándole, según la promesa, (Luc.21:15) “pero yo te daré palabra y sabiduría, la cual no podrán resistir ni contradecir todos los que se opongan”.

3. El Efecto del Sermón, y el Progreso de la Iglesia (41-47)

V. 41. Los oyentes que habían sido tan compungidos de corazón como para exclamar: “Hermanos, ¿qué haremos?” se sorprendieron dichosamente de encontrar

los términos del perdón tan fáciles; y actuaron con la debida prontitud: (41) **Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas.** Recibieron su palabra en el sentido de que la *creyeron* verdadera y la *adoptaron* como regla de acción.

Incontables veces se ha insistido, y tantas veces refutado, que tres mil hombres no podrían haber sido bautizados (sumergidos) durante el resto de ese día, y con el suministro de agua accesible en Jerusalén. Es cierto que no hay ningún arroyo en las cercanías de la ciudad, y nunca lo ha habido, adecuado para ese propósito; pero desde un tiempo muy anterior al nacimiento de Jesús, la ciudad ha sido abastecida de estanques artificiales en los que se podía administrar la ordenanza incluso a tal multitud. En la actualidad, la única de ellas que permanece completamente adecuada para el propósito, y que ha sido utilizada en los tiempos modernos por los misioneros, es el estanque de Siloé, situado en el valle inmediatamente al sur del recinto del templo. Tiene cincuenta pies (15.24 Mts.) de largo, tiene un ancho promedio de unos dieciséis pies (4.87 Mts.) y está rodeada con mampostería hasta una altura de unos dieciocho pies. En su esquina suroeste, donde el muro no se eleva tan alto, un tramo de escalones de piedra, de cuatro pies de ancho, desciende hasta el fondo del mismo. El agua entra por el extremo norte, siendo conducida por un conducto subterráneo desde el Estanque de la Virgen, un manantial perenne, y escapa por el extremo opuesto a través dos orificios, uno en el fondo, y el otro a unos tres o cuatro pies por encima del fondo. Cuando el primero está cerrado, como suele ocurrir, el agua se encuentra a la profundidad más adecuada para el bautismo.

El estanque que ahora se llama Alto Gihón, situado

aproximadamente a media milla al oeste de la puerta de Jaffa, es en la actualidad el siguiente lugar más adecuado. Tiene trescientos dieciséis pies de largo, (96.31 Mts.) doscientos dieciocho de ancho (66.44 Mts.) y una profundidad media de unos veinte pies (20.10 Mts.) Es abastecido por un drenaje superficial y ahora rara vez está lleno. Estuvo provisto de amplios escalones en cada esquina, que descendían hasta el fondo, ahora en un estado de ruina; y cuando el agua estaba a una profundidad adecuada, brindaba facilidades para bautizar a una multitud como la que se bautizó en Pentecostés. Pero el más adecuado de todos los estanques antiguos es el que ahora los europeos llaman Bajo Gihón, pero los nativos lo llaman el Estanque del Sultán, debido a su tamaño. Se formó mediante la construcción de una inmensa presa a través del valle que se encuentra debajo del muro occidental del monte Sion, para retener el agua que fluye por el valle, y otro muro, quinientos noventa y dos pies más arriba en el valle, para respaldar la tierra en ese extremo.

Los lados y el fondo de este estanque consisten en la roca inclinada del valle, y ésta, en el lado próximo a la ciudad, se encuentra en repisas de dos a tres pies de espesor, con una superficie expuesta en muchos lugares de ocho a diez pies de ancho. En estas repisas, a cualquier profundidad del agua, podía pararse un gran número de administradores, muchos más que los doce apóstoles, y bautizar a la vez sin interferir unos con otros. El enlucido dique inferior del estanque tenía tres pulgadas y media de espesor, pero ahora está tan roto que el agua se derrama libremente y el estanque está vacío en la estación seca; pero cuando esta presa estuvo en buen estado de conservación, nadie acostumbrado a bautizar pensaría en recurrir a ningún otro lugar de la ciudad. De hecho, rara vez se puede encontrar un baptisterio mejor en cualquier lugar. Desde

que el conocimiento de estas instalaciones para bautizar en la antigua Jerusalén se ha difundido en el extranjero por los escritos de exploradores dentro de nuestra propia generación, se ha vuelto inexcusable que cualquier persona inteligente plantea la objeción que hemos estado considerando.

En cuanto a la cuestión del tiempo para el bautismo de tantas personas, cualquiera que haga el cálculo matemático, sin el cual es ocioso ofrecer la objeción, puede ver que hubo la mayor abundancia de tiempo. El sermón de Pedro comenzó a las nueve en punto, y podemos suponer con seguridad que los procedimientos en el templo terminaron tan temprano como el mediodía. Esto permite seis horas para que el bautismo se completará ese día, como afirma el texto. Es un trabajo muy deliberado para un administrador bautizar a una persona en un minuto; y si se para en un solo lugar, como suele ser el caso cuando se va a bautizar a un gran número, y hace que los candidatos entren y salgan en una línea continua, el trabajo se puede hacer en la mitad de este tiempo.

Pero, en promedio de *sesenta* por hora, doce hombres podían bautizar setecientos veinte en una hora, y tres mil en *cuatro horas y cuarto*. Este simple cálculo muestra cuán ociosa es la objeción, y prueba que los que la enfatizan mucho nunca la han considerado debidamente.

No satisfechos con las dos objeciones a la inmersión de los tres mil de las que ahora hemos analizado, muchos críticos insisten en que “el acceso a las aguas máspreciadas para la población de una gran ciudad, no se habría permitido a tal multitud”¹. Esta objeción revela ignorancia del diseño de estas piscinas y del uso que se hace de ellas.

¹ El Obispo de Chester (*Speaker's Commentary, Ibid.*).

Incluso en la actualidad, cuando el agua es mucho más escasa que en la antigüedad, se utilizan libremente como piscinas para bañarse, y su agua nunca se emplea para beber o para fines culinarios.

Bautizar en ellas no redujo la cantidad ni perjudicó la calidad del agua para ninguno de los propósitos para los que se utilizó. La multitud que escuchó a Pedro podía acudir a ellos para el bautismo precisamente con la misma libertad con la que los creyentes acuden ahora a los arroyos y estanques en las inmediaciones de cualquiera de nuestras ciudades o pueblos Estadunidenses. Es de esperar que haya llegado el día en que esta objeción no se escuchará más entre los hombres de inteligencia promedio.²

Antes de dejar este versículo, debemos observar que los tres mil dieron *dos pasos* distintos; fueron bautizados, y luego, como un proceso distinto, fueron agregados al número anterior de creyentes. La adición consistió sin duda en alguna forma de reconocimiento público, por el cual fueron reconocidos como *miembros* de la Iglesia. Como la forma no está especificada, no es autoritativa; y los creyentes ahora en libertad de adoptar cualquier forma que parezca apropiada y en armonía con la sencillez del evangelio.

V. 42. Estos jóvenes discípulos que ahora han sido bautizados el mismo día en que se convirtieron en creyentes, tenían muchos objetos subordinados de fe con los que debían familiarizarse, y muchos deberes aún desconocidos en los cuales ser instruidos.

² Y sin embargo, en el volumen de *The Expositor's Bible on Acts*, el autor, G. T. Stokes, D. D., hace esta afirmación: "En el día de Pentecostés era claramente imposible sumergir a tres mil personas en la ciudad de Jerusalén" (Pág.143). Podemos amablemente suponer que el autor nunca se ha familiarizado con el suministro de agua de Jerusalén.

Al dar cuenta de estos asuntos Lucas es mucho más breve, adhiriéndose estrictamente al propósito principal de su narración, el de dar el progreso y los medios de conversión, en lugar de los de edificación e instrucción. Cierra esta sección de la historia con una breve reseña del orden establecido en la nueva Iglesia, mencionando primero sus actos de culto público: **(42) Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones.** Los apóstoles eran todavía los únicos maestros, y al enseñar a los discípulos estaban ejecutando la parte de su comisión que requería que enseñaran a aquellos a quienes bautizaban todas las cosas que Jesús había mandado (Mat.28:19, 20).

El mandato que hizo su deber de enseñar, también que fuera el deber de los discípulos aprender de ellos y acatar sus enseñanzas; y que los dos *lados* hicieron ambas cosas se afirma al decir: “Perseveraban en la doctrina de los apóstoles”.

La comunión en la que continuaron fue su participación conjunta en los privilegios religiosos. El término original *κοινωνία* se usa a veces para las contribuciones hechas para los pobres; pero si bien esta es una de las formas en que se manifiesta la comunión, la palabra *no* suele limitarse a este sentido.

Usualmente ocurre en conexiones tales como las siguientes: “Fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo” (1 Cor.1:9); “el favor de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con vosotros” (2 Cor.13:14) “y verdaderamente nuestra comunión es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Jn.1:3); “tenemos comunión unos con otros” (1 Jn.1:7).

Tenemos comunión con Dios, porque somos hechos partícipes de la naturaleza divina al escapar de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia. Tenemos comunión con su Hijo, por los lazos que su vida y sufrimiento han establecido entre Él y nosotros; y con el Espíritu Santo, porque participamos de la fuerza y la iluminación que Él imparte, y porque Él mora en nosotros.

Tenemos comunión unos con otros, por la participación mutua en el afecto y los buenos oficios de los demás. El término también se usa con referencia a la Cena del Señor “la copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?” (1 Cor.10:16) Esta comunión es nuestra participación conjunta en los beneficios del cuerpo partido y la sangre derramada de Cristo. En todos estos detalles, los primeros discípulos continuaron firmemente en la comunión.

El partimiento del pan y las oraciones, en las que también continuaron con firmeza, son el partimiento del pan emblemático, o la observancia de la cena del Señor, y las oraciones públicas en la congregación.

No se indica aquí la frecuencia con que se partía el pan; pero sin duda fue la misma observancia *semanal* de esta ordenanza la que más tarde encontramos en existencia en congregaciones distantes (Hech.20:7; 1 Cor.11:20). Esto, así como el número y el carácter de las oraciones ofrecidas en las reuniones, era tan bien conocido por Teófilo que no es necesario dar detalles.

V. 43. Junto a esta breve nota del servicio público de la Iglesia, echamos un vistazo al efecto de las escenas recién

descritas en el comentario circundante: **Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles.** Este temor no era el que se asocia con la aversión; porque aprendemos más abajo (47) que muchos se añadían diariamente a la Iglesia.

Era ese solemne *asombro* que los milagros inspiran naturalmente, mezclado con una profunda *reverencia* por una comunidad universalmente caracterizada por una vida santa.

Vers. 44, 45. A continuación se nos presenta una notable exhibición de comunión mencionada anteriormente: **(44) Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; (45) y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno.** Esta conducta contrastaba marcadamente con el abandono de los pobres que entonces era común entre los Judíos, en violación de su propia ley, y que era universal entre los Gentiles. Nunca antes se había visto algo así en la tierra. Para una descripción más completa de esto, véanse los comentarios en el Capítulo 4:32, más adelante.

Vers. 46, 47. La historia posterior de la Iglesia durante un corto tiempo se condensa en esta breve declaración: **(46) Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, (47) alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.** Esto muestra claramente que el templo era el *lugar* de reuniones diarias de la Iglesia. Sus atrios estaban abiertos en todo momento; todos los Judíos tenían tan libre acceso a ellos como a las calles de la ciudad; e incluso los Gentiles tenían libre acceso al atrio exterior, que por este motivo se llamaba el atrio de

los Gentiles.¹ Ningún otro lugar dentro de las murallas de la ciudad podría haber dado cabida a la reunión de tales multitudes.

El partimiento del pan mencionado aquí no es el mismo que el mencionado anteriormente en el versículo 42; porque aquí la referencia es a pan por *alimento*, como se ve en la cláusula calificativa, “comían con alegría y sencillez de corazón”.

Que tuvieran “favor con todo el pueblo”, era una consecuencia natural de la vida admirable que llevaban. Los sacerdotes y escribas habían recibido tal conmoción por el repentino ascenso de la Iglesia que aún no estaban preparados para una oposición abierta a ella.

La declaración de que “el Señor añadía cada día los habían de ser salvos”, significa que había adiciones diarias a la Iglesia, y que los que se añadían a diario se *salvaban* a diario.

La última expresión no significa que estuvieran meramente en el camino de la salvación; sino que eran salvos. Fueron salvos en el sentido en que Pedro había exhortado a los de Pentecostés a “sed salvos”.

La palabra salvar significa hacer seguro; y un hombre queda a salvo de todos sus pecados pasados cuando son *perdonados*. Él no puede salvarse de ellos de ninguna otra manera. En este sentido se salvaban los que se añadían diariamente. Pablo usa la palabra en el mismo sentido cuando dice: “nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por

¹ Vea más sobre el uso del templo bajo los comentarios de 3:11; 5:12, 20, 25, 42.

el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tito 3:5).

El hecho de que fueran los salvos quienes fueron añadidos a la Iglesia, justifica la conclusión de que *sólo* aquellos que son salvos, o cuyos pecados son perdonados, tienen *derecho* a ser miembros de la Iglesia. Condena la práctica de recibir personas en la Iglesia “como medio de gracia”, es decir, como medio para buscar el perdón; y también condena la recepción de niños que aún son incapaces de cumplir con las condiciones en las que se ofrece el perdón.

SECCION III — EL PROGRESO DE LA IGLESIA Y SU PRIMERA PERSECUCION

(3:1- 4:31)

1. Un Hombre Cojo es Sanado por Pedro (3:1-11)

Vers. 1-10. Hasta ahora, las labores de los apóstoles habían tenido un éxito ininterrumpido y sorprendente. Ahora se nos presenta una serie de conflictos, en los que se alternan el éxito y la aparente derrota en la historia de la Iglesia de Jerusalén. El templo sigue siendo el lugar de reunión y se convierte en el lugar del conflicto. (1) Pedro y Juan subían juntos al templo a la hora novena, la de la oración. (2) Y era traído un hombre cojo de nacimiento, a quien ponían cada día a la puerta del templo que se llama la Hermosa, para que pidiese limosna de los que entraban en el templo. (3) Este, cuando vio a Pedro y a Juan que iban a entrar en el templo, les rogaba que le diesen limosna. (4) Pedro, con Juan, fijando en él los ojos, le dijo: Míranos. (5) Entonces él estuvo atento, esperando recibir de ellos algo. (6) Mas Pedro dijo: No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda. (7) Y tomándole por la mano derecha le levantó; y al momento se le afirmaron los pies y tobillos; (8) y saltando, se puso en pie y anduvo; y entró con ellos al templo, andando, y saltando, y alabando a Dios. (9) Y todo el pueblo le vio andar y alabar a Dios. (10) Y le reconocían que era el que se sentaba a pedir limosna a la puerta del templo la Hermosa; y se llenaron de asombro y espanto por lo que le había sucedido. Este milagro es una de las *muchas* señales y prodigios mencionados anteriormente en el capítulo 2:43, realizados día tras día por los apóstoles; y se selecciona para una

mención particular debido a las consecuencias que le siguieron. Las circunstancias que lo acompañaron fueron calculadas para que atrajera una atención inusual. La Puerta Hermosa era sin duda el paso favorito hacia el atrio del templo; y como el hombre de esta sanidad se colocaba allí todos los días, él era bien conocido por todos los que frecuentaban el templo. La curiosidad natural de los benevolentes acerca de las aflicciones de aquellos a quienes ellos ayudaban también había llevado al conocimiento general de que había sido un lisiado desde su nacimiento.

Además, el *tiempo* de la sanidad era cuando una multitud de personas piadosas estaban entrando en el templo para la oración de la tarde, a la hora del incienso de la tarde,¹ y no podían sino notar los saltos y los gritos del hombre que había sido sanado. Al ser testigos de su éxtasis y verlo sujetado de Pedro y de Juan, nadie necesitó preguntar el significado de su conducta, pues todos vieron de inmediato que había sido sanado por los apóstoles, y todos se quedaron mirando atónitos, olvidando las oraciones por la que se habían reunido.

V. 11. Probablemente era la intención de Pedro y Juan ir con el pueblo a la corte Judía y participar en la oración con ellos mientras se quemaba el incienso en el templo, pero la conducta del lisiado y la del pueblo combinadas produjo un cambio diferente. **(11) Y teniendo asidos a Pedro y a Juan el cojo que había sido sanado, todo el pueblo, atónito, concurrió a ellos al pórtico que se llama de Salomón.**

¹ Las horas de quemar incienso en el templo eran la tercera y la novena hora; y aprendemos del ejemplo de las personas en el tiempo de la visión de Zacarías (Lucas 1:10) que era la costumbre de las personas piadosas en la ciudad reunirse alrededor del templo y orar mientras se quemaba el incienso.

La estructura que aquí se llama “pórtico” era una columnata construida a lo largo de la cara interior del muro que rodeaba el patio exterior. Consistía, según Josefo, en filas de columnas de piedra de veintisiete pies de altura, con un techo de cedro que descansaba sobre ellas y sobre la pared, de modo que constituía un pórtico cubierto, con su lado interior abierto hacia el templo. En el lado oriental del patio había dos filas de estas columnas, haciendo ese pórtico de sesenta pies de profundidad y tan largo como el muro, que Josefo estima en un estadio, por su medida exacta hoy es mil quinientos treinta pies. En el extremo sur, que ahora mide novecientos veintidós pies, había cuatro filas de columnas, haciendo tres caminos o pasajes entre ellas, cada una de treinta pies de profundidad, y en consecuencia la profundidad de este pórtico era de noventa pies.¹ Estos inmensos pórticos cubiertos, o claustros, como los llama Josefo, servían como protección del sol en el verano y de la lluvia en el invierno. Contenían espacio suficiente para la gran multitud de discípulos cuando se reunían en una sola masa; y también para muchas reuniones separadas de grandes números para escuchar a diferentes predicadores hablando al mismo tiempo. Los doce apóstoles podrían estar predicando en ellos a la misma hora, cada uno a una gran audiencia, y sin embargo estar lo suficientemente separados para evitar la confusión del sonido. En cuál de estos pórticos se llevó a cabo la presente reunión no podemos decirlo, porque no se nos informa de cuál de estos se distinguió con el nombre de “el pórtico de Salomon”, siendo este por supuesto un título honorífico.

2. El Segundo Sermón de Pedro

I.

Introducción: El Milagro Explicado, 12-16

¹ Josefo (*Antigüedades XV.3.5*)

Vers. 12-15. La admiración de la multitud se dirigió hacia Pedro y Juan, y el primero vio que atribuían la sanidad más bien a algo extraordinario en ellos que al poder de Su Maestro. Aprovecha esta circunstancia y dedica la introducción de su sermón a encauzar sus pensamientos por el cauce correcto. (12) **Viendo esto Pedro, respondió al pueblo:** Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto? ¿o por que ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro propio poder o piedad hubiéramos hecho andar a éste? (13) El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilato, cuando éste había resuelto ponerle en libertad. (14) Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese un homicida, (15) y matasteis al Autor¹ de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos. En este pasaje los apóstoles hacen en sustancia el mismo anuncio acerca de Jesús con el que introdujo el tema principal de su primer discurso. El estilo antitético adoptado en esta ocasión dio a su anuncio una fuerza aún *mayor* que antes, si lo consideramos con referencia al efecto sobre las conciencias de sus oyentes. El hecho de que el Dios de sus padres había glorificado a Jesús se contrasta con el hecho

¹ La palabra ἀρχηγὸν traducida aquí *Príncipe* tanto en A.V. como en R.V., puede tener este significado solo en el sentido primario de *líder*. También significa autor u originador, y así se traduce en la R. V., en Hebreos 5:9; 12:2, “autor de eterna salvación”, “autor” y consumidor de nuestra fe”. En esos lugares no podía traducirse príncipe. Sus únicas otras dos apariciones en el N. T. están en este lugar y en un discurso posterior de Pedro, v. 31. En última instancia, “príncipe y Salvador”, no es una traducción tan buena como “líder y Salvador” porque la mente es apta para asociar con príncipe la concepción de la realeza, que no está sugerida por la palabra original. Hay la misma objeción a “príncipe” en el pasaje que tenemos ante nosotros, y la objeción adicional, que la expresión “príncipe de vida”, no transmite una idea distinta, y ciertamente no es la idea correcta. Pedro está contrastando el acto de matar a Jesús con el hecho de que Él es el *autor* de la vida. Por estas razones no he dudado en apartarme de la R. V. en este caso. Véase Grimm de Thayer; Meyer, *Ibid.*, y Speaker’s Commentary *Ibid.*

de que lo habían entregado a la muerte; su negativa a dejarlo en libertad, con el deseo de Pilato de dejarlo ir; su rechazo de uno que era santo y justo, con la exigencia de que se les soltara a un asesino; y el hecho de que lo mataron, con el hecho de que Él era el autor de la vida. Estos cuatro puntos de *contraste* forman los pasos de un clímax.

A quien el Dios de vuestros padres glorificó, ustedes lo entregaron a muerte. Su criminalidad en esto se ve agravada por la consideración de que cuando el gobernante pagano de su nación lo declaró inocente y propuso liberarlo, ustedes protestaron en contra de ello. Incluso esto no expresa la enormidad de su culpa, porque ustedes mismos sabían que Él era un hombre santo y justo, y prefirieron la liberación de uno a quien sabían que era un *asesino*. Finalmente, al asesinarlo, hicieron morir al mismo autor de la vida, su propia vida y la vida de todos los hombres; y aunque le dieron muerte, ha resucitado de entre los muertos. Un clímax más grandioso, o una combinación más feliz de clímax y antítesis, no se encuentra a con frecuencia, si es que se encuentra, en la literatura. Tenemos razones para creer (vea abajo en el versículo 17) que el efecto sobre esta multitud fue abrumador. Los hechos expuestos en el discurso eran innegables, excepto la resurrección, y de esto Pedro declara que él mismo y Juan son testigos.

V.16. Mediante el anuncio precedente, Pedro introdujo sólo en parte el tema de su discurso. Avanzó hasta la resurrección, pero no llegó a toda la verdad con respecto a la glorificación de Jesús. Ahora completa su introducción, y al mismo tiempo demuestra la realidad de la resurrección y glorificación de Jesús, añadiendo: **(16) Y**

por la fe en su nombre, a éste, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado su nombre; y la fe que es por él ha dado a éste esta completa sanidad en presencia de todos vosotros. Aquí está una de esas repeticiones comunes a los oradores extemporáneos, con la intención de dar mayor énfasis al pensamiento principal, y al mismo tiempo prevenir un probable malentendido.

Para que el uso peculiar que se hace del nombre de Jesús induzca a algunos de la multitud entusiasmada a pensar que había algún encanto en el mero nombre, un error en el que cayeron después ciertos Judíos en Éfeso (Hech.19:13-17) Pedro es particular en decir que fue por fe en Su nombre que se había obrado el milagro. Debemos notar, también, que la fe que había efectuado la sanidad *no era* la del lisiado; porque es evidente por el relato de la sanidad (versículos 4-8) que antes de efectuarse, él cojo no tenía fe en lo absoluto. Cuando Pedro le dijo: "Míranos", el hombre miró hacia arriba, esperando recibir limosna. E incluso cuando Pedro le dijo que en el nombre de Jesucristo que caminara, él no hizo *ningún* intento de moverse hasta que Pedro lo tomó de la mano y lo levantó.

No mostró fe ni en Jesús, ni en el poder sanador de los apóstoles, hasta que se encontró capaz de pararse y caminar. La fe, entonces, era la *de* Pedro; y esto concuerda con lo que aprendemos en los Evangelios, que la realización de un milagro por parte de los que poseen dones espirituales dependía siempre de su fe. Pedro recibió poder para caminar sobre el agua; pero cuando su fe vaciló, comenzó a hundirse, y Jesús le dijo: "¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?" (Mateo 14:31). Cuando nueve de los apóstoles en una ocasión memorable, trataron de echar

fuera un demonio y fallaron, Jesús explicó el fracaso diciendo que fue debido a su *poca* fe (Mateo 17:20). Fue sólo la “oración de fe” la que podía sanar a los enfermos (Sant. 5:15).

Puede ser bueno observar aquí, que si bien la fe era necesaria de parte de alguien a quien se le habían impartido poderes milagrosos, para poder obrar un milagro en particular, ninguna fe permitió jamás obrar un milagro a quien semejantes poderes *no* se le habían impartido. La noción, por lo tanto, que ha existido en algunas mentes de vez en cuando desde el período apostólico, de que si nuestra fe fuera lo suficientemente fuerte también podríamos obrar milagros, tiene tan *poco* fundamento en las Escrituras como lo tiene en la experiencia.

II.

El Perdón de los Pecados Ofrecido A través de Cristo, 17-21

Vers. 17, 18. En este punto del discurso hay una marcada carga en el tono y la manera de Pedro. Ha hecho una terrible acusación a los oyentes, exponiendo su criminalidad en términos implacables; pero ahora suaviza su tono y atenúa su falta, influido sin duda por una perceptible expresión de dolor en sus semblantes. (17) **Mas ahora, hermanos, sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros gobernantes.** (18) Pero Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer. El hecho que actuaron en la ignorancia era una atenuación de su crimen, pero no los hacía *inocentes*. El hecho declarado

en conexión con esto, que en su maltrato a Jesús, Dios estaba cumpliendo lo que había declarado a través de los profetas que debía hacerse, no es fácilmente reconciliado por la filosofía humana con la afirmación de su culpabilidad. Una vez antes, Pedro había puesto en yuxtaposición estos dos hechos aparentemente contradictorios, la soberanía de Dios y el libre albedrío del hombre, cuando dijo: “entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos” (2:23).

Que Dios había predeterminado la muerte de Jesús, no se puede negar sin contradecir tanto a los profetas como a los apóstoles; y que los que lo mataron obraron perversamente al hacer lo que Dios había determinado que se hiciera, afirma Pedro, y tres mil de los participantes en Pentecostés, junto con muchos en esta ocasión, lo admitieron. Si alguien puede formular una teoría mediante la cual estos dos hechos puedan reconciliarse filosóficamente, la aceptaremos si podemos entenderla; pero a menos que ambos hechos inalterados tengan un lugar en la teoría, debe ser rechazada. Mientras tanto, es bueno seguir el ejemplo de Pedro, quien pone los dos hechos uno al lado del otro, apelando a los *profetas* para la prueba del uno, y a las *conciencias* de sus oyentes para la prueba del otro, y no parece darse cuenta de que se ha involucrado en la más mínima dificultad. Es una locura escalar donde estamos seguros de caer.

Vers. 19-21. Habiendo demostrado ahora la resurrección y glorificación de Jesús, junto con la criminalidad de aquellos que lo habían condenado, el apóstol ofrece a continuación el perdón a sus oyentes en los

términos prescritos en la comisión. (19) Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, (20) y él envió a Jesucristo, que os fue antes anunciado; (21) a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo. Aquí, como en su declaración anterior de las condiciones del perdón, el apóstol no hace mención de la fe; pero, habiendo trabajado desde el comienzo de este discurso para convencer a sus oyentes, su mandamiento de arrepentirse lleva la suposición de que ellos creían. Un mandamiento basado en un argumento o en un testimonio implica siempre la suficiencia de la prueba y asume que el oyente está convencido. Además, Pedro sabía que nadie se arrepentiría por su mandamiento si *no* creía en lo que había dicho. En todos los puntos de vista del caso, entonces procedió con naturalidad y seguridad al omitir la mención de la fe.

En el mandamiento, “Arrepentíos y convertíos”, palabra “convertíos” expresa algo que debe hacerse después del arrepentimiento, y algo diferente del arrepentimiento; porque no sería apropiado añadir el mandamiento “Convertíos”, si su significado ya se hubiera expresado en el mandamiento “Arrepentíos”. Para una comprensión adecuada de las condiciones del perdón prescritas aquí, debemos determinar la importancia exacta de estos dos términos.

El concepto más predominante del arrepentimiento es la tristeza piadosa por el pecado; pero según Pablo, la tristeza piadosa por el pecado está relacionado con el arrepentimiento como causa para el efecto. “La tristeza que

es según Dios”, dice, “produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse.” Dice además a los Corintios: “Ahora me gozo, no porque hayáis sido contrastados, sino porque fuisteis contrastados para arrepentimiento” (2 Cor.7:8-10). Estas observaciones muestran que es la tristeza según Dios (es decir, la tristeza piadosa) es lo que lleva a los hombres al arrepentimiento; y lo último implica que puede haber dolor por el pecado *sin* arrepentimiento. La misma distinción está implícita en ordenar a los que en Pentecostés que ya estaban “compungidos de corazón” que se arrepintieran. Se ilustra en el caso de Judas, que experimentó el dolor más intenso por el pecado; pero en lugar de producir el arrepentimiento, lo llevó al *suicidio*.

El hecho así aclarado de que el arrepentimiento es el resultado de la tristeza piadosa según Dios por el pecado, ha llevado a algunos críticos a suponer y enseñar que el arrepentimiento significa reforma de vida, dado que esto es el resultado del dolor en cuestión.² Pero aunque la reforma resulta de la tristeza por el pecado, las Escrituras proporcionan evidencia clara de que se distingue del arrepentimiento. Confundir los dos términos convertiría el pasaje que tenemos ante nosotros en una pieza de tautología; porque cuando Pedro dice: “Arrepentíos y convertíos”, la idea de reforma está involucrada en la palabra convertíos; y si arrepentirse significaba reformar, entonces el mandamiento no sería más que reformar y reformar. Juan Bautista, al demandar al pueblo que “produzca frutos dignos de arrepentimiento”, distinguió entre el arrepentimiento y las obras de una vida reformada, refiriéndose a estos últimos como los frutos de los primeros.

¹ Primeramente propuesto por el Dr. George Campbell en sus *Notes on the Four Gospels*.

Para él la reforma es fruto del arrepentimiento, y no su equivalente. Cuando Jesús habla de arrepentirse siete veces al día, ciertamente quiere decir algo diferente a la reforma; para esto requeriría más tiempo. Nuevamente, cuando Pedro requirió que los del Pentecostés se arrepintieran y fueran bautizados, si por arrepentimiento hubiera querido decir reforma, les habría dado tiempo para reformarse antes de bautizarlos, en lugar de bautizarlos inmediatamente. Finalmente, el término original algunas veces se usa en relación con las preposiciones que no son adecuadas para la idea de reforma. Por ejemplo, en 2 Corintios 12:21 se dice, "... quizás tenga que llorar por muchos de los que antes han pecado, y no se han arrepentido de la inmundicia y fornicación y lascivia que han cometido".

Los hombres no se reforman *de* sus malas acciones; y la preposición¹ original en este caso no admitirá una traducción que se adapte al término reforma. Viendo ahora que el arrepentimiento es el resultado del tristeza por el pecado y conduce a la reformación de vida, no podemos tener más dificultad en determinar lo que es; porque el único resultado de la tristeza por el pecado que conduce a la reformación es un *cambio* de la voluntad con respecto al pecado. El significado principal de la palabra Griega μετάνοια es un cambio de *mentalidad*; y en este sentido se usa cuando dice que para Esaú "no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas" (Heb. 12:17).

Cuando buscó hubo un cambio en la mente de su padre con referencia a la bendición ya otorgada a Jacob.

¹ Es ἐπί con el dativo.

Aquí el cambio deseado no fue un cambio del pecado; porque Isaac no había cometido pecado al otorgar la bendición a Jacob; en consecuencia, la palabra en este caso debe traducirse, no arrepentimiento, sino cambio de mente. Si el cambio de voluntad designado por la palabra no es el resultado de la tristeza por el pecado, sino de algunas consideraciones de mera conveniencia, no es el arrepentimiento requerido; y si no llega a la reformación de vida por parte del penitente, no alcanza las bendiciones aquí prometidas por Pedro. El arrepentimiento, pues, plenamente definido, es un *cambio de la voluntad* provocado por la tristeza por el pecado, y que conduce a una reformación de la vida.

Ahora podemos percibir más claramente que antes que en el mandamiento, “Arrepentíos y convertíos”, se requieren dos cambios distintos, que ocurren en el orden de las palabras. Al comentar sobre este último como se presenta en la versión King James, el Sr. Barnes dice: “Esta expresión (convertirse) transmite una idea que no se encuentra en absoluto en el original. Transmite la idea de pasividad – convertirse, como si fueran a ceder a alguna influencia extraña a la que ahora estaban resistiendo. Pero la idea de ser pasivos en esto no se transmite en la palabra original. La palabra propiamente significa “dar la vuelta – volver a un camino del que uno se ha extraviado; y luego alejarse de los pecados, o abandonarlos”.¹ Esta interpretación no fue disputada por eruditos competentes mientras la versión antigua estuvo vigente, y ahora que la Versión Revisada la ha sellado con su autoridad, apenas será cuestionada por algunos.² El término denota un cambio de conducta. Pero un cambio de conducta tiene un

¹ Notas, *Ibid.*, ² En esta visión no se encuentran los términos *convertir* y *convertido*, debido a que la palabra original se traducen en todas partes como “un giro o vuelta”. Esta mejor interpretación debería promover una mejor comprensión de un tema importante.

comienzo; y se dice correctamente que una persona se convierte cuando hace el primer acto hacia una vida mejor. Ahora bien, sucede que un acto se le ordenaba uniformemente al creyente penitente como el *primer acto* de obediencia a Cristo, es decir, ser bautizados. Esto lo entendieron los presentes oyentes de Pedro, porque había sido proclamado desde Pentecostés en adelante, y lo habían visto observado todos los días. Por lo tanto, cuando escucharon el mandamiento “Arrepentíos y convertíos”, no pudieron sino entender que debían convertirse al ser bautizados, entrando así en una vida nueva y mejor. El bautismo, fue por lo tanto, un acto *de la conversión*.

Podemos llegar a la misma conclusión por otro curso de razonamiento. El mandamiento, “Convertíos”, ocupa la *misma* posición entre el arrepentimiento y la perdón de los pecados que el mandamiento, “Sed bautizados”, en el discurso anterior de Pedro. Luego dijo: “Arrepentíos y bautícese cada uno para perdón de los pecados”; ahora dice: “Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados”.

No es necesario señalar que borrar los pecados es una expresión *metafórica* de su perdón, comparándose el perdón con borrar de una tablilla de cera lo que estaba escrito en ella. Ahora bien, cuando los oyentes de Pedro le oyeron mandarles que se arrepintieran y se convirtiesen para recibir la misma bendición por la cual les había mandado anteriormente que se arrepintieran y fueran bautizados, no pudieron sino entender que la palabra genérica convertirse se usaba con referencia específica al bautismo; y esto, no porque las dos palabras signifiquen lo mismo, sino porque los hombres se convirtieron al *ser* bautizados. Esta es la doctrina del pasaje.

Aunque que el mandamiento de arrepentirse y convertirse tenía como propósito principal que sus pecados pudieran ser borrados, se mencionan otras dos consecuencias como incentivo adicional para el cumplimiento; primero, “**para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio**”; y segundo, para que “**él envíe a Jesucristo que os fue antes anunciado**”. Los “tiempos de refrigerio” se colocan aquí donde se colocó “el don del Espíritu Santo” en el primer discurso, y la referencia es al refrigerio del *alma* efectuado por los gozos del Espíritu Santo.

El envío de Cristo a ellos se refiere sin duda a su venida final; y dependía de la obediencia, como podemos saber por declaraciones posteriores, aunque los oyentes de Pedro no podían saberlo en ese momento, en la forma general que una cierta cantidad de obra en la salvación de los hombres debía cumplirse antes de su venida.

Esto está indicado por la observación calificativa, “a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo”. Es difícil determinar el significado exacto de la palabra *restauración* en este lugar; pero está limitada por la expresión, “todas las cosas de que habló Dios por boca de sus profetas” y en consecuencia consiste en el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento; y la observación da la seguridad de que Jesús no volverá *hasta* que todas estas profecías se hayan cumplido. Es bastante común que aquellos teóricos que creen en la salvación final de todos los hombres citen este pasaje incorrectamente al omitir la última cláusula, citando “la restauración de todas

las cosas" y haciendo que signifique la restauración a la pureza y felicidad primitivas de todas las cosas y de todos los hombres. Esto es manejar la palabra de Dios con engaño.

III

Estas Cosas son Asuntos de Profecía y Promesa, 22-26

Ver. 22, 23. Independientemente de lo que pudiera probarse en relación con la resurrección de la glorificación de Jesús, un Judío no estaría dispuesto a aceptarlo como el Mesías prometido a menos que la prueba contuviera evidencia de que los hechos fueron objeto de profecía.

Con este fin, y también con el propósito de advertir a sus oyentes para que no rechacen lo que habían oído, Pedro introduce a continuación una conocida profecía hecha por Moisés: (22) **Porque Moisés dijo a los padres; El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hablé.** (23) **y toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo.** Que Pedro tenía razón al aplicar esta profecía a Jesús, era perfectamente obvio para todos los que creían en lo que había dicho anteriormente; porque si lo que había dicho de Jesús era verdad, la semejanza de la que dependía la aplicación se encontraba en Jesús, y en nadie más.

Moisés se distinguió de todos los demás profetas en que era un libertador y un legislador. Los otros profetas fueron empleados para hacer cumplir la ley que Moisés dio, pero no en añadirle nada ni en dejarla de lado. Jesús, sin embargo, fue como Moisés, en que también vino como un libertador, proponiendo una liberación mucho más gloriosa

que la de Moisés, y también promulgó leyes para un nuevo gobierno de los hombres. Esto probó que Él solo era el profeta del que habló Moisés, y mostró a la audiencia que al obedecer a Jesús estarían obedeciendo a Moisés, mientras que al rechazarlo incurrirían en la maldición que Moisés pronunció.

V. 24. No contento con aportar el testimonio de Moisés, Pedro le añade la autoridad conjunta de todos los profetas. **(24) Y todos los profetas desde Samuel en adelante, cuantos han hablado, también han anunciado estos días.** Esta declaración debe entenderse sólo de aquellos profetas cuyas profecías están registradas en el Antiguo Testamento: porque sólo a estos podía apelar Pedro ante sus oyentes.

Se utilizan los términos universales de la observación, como era común entre los oradores y escritores Judíos, solamente en un sentido general; porque no se puede afirmar absolutamente que todos los profetas hayan hablado explícitamente de “estos días”; pero esto era verdadero de los profetas en general, y Pedro fecha el comienzo de la serie desde Samuel, no porque el mismo Samuel hablara de estos días, sino porque la sucesión constante comenzó con él.

Es muy probable que en la entrega real del discurso, del cual Lucas casi con certeza nos ha dado solo un epítome, como lo hizo con el primer discurso, Pedro citó muchas de estas profecías y dejó clara su aplicación a sus oyentes. El argumento del discurso está ahora completo, y una vez más se prueba que Jesús es el Mesías prometido y el Hijo de Dios glorificado.

Vers. 25, 26. Habiendo completado su argumento, Pedro luego hace un llamamiento a sus oyentes basado en su veneración por los padres de su nación, y por el pacto que habían heredado. (25) **Vosotros sois los hijos de los profetas, y del pacto que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a Abraham:** En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra. (26) **A vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad.** Este fue un tierno llamado a los sentimientos nacionales, hecho más efectivo por la información de que la bendición que se les ofrecía en Cristo era la misma bendición contemplada en la bien conocida promesa a Abraham, y que a ellos primero, por su relación con los profetas y a Abraham, Dios había enviado a su Hijo resucitado para bendecirlos *antes* de visitar al resto de la humanidad.

Aquí tenemos una interpretación autorizada de la promesa hecha a Abraham. Se cumple, según Pedro, al apartar a los hombres vivientes de sus iniquidades. Sólo aquellos que se *apartan* de sus iniquidades son los recipientes de la bendición prometida; y el hecho de que todos los linajes de la tierra serían bendecidos no afecta esta conclusión, excepto extendiendo su aplicación a aquellos entre todos los linajes que se arrepientan de sus iniquidades. Para los oyentes de Pedro, esta observación concluyente no únicamente transmitió esta exhortación sino recordaba la exhortación, “Convertíos” diciéndoles que Dios había enviado a Jesús con el propósito mismo de convertirlos de la iniquidad.

Por una causa que aparece en el siguiente párrafo de la narración, este discurso de Pedro no fue llevado a su

conclusión. Sin duda, si se le hubiera permitido continuarlo, habría cerrado con una exhortación a la obediencia inmediata como la que cerró su primer sermón.

3. Pedro y Juan Son Arrestados (4:1-4)

Vers. 1-3. Hasta ese momento, la obra de los apóstoles había continuado sin interrupción, y probablemente comenzaron a imaginar que los antiguos enemigos de su Señor estaban tan completamente paralizados por los triunfos de la verdad que habían perdido todo su celo y valor anteriores. Pero justo en este momento de esperanza y alegría, la calma fue seguida por una tormenta. (1) **Hablando ellos al pueblo, vinieron sobre ellos los sacerdotes con el jefe de la guardia del templo, y los saduceos,** (2) resentidos de que se enseñasen al pueblo, y anunciasen en Jesús la resurrección de entre los muertos. (3) **Y les echaron mano, y los pusieron en la cárcel hasta el día siguiente, porque era ya tarde.** Esta repentina perturbación de la audiencia interesada por un cuerpo de hombres armados que se precipitaron entre ellos y apoderándose de Pedro y Juan, fue un movimiento muy audaz y alarmante de parte de los incrédulos.

A primera vista habríamos esperado que los fariseos, los antiguos perseguidores de Jesús, fueran los líderes en cualquier persecución de los apóstoles; pero aquí vemos a los Saduceos, quienes eran comparativamente indiferentes a las pretensiones de Jesús, tomando la iniciativa; y se explica por el hecho de que los apóstoles enseñaron por medio de Jesús la resurrección de entre los muertos. Si bien Jesús había enseñado la misma doctrina, y en una ocasión la había sostenido contra los Saduceos en un debate especial (Mat.22:23-33), rara vez había atacado la doctrina o las prácticas de este grupo. Pero ahora todo el peso de la predicación estaba en oposición a la negación por parte de los Saduceos de la resurrección de entre los muertos; y en

cuanto a Caifás, el sumo sacerdote, que era Saduceo, la predicación lo afectó aún más gravemente al considerarlo un asesino. Estaba bien calculado despertar a ese partido a la violencia. Al mismo tiempo, aunque los Fariseos de ningún modo podían haber mirado con indiferencia el triunfo de los apóstoles, aun cuando sus enemigos estaban siendo desconcertados por la predicación, la doctrina de la resurrección era algo que ellos también creían, y la única objeción que tenían a la predicación era que la resurrección era proclamada en el *nombre* de Jesús.

Todavía estaban observando el curso de las cosas con asombro, sin estar preparados para ninguna acción decisiva. Habían odiado a Jesús porque había atacado sus tradiciones y expuesto su hipocresía; aún no habían aprendido a odiar a los apóstoles, porque estos últimos aún no los habían atacado abiertamente. Los sacerdotes que ayudaron en su arresto pueden haber sido Saduceos, o pueden haber sido instigados por el hecho de que esta predicación de Pedro, comenzando ese día a la hora de la oración de la tarde, había desviado la mente de las personas de los sacrificios y las oraciones habituales ante el templo. El “capitán del templo”, que dirigía el grupo que realizaba los arrestos, era el comandante de la guardia de los Levitas que siempre estaba de guardia en las puertas y en otros lugares, para mantener el orden dentro de los recintos sagrados.¹

Las personas que había estado escuchando a Pedro deben haber sido puestas en gran excitación por el arresto, y los discípulos presentes pueden haber esperado ver recreadas las escenas asesinas que acabaron con la vida de su Maestro; sin embargo, las palabras de Pedro no dejaron

¹ Fueron primeramente establecidos bajo el nombre de porteros por David (1 Cron.26:1-19). En Lucas 22 se alude a una de ellos.

de tener un efecto decidido, porque Lucas dice: **(4) Pero muchos de los que habían oído la palabra, creyeron; y el número de los varones era como cinco mil.** Fiel a la costumbre de las naciones orientales hasta el día de hoy, se da aquí el número de hombres solos, las mujeres no se contabilizaban. El número total de creyentes de ambos sexos debe haber superado en gran medida estas cifras. El aumento desde el día de Pentecostés debió ser muy rápido, porque sin duda muchos de los bautizados entonces debieron partir a sus hogares lejanos, y aun así el aumento había sido de más de dos mil, sin contar las mujeres.

4. La Defensa de Pedro ante el Concilio, 5-12.

Vers. 5, 6. Habiéndose hecho el arresto a última hora de la tarde (3), se pospusieron los procedimientos adicionales hasta el día siguiente, y Pedro y Juan tuvieron la tranquilidad de una noche bajo vigilancia para reflexionar y animarse mutuamente antes de ser llevados a juicio. **(5) Aconteció al día siguiente, que se reunieron en Jerusalén los gobernantes, los ancianos y los escribas. (6) y el sumo sacerdote Anás, y Caifás y Juan y Alejandro, y todos los que eran de la familia de los sumos sacerdotes.** Los hombres aquí llamados “gobernantes, ancianos y escribas” constituían el cuerpo principal del tribunal supremo de los Judíos, llamado Sanedrín. Anás, a quien Lucas, tanto aquí como en su narración anterior, llama sumo sacerdote, era el sumo sacerdote legítimo, pero había sido depuesto por Valerio Grato, el predecesor de Pilato, y Caifás, su yerno, había sido establecido en su lugar por el mismo procedimiento ilegal, de modo que mientras éste ejercía el oficio, el otro tenía derecho legítimo a él, y era reconocido como sumo sacerdote por el pueblo. Los Juan y Alejandro mencionados eran hombres bien conocidos de

gran autoridad, como lo indica claramente la forma en que se mencionan, pero no se sabe nada más de ellos. La asamblea fue convocada con el propósito de determinar qué se debe hacer con Pedro y Juan.

V.7. Cuando se reunió el tribunal, trajeron a los prisioneros, y el lisiado que había sido sanado, no queriendo que sus benefactores sufrieran sin su presencia y simpatía, entró audazmente y se colocó cerca de ellos. (7) y poniéndoles en medio, las preguntaron: **¿Con qué potestad, o en qué nombre, habéis hecho vosotros esto?** Esta no era la primera vez que Pedro y Juan estaban en presencia de esta augusta asamblea. Cuando alzaron la vista hacia los rostros de sus jueces y reconocieron a muchos de ellos, no pudieron sino recordar la mañana en que su Maestro estaba allí atado, mientras ellos estaban en el tribunal y miraban, llenos de terribles dudas. La caída y las amargas lágrimas de Pedro en aquella ocasión eran ahora una advertencia y una fortaleza para ambos, mientras que su posición les recordaba algunas palabras solemnes de Jesús que nunca habían adquirido un valor presente hasta ahora. “Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán; y aun ante gobernantes y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles. Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar” (Mat.10:17-19).

Animados por estas promesas, se presentaron ahora ante sus acusadores y jueces con un atrevimiento que para estos últimos era del todo inexplicable. Los prisioneros habían sido arrestados y llevados ante el tribunal sin que se presentaran cargos formales contra ellos, y el tribunal ahora

dependía de lo que se les pudiera extorsionar como motivo de acusación. La pregunta planteada es notable por su vaguedad: ¿Con qué poder o en nombre de qué habéis hecho esto? ¿Hacer qué? Podría haber sido la respuesta. La pregunta no especificaba *nada*, y la razón evidente es que no había ninguna cosa concreta cometida por Pedro y Juan en la que ellos se atrevieron a levantar un juicio, o en lo que podrían basar una acusación de cometer el mal. El sumo sacerdote astutamente formuló una pregunta *indefinida*, con la esperanza de que los acusados, en su confusión, proporcionaran un *motivo* de acusación por hablar palabras sin cautela.

Vers.8-10. Por muy astutamente que fuera la pregunta del concilio, ninguna podría haber servido a Pedro para un mejor propósito. Esta pregunta le dejaba en libertad para elegir como tema de su respuesta cualquier cosa que hubiera hecho, y eligió de entre todo lo que había hecho, lo que era más desagradable para sus jueces. También formuló su respuesta con una referencia más directa a los otros términos de su pregunta de lo que deseaban o esperaban. (8) **Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo:** Gobernantes del pueblo, y ancianos de Israel. (9) Puesto que hoy se nos interroga acerca del beneficio hecho a un hombre enfermo, de qué manera éste haya sido sanado. (10) sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano. Esta declaración no necesitaba prueba, porque los jueces no podían negar, con el hombre de pie frente a ellos, que el milagro había sido obrado; ni podrían ellos con ninguna plausibilidad atribuir el hecho a cualquier otro poder o nombre que el reclamado por el que lo realizó. Negar que el poder era divino, hubiera

sido absurdo en la estimación de todo el pueblo; y haber rechazado la explicación dada por aquellos por quienes se ejerció el poder, no lo habría sido menos. La respuesta, entonces, se reivindicó a sí misma y confundió a los que plantearon la pregunta.

Vers. 11, 12. Dándose cuenta de la ventaja que ahora había obtenido, Pedro la lleva aún más al añadir: (11) **Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo.** (12) **Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.** Aquí, usando las palabras de David, (Sal.118:22, 23) pone a sus jueces y acusadores en la ridícula actitud de los constructores que ponen los cimientos de una casa, pero rechazan la piedra que fue cortada para la esquina, sin lo cual no se podría cerrar el curso de los cimientos, y no se podría construir ninguna parte del muro. Luego, descartando la figura, declara claramente que no hay salvación para el hombre excepto en el nombre del mismo Jesús a quien ellos habían crucificado. Esta declaración es *universal*; y muestra que todo ser humano que se salve, se salvará en el nombre de Cristo. Si alguno que no le conoce ni cree en él es salvo, de alguna manera su salvación será en su nombre.

5. Una Consulta Privada, 13-17.

Vers. 13-14. En lugar de responder con evasivas o tímidamente, como se esperaba de los hombres en su posición social cuando se los acusaba en tal presencia, los apóstoles habían confesado sin vacilar los sentimientos que habían estado predicando, y por los cuales habían sido arrestados, y tuvo el efecto de silenciar a sus acusadores:

(13) Entonces viendo el denuedo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús (14) Y viendo al hombre que había sido sanado, que estaba de pie con ellos, no podían decir nada en contra. No fue hasta este momento, aparentemente, que los jueces reconocieron a los dos apóstoles como antiguos asistentes de Jesús, aunque tal vez todos los habían visto con Él repetidas veces antes de Su muerte, y Juan era un conocido personal de Caifás (Juan 18:15,18). Al final de las palabras de Pedro parece haber ocurrido un silencio total por un tiempo; porque “no podían decir nada en contra”. Ninguno de ellos estaba listo para contradecir nada de lo que había dicho Pedro, o para reprenderlo por decirlo. Su vergüenza era dolorosa.

Vers. 15, 16. El silencio se rompió por la propuesta de retirar a los presos. (15) Entonces les ordenaron que saliesen del concilio; y conferenciaban entre sí, (16) diciendo: ¿Qué haremos con estos hombres? Porque de cierto, señal manifiesta ha sido hecha por ellos, notoria a todos los que moran en Jerusalén, y no la podemos negar. Esta admisión muestra que en sus procedimientos públicos habían sido completamente hipócritas y despiadados. Cómo podrían ahora mirarse a la cara unos a otros, es un rompecabezas moral. Quizás no lo hicieron; y ciertamente no pudieron haberse permitido mirar hacia Dios.

V. 17. El motivo que los controlaba se manifiesta en la conclusión a la que los llevaron sus deliberaciones: (17) Sin embargo, para que no se divulgue más entre el pueblo, amenacémosles para que no hablen de aquí en adelante a hombre alguno en este nombre. El hombre que hizo esta propuesta pensó que había resuelto un problema difícil, y

los demás estaban demasiado complacidos de encontrar una vía de escape a su actual vergüenza, como para pronosticar con mucha astucia el éxito probable de la medida. Era un camino seguro, aunque no muy audaz, y como no había obstáculo en el camino excepto la *conciencia*, no dudaron en adoptarlo. Cómo se enteró Lucas de los detalles de esta consulta secreta, no se nos informa; pero no es difícil de imaginar. Probablemente estaba presente Gamaliel, el maestro de Saulo, y no es improbable que el mismo Saulo también estuviera allí. Además, “una gran compañía de sacerdotes” quienes después se hicieron obedientes a la fe, y una vez que se arrepintieron, no dudarían en confesar toda la villanía de su grupo.

6. Se Prohíbe más Predicación, 18-22.

V. 18. Tan pronto como se adoptó la resolución, se actuó en consecuencia. (18) **Y llamándolos, les intimidaron que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús.** Esta es la primera vez en la historia de la Iglesia que se prohibió la predicación; y ahora estaba prohibida absolutamente. Si los apóstoles obedecen, no se debe decir otra palabra por Jesús en público o en privado. Nos estremecemos al pensar en las consecuencias si esa orden hubiera sido obedecida.

Vers. 19, 20. Los apóstoles, si se hubieran preocupado por su seguridad personal, podrían haberse retirado de la asamblea en silencio. (19) **Mas Pedro y Juan respondieron diciéndoles: Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios.** (20) **porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.** La primera parte de esta respuesta fue un llamado a la conciencia de los

jueces, y la última parte fue una confesión clara pero modestamente expresada del propósito de *ignorar* su orden. El silencio podría haber sido interpretado como un acatamiento; y los apóstoles fueron demasiado frances para permitir que se pensara por un momento que ellos accederían a su medida.

Vers. 21, 22. Debe haber sido una dura prueba para los espíritus orgullosos del Sanedrín tolerar tal desafío de hombres humildes como estos; pero un deseo de conciliar al pueblo, mezclado con un miedo secreto, tal vez, de hacer violencia a los hombres que poseían tal poder, retuvo su ira. **(21) Ellos entonces les amenazaron y les soltaron, no hallando ningún modo de castigarles, por causa del pueblo;** porque todos glorificaban a Dios por lo que se había hecho, **(22) ya que el hombre en quien se había hecho este milagro de sanidad, tenía más de cuarenta años.** Independientemente de lo que pensara las personas de la enseñanza de Pedro, no podían sino admirar y aplaudir la “buena obra hecha al hombre inválido”; y el hecho de que éste tuviera más de cuarenta años, lo hizo bien conocido y objeto de la simpatía universal.

7. El Informe de los Dos Apóstoles, y la Oración de los Doce, 23-31.

Vers. 23-30. Los apóstoles ahora se retiraron triunfantes de la asamblea; pero no estaban inflados por su triunfo ni se dejaron intimidar por su peligro. Parecen haber alcanzado ese elevado equilibrio de fe y esperanza que permite a los hombres mantener un completo *dominio* de sí mismos en medio de todas las vicisitudes de la vida. El camino que siguieron de inmediato es digno de

profunda consideración. (23) Y puestos en libertad, vinieron a los suyos y contaron todo lo que los principales sacerdotes y los ancianos les habían dicho. (24) Y ellos, habiéndolo oído, alzaron unánimes la voz a Dios, y dijeron: Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay; (25) que por boca de David tu siervo¹ dijiste: ¿Por qué se amotinan las gentes, Y los pueblos piensan cosas vanas? (26) Se reunieron los reyes de la tierra, Y los príncipes se juntaron en uno Contra el Señor, y contra su Cristo. (27) Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel. (28). Para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera. (29) Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra. (30) mientras extiendes tu mano para que se hagan sanidades y señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús. En esta oración, como en todas las registradas en la Biblia, encontramos una propiedad en cada parte y una idoneidad en el todo, que son dignas de estudio e imitación. En una ocasión anterior los apóstoles habían presentado ante el Señor a dos personas entre las cuales había que elegir para el oficio apostólico, de modo que se dirigieron a Dios como el conocedor del corazón (Hech.1:24) pero ahora desean su poder protector, y su invocación es: "Oh Señor, tú que hiciste el cielo y la tierra y el mar, y todo lo que hay en ellos

¹ En este pasaje, contrariamente a las opiniones de los racionalistas modernos, los apóstoles representan a David como el autor del Salmo segundo, del cual citan, y declaran que Dios mismo por su Espíritu Santo, pronunció estas palabras por boca de David. Las palabras no podrían enmarcarse en una declaración más explícita de ambos hechos, y la veracidad de la declaración es atestiguada no solo por la autoridad de los apóstoles inspirados, sino por el cumplimiento manifiesto de las profecías del pasaje en el procedimiento que recitan en la siguiente división de la oración. Es vano decir que estos hombres no entendieron la alta crítica, porque aquí no hablan como meros hombres, sino como hombres inspirados.

Su petición es igualmente apropiada. Ellos pusieron el fundamento en la palabra profética que el Señor mismo había pronunciado, y que ahora se había cumplido por parte de Herodes, Pilato, el pueblo de Israel y los Gentiles; y la petición es, primero, “mira sus amenazas”; y segundo, “Concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra”.

En estos días de pasión y guerra, cuando es común que las oraciones se llenen de súplicas por la victoria sobre nuestros enemigos, y a veces de maldiciones a quienes hacen la guerra contra nuestros supuestos derechos, es muy refrescante observar el *tono* de esta oración apostólica. Estos hombres no estaban en peligro de perder algún poder o privilegio meramente político; sino que se les negaba el derecho más preciado e indiscutible que tenían en la tierra, y fueron amenazados de muerte si no *renunciaban* a él: sin embargo, en su oración no manifiestan ningún espíritu vengativo o resentido; sino oran en referencia a sus enemigos sólo esto: “Señor, mira sus amenazas”, mientras dejan que Señor en su soberana voluntad, realice lo que le parezca bueno ante Sus ojos. Mediante oraciones como las que se pronuncian con frecuencia en la actualidad, los hombres tratan de hacer que Dios participe de todas sus airadas contiendas, como si no fuera más que ellos mismos.
2 En lo que respecta a su propia obra, los apóstoles oran sólo por *valor* para continuarla sin tener en cuenta las amenazas de sus enemigos; y dan a entender cómo esperan

¹ Estos pensamientos fueron escritos por primera vez en medio del estruendo y la confusión de nuestra gran guerra civil, cuando incluso los hombres devotos de ambos bandos estaban fuera de sí con las pasiones de la época. La composición de la primera edición de este Comentario fue interrumpida una vez por el estruendo de los cañones en el asedio de Lexington, Missouri, a no muchas millas de la casa del autor en 1862, y una vez por la marcha y contramarcha de los ejércitos contendientes a través de Lexington, Kentucky, donde vivió en 1863.

que se les de este denuedo al pedir que las señales y prodigios que han atestiguado la presencia de Dios entre ellos hasta ahora, continúe atestiguándola todavía. No pensaron en el miedo mientras tuvieran evidencia de la presencia y aprobación divina.

V. 31. La oración de denuedo fue respondida de inmediato, pero de una manera que no se esperaba. (31) **Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y abundante gracia era sobre todos ellos.** El temblor de la casa, acompañado de una renovación consciente del poder milagroso del Espíritu Santo, les dio el valor por lo que oraban, asegurándoles que Dios todavía estaba con ellos.

SECCIÓN IV — MAS PROGRESO DE LA IGLESIA Y UNA SEGUNDA PERSECUCIÓN.

(4:32-5:42)

1. La Unidad y Generosidad de la Iglesia, 32-37.

Vers. 32-35. Después del relato anterior de la primera persecución, Lucas dirige nuestra atención una vez más a la condición interna de la Iglesia. La vida religiosa de los discípulos estaba ahora más desarrollada que en la época a la que se hace referencia al final del segundo capítulo, y la descripción entra más en detalles. (32) **Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común.** (33) **Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos.** (34) Así

que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido. (35) y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad. Considerando el gran número de personas en esta congregación, y la variedad de relaciones sociales de las que repentinamente se habían unido, es verdaderamente notable, y bien digno de un lugar en el registro, que eran de “un solo corazón y alma.” La Iglesia disfrutaba ahora de la unidad por la que había orado el Salvador (Jn.17:1, 20, 21), y el mundo la presenciaba.

La manifestación más sorprendente de ello se vio en ese completo hundimiento del egoísmo que llevó a todos y cada uno a decir que las cosas que poseía no eran suyas, sino propiedad de *todos*. Esto no fue el resultado de la teoría socialista, o de las reglas establecidas para gobernar a todos los que buscaban la admisión en la nueva sociedad; sino era la expresión espontánea del amor de Dios y del hombre lo que se había apoderado de todos los corazones. Entre las naciones paganas de la antigüedad, se desconocía la provisión sistemática para las necesidades de los pobres; e incluso entre los Judíos, cuyas leyes hacían amplias provisiones para esta desafortunada clase, la benevolencia voluntaria fue muy descuidada.

Por lo tanto, era algo nuevo bajo el sol ver a muchas personas en una gran comunidad vendiendo voluntariamente casas y tierras para suplir las necesidades de los pobres que se encontraban entre ellos. No podía dejar de tener el efecto que Lucas le atribuye en las palabras: “**Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia fue sobre todos ellos**”. El nuevo poder no estaba en el

testimonio mismo, que era una cantidad fija, la misma en todo momento; sino en su efecto sobre el pueblo. Su efecto fue más poderoso que antes, porque ahora estaba respaldado por una vida tal entre los que aceptaron el testimonio como no se podía ver ni anticipar al principio. La “abundante gracia” que estaba sobre todos ellos no era la gracia de Dios, que había estado sobre ellos uniformemente desde el principio; sino la gracia, más correctamente referida aquí, es el *favor* del pueblo.

Con frecuencia se ha observado desde entonces que cuando la unidad y la generosidad prevalecen en una congregación, la predicación tiene *mayor* poder por su mayor favor con las personas; mientras que, en ausencia de unidad y generosidad, la predicación más enérgica con frecuencia no produce resultados visibles.

Esta Iglesia no era en esta época una comuna, ni un club socialista, como han imaginado muchos intérpretes; porque no había una distribución uniforme de la propiedad de todos entre los miembros; tampoco la propiedad de todos era mantenida y administrada por los apóstoles como un comité de negocios. Por el contrario, “se repartía a cada uno según su necesidad”; lo que demuestra que sólo los *necesitados* recibían algo, y que los que no estaban necesitados eran los que daban. Esto se ilustra más adelante por la conducta de Ananías y Safira (v. 1-4), y por las circunstancias relacionadas con el nombramiento de los siete para servir las mesas (6: 1-3). No debe suponerse, tampoco, que estos discípulos cometieron un error en materia de su benevolencia, que luego se vieron obligados a corregir al actuar más racionalmente. Esta suposición sólo puede ser adoptada por aquellos que niegan que los

apóstoles fueran guiados por el Espíritu Santo al dirigir los asuntos de la Iglesia, y que al mismo tiempo fallan en tomar en sus mentes un concepto correcto de la benevolencia Cristiana.

En realidad, esta Iglesia estaba sentando un ejemplo para todas las demás Iglesias en todos los tiempos venideros, al mostrar que la verdadera benevolencia Cristiana requiere que no permitamos que nuestros hermanos en la Iglesia sufran por la comida, incluso si aquellos de nosotros que tenemos casas y tierras sólo podemos evitarlo mediante la venta de nuestras posesiones. En otras palabras, nos enseña a compartir el último recurso de nuestras propiedades con nuestro hermano. Veremos más adelante que la Iglesia en Antioquía imitó muy de cerca este noble ejemplo (11: 27-30).

V. 36. Lucas presenta ahora un caso individual de la generosidad antes mencionada, que sin duda introduce debido a la subsiguiente prominencia de la persona. (36) Entonces José, a quien los apóstoles pusieron por sobrenombre Bernabé (que traducido es, Hijo de consolación), levita, natural de Chipre. (37) como tenía una heredad, la vendió y trajo el precio y lo puso a los pies de los apóstoles. “Hijo de la exhortación” es un Hebraísmo para alguien destacado como exhortador. El nombre le fue dado a causa de su superioridad en los discursos exhortativos. Este es un poder mucho más raro entre los oradores públicos que la fuerza lógica o didáctica, y ha sido muy apreciado a lo largo de toda la historia de la Iglesia. Veremos de aquí en adelante que tuvo mucho que ver con la formación de la carrera posterior de este excelente hombre.

Puesto que la ley de Moisés no hizo apropiación de tierras para la tribu de Leví, sino que dispuso que debería ser sostenida por los diezmos de las otras tribus, se ha expresado cierta sorpresa de que este levita era el dueño de bienes raíces. Pero debe recordarse que la asignación original de ciertas tierras a ciertas tribus, y ciertas ciudades a los levitas, habían sido completamente destruidas por los cautiverios Asirios y Babilónicos, y nunca habían sido completamente restauradas, porque eran solo remanentes de algunas de las tribus que regresaron del cautiverio, e incluso no se establecieron de nuevo dentro de los antiguos límites tribales. Este estado de cosas hizo que los levitas se las arreglaran por sí mismos en gran medida, y no había ninguna ley, ni la había habido nunca, que les impidiera adquirir posesiones individuales de tierras.

También es muy probable, aunque no se afirma en el texto, que la tierra de José estuviera en Chipre, que era su país natal. En la expresión, “un natural de Chipre”, el término natural se usa, como en algunos otros pasajes (Mar.7:26; Hech.18:2, 24) para el lugar de su ascendencia, y no para su sangre ancestral.

2. Un Caso de Disciplina, 1-11

Vers. 1, 2. Desafortunadamente para nuestra raza, toda excelencia en el carácter humano tiene sus falsificaciones, y la alabanza prodigada a los hombres de verdadera benevolencia impulsa a veces a otros a jugar al hipócrita fingiendo ser más benevolentes de lo que son. Así resultó en el presente caso: porque la benevolencia de la Iglesia, que era su característica más noble a los ojos del mundo, se convirtió en la ocasión de la primera *corrupción* entre sus miembros. **(1) Pero cierto hombre Ananías, con Safira su mujer, vendió una heredad, (2) y sustrajo del precio, sabiéndolo también su mujer; y trayendo sólo una parte, la puso a los pies de los apóstoles.** El lenguaje implica lo que claramente declara la esposa de Ananías, que esta parte fue representada como el precio total de la posesión. Si intentamos analizar el motivo de la pareja culpable, encontraremos que su acto fue un compromiso entre dos deseos impíos. El deseo de obtener la alabanza de los hombres, como se habían otorgado a Bernabé y algunos otros, impulsó la venta y la *donación*, mientras que el amor al dinero, que todavía los dominaba demasiado, impulsó la *retención* de una parte, mientras que fingían darlo todo. La verdadera benevolencia parece no haberlos movido.

Pero aunque indudablemente fueron gobernados por la avaricia al retener una parte, después de todo, no fue un exceso de avaricia; porque si esta pasión hubiera sido tan fuerte en ellos como en muchos profesantes de la fe en la actualidad, no habrían vendido la tierra en lo absoluto. El hecho de que dieran una gran parte es prueba de que no eran pecadores por encima de todos los hombres con respecto al amor al dinero y, sin embargo, su destino se

presenta como una *advertencia* para todas las generaciones.

Vers. 3, 4. Nunca hubo un hombre, o una asamblea de hombres, más asombrado que Ananías y la congregación en cuya presencia había presentado ostentosamente su donación, por lo que siguió: (3) **Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad? (4) Reteniéndola, ¿no se te quedaba a ti?, y vendida, ¿no estaba en tu poder? No has mentido a los hombres, sino a Dios.** En esta interrogación que escudriña el corazón, Pedro une el poder de Satanás y el libre albedrío de los tentados, tal como lo hizo en un discurso anterior sobre el libre albedrío del hombre y la soberanía de Dios. Le pregunta a Ananías: “¿Por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?”, y al mismo tiempo: “¿Por qué has concebido esto en tu corazón?”

La existencia y la agencia del tentador se reconocen claramente, pero no es Satanás, sino *Ananías*, a quien se reprende, y se le reprende por cometer el mismo pecado que Satanás había cometido, mostrando que es tan culpable como si Satanás no hubiera hecho nada. La justicia de esto se manifiesta por el hecho de que Satanás no tenía poder sobre su corazón sin *su* cooperación. El hecho que él haya prestado esta cooperación, arrojó la responsabilidad sobre él. El conocimiento de Pedro del intento de engaño fue el resultado, no de alguna información humana, sino de la percepción *impartida* milagrosamente por el Espíritu Santo. Esta conclusión es necesaria por todo el curso de la narración, así como por las palabras de Pedro acerca del Espíritu Santo.

V. 5. Si bien la exposición de la hipocresía de Ananías fue una gran sorpresa para las personas presentes, no

estaban preparados, como probablemente el mismo Pedro no lo estaba, para lo que siguió de inmediato. (5) **Al oír Ananías estas palabras, cayó y expiró. Y vino un gran temor sobre todos los que lo oyeron.** No hay evidencia de que Pedro tuviera voluntad *propia* en esta muerte repentina. Parece haber sido un golpe repentino de la voluntad divina, cuya responsabilidad no recayó en Pedro como funcionario de la Iglesia, sino en Dios como gobernador moral de los hombres.

La propiedad de esto puede apreciarse si suponemos que Ananías tuvo éxito en su empresa. Su éxito habría sido temporal, porque el fraude, como todos los demás fraudes, habría sido detectado tarde o temprano, y cuando llegó la detección habría traído consigo un serio descuento en las mentes de las personas sobre los poderes del Espíritu Santo morando en los apóstoles. Saber que el Espíritu podía ser engañado habría socavado todo el tejido de la autoridad apostólica y podría haber derribado la fe de muchos, si no de todos. El intento provocó una crisis de vital importancia y exigió tal reivindicación del poder del Espíritu que no podía ser ni equivocada ni olvidada. El efecto inmediato fue precisamente el deseado: “Y vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas” (5:11).

V. 6. La escena era demasiado impresionante para lamentos o ceremonias fúnebres innecesarias. Como cuando Nadab y Abiu cayeron muertos a la puerta del tabernáculo, con fuego extraño en sus incensarios, no hubo llanto ni demora (Lev.10:1-7). (6) **y levantándose los jóvenes, lo envolvieron, y sacándolo, lo sepultaron.** Esta fue una imitación del entierro de los dos hijos de Aarón que acabamos de mencionar; y como lo último fue ordenado por Moisés, lo primero sin duda fue ordenado por Pedro.

Es difícilmente concebible que los jóvenes de la audiencia se hubieran sentido en libertad de hacer cualquier cosa, a menos que fuera mandados para ir y contarle a la esposa del difunto lo que había sucedido, si no hubieran recibido órdenes del apóstol. Tan natural es esta suposición, que el historiador nada dice en cuanto a la razón por la cual los jóvenes actuaron como lo hicieron.

V. 7. Safira no estaba presente. **(7) Pasando un lapso como de tres horas, sucedió que entró su mujer, no sabiendo lo que había acontecido.** Cómo se le mantuvo ignorando tanto tiempo el destino de su esposo, no se nos informa, aunque es una circunstancia más extraordinaria. Había caído muerto en una asamblea pública, había sido llevado para el entierro, y habían pasado tres horas, sin embargo, su esposa entró en la misma asamblea sin que una palabra llegara a sus oídos sobre el tema. Naturalmente, el primer impulso de todos habría sido correr de inmediato y contarle la historia, para que al menos pudiera estar presente en el entierro de su marido. Es necesario suponer aquí, como en el caso del acto sorpresivo de los jóvenes, alguna autoridad superior; y no es difícil ver que el mismo Pedro, para que la complicidad de Safira en el delito pudiera ser justamente probada y expuesta, ordenó a los discípulos presentes que le *ocultaran* la información.

Vers. 8-10. Llegó preparada para representar íntegramente la parte acordada entre ella y su marido. **(8) Entonces Pedro le dijo:** Dime, ¿vendisteis en tanto la heredad? Y ellas dijo: Sí, en tanto. **(9) Y Pedro le dijo:** ¿Por qué conviniste en tentar al Espíritu del Señor? He aquí a la puerta los pies de los que han sepultado a tu marido, y te sacarán a ti. **(10) Al instante ella cayó a los pies de él,** y expiró; cuando entraron los jóvenes, la hallaron muerta; y la sacaron, y la sepultaron junto a su marido. En su caso,

Pedro sabía lo que estaba a punto de suceder y lo declaró; pero no hay evidencia de que su propia voluntad haya sido ejercida para causar su muerte. Consideramos su muerte, como la de su esposo, como un milagro obrado independientemente del poder alojado en el apóstol; y parece haber sido considerado así por las autoridades en Jerusalén; porque cuando los apóstoles fueron llevados después ante ellos, no se presentó ningún cargo de asesinato, como podría haber sido el caso si el acto se hubiera entendido de otra manera. En la pregunta, “¿Por qué convinisteis tentar al Espíritu del Señor?” Pedro declara el resultado de su acuerdo, y no el objetivo del mismo. El acto fue tentar al Espíritu, en el sentido de *probar* Su poder para detectar los pensamientos de los hombres. Si se hubiera preguntado antes a la pareja culpable si pensaban que podían engañar al Espíritu Santo, sin duda habrían respondido que *no*, porque debían saber que tal intento sería en vano.

Se atrevieron a intentarlo porque pensaban en los apóstoles como hombres, y *no* como hombres inspirados. La prueba así aplicada involuntariamente resultó en una triunfal reivindicación del poder del Espíritu como guía interior, y las circunstancias eran tales que ningún hombre podía atreverse a *repetir* el experimento.

V.11. El fracaso del complot resultó tan propicio para la causa de Cristo como su éxito hubiera sido desastroso. **(11) Y vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas.** Este temor fue provocado no solo por el repentino y terrible destino de la pareja culpable; sino también por la evidencia que el incidente proporcionó del poder escudriñador que moraba en los apóstoles. Los discípulos tenían ahora un *mejor* concepto de la naturaleza de la inspiración apostólica, y las masas incrédulas se

llenaron de respeto y reverencia. No debemos dejar de lado este incidente sin observar su relación en otra dirección. Esta pieza de corrupción estaba relacionada con la tesorería del Señor; y aparte de la característica que fue enfatizada por Pedro, tiene relación con nuestra vida moderna en la Iglesia. La mentira contada por Ananías consistió en presentar su contribución como más *amplia* en proporción a su capacidad de lo que realmente era.

Cada vez que un miembro de la Iglesia en la actualidad hace afirmaciones exageradas de la cantidad que está dando, o subestima la cantidad de su riqueza, para distinguir un grado de generosidad *más allá* de lo que es real, es culpable del pecado de Ananías y Safira; y si todos ellos cayesen muertos en seco, habría una reducción de las filas en algunos lugares. A todos los que se sientan tentados a actuar así se les debe advertir fielmente que el mismo Dios que castigó a Ananías y Safira en el acto no dejará de castigar, en su propio tiempo y lugar, a todos los que los imiten.

3. La Prosperidad de la Iglesia Incrementada, 12-16.

En este párrafo, el autor expone más plenamente los efectos de la exposición y el castigo de Ananías y Safira. Sus efectos se vieron en el mayor número de sanidades realizadas por los apóstoles, la mayor reverencia que sentía el pueblo por ellos y el mayor número de adiciones a la Iglesia. (12) **Y por mano de los apóstoles se hacían señales y prodigios en el pueblo; y estaban todos unánimes en el pórtico de Salomón.** (13) De los demás, ninguno se atrevía a juntarse con ellos; mas el pueblo los alababa grandemente. (14) Y los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de

mujeres; (15) tanto que sacaban los enfermos a las calles, y los ponían en camas y lechos, para que al pasar Pedro, a lo menos su sombra cayese sobre alguno de ellos. (16) Y aun de las ciudades vecinas muchos venían a Jerusalén, trayendo enfermos y atormentados de espíritus inmundos; y todos eran sanados. La última parte de este pasaje muestra que el mayor número de milagros obrados ahora era en consecuencia, no se debió a un mayor poder de los apóstoles, sino a un mayor celo por las sanidades entre las personas; y trajeron mayor número de enfermos para ser sanados porque su fe en el poder sanador era *mayor* que antes.

Muchos de estos que fueron sanados y los que los trajeron sin duda fueron bautizados, y de este modo comenzaron a formarse Iglesias en estas “ciudades vecinas”. El pórtico de Salomón continuó siendo el lugar de reunión de los discípulos; pero ahora tanto los santos como los pecadores se mantenían a una distancia más respetuosa de los apóstoles que antes; porque cada uno sentía su propia indignidad y temía la posibilidad de ser *herido* por algún pecado, como lo habían sido Ananías y su esposa. Todas estas consideraciones tuvieron su efecto natural en los pecadores, llevándolos en gran número al arrepentimiento y al bautismo. La mención especial de las mujeres aquí por primera vez es una indicación probable de que entre los conversos había ahora un número relativo mayor de éstas que antes.

Generalmente, en nuestra experiencia moderna, un gran pecado expuesto en la iglesia, como el de Ananías y Safira, desacredita a la Iglesia por un tiempo, disminuye el respeto que se le tiene en la comunidad, y hace todos los esfuerzos para aumentar sus números inútiles. ¿Por qué el

efecto en Jerusalén fue el contrario de esto? Esta es una pregunta seria para aquellos que gobiernan en la Iglesia. Es bastante evidente que la diferencia depende de la manera muy diferente en que ahora se trata esa conducta escandalosa. Si la iglesia de Jerusalén hubiera tolerado a Ananías y Safira, reteniéndolos en su comunión después de su exposición, sin duda “los caminos de Sion se habrían lamentado”, y los pecadores no se habrían vuelto al Señor. Pero el castigo repentino que les infligió el Señor, y el aborrecimiento de su hecho manifestado al enterrarlos sin ceremonia con las ropas con que murieron, y mientras sus cuerpos apenas estaban fríos, hizo que toda la comunidad sintiera que aquí había un pueblo entre ellos donde el pecado no podía ser tolerado.

Era un lugar seguro para un hombre que necesitaba la santa compañía que lo ayudara en su esfuerzo por vivir una vida santa – un lugar en el que podía esperar que todo paso en falso fuera rápidamente corregido, y a través del cual podía esperar confiadamente hacer su peregrinaje a un mundo mejor. Las personas que desean hacer un compromiso con el pecado, y que se unen a una Iglesia simplemente porque tienen miedo de vivir sin una apariencia de religión, siempre evitarán tal Iglesia; pero aquellos que son fervientes en el deseo de salvar sus almas y hacer el bien, buscan tal Iglesia como su hogar espiritual. ¿Cuándo se verá de nuevo en la tierra la rígida disciplina que Dios estableció en el principio? Respondan los pastores del rebaño, recordando que deben dar cuenta a Dios de las almas encomendadas a su cuidado.

4. Los Apóstoles son Encarcelados y Liberados 17-21.

Vers.17, 18. El entusiasmo que ahora prevalecía en Jerusalén y las ciudades adyacentes, expresada en la

alabanza entusiasta de los apóstoles y en el hecho de que muchos se convirtieron al Señor, fue demasiado para la ecuanimidad de los dignatarios que habían prohibido predicar o enseñar más en el nombre de Jesús, y los movió a la acción nuevamente. (17) **Entonces levantándose el sumo sacerdote y todos los que estaban con él, esto es, la secta de los saduceos, se llenaron de celos;** (18) y echaron mano a los apóstoles y los pusieron en la cárcel pública. Enfurecidos por los celos contra los hombres cuya influencia habían tratado en vano de destruir, y que ahora eran casi adorados por el pueblo, se apoderaron no sólo de los dos que antes habían arrestado, sino de todos sus compañeros, decididos a ejecutar a una gran escala las amenazas que habían proferido. La noche en prisión fue sombría para los apóstoles, y aún más sombría para los miles de sus hermanos y hermanas menos valientes que estaban afuera.

Vers. 19-21. Para los apóstoles el arresto y encarcelamiento no pudo haber sido una sorpresa, porque sabían que el Sanedrín estaba gobernado por hombres decididos que probablemente pondrían en ejecución sus amenazas; pero lo que siguió a la noche del encarcelamiento debe haber sido una gran sorpresa tanto para ellos como para toda Jerusalén. (19) **Mas un ángel del Señor, abriendo de noche las puertas de la cárcel y sacándolos, dijo:** (20) **Id, y puestos de pie en el templo, anunciad al pueblo todas las palabras de esta vida** (21) **Habiendo oído esto, entraron de mañana en el templo, y enseñaban. Entre tanto, vinieron el sumo sacerdote y los que estaban con él, y convocaron al concilio y a todos los ancianos de los hijos de Israel, y enviaron a la cárcel para que fuesen traídos.** Los oyentes que se encontraron en el templo “de mañana” eran sin duda pocos, y probablemente eran algunos de los hermanos que no podían dormir por la

ansiedad, y que iban allí a orar. Cuando estos primeros adoradores entraron al templo y encontraron a los apóstoles allí, su primer impulso fue correr y difundir la noticia; así que los apóstoles no tuvieron que esperar mucho antes de estar rodeados por una multitud que escuchaba. Me imagino que los sermones que fueron interrumpidos el día anterior fueron renovados como si la interrupción hubiera sido momentánea.

5. Los Apóstoles son Llevados ante el Concilio, 21-27.

Vers. 21-24. Para el sumo sacerdote y sus coadjutores, la noche sin duda había sido de pensamientos inquietantes; porque sabían que por la mañana tendrían que enfrentarse una vez más a los hombres que los habían desafiado y que, en su curso de desafío, habían ganado para su lado a una gran multitud de las mejores personas de la ciudad y del campo circundante. Qué hacer con ellos era una pregunta desconcertante. (22) **Pero cuando llegaron los alguaciles, no los hallaron en la cárcel;** entonces volvieron y dieron aviso, (23) diciendo: Por cierto, la cárcel hemos hallado cerrada con toda seguridad, y los guardas afuera de pie ante las puertas; mas cuando abrimos, a nadie hallamos dentro. (24) Cuando oyeron estas palabras el sumo sacerdote y el jefe de la guardia del templo y los principales sacerdotes, **dudaban en qué vendría a para aquello.** La desaparición de los prisioneros era para ellos un misterio, pero no podían dejar de referirla a la obra del poder milagroso del que sabían que estaban dotados los apóstoles. Para nosotros el misterio es que, frente a tales hechos, pensaron sólo “que vendría a para aquello”, en lugar de pensar, ¿Qué hará Dios con nosotros si seguimos luchando *contra* estas manifestaciones de Su poder? Lo sorprendente es que no se dispersaron de inmediato y trataron de ocultar el hecho de que se habían reunido.

Estaban, en realidad, asombrados por el anuncio, y por un momento no supieron qué hacer o decir.

Vers. 25-26. Pronto se supo en el exterior de la ciudad que el Sanedrín se había reunido, y se entendió bien el propósito de la reunión. Para entonces también algunas de las personas que estaban con los sacerdotes se habían enterado de lo que estaba pasando en el templo. (25) **Pero viniendo uno, les dio esta noticia:** He aquí, los varones que pusisteis en la cárcel están en el tempo, y enseñan al pueblo (26) Entonces fue el jefe de la guardia con los alguaciles, y los trajo sin violencia, porque temían ser apedreados por el pueblo. Cuando llegó la noticia de que los apóstoles estaban en el templo, el capitán y su banda, habiendo sido enviados una vez antes por ellos, no necesitaron más órdenes; fueron inmediatamente por sus prisioneros fugados. Sin duda vio en los rostros de la gente que su tarea era peligrosa, y pudo haber visto algunas piedras en las manos de la parte más excitable de la multitud; porque para la gente, que ahora entendía cómo habían sido puestos en libertad los apóstoles, su nuevo arresto les pareció un ultraje atrevido. El capitán no trata a los hombres como lo haría con los prisioneros que escaparon en circunstancias ordinarias; pero los escolta con el mayor cuidado a la presencia de la corte. Sin duda era de la multitud de afuera de quien temía ser apedreado, y no de los discípulos; pero no es improbable que algunos de los nuevos conversos, que habían absorbido sólo en parte el espíritu del evangelio, hubieran tomado parte en la batalla si hubiera comenzado una vez más.

6. La Acusación y la Defensa, 27-32.

Vers. 27-28. Ahora tenemos una descripción viva y gráfica del juicio de los apóstoles. Caifás no es tan

indefinido sobre los motivos de la acusación como en el caso de Pedro y Juan: El requerimiento con el que habían sido despachados la vez anterior le da un punto de partida para el presente proceso. (27) **Cuando los trajeron, los presentaron en el concilio, y el sumo sacerdote les preguntó,** (28) diciendo: **¿No os mandamos estrictamente que no enseñases en ese nombre? Y ahora habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre.** Estas palabras contienen dos cargos específicos contra los apóstoles — desobediencia al Sanedrín y un intento de hacer caer sobre ellos la sangre de Jesús. El último fue el punto más delicado para los acusadores, y su mención aquí saca a la luz un sentimiento secreto que los había estado animando desde el principio. Si se hubiera podido establecer la resurrección de Jesús sin implicar a quienes lo condenaron en el delito de derramar sangre inocente, es muy probable que no se hubiera producido esta serie de intentos por suprimir la predicación. Pero esto no pudo ser; y estos hombres desafortunados se encuentran ahora envueltos por su crimen anterior en la necesidad de aceptar la marca de asesinos a manos de un pueblo indignado, o reprimir y aplastar la creencia en la resurrección. En lugar de retroceder en el curso de la hipocresía y el crimen en el que habían entrado al condenar a Jesús, eligieron la mala alternativa de sumergirse *aún más* profundamente en él.

Vers.29-32. La franqueza y la intrepidez de la respuesta de Pedro a la demanda del sumo sacerdote son dignos del hombre y de la ocasión. (29) **Respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron:** Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres. (30) **El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero** ¹ (31) A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel

arrepentimiento y perdón de pecados (32) Y nosotros somos testigos tuyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen. Del primer cargo, el de desobedecer al Sanedrín, se declararon culpables. Pedro y Juan habían partido de su primer juicio con las palabras: “Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios” (Hech.4:19); y ahora dicen en referencia a su desobediencia: “Debemos obedecer a Dios antes que a los hombres”. Del segundo cargo se enfrentan reiterando aquello por lo que fueron acusados — arrojando audazmente en los dientes de sus jueces el terrible hecho de que era sangre *inocente* la que habían derramado, y que esto fue probado por la resurrección de Jesús y su exaltación en cielo. Y para que no duden todavía del hecho de la resurrección y exaltación, Pedro repite lo que tantas veces había dicho antes, que él y sus compañeros apóstoles fueron *testigos* de lo primero, mientras que se refiere al Espíritu Santo como testigo de lo segundo.

Este testimonio, proveniente de hombres que acababan de ser librados milagrosamente de una prisión vigilada, sin que los guardias supieran como había realmente salido, y que previamente habían llenado a Jerusalén con obras maravillosas obradas por el poder del Espíritu Santo, no podía ser contradicho, ni sinceramente dudado.

En la afirmación de que Jesús había sido exaltado como Príncipe y Salvador para “dar” el arrepentimiento y el perdón de los pecados, se da a entender que tanto el arrepentimiento como el perdón de los pecados son un don.

¹ Sobre la palabra “madero” empleada aquí para la palabra cruz, vea observaciones bajo el Cap.13:29.

Pero dar arrepentimiento no puede significar otorgarlo sin un ejercicio de nuestra *propia* voluntad; porque es en sí mismo, como hemos visto antes, *un acto* de nuestra voluntad.¹ Es un acto de la voluntad al que somos conducidos por la tristeza que produce el pecado.

Dios da u otorga el arrepentimiento, no directa, sino indirectamente, dando los motivos que conducen al arrepentimiento. Había muchos motivos para entristecerse por el pecado antes que Jesús fuera presentado como Salvador; pero debe admitirse que Su muerte, resurrección y exaltación en nuestro favor, es el *gran motivo* ahora, comparado con todos los demás que son insignificantes. Al proporcionar este motivo, el más grande de todos, para el arrepentimiento, Dios le había dado a Israel el arrepentimiento.

7. Los Apóstoles son Liberados de la Muerte por la Intervención de Gamaliel, 33-42.

Vers. 33, 34. La manera en que Pedro, como portavoz de los apóstoles, repitió en presencia del Sanedrín la ofensa por la que habían sido arrestados, exasperó más allá de toda medida a los principales Saduceos, y estuvo a punto de convertir el concilio en una turba: (33) **Ellos, oyendo esto, se enfurecían y querían matarlos.** (34) Entonces levantándose en el concilio un fariseo llamado Gamaliel, **doctor de la ley, venerado de todo el pueblo, mandó que se sacasen fuera por un momento a los apóstoles,** Los Fariseos, como hemos visto antes, estaban menos entusiasmados con el progreso del evangelio que los Saduceos; y ahora que estos últimos estaban a punto de

¹ Véanse los Comentarios sobre el Arrepentimiento en el Capítulo 3:19

y ahora que estos últimos estaban a punto de precipitar una crisis que habría involucrado a todo el Sanedrín en un crimen horrible, al menos un Fariseo fue lo suficientemente frío y prudente para interponer un consejo *más sabio*. La retirada de los prisioneros, como la de Pedro y Juan antes, fue para evitar que escucharan cualquier confesión que pudiera hacerse en el curso de la discusión prevista. La declaración de que Gamaliel “mandó” que los apóstoles fueran sacados de la reunión, implica que este era el privilegio de cualquier miembro del concilio.

Vers. 35-39. Gamaliel parece haber conservado su posición en el suelo hasta que los oficiales hubieron retirado a los prisioneros y cerrado las puertas, mientras los Saduceos, con no poca impaciencia, esperaban sus palabras. (35) **y luego dijo:** Varones israelitas, mirad por vosotros lo que vais a hacer respecto a estos hombres. (36) Porque antes de estos días se levantó Teudas, diciendo que era alguien. A éste se unió un número como de cuatrocientos hombres; pero él fue muerto, y todos los que le obedecían fueron dispersos y reducidos a nada. (37) Después de éste, se levantó Judas el galileo, en los días del censo, y llevó en pos de sí a mucho pueblo. Pereció también él, y todos los que le obedecían fueron dispersados. (38) Y ahora os digo: Apartaos de estos hombres, y dejadlos; porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá; (39) mas si es de Dios, no la podréis destruir; no seáis tal vez hallados luchando contra Dios. Ha sido acusado por críticos hostiles que el autor de Hechos ha puesto aquí en boca de Gamaliel un discurso que, dada la naturaleza del caso, no podría haber pronunciado. Se sostiene que, si bien aquí se coloca a Teudas antes que a Judas, en realidad él vivió en un período posterior, un error del que Gamaliel no pudo haber sido

culpable; y además, que Teudas floreció doce años después del tiempo en que se dice que Gamaliel pronunció este discurso. La acusación se basa en el hecho de que Josefo menciona a un Teudas que floreció en un período posterior, en el reinado de Claudio César, y cuya carrera fue similar a la del Teudas aquí mencionado.¹ La verdad de la acusación depende de la identidad del Teudas de Josefo y el Teudas de Lucas. Ninguno de los escritores entra en detalles que proporcionen un terreno seguro para la suposición de la identidad, aunque que el propio Josefo da cabida a la suposición de que pudo haber más de un Teudas, al mencionar un gran número de insurrecciones que ocurrieron en el correcto período para adaptarse al comentario de Gamaliel, sin nombrar a sus líderes.

Él dice del período que precede a la deposición de Arquelao: "En ese tiempo había otros diez mil desórdenes en Judea, que eran como tumultos, porque un gran número se puso en una postura de guerra, ya sea con la esperanza de ganar para sí mismos, o por enemistad contra los Judíos". También dice en otro lugar: "Y ahora Judea estaba llena de robos; y cuando las varias compañías de los sediciosos se lanzaron sobre cualquiera para guiarlos, era creado inmediatamente un rey, para hacer daño al público."² Ahora bien, que uno de estos líderes se haya llamado Teudas no es del todo improbable, y cuando tenemos la palabra de un escritor veraz de que lo era, es muy injusto, en ausencia de toda evidencia contradictoria, acusarlo de falsedad.³

Sobre el destino de estos dos impostores, Gamaliel basa su consejo en referencia a los apóstoles. Los méritos de su

¹ *Antigüedades XX.V.1*

² *Ibid. XVII.4.8.*

consejo deben estimarse de manera diferente según el punto de vista desde el cual lo contemplemos. Si se propusiera como regla general de procedimiento en relación a los movimientos religiosos, deberíamos descartarlo como una pérdida de tiempo.

En lugar de esperar a ver si tal movimiento tiene éxito, todo amante de la verdad investigará rápidamente sus afirmaciones, si tiene alguna que merezca atención, y decidirá sin tener en cuenta a la opinión pública o el éxito probable. Pero Gamaliel estaba argumentando una cuestión diferente a esta, la cuestión de si este movimiento debería ser *reprimido* por la violencia; y desde este punto de vista su consejo fue ciertamente bueno. Suponiendo, como él lo hizo, que el movimiento era impropio, la pregunta era: ¿Deberíamos intentar aplastarlo con la violencia? ¿O suspenderemos los procedimientos contra el movimiento hasta que comience *debilitarse* por sí mismo, como ciertamente lo haría si *no* es de Dios? Tal fue el sentido de la primera parte de sus comentarios; pero al final revela una duda sobre si se debe oponerse al movimiento en lo absoluto; porque él da a entender muy claramente que puede ser de Dios, y que al luchar contra él se puede uno encontrar luchando contra Dios.

Resulta extraño que un hombre que era capaz, en tales circunstancias del pensamiento sereno y el razonamiento

3 La cuestión discutida anteriormente ha estado en disputa desde el siglo II, cuando Celso instó por primera vez a la objeción (*Origen vs. Celsus*, B. I. c. 6). Todos los incrédulos y todos los escritores semirracionalistas que piensan que nuestros Evangelios y Hechos no fueron escritos por sus autores reputados, tomando terreno contra Lucas; mientras que aquellos que dan pleno crédito a las Escrituras han sostenido sustancialmente el punto de vista expuesto y defendido anteriormente. El lector encontrará en el Comentario de Alford y en el de Meyer, los dos lados de la controversia bien expuestos, y también los nombres de los escritores más destacados de ambos lados. En confirmación de lo que he dicho anteriormente, puedo añadir que mientras el Teudas de Gamaliel fue seguido por unos “cuatrocientos” hombres, quienes fueron después “dispersos”; el Teudas de

sólido que caracterizan este discurso, no se hubiera ya comprometido con una causa tan bien respaldada por pruebas incontrovertibles.¹

Vers. 40-42. El consejo de Gamaliel tuvo el efecto de impedir que el concilio derramara sangre; pero los sacerdotes y los ancianos estaban demasiado exasperados para seguir completamente su consejo. (40) **Y convinieron con él; y llamando a los apóstoles, después de azotarlos, les intimidaron que no hablasen en el nombre de Jesús, y los pusieron en libertad.** (41) **Y ellos salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre.** (42) **Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo.** La ley de Moisés limitaba el azote a cuarenta azotes, y dejaba a discreción de los jueces las ofensas que se debían infligirse (Deut.25:1-3).

Según la experiencia de Pablo, parece que era costumbre detenerse en treinta y nueve, (2 Cor.11:24) tal vez para *evitar* ir más allá del límite de la ley por un error de cuenta. Es probable que los apóstoles recibieran treinta y nueve cada uno sobre la espalda desnuda. La declaración

de Josefo “persuadió a una gran parte del pueblo para que llevara consigo sus efectos y lo siguiera hasta el Jordán”; y cuando las tropas de Cuspo Fado los atacaron, “mataron a muchos de ellos, y *tomaron vivos a muchos de ellos*” (*Antigüedades*, XX. V. 1). Las diferencias no se explican fácilmente, excepto suponiendo que el Teudas de Gamaliel y el Teudas de Josefo son personas diferentes. La probabilidad de que dos de esos líderes, que vivieron en intervalos considerables de distancia, hayan llevado el mismo nombre, está felizmente ilustrada por sucesos similares en nuestro propio siglo. Citamos al Profesor Stokes: “Hubo un movimiento Irlandés en 1848 que contaba entre sus líderes prominentes a William Smith O’Brien, y ahora (1891) hay un movimiento Irlandés del mismo carácter, y también cuenta con un William O’Brien entre sus líderes más destacados. Un militar llamado Parnell encabezó un movimiento por la derogación de la unión en 1890. Noventa años antes otro militar Parnell renunció a su alto cargo antes de dar su consentimiento para la consumación de la misma unión legislativa de Gran Bretaña e Irlanda” (*Expositor’s Bible, Hechos*, Página 237.)

de que cuando fueron puestos en libertad se fueron "gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre", sería increíble, si no estuviera escrita en un libro como este, y escrito de hombres como estos. Incluso tal como está el caso, es un hecho más sorprendente que cualquiera de los milagros que se dice que han obrado; sobre todo si tenemos en cuenta que esta fue su primera experiencia de flagelación.

Después de que Pablo había soportado una larga y continua lucha de aflicciones como esta, no es tan maravilloso oírlo decir: "Me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; por cuanto soy débil, entonces soy fuerte" (2 Cor.12:10). Pero que los apóstoles mayores hayan tenido una experiencia similar la primera vez que fueron azotados es una de las grandes exhibiciones de fe que se encuentra en la historia apostólica. Tal vez, el secreto de su capacidad para regocijarse se encuentra en la consideración de que Cristo mostró confianza en su firmeza al permitirles ser probados de esta manera, y ellos se alegraron de la oportunidad de probar que su confianza no estaba equivocada. La predicación era ahora, como antes, en el templo; porque no se pensó en excluir a los apóstoles y sus hermanos del patio

¹ Christian Baur hace uso de esta consideración para poner en duda la realidad de los milagros precedentes. Él dice: "Si todos estos milagros realmente fueran hechos como aquí se narra, y de una manera tan auténtica que el mismo Sanedrín no pudiera ignorarlos, ni traer nada contra ellos; si el hombre cojo de nacimiento fue sanado por la palabra del apóstol, y si los apóstoles mismos, sin ninguna intervención humana, fueron liberados de la prisión por un ángel del cielo, ¿Cómo podría Gamaliel, si era un hombre como el que aquí se describe, imparcial y reflexivo, que basaba su juicio en la experiencia, expresar tan problemáticamente como lo hace aquí, y dejar que el futuro decida si esta causa era o no divina? (*Pablo*, Vol. I. 35). Si esta pregunta se le hubiera planteado al mismo Gamaliel, sin duda lo habría confundido; porque se encontraba en ese estado mental particular en el que los hombres son frecuentemente culpables de la mayor inconsecuencia. No están dispuestos a admitir conclusiones que la evidencia les impone y, sin embargo, son demasiado honestos para negar por completo la fuerza de la evidencia.

abierto al que todos los Judíos tenían derecho de acceso; y también era diario. Celebraron, en la fraseología protestante moderna, una reunión continua y prolongada. Pero no limitaron sus labores, como tantos predicadores modernos se contentan con hacer, a la predicación pública: también enseñaron y predicaron “**por las casas**” (42) – una expresión que apunta a los hogares de sus oyentes, más que a sus propios hogares; porque en su propia casa, si todavía se alojaban en la misma casa, podían recibir a pocas personas, mientras que en las casas del pueblo podían llegar a todos los que necesitaban instrucción o convicción. Por lo tanto, tenemos a los apóstoles inspirados como ejemplo de la predicación más directamente efectiva de todas, la obra *cara a cara*, sin la cual ningún predicador del evangelio puede tener un éxito completo en la evangelización de una comunidad.

Ahora hemos llegado al final de la primera persecución, y se ve claramente que resultó en un triunfo completo para los apóstoles. Cuando el pueblo los vio alejarse del lugar de los azotes, regocijándose de que fueran considerados dignos de sufrir así por el nombre de su Maestro, se asombró; porque nunca antes se había visto algo así en la tierra. Y cuando vieron que la predicación continuaba sin interrupción desafiando todas las amenazas y todos los castigos, los corazones de todos los hombres y mujeres más nobles, de todos los que podían admirar el heroísmo moral, se sintieron irresistiblemente *atraídos* hacia Cristo cuyo amor ennoblecía de este modo a sus seguidores.

SECCIÓN V. — MÁS PROGRESO DE LA IGLESIA, Y SU TERCERA PERSECUCIÓN

(6:1 — 8:4)

1. Siete Varones Designados para Servir Mesas, 1-7

V. 1. Habiendo completado su relato de la segunda persecución, nuestro autor continúa el plan de esta parte de su obra volviendo nuestra atención una vez más al progreso de la Iglesia, y luego a una tercera persecución que siguió. La unidad perfecta que hasta entonces había unido a la multitud de los discípulos estaba ahora en peligro, aunque sería exagerado decir, con algunos escritores, que estaba rota; y se nos presenta tanto la causa del peligro como los pasos por los cuales se evitó. **(1) En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquellos eran desatendidas en la distribución diaria.** Por ministración diaria se entiende la distribución diaria del fondo aportado por los miembros benévolos, que se hacía “a cada uno según su necesidad”. Que se hiciera diariamente, y que las viudas fueran las principales receptoras, confirma nuestra conclusión anterior de que no había una igualación general de la propiedad, sino sólo una provisión para los *necesitados*.

Los Judíos Griegos, más propiamente Helenistas, eran Judíos de origen extranjero y educación Griega, llamados así porque adoptaron las costumbres de los Helenos o Griegos. Como la gran multiplicación de los discípulos hizo impracticable que los doce, con tanto trabajo por hacer, atendieran las necesidades de todos con igual cuidado, muy naturalmente, las viudas de estos relativamente

extraños en la ciudad fueron las primeras en ser ignoradas involuntariamente.

Vers. 2-4. La unidad de corazón y alma que todavía prevalecía en la Iglesia se manifestó por la prontitud con que se hizo un arreglo satisfactorio para acallar el murmullo tan pronto como se oyó. Sin duda, la necesidad de tal arreglo fue previsto por la cabeza de la Iglesia y por el Espíritu Santo que moraba en los apóstoles; pero esta previsión no fue dada a los apóstoles, ni fueron movidos a hacer el arreglo hasta que la necesidad de ella fue manifiesta para ellos y para toda la Iglesia. De este modo, el Espíritu los guió hacia una verdad *adicional* a medida que se necesitaba una verdad adicional.

Hasta ahora los doce eran los únicos oficiales en la Iglesia; pero ahora; son conducidos al nombramiento de otros. (2) Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir mesas. (3) Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo. (4) Y nosotros persistiremos en la oración y en ministerio de la palabra. La alternativa con los doce era abandonar (no del todo, pero en alguna medida) la predicación y enseñanza de la palabra, para poder servir las mesas satisfactoriamente, o entregar este último asunto a otros, y entregarse por completo a ellos. El curso correcto era demasiado obvio para admitir vacilación o demora.

Pareció bien a los apóstoles y al Espíritu Santo que toda la “multitud de los discípulos” participará en la selección de estos oficiales, sin que los apóstoles no hicieran

más que prescribir sus cualificaciones. Ningún argumento ingenioso puede evadir la conclusión de que esto da la autoridad de un *precedente* apostólico para la elección popular de los oficiales de la Iglesia. De qué manera la elección fue hecha por la multitud, si por votación o por voto de *viva voz*, y si con o sin nominaciones, no se nos informa; y en consecuencia, en referencia a estos puntos, cada congregación se deja a su propio juicio.

Las tres calificaciones prescritas no deben escapar a nuestra atención. Indican qué clase de hombres son los únicos aptos para ser funcionarios en la Iglesia de Dios. Debían ser hombres, primero, de “**buen testimonio**”; y esto se refiere, sin duda, a su reputación tanto dentro de la Iglesia como dentro del círculo de personas imparciales fuera de la Iglesia. En segundo lugar, debían ser “**llenos del Espíritu**”.

Como hasta ahora no hemos tenido ningún relato de que nadie más que los apóstoles hayan recibido poderes milagrosos del Espíritu, no se puede entender con justicia que el historiador se refiera, con esta expresión, a tales poderes. Se refiere a hombres que estaban llenos del Espíritu en cuanto a los *frutos* de una vida santa. Que algunos de estos obraran milagros después, no es prueba de que pudieran hacerlo ahora. Tercero, debían ser hombres “**llenos de sabiduría**”; con lo cual se quiere decir que deben poseer ese buen sentido práctico que permite a los hombres manejar asuntos complicados con satisfacción.

Vers. 5, 6. La sabiduría de la propuesta era evidente para todos, y nadie dudó en cumplirla pronto. (5) **Agradó la propuesta a toda la multitud; y eligieron a Esteban,**

varón lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Parmenas, y a Nicolas prosélito de Antioquía; (6) a los cuales presentaron ante los apóstoles, quienes, orando, les impusieron las manos. Es una notable manifestación de generosidad en la Iglesia en general que todos estos son nombres Griegos, lo que indica que los hombres fueron seleccionados del mismo grupo de donde procedía la murmuración. Era como si los Hebreos hubieran dicho: No tenemos fines egoístas que cumplir, ni celos de vosotros, cuyas viudas habéis sido desatendidas; por lo tanto, dejamos todo el asunto en sus manos y confiamos sin temor a nuestras viudas a su cuidado. Una confianza tan generosa no podía ser traicionada excepto por los hombres más bajos: era una continuación de la unidad perfecta que había existido antes, y que la murmuración no había podido *interrumpir*.

No se da el título del oficio aquí creado, y por esta circunstancia algunos eruditos no han logrado identificarlo con el de *diácono*, mencionado en el primer capítulo de Filipenses y el tercer capítulo de la Primera Epístola a Timoteo. Pero aunque el nombre del oficio está ausente, se usan términos que muestran claramente que el oficio es el mismo. Si la cuestión hubiera sido sobre gobernar, y los siete hubieran sido elegidos y designados para gobernar, ciertamente no habría duda en llamarlos gobernantes. El caso que tenemos ante nosotros es un paralelo perfecto. La cuestión era sobre el “διάκονιαν diario”¹, y los siete fueron

¹ La palabra διάκονος se traduce en nuestra versión en Inglés por las tres palabras, ministro, siervo y diácono. Ningún lector que no esté familiarizado con el original podría imaginar que tres palabras Inglesas que ahora se usan en sentidos tan diferentes podrían representar la misma palabra en el original; y, en consecuencia, esta interpretación conduce a la confusión. Una de las tres debe emplearse uniformemente para dar al lector Inglés la misma oportunidad de ver su uso que disfruta el lector Griego. El término diácono no respondería a este propósito, porque su significado como palabra Inglesa se limita al oficio así designado, y sería engañoso en todos los pasajes en los que aparece el original, excepto en dos; porque de las muchas apariciones de διάκονος se traduce

elegidos διάκονεῖν ¿Por qué, entonces, dudar en llamarlos διάκονοι? Ciertamente, el verbo διάκονεῖν aquí empleado expresado para el deber principal del oficio, es el mismo que se traduce dos veces en nuestra versión “servir como diáconos”. Indudablemente, entonces, es el oficio de diácono el que fue creado por *primera vez*, y provisto de operaciones. El principal deber para el que fueron designados fue “servir las mesas”; y como se hace referencia a la “ministración diaria” y a las quejas de las viudas desatendidas, las mesas de los pobres son especialmente las que deben ser servidas. Pero aunque servían estas mesas, era una consecuencia natural de tener tal cargo que también servían la mesa del Señor; y fue una transición igualmente natural que, puesto que el fondo para los pobres estaba en sus manos, todos los demás intereses financieros de la Iglesia también estaban encomendados a ellos.

Debido a que estos oficiales estaban encargados de los asuntos financieros de la Iglesia, de ninguna manera se

diácono sólo en Fil. 1:1 y I Tim. 3. 8, 10. De hecho, diácono es la palabra Griega anglicanizada, y tenemos que recurrir a un léxico Griego para conocer su significado. La palabra ministro también sería objetable como una traducción uniforme, porque en el uso moderno es apropiado para los oradores públicos de la Iglesia, mientras que la palabra original no tiene tal limitación. Si la adoptáramos, tendríamos tales interpretaciones como una interpretación uniforme, porque en el uso moderno es apropiado para los oradores públicos de la Iglesia, mientras que la palabra original no tiene tal limitación. Si la adoptáramos, tendríamos interpretaciones como estas: “Su madre dijo a los que servían: Haced todo lo que os dijere” (Jn. 2:5; véase también 9); “Si alguno me sirve (έμοι διάκονη), sígame; y donde yo estuviere, allí estará mi sirviente” (διάκονος) (Jn. 12:26); “....nuestra hermana Febe, que es *diaconisa* de la iglesia en Cencrea” (Rom. 16:1). Pero la palabra *siervo* expresaría apropiadamente la idea en todas partes. Este es el significado preciso de la palabra, y la palabra Latina *ministro*, por la cual se traduce más comúnmente en nuestra versión, significa lo mismo. Con sirviente como la traducción uniforme, el lector Inglés podría determinar por el contexto, como lo hace ahora el erudito Griego, si en un pasaje determinado el sirviente era uno en el sentido oficial o en el sentido no oficial del término. Las dos clases de oficiales, ahora llamados ancianos y diáconos, serían así conocidos como gobernantes y siervos, su verdadera relación.

sigue que estuvieran privados de cualquier otra utilidad para la cual tenían capacidad y oportunidad. Dios exige el uso de cada talento que nos ha encomendado, Por lo tanto, encontramos a uno de los siete poco después de pararse en la primera fila de los defensores de la fe en la misma ciudad donde los apóstoles mismos estaban trabajando; mientras que otro fue el *primero* en plantar una Iglesia entre los Samaritanos.

Los que niegan a los diáconos en la actualidad el mismo privilegio, imponen restricciones en conflicto con esta manifestación de la voluntad de Dios. Solo dos de los siete se mencionan después en Hechos, pero esto no prueba que los demás fueran inactivos o infieles. El servicio de todos como diáconos resultó temporal; no, como algunos suponen, porque así fue la intención; sino porque la Iglesia a la que servían pronto se dispersó por los vientos, y su ministerio ya no era necesario. Cuando la Iglesia fue restaurada después, puede ser que algunos de ellos regresaron a la ciudad y reanudaron los deberes de su oficio.

El primer nombre de la lista, el de Esteban, va seguido de las palabras “un hombre lleno de fe y del Espíritu Santo”, y estas palabras no se repiten después de los otros nombres; pero no hemos de entender de esto que no era verdadero de las otras personas; porque como los apóstoles habían prescrito esta característica como una cualificación para el oficio, debemos entender las palabras, aunque no repetidas, como aplicables a todos por igual.

Que Nicolás era un “prosélito de Antioquía”, que significa que él era un converso del paganismo a Judaísmo, y que anteriormente había vivido en Antioquía, muestra

muy claramente que los discípulos no albergaron ninguna duda acerca de la recepción en la Iglesia, e incluso acerca de la elección a oficios, de los Gentiles, siempre que hubieran sido un circunciso. Esto debe tenerse en cuenta cuando lleguemos a considerar las discusiones que surgieron después acerca de la relación de los Gentiles con la Iglesia y con la salvación en Cristo.

V. 7. El nombramiento de los siete para administrar los asuntos financieros de la Iglesia dejó a los apóstoles, como estaba previsto, sin nada que hacer sino predicar, enseñar y orar; y de este modo, la obra de toda la Iglesia fue más eficaz que antes. **(7) Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe.** Esta gran multiplicación de los discípulos en Jerusalén, después de un aumento como el que hemos notado antes, pone más allá de nuestro poder estimar, con alguna aproximación a la precisión, el número en este momento.

La marea del éxito ya había llegado a su punto máximo, y esto se señalaba no tanto por el gran número de conversos, sino por el hecho de que entre ellos había una “gran compañía de sacerdotes”.

La relación peculiar que el sacerdocio mantiene con cualquier religión siempre debe convertir a los sacerdotes en los principales conservadores de las viejas formas y en los opositores más persistentes de los cambios revolucionarios. Cuando empiezan a ceder, el sistema que han defendido está a punto de caer. Ningún hecho previamente registrado por Lucas muestra tan sorprendentemente el efecto del evangelio en la mente

popular en Jerusalén.

La observación hecha con respecto a estos sacerdotes, que “eran obedientes a la fe”, muestra que hay algo en la fe que debe ser obedecido. Esta obediencia no sucede creyendo; porque eso es ejercitar la fe, no obedecerla: pero la fe en Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios, exige de nosotros un curso de vida de acuerdo con lo que creemos; y seguir este curso es obedecer a la fe cediendo a sus demandas.

Esta obediencia comienza con el bautismo; y en consecuencia, decir que los sacerdotes “fueron obedientes a la fe” equivale a decir que fueron *bautizados*. Pablo, con el mismo pensamiento en mente, declara que la gracia y el apostolado que le fueron conferidos fueron para la “obediencia a la fe en todas las naciones” (Rom.1:5).

Hay otra expresión en este versículo que vale la pena notar, debido a su singular contraste con la fraseología que frecuentemente se escucha en los tiempos modernos en relación con tales eventos. Es el dicho, en relación con la gran multiplicación de los discípulos, y la obediencia de muchos sacerdotes, que “la palabra de Dios crecía”. En la actualidad, tales incidentes se introducen con frecuencia con comentarios de este tipo: “Hubo un tiempo precioso de gracia”; “El Señor estaba presente en Su poder salvador”; “Hubo un derramamiento misericordioso del Espíritu Santo”, etc. Una desviación tan grande de la fraseología bíblica indica una desviación de las ideas bíblicas.

Con la idea de que la conversión de los pecadores es una obra *abstracta* del Espíritu Santo, los hombres pueden

expresarse de esta manera; pero Lucas, que no tenía tal concepto, vio en el aumento un aumento de la palabra de Dios; por lo cual, quiere decir un aumento no en la cantidad de la palabra, sino en sus *efectos*. La condición más favorable de la Iglesia cuando cesó la reciente murmuración, y la introducción de una organización más perfecta, hizo que la predicación fuera más eficaz, y un mayor éxito fue la consecuencia.

2. Esteban es Arrestado y Falsamente Acusado, 8-15

V. 8. La gran prosperidad de la Iglesia resultó, como ya había sucedido en dos ocasiones anteriores, en despertar a los incrédulos a la acción en el camino de la persecución. En este caso, Esteban fue seleccionado como una víctima. **(8) Y Esteban, lleno de gracia y de poder, hacia grandes prodigios y señales entre el pueblo.** Esta es la primera exhibición de poder milagroso de alguien que *no* fue un apóstol. Si Esteban recibió el poder de hacer maravillas y señales antes o después de su nombramiento como diácono, no tenemos forma de determinarlo; tampoco el escritor nos dice de qué manera le fue impartido. Se reserva información sobre el tema de impartir dones espirituales a un punto de la historia más adelante (8: 14-17).

Vers. 9, 10. Las circunstancias que llevaron a esta prominencia por parte de Felipe se indican a continuación. **(9) Entonces se levantaron unos de la sinagoga de los libertos,¹ y de los de Cirene, de Alejandría, de Cilicia y de Asia, disputando con Esteban. (10) Pero no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba.** Todos los

¹ La palabra *libertinos* en nuestra versión aquí es engañoso para el lector inculto; y como es la palabra Latina para *libertos*, no puede haber una buena razón para no traducirla, y por lo tanto me aparto de la R. V. aquí al traducirla como *libertos*. (Tal diferencia no existe en la versión Castellana Reina-Valera—ARP)

partidos aquí mencionados eran Judíos Helenísticos quienes, por una inclinación natural a congregarse en la Ciudad Santa, tenían una sinagoga propia.¹ Esteban, siendo también Helenista, sin duda había sido miembro de esta sinagoga antes de convertirse al Cristianismo, y por su nueva conexión no había perdido su membresía. Naturalmente, cuando comenzó la defensa pública de la nueva fe, no lo hizo en la sinagoga de la que ya era miembro, y emprendió la convicción y conversión de sus antiguos asociados. Esto provocó el conflicto.

Los Libertos, que constituían una gran parte de los miembros de esta sinagoga, eran Judíos que habían sido esclavos y que de un modo u otro habían obtenido su libertad. Los otros eran de las varias ciudades y países mencionados, siendo por lo menos los Cilicios los compatriotas del que sería después el apóstol Pablo. El aprendizaje Judío de la época pertenecía a los Fariseos, más que a los Saduceos; los fieles entre los Judíos extranjeros eran principalmente Fariseos, y eran generalmente hombres de cierta riqueza y mucha inteligencia. En consecuencia, ahora encontramos un nuevo líder de parte de la Iglesia y un grupo diferente de incrédulos en conflicto. No era ahora, como en los dos conflictos anteriores, una mera lucha entre la fuerza y la resistencia; sino fue una lucha *intelectual* — una guerra de argumentos sobre la gran cuestión del Mesianismo.

Quizá nunca, ni siquiera en la vida de Jesús, había habido un debate tan prolongado y tan acaloradamente discutido entre disputadores competentes sobre la gran cuestión del momento. Era la primera vez que los discípulos habían medido armas con sus oponentes en una discusión abierta. Los jóvenes conversos no habían

disfrutado hasta entonces de la oportunidad de comparar las pruebas que los habían sido convencidos con aquellas que el saber y el ingenio podrían presentar contra ellos; pero ahora escuchaban ambos lados, con las probabilidades en números, aprendizaje y posición social del lado de sus oponentes. Fue un momento crítico en su experiencia, y no se necesita una imaginación vívida para darse cuenta de la solicitud con la que escuchaban a Esteban y a sus enemigos. Cualquier temor que pudieran haber abrigado al principio pronto se disipó, ya que se hizo evidente que los antagonistas de Esteban “no pudieron resistir la sabiduría y al Espíritu con que hablaba”.

Vers. 11-14. Cuando los hombres cuya principal preocupación es reivindicarse a sí mismos en lugar de la verdad son derrotados en el debate, muy comúnmente recurren al vituperio o a la violencia. Ambos fueron juzgados contra Esteban. Los Fariseos, que estaban a cargo del caso, adoptaron la misma línea de política que habían seguido con éxito en el enjuiciamiento de Jesús. (11) **Entonces sobornaron a unos para que dijesen que le habían oído hablar palabras blasfemias contra Moisés y contra Dios (12) Y soliviantaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas; y arremetiendo, le arrebataron, y le trajeron al concilio (13) Y pusieron testigos falsos que decían: Este hombre no cesa de hablar palabras blasfemias contra este lugar santo y contra la ley; (14) pues le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar, y cambiará las costumbres que nos dio Moisés.** Esta es la primera vez que se representa al pueblo incitado contra los discípulos. Hasta entonces el temor del pueblo había contenido la violencia de los perseguidores.

Este cambio se explica por el hecho de que los

Saduceos, que habían llevado a cabo las persecuciones anteriores, tenían comparativamente poca influencia entre las masas, y el hecho adicional de que se habían contentado con oponerse a los apóstoles la mera autoridad del Sanedrín; pero ahora los Fariseos, que tenían mucha más influencia popular, están a la cabeza, y *envenenan* las mentes de las personas al aprovechar ciertas declaraciones de Esteban que sólo necesitaban ser ligeramente *distorsionadas* para formar el fundamento de acusaciones muy serias. Son lo suficientemente astutos, también, para hacer estos cargos, no contra todo el cuerpo de los discípulos, o contra los apóstoles, quienes ahora disfrutaban de la confianza de las masas; sino contra una sola persona que acababa de surgir de la oscuridad.

La acusación general era que había cometido blasfemia — un crimen castigable con la muerte según la ley; blasfemia *contra* Moisés, al decir que Jesús cambiaría las costumbres que Moisés había entregado; y blasfemia *contra* Dios, al decir que destruiría el santo templo de Dios.

Es muy probable que Esteban, en el curso del debate, haya citado la predicción de Jesús de que el templo sería destruido, pero no dijo que Jesús lo destruiría; y como sus enemigos podían ver que la destrucción del templo necesariamente pondría fin a los servicios del templo, pusieron su propia inferencia en sus labios, al acusarlo de decir que Jesús cambiaría las costumbres dadas por Moisés.

Las especificaciones eran tan *casi* verdaderas como para formar un motivo plausible para la acusación,¹ mientras que la falsedad de los testigos radica en las *adiciones* que hicieron a las palabras de Esteban y en interpretar lo que dijo como una blasfemia.

Observemos aquí, que los Fariseos evitaron el error cometido por los Saduceos, de llevar a los hombres a juicio sin cargos definidos en su contra. Se presentaron formalmente los cargos, se escuchó deliberadamente a los testigos en apoyo de ellos y se llamó a Esteban para su defensa.

V. 15. Cuando el caso estuvo completamente declarado y el testimonio de todos los testigos estuvo listo, hubo una pausa momentánea y todos los ojos se fijaron en Esteban, que estaba de pie ante sus acusadores. (15) **Entonces todos los que estaban sentados en el concilio, al fijar los ojos en él, vieron su rostro como el rostro de un ángel.** No hay necesidad de suponer *nada* sobrenatural en su apariencia. Estaba de pie justo donde había estado su Maestro cuando fue condenado a muerte; fue procesado por un cargo similar; tenía los mismos jueces; y sabía perfectamente que el tribunal se había reunido no para juzgarlo, sino para condenarlo.

Sabía que había llegado la hora suprema de su vida; y las emociones que agitaban su alma al pensar en el pasado, en la muerte, en el cielo, en la causa que había querido y en el vil asesinato que estaba a punto de perpetrarse, necesariamente iluminaban su rostro con un resplandor casi sobrenatural.

¹ La posición adoptada por Baur en su capítulo titulado "Esteban, el Predecesor de Pablo", de que Esteban consideraba el culto del templo "como algo ya anticuado y en ruinas", mientras que "los apóstoles siempre permanecieron inamoviblemente fieles a su antigua adherencia al templo" carece de justificación en el texto, incluso si consideramos estrictamente ciertas las acusaciones formuladas contra Esteban; porque no hay evidencia de que difería de los apóstoles en creer la predicción de Jesús acerca de la destrucción del templo, o que él sostenía la adoración del templo como "ya anticuada y en ruinas". (*Vida y Obras de Pablo*, Vol. I. c. 2).

Si sus facciones, como es muy probable, eran naturalmente finas y expresivas, el adorno culminante de una forma noble, no es de extrañar que en tal momento su rostro se compare con el de un ángel.

3. El Discurso de Esteban, 7:1-53

I

La Introducción, 1-8

Vers. 1-8 Con su resplandeciente rostro como el de un ángel, a una palabra del sumo sacerdote Esteban procede a pronunciar uno de los discursos más notables que se conocen. (1) **El sumo sacerdote dijo entonces: ¿Es esto así?** (2) **Y él dijo: Varones hermanos y padres oíd: El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham, estando en Mesopotamia, antes que morase en Harán,**¹ (3) y le dijo: **Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que yo te mostraré.** (4) ² **Entonces salió de la tierra de los caldeos y habitó en Harán; y de allí, muerto su padre, Dios le trasladó a esta tierra, en la cual vosotros habitáis ahora.**

¹ Los racionalistas en general acusan a Esteban de cometer varios errores históricos en este discurso, de los cuales el primero es su representación aquí de que Dios dio este mandamiento a Abraham “antes que morase en Harán”, mientras que se dice en Génesis 12:1-4 que se lo dio *en* Harán. Pero su lenguaje implica que sabía lo que ocurrió en Harán, pero deseaba declarar un hecho adicional y antecedente. Sabiendo que Dios se apareció a Abraham en Harán, y sabiendo también lo que algunos de sus oyentes pasaron por alto, que Dios también se le había aparecido *antes* de ese tiempo, aquí habla de la aparición anterior, siendo esta la que puso en marcha a Abraham en dirección a Canaán. Los que dicen que estaba equivocado deben dar explicar el hecho declarado en Gen. 11: 31, que Taré tomó a su familia, “y salió con ellos de Ur de los caldeos, para ir a la tierra de Canaán”. ¿Qué podría haber iniciado a toda esta familia de Semitas emprender un viaje de más de mil millas hacia un país ocupado por Camitas, a menos que fuera una orden como la que finalmente llevó a Abraham de Harán a ese mismo país? Esteban dice que fue una orden así; y aunque él entendió la declaración en una inferencia lógica, sin otra fuente de conocimiento, nadie puede negar que la inferencia es justa. Si se objeta que la orden, si se hubiera dado antes, no se habría repetido en palabras tan casi idénticas, podemos responder que la orden dada a Jonás de entrar en Nínive se expresó casi en los mismos términos cuando se dio por primera vez que cuando se repitió después de su experiencia en las entrañas del pez (Jonás 1:2; 3:2). Además, hay una omisión importante en la cita de las palabras de Esteban en comparación con las de Gen.12. Omite las palabras, “y de la casa de tu padre”, lo que concuerda con el hecho de que al salir de Ur de Caldea no salió de la casa de su padre, como lo hizo cuando salió de Harán.

(5) Y no le dio herencia en ella, ni aun para asentar un pie; pero le prometió que se la daría en posesión, y a su descendencia después de él, cuando él aún no tenía hijo. (6) Y le dijo Dios así: Que su descendencia sería extranjera en tierra ajena, y que los reducirían a servidumbre y los maltratarían, por cuatrocientos años. (7) Mas yo juzgaré, dijo Dios, a la nación de la cual serán siervos; y después de esto saldrán y me servirán en este lugar. (8) Y le dio pacto de la circuncisión; y así Abraham engendró a Isaac, y le circuncidó al octavo día; e Isaac a Jacob, y Jacob a los doce patriarcas. He aquí un esbozo tranquilo, digno y muy gráfico de la historia del Génesis, desde la primera llamada de Abraham hasta el nacimiento y circuncisión de los doce

² Aquí está el segundo error que se le imputa a Esteban. Se afirma que Abraham nació cuando su padre tenía setenta años (Gén. 11:26); que salió de Harán cuando él mismo tenía setenta y cinco años, lo que haría que su padre fuera 70 Mas 75 =145; y como Taré vivió hasta los doscientos cinco (Gén. 11:32), debió vivir 205 Más145 = 60 años después de que Abraham partiera de Harán, en lugar de morir, como dice Esteban, antes de la partida de Abraham. Pero todo este cálculo depende de la corrección de las cifras de las que parte. La declaración del texto, Gen. 11:26, es que "Taré vivió setenta años, y engendró a Abram, Nacor y Harán". A menos que asumamos que estos tres eran trillizos, no podemos afirmar que Taré tenía solo setenta años cuando nació Abraham. Pero que no eran trillizos, y que Nacor y Abraham eran mucho más jóvenes que Harán, es evidente por el hecho de que la esposa de Nacor era hija de Harán, y que el hijo de Harán, Lot, no era muchos años más joven que Abraham, como se desprende de la historia posterior de los dos. Es obvio, entonces, que esta declaración sobre los nacimientos de los tres no tiene la intención de mostrar el tiempo del nacimiento de Abraham o Nacor, sino solo el de Harán. Es similar a la declaración en Gen. 5: 32, que "Y siendo Noé de quinientos años; engendró a Sem, Cam y Jafet"; mientras que, al comparar las edades de Noé y Sem en el momento del diluvio, encontramos que Noé tenía quinientos dos años cuando nació Sem (Gén. 3:13, cf. 9:10). En otras palabras, el autor de Génesis, en su objetivo de extrema brevedad, en ambos casos da la edad de un padre en el nacimiento de uno. (y aparentemente, en ambos casos, el mayor) de sus hijos, y al hacerlo menciona los nacimientos de los otros dos, sin querer dar la impresión de que todos nacieron en un solo nacimiento. De hecho, evita esa impresión mediante otras declaraciones en el contexto que la excluyen. Entonces se puede confiar en Esteban cuando dice que Dios llevó a Abraham de Harán a Canaán después de la muerte de Taré; y si es así, entonces la edad de Taré cuando nació Abraham era 205 Menos 75 =130 años. Alford objeta esta conclusión en los siguientes términos: "Taré, en el curso de la naturaleza, engendra a su hijo Abram a los ciento treinta años; sin embargo, este mismo Abram considera increíble que él

hijos de Jacob. Fue un relato que siempre interesaba a un público Judío, así como un relato efectivo de la migración de nuestros Padres Peregrinos siempre interesa a un público Estadounidense. Pero, ¿Qué tenía que ver con los cargos presentados contra Esteban? y ¿Por qué habría de encontrarse en los labios de un hombre a punto de ser condenado a muerte? Estas preguntas eran imposibles de responder por ese momento para sus oyentes, aunque se les deben haber ocurrido a todas las mentes. Es igualmente imposible para nosotros responderlas, a menos que anticipemos la secuela, lo cual no deberíamos hacer.

II

El Caso de José, 9-16

A continuación, el orador relata las circunstancias que surgieron de la venta de José, lo que condujo a la migración de Jacob a Egipto y a su muerte, junto con la de sus hijos, en esa tierra extranjera. El relato es igualmente gráfico que el anterior, y tan hábilmente resumido. (9) **Los patriarcas, movidos por envidia, vendieron a José para Egipto; pero Dios estaba con él,** (10) y le libró de todas sus tribulaciones, y le dio gracia y sabiduría delante de Faraón rey de Egipto, el cual lo puso por gobernador sobre

mismo debería engendrar un hijo a los noventa y nueve (Gén. 17: 1, 17); y sobre el nacimiento de Isaac fuera del curso de la naturaleza, se fundamentan los más importantes argumentos y consecuencias de la Escritura, cf. Rom. 4: 17-21; Heb. 9: 11, 12" (*Comentario, Ibid.*) El erudito autor olvida que "en el curso de la naturaleza" este mismo Abram, mucho después de los noventa y nueve años, y aparentemente después de la muerte de Sara, cuando tenía ciento treinta y siete, tomó una esposa más joven y engendró otros seis hijos, los hijos de Cetura (Gén. 25:1-3;24:1-4). La incredulidad de Abram, entonces, en lo que respecta a sí mismo (pues es evidente que se refería principalmente a Sara), dependía de algo más que su mera edad. Puede haber dependido en gran medida del hecho de que ahora había estado viviendo trece años con una joven concubina, Agar, desde el nacimiento de Ismael, y ella no había dado otro hijo (17: 24, 25).

Egipto y sobre toda su casa. (11) Vino entonces hambre en toda la tierra de Egipto y de Canaán, y grande tribulación; y nuestros padres no hallaban alimentos. (12) Cuando oyó Jacob que había trigo en Egipto, envió a nuestros padres la primera vez. (13) Y en la segunda, José se dio a conocer a sus hermanos, y fue manifestado a Faraón el linaje de José. (14) Y enviando José, hizo venir a su padre Jacob, y a toda su parentela, en número de setenta y cinco personas.¹ (15) Así descendió Jacob a Egipto, donde murió él, y también nuestros padres; (16) los cuales fueron trasladados a Siquem, y puestos en el sepulcro que a precio de dinero compró Abraham de los hijos de Hamor en Siquem.² En esta división del discurso, el mal trato de José por parte de sus hermanos, contrasta vívidamente con su rescate final de toda la familia del hambre; y la forma en

1 Aquí se dice que Esteban cometió su tercer error, al poner el número de la familia de Jacob en setenta y cinco, mientras que el texto de Gen. 46: 27 deja el número setenta, incluidos dos que habían muerto en Canaán. Se han propuesto muchas conjeturas para explicar esta diferencia, mientras que con frecuencia se ha pasado por alto la única en la que se debería haber pensado. Esteban, siendo Helenista, leyó las Escrituras en la traducción Griega, como lo hicieron todos sus adversarios en la sinagoga extranjera, y como lo hizo la gran mayoría del pueblo Judío, para quienes el Hebreo original era ya una lengua muerta. Su Biblia Griega, la versión de los Setenta, da precisamente el número de nombres que cita aquí. Dice: "Todas las almas de la casa de Jacob que estaban con Jacob a Egipto, eran setenta y cinco almas"; y hace los cinco adicionales, dando, en el versículo 20, los nombres de dos hijos de Manasés, dos de Efraín y un nieto de este último. Esteban luego dio las cifras a medida que él y sus oyentes las leían en su Biblia, y tal vez ni él ni ellos habían notado nunca la discrepancia entre la versión y el original.

2 En esta oración hay dos errores más de los que se acusa a Esteban, y se parecen mucho más a los errores reales que cualquiera de los anteriores. Parece decir que Jacob fue llevado a Siquem y sepultado, mientras que fue sepultado en Hebrón en la cueva de Macpela; y dice claramente que Abraham compró una tumba de los hijos de Hamor en Siquem, mientras que fue la tumba en Hebrón la que compró, mientras que fue Jacob quien compró un terreno en Siquem. Es difícil imaginar cómo Esteban pudo haber cometido estos dos errores; porque el entierro de Jacob se hace tan prominente en Génesis, y fue asistido por una procesión fúnebre tan notable, incluyendo no sólo a todos los hombres de su propia posteridad, sino también a los ancianos de Egipto, y una gran compañía de jinetes egipcios, que el relato debe haber sido muy familiar para todo Israelita,

que se cuenta la historia estuvo bien calculada para interesar a los oyentes de Esteban; pero el uso que pretendía hacer de los hechos relatados era un misterio para ellos, y ninguno de los presentes podría haber estado más concien-

y muy querido para su corazón. Así también, la compra de la cueva en Macpela por parte de Abraham, acompañada por un gran dolor por la pérdida de su amada esposa a una edad avanzada, y por las hermosas cortesías que adornaron tanto su propia conducta como la de sus vecinos Hititas al hacer la transferencia, fue un evento demasiado prominente e interesante para que un Judío de alguna inteligencia en las Escrituras, como ciertamente lo era Esteban, cometiera un error tan grande con respecto a él. Es mucho más probable que algún copista temprano, sabiendo de la compra de Abraham, y sin recordar que Jacob también hizo uno en Siquem, aquí inadvertidamente sustituyó el nombre de Abraham donde originalmente se escribió el nombre de Jacob. Por lo tanto, estamos obligados, por las probabilidades naturales del caso, a concluir con muchos críticos eminentes que el nombre Abraham es un error administrativo, y no un error cometido por Esteban. La declaración hecha sobre el entierro de Jacob admite otra explicación. Tal como están las dos cláusulas en nuestra versión, “él murió, él mismo y nuestros padres; y fueron trasladados a Siquem”, no puede haber duda de que “él mismo” y “padres” son sujetos comunes del verbo “murió”, y que el pronombre “ellos” antes de “fueron llevados” se refiere a ambos por igual. Pero no es así en el original. La construcción es diferente. El verbo traducido murió está en el número singular, ἐτελεύτησεν, y sólo concuerda con el mismo αὐτὸς. El sustantivo plural “padres” no es el sujeto de ese verbo, sino del plural ἐτελεύτησαν entendido. Habiendo cambiado la construcción con la introducción del sujeto plural, se sigue que el verbo plural μετετέθησαν “fueron llevados”, pertenece a los padres, y no a Jacob. Las dos cláusulas, correctamente puntuadas y con puntos suspensivos, dicen así: “y él murió, y murieron nuestros padres, y fueron llevados a Siquem”. Con esta traducción y puntuación, ciertamente admisibles, la contradicción desaparece por completo; y si el pasaje se hubiera traducido así al principio al Inglés, no se habría pensado en una contradicción. La cuestión de si los “padres”, además de José, fueron llevados a Siquem para ser sepultados, no puede determinarse por nada de lo dicho en el Antiguo Testamento; porque de su lugar de sepultura nada se dice. Esteban debe haber obtenido su información sobre este punto, como lo hizo con su conocimiento de la educación de Moisés, de alguna fuente bíblica adicional. Como los huesos de José fueron enterrados en el terreno comprado a los hijos de Hamor (Josué 24:32), no es improbable que lo mismo sucediera con sus hermanos. Jerónimo, que vivió en Palestina en el siglo IV, dice: “Los doce patriarcas fueron enterrados no en Arbes (Hebrón), sino en Siquem”; lo que demuestra que en su tiempo el hecho declarado por Esteban era la creencia común de los Judíos. (Ve la cita en el *Comentario Speaker's*). Que se compró una tumba junto con el terreno comprado en Siquem, Esteban también debe haberlo aprendido de alguna fuente distinta al Antiguo Testamento; pero no es del todo improbable. En efecto, la posesión de un sepulcro pudo haber sido uno de los motivos de la compra del terreno.

te de esto que el propio Esteban, quien deliberadamente mantuvo el objetivo final fuera de la vista.

III

El Caso de Moisés en Egipto, 17-37

Vers.17-29. De esta mirada a la historia de José el orador avanza a la de Moisés; y con mano maestra esboza tanto como para mostrar que Dios lo elevó de una manera notable a una posición de gran conocimiento y poder, y que Moisés emprendió la liberación de su pueblo, pero fracasó porque se volvieron contra él. (17) **Pero cuando se acercaba el tiempo de la promesa,** que Dios había jurado a Abraham, el pueblo creció y se multiplicó, (18) hasta que se levantó en Egipto otro rey que no conocía a José. (19) Este rey, usando de astucia con nuestro pueblo, maltrató a nuestros padres, a fin de que expusiesen a la muerte a sus niños, para que no se propagasen. (20) En aquel mismo tiempo nació Moisés, y fue agradable a Dios; y fue criado tres meses en casa de su padre. (21) Pero siendo expuesto a la muerte, la hija de Faraón le recogió y le crió como a hijo suyo. (22) Y fue enseñado Moisés en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en sus palabras y obras. (23) Cuando hubo cumplido la edad de cuarenta años, le vino al corazón el visitar a sus hermanos, los hijos de Israel. (24) Y al ver a uno que era maltratado, lo defendió, e hiriendo al egipcio, vengó al oprimido. (25) Pero él pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por mano suya; más ellos no lo habían entendido así. (26) Y al día siguiente, se presentó a unos de ellos que reñían, y los ponía en paz, diciendo: Varones, hermanos sois ¿por qué os maltratáis el uno al otro? (27) Entonces el que maltrataba a su prójimo le rechazó, diciendo: ¿Quién te ha puesto por gobernante y juez

sobre nosotros? (28) ¿Quieres tú matarme, como mataste ayer al egipcio? (29) Al oír esta palabra, Moisés huyó, y vivió como extranjero en tierra de Madián, donde engendró dos hijos. Aunque después se descubrió que este esfuerzo de Moisés fue prematuro, los Israelitas de las generaciones posteriores deben haber lamentado que sus padres rechazaran de manera tan poco generosa la oferta de liberarlos hecha por Moisés en tal sacrificio de sí mismo; porque sin duda Esteban aquí interpreta correctamente la muerte del egipcio como una señal para que sus compatriotas se levanten y luchen por la libertad bajo su liderazgo. Fue triste pensar en su falta de aprecio por tal heroísmo.

Vers.30-37. Pero Esteban tiene uso para la siguiente sección en la carrera de Moisés, en la que, después de ser rechazado por sus compatriotas, procede a dibujar con el mismo estilo gráfico. (30) Pasados cuarenta años, un ángel se le apareció en el desierto del monte Sinaí, en llama de fuego de una zarza. (31) Entonces Moisés, mirando, se maravilló de la visión; y acercándose para observar, vino a él la voz del Señor: (32) Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. Y Moisés, temblando, no se atrevía a mirar. (33) Y le dijo el Señor: Quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra santa. (34) Ciertamente he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su gemido, y he descendido para librarlos. Ahora, pues, ven, te enviaré a Egipto. (35) A este Moisés, a quien habían rechazado, diciendo: ¿Quién te ha puesto por gobernante y juez?, a éste lo envió Dios como gobernante y libertador por mano del ángel que se le apareció en la zarza. (36) Este los sacó, habiendo hecho prodigios y señales en tierra de Egipto, y en el Mar Rojo, y en el desierto por cuarenta años. (37) Este Moisés es el que dijo a los hijos de Israel: Profeta os

levantará el Señor vuestro Dios de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis (cf. Deut.18:15-19). En este pasaje el orador no sólo presenta el contraste entre el rechazo de Moisés por parte de sus hermanos, y el nombramiento de Dios para el mismo oficio que ellos le negaron, sino que también introduce la profecía pronunciada por Moisés acerca del Mesías — una profecía en la que Moisés evidentemente anticipó la venida de un profeta más grande que él.

IV

El Caso de Moisés en el Desierto, 38-41

Vers. 38-41. Ingrata como había sido la conducta de los Hebreos hacia Moisés cuando intentó por primera vez librarlos, no tenía comparación con el maltrato que le dieron después de que los había conducido al desierto; y a

¹ La palabra aquí traducida como Iglesia, ἐκκλησία, es la que generalmente se traduce así en el N.T., pero nunca en el A.T. Como el cuerpo de los Israelitas representados por ella siempre se llama en el Antiguo Testamento la congregación, o la asamblea, así debería haber sido aquí en el texto como lo han dejado nuestros revisores en el margen. Esto es requerido por la uniformidad, y hubiera evitado que algunas personas confundieran la asamblea en el desierto con la Iglesia del Nuevo Testamento.

² Por “el ángel que le hablaba en el monte Sinaí”, Esteban se refiere al mismo ángel mencionado en el versículo 30, donde dice: “un ángel se le apareció en el desierto del monte Sinaí, en la llama de fuego en una zarza”. En el siguiente versículo (31) este ángel es llamado El Señor, como en Éxodo es llamado tanto Jehová como Dios (Ex. 3: 2, 4). Esto muestra que las manifestaciones visibles y audibles de Dios fueron hechas a través de las personas de los ángeles.

³ Los Griegos usaban el término oráculos para las comunicaciones que se suponía que habían recibido de sus dioses. En contraste con estos, que no procedían de ningún ser viviente, y que no eran más que palabras vacías, las comunicaciones recibidas por Moisés son llamadas por Esteban oráculos vivientes, porque procedían del Dios vivo, y porque tenían dentro de sí mismos el poder de dirigir correctamente las vidas de los hombres. Tanto Pablo como Pedro se unen a Esteban al aplicar el título “viva” a la palabra de Dios (Heb. 4:12; I Ped. 1:23).

esto Esteban llama la atención de sus oyentes: (38) **Este es aquel Moisés que estuvo en la congregación en el desierto con el ángel que le hablaba en el monte Sinaí, y con nuestros padres, y que recibió palabras de vida que darnos; nuestros padres, y que recibió palabras de vida que darnos;** (39) al cual nuestros padres no quisieron obedecer, sino que le desecharon, y en sus corazones se volvieron a Egipto, (40) cuando dijeron a Aarón: Hazznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido. (41) Entonces hicieron un becerro, y ofrecieron sacrificio al ídolo, y en las obras de sus manos se regocijaron.

La mayor flagrancia de este pecado surge del hecho de que fue cometido inmediatamente después de aquellas espléndidas manifestaciones de la presencia de Dios con Moisés que el pueblo había presenciado en Egipto, en el Mar Rojo, en la marcha hacia el Monte Sinaí, y en la entrega de la ley desde la cima de esa montaña. Rechazaron a Moisés después que él había cumplido la parte principal de su liberación y, sin embargo, Dios lo hizo el instrumento para completar la liberación que había comenzado.

V

El Rechazo Final de Dios A Israel, 42, 43.

Vers. 42, 43. La siguiente división del discurso está aparentemente más abreviada en el informe de Lucas que las divisiones anteriores, y quizás el mismo Esteban entró menos en detalles aquí que antes. En una sola frase pasa por alto todas las apostasías de Israel, desde la adoración del becerro al pie del monte Sinaí, hasta el anuncio final del cautiverio babilónico por boca del profeta Amós, a quien cita: (42) **Y Dios se apartó, y los entregó a que rindiesen**

culto al ejército del cielo; como está escrito en el libro de los profetas: *¿Acaso me ofrecisteis víctimas y sacrificios En el desierto por cuarenta años, casa de Israel?* (43) Antes bien llevasteis el tabernáculo de Moloc, Y la estrella de vuestro dios Renfán, Figuras que os hicisteis para adorarlas. Os transportaré, pues, más allá de Babilonia.

¹ Con esta breve mirada al curso de Israel al rechazar a sus líderes y libertadores divinamente designados durante un período de muchos siglos, se concluye la primera división general del discurso, como veremos. Antes de hacer la aplicación del mismo, pasa a un tema que estaba incluido en su acusación; porque debemos tener cuidado de observar que nada de lo que ha dicho hasta ahora tiene conexión alguna con los cargos bajo los cuales fue acusado. Sus oyentes no podían más que preguntarse qué uso pretendía hacer de los hechos que había narrado, y aún no estaba listo para satisfacer su curiosidad.

¹ Esteban cita aquí la versión de la Septuaginta de Amós 5: 25-27, que varía ligeramente del Hebreo. Una discusión de las variaciones pertenece más bien a un Comentario sobre Amós que a uno sobre Hechos. El propósito de Esteban en la cita es mostrar a sus oyentes que uno de sus propios profetas había condenado hacia mucho tiempo a la generación en el desierto de abandonar el servicio de Jehová por el de varios ídolos además del becerro que hizo Aarón; en consecuencia de lo cual Dios los entregó entonces para que adoraran “el ejército del cielo”, y, como consecuencia más remota, estaba en los días del profeta a punto de enviarlos al cautiverio en una tierra extranjera. La pregunta, “¿Acaso me ofrecisteis víctimas y sacrificios en el desierto por cuarenta años?” se responde con la afirmación: “Antes bien llevasteis el tabernáculo de Moloc, y la estrella de vuestro dios Renfán”; mostrando de esta manera, que aunque, como claramente aparece en el Pentateuco, algunos sacrificios fueron ofrecidos en el desierto, fueron viciados hasta el punto de que no equivalían a ninguna adoración debido a la idolatría que estaba entremezclada con ellos. En la expresión “más allá de Babilonia”, Esteban se aparta del texto tanto del Hebreo como de la Septuaginta, que dice “más allá de Damasco”. Sin duda hizo esto a propósito, porque el cambio expresaba más plenamente la verdadera mente de Dios en la profecía. Dios consideró adecuado, al hablar por medio del profeta, hablar sólo de enviar al pueblo más allá de Damasco, que estaba a una corta distancia, cuando en realidad tenía la intención, como revelaron los acontecimientos posteriores, de enviarlos mucho más lejos. Esteban pone la palabra que expresa el pleno propósito de Dios. Sus oyentes estaban familiarizados con los hechos y podían percibir fácilmente su propósito.

VI

El Tabernáculo y el Templo 44-50.

Vers. 44-50. En lugar de admitir o negar formalmente el cargo de blasfemia contra el templo, el orador procede a mostrar muy brevemente el verdadero valor religioso de ese edificio. Esto lo hace aludiendo primero a la naturaleza móvil y perecedera del tabernáculo, que fue reemplazada por el templo, y luego mostrando a partir de los profetas que un templo hecho con manos no puede ser la verdadera morada de Dios. (44) Tuvieron nuestros padres el tabernáculo del testimonio en el desierto, como había ordenado Dios cuando dijo a Moisés que lo hiciese conforme al modelo que había visto. (45) El cual, recibido a su vez por nuestros padres, lo introdujeron con Josué al tomar posesión de la tierra de los gentiles, a los cuales Dios arrojó de la presencia de nuestros padres, hasta los días de David.¹ (46) Este hallo gracia delante de Dios, y pidió proveer tabernáculo para el Dios de Jacob. (47) Mas Salomón le edificó casa; (48) si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano, como dice el profeta: (49) El cielo es mi trono, Y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificareis? Dice el Señor; ¿O cuál es el lugar de mi reposo? (50) ¿No hizo mi mano todas estas cosas? Envuelto en estos comentarios está el argumento de que en la medida en que el tabernáculo fue una vez la casa de Dios, pero fue suplantado por el templo; y puesto que el templo,

¹ Los Comentaristas están casi igualmente divididos sobre la cuestión de si la cláusula, "hasta los días de David", debe estar relacionada con la expulsión de los Cananeos, o la introducción del tabernáculo; Alford, Meyer y Hackett sostienen la última opinión, y Lechler, Gloag y Jacobson, la primera. No es importante decidir la cuestión, porque ambos puntos de vista están en armonía con los hechos de la historia, y también con el tren de pensamiento de Esteban. Nuestros traductores parecen haber sostenido este último punto de vista porque la coma que colocaron después de "padres" está fuera de lugar si la primera es la conexión del pensamiento.

grande y antiguo como era, era infinitamente demasiado pequeño para contener al Dios viviente, y fue declarado por uno de sus propios profetas que no era la verdadera morada de Dios, no podía ser considerado una blasfemia decir que tendría que ser dejado de lado y destruido.

VII

La Aplicación, 51-53.

Vers. 51-53. Esteban ahora está preparado para arrojar sobre sus acusadores la aplicación oculta de los hechos que había expuesto en la primera división de su discurso. La introducción histórica había allanado el camino para las siguientes analogías. Tal como José, el salvador divinamente seleccionado de sus hermanos, había sido vendido como esclavo por estos hermanos; tal como Moisés, elegido divinamente para liberar a Israel de la esclavitud, fue al principio rechazado por ellos para convertirse en un fugitivo en Madián, pero fue enviado de regreso por el Dios de sus padres para realmente liberarlos; y como Moisés, que después de sacarlos de Egipto, fue rechazado una y otra vez por ellos; y como todos los profetas se habían encontrado con un maltrato similar; así que *ahora*, el último profeta de quien Moisés y todos los profetas posteriores habían hablado, enviado para librados de una esclavitud mucho *peor*, había sido rechazado y asesinado por los hijos de esos padres perseguidores. La fuerza de todas estas analogías es contrastada con las pocas palabras que sigue: (51) **¡Duros de cerviz, e incircuncisos¹ de corazón y de oídos!** Vosotros que resistís siempre al Espíritu Santo;² como vuestras padres, así también vosotros. (52) **¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres?** Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora

habéis sido entregadores y matadores; (53) vosotros que recibisteis la ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis.³ Los fuegos reprimidos que habían ardido en el pecho de Esteban desde el comienzo de estos crueles procedimientos, y que habían dado un brillo angelical a sus rasgos antes de que comenzara a hablar, pero que habían sido cuidadosamente sofocados durante el progreso de su argumento, encontraron desahogarse, ante el asombro de sus oyentes, en estas palabras abrasadoras y ardientes.

¹ Debido al sentimiento con el que los Judíos llegaron a mirar a todas las personas incircuncisas, ellos usaron el término incircuncisos como un término de reproche y desprecio; Moisés enfatiza su falta de elocuencia al hablar de sus "labios incircuncisos" (Ex. 6:12, 30); y habla de Israel en la apostasía como teniendo "corazón incircunciso" (Lev. 26:41). David denuncia a Goliat como "este filisteo incircunciso" (I Sam. 17:26); mientras que Jeremías dice del pueblo: "sus oídos son incircuncisos, no pueden escuchar" (Jer. 6:10); y Ezequiel habla de Elam como "incircuncisos de corazón e incircunciso de carne" (cap. 44:7,9). Adoptando este uso Escritural, Esteban denuncia a sus jueces en los términos que Moisés y los profetas lanzaron contra las naciones paganas y el Israel apóstata. Ninguna palabra podría haber sido más severa en su estimación, y ninguna podría haber sido más justa.

² Sus padres habían resistido al Espíritu Santo, como lo muestra Esteban en el siguiente versículo, al perseguir a los profetas; y habían hecho lo mismo, como lo muestra él en el versículo 53, al perseguir a Jesús. Así vemos que los hombres resisten al Espíritu Santo cuando *rechazan* las palabras habladas por el Espíritu Santo a través de hombres inspirados.

³ Las palabras Griegas traducidas aquí "por disposición de ángeles", es εἰς διαταγὰς ἀγγέλων, tienen un significado muy oscuro, y por lo tanto, de difícil traducción. Se han hecho muchos y contradictorios intentos por los comentaristas, pero Alford seguramente tiene razón cuando dice: "La clave para el correcto entendimiento de ellos parece ser la expresión similar en Gal.3:19" Pudo haber agregado, Heb.2:2. En el primer lugar se dice que "la ley fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador"; y en el último se refiere como "la palabra dicha por medio de ángeles". Estos pasajes muestran que según la interpretación apostólica Dios dio la ley a Moisés, no hablando en su propia persona, sino hablando a través de ángeles que envió a Moisés, y que sin duda se le aparecieron visiblemente. Esto, entonces, es el concepto que Esteban personifica en las palabras que tenemos ante nosotros, y aunque la traducción de la Versión Revisada que seguimos no pone de manifiesto este pensamiento muy claramente, es quizás la mejor traducción que admite el original.

4. Esteban es apedreado, y la Iglesia Perseguida, 7:54 – 8:4

Vers. 54-60. La exasperación del Sanedrín fue tan repentina como la explosión de sentimiento con que terminó el discurso; y fue tanto más intenso porque la denuncia lanzada contra sus dientes no fue un mero estallido de pasión, sino el anuncio deliberado de un juicio justo, sostenido por su serie de analogías de las Escrituras, cuyo significado ahora brilló repentinamente en sus mentes. No habían podido resistir en el debate la sabiduría y el espíritu con los que habló Esteban, y ahora sus esfuerzos por condenarlo por un crimen habían retrocedido con una fuerza terrible sobre sus *propias* cabezas. Su único recurso era el habitual de los partidarios sin escrúpulos cuando se sentían totalmente desconcertados, y a él se precipitaron con terrible rapidez. (54) Oyendo estas cosas, se enfurecían en sus corazones,¹ y crujían los dientes contra él. (55) Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, (56) y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios. (57) Entonces ellos, dando grandes voces, se taparon los oídos, y arremetieron a una contra él. (58) Y echándole fuera de la ciudad, le apedrearon; y los testigos pusieron sus ropas² a los pies de un joven que se llamaba Saúlo. (59) Y apedreaban a Esteban, mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. (60) Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió. (8:1) Y Saúlo consentía en su muerte.

¹ Literalmente, *aserrados en sus corazones*. Sintieron como si sus corazones hubieran sido cortados con los dientes ásperos de una sierra, tan agudas y ásperas fueron las palabras de Esteban. El crujir literal de sus dientes hacia él fue una consecuencia natural.

Esta fue una forma extraña de disolver un tribunal; todo el cuerpo de setenta respetables rabinos, cuyo deber oficial era velar por la fiel ejecución de la ley, abandonaron sus asientos y se precipitaron en una multitud salvaje, en medio de horribles exteriores, a la ejecución repentina de un prisionero sin condena ni juicio.³ Pero las bromas más extravagantes jamás jugadas en la tierra se presencian cuando los hombres malvados se oponen intransigentemente a Dios y Su pueblo. La visión presenciada por Esteban no debe entenderse como una apertura real del cielo, de modo que el ojo humano pueda ver más allá, sino solo como una *representación simbólica*, como las que se le concedieron a Juan en la isla de Patmos. Fue otorgado tanto para su propio *aliento* en la hora de la muerte como para el bien de amigos y enemigos en los días posteriores.

Las palabras de Esteban, “al Hijo del hombre que está a la diestra de Dios”, fueron un eco en los oídos de los principales sacerdotes de las pronunciadas por Jesús cuando compareció ante ellos en el juicio. Había por lo menos *uno* en la audiencia sobre quien, tenemos razones para creer, la impresión causada por todo este procedimiento fue profunda y duradera. El joven Saulo nunca lo olvidó, pero mucho tiempo después, cuando se doblegaba bajo el peso de los años, hizo triste mención de

¹ Los testigos tenían que comenzar el apedreamiento (Deut. 17: 7), y se quitaron la ropa exterior para dar libre movimiento a sus brazos.

² La objeción planteada por los críticos hostiles de que el Sanedrín no tenía derecho a ejecutar a un criminal sin el consentimiento del gobernador Romano y que, por lo tanto, este relato de la muerte de Esteban es increíble (Baur, *Life of Paul*, I. 53, 54), es impedido por la narración misma, lo que demuestra que se trataba de un procedimiento esencialmente ilegal. Sería igualmente sensato negar la credibilidad de cualquier otra versión de la violencia de las turbas, sobre la base de que no era legal. Las turbas, porque son turbas, violan la ley, pero a menudo observan algunas de las formas de la ley, como lo hizo esta turba al pedir a los testigos que comenzarán a apedrear.

la escena. (cf. Hech.22:19, 20; 1 Tim.1:12-17). De él, como testigo presencial, Lucas sin duda obtuvo la información al respecto en la que se basó, y también su informe del discurso de Esteban. Esta es una respuesta suficiente para todos los que han planteado dudas sobre la viabilidad de obtener un informe correcto del discurso.¹

¹ Vea a Baur, *Pablo*, 1.52, 55; Zeller *Acts of Apostles*, 1:241.

Vers. 1-4 Los Enemigos de la Iglesia ahora habían probado en vano todos los métodos ordinarios de oponerse a la verdad. Bajo el liderazgo de los Saduceos, primero intentaron amenazas, luego encarcelamiento y luego azotes. Estaban a punto de seguir con la muerte de los doce cuando prevalecieron los consejos más moderados de los Fariseos, aún no exasperados, y se tuvo que recurrir a la discusión. Pero la causa, que había prosperado bajo el encarcelamiento y la flagelación de sus principales defensores, cobró un nuevo impulso cuando se presentó ante el pueblo en debate abierto, y los Fariseos se sintieron impulsados a seguir a los Saduceos en el uso de la violencia. Era su propósito proceder en su sangrienta obra con las formas de la ley; pero en un momento de frenesí perdieron todo control y despacharon a su víctima elegida con la violencia de una turba. Una vez embarcados en esta loca carrera, nada menos que el exterminio de la Iglesia podría satisfacerlos. **(1) En aquel día¹ hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos² fueron esparcidos por las tierras de Judea y Samaria,³ salvo los apóstoles.** **(2) y hombres piadosos llevaron a enterrar a Esteban, e hicieron gran llanto sobre él.** **(3) Y Saulo asolaba a la iglesia, y entrando casa por casa, arrastraba a hombres y mujeres, y los entregaba en la cárcel.** **(4) Pero**

¹ La declaración del texto no es que toda la persecución que se describe a continuación ocurrió en “aquel día”, sino que luego “surgió”. Sin duda transcurrieron muchos días antes de que toda la Iglesia se dispersara.

² Asumir con algunos (Baur, Zeller, et. al.), que solo la porción Helenística de la Iglesia fue dispersada, es contradecir sin razón los términos universales del texto.

³ El hecho de que Samaria fuera una de las regiones a las que huyeron estos Judíos muestra que ya existía entre los Samaritanos un sentimiento hacia los discípulos muy diferente del que sentían hacia los Judíos en general.

⁴ La predicación a la que aquí se hace referencia era sin duda predicación tanto pública como privada, en la que participaban tanto mujeres como hombres.

los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio.⁴ El dolor de los buenos en una comunidad por la pérdida de un buen hombre es siempre grande; pero es más intensa cuando la muerte es provocada por la injusticia y la violencia. No es de extrañar, por lo tanto, que el entierro de Esteban fuera acompañado por un “gran llanto” por parte de los “hombres piadosos” que cumplieron este triste servicio de luto. Posiblemente algunos de ellos eran no miembros de la Iglesia.

Pero aunque su muerte llenó los corazones de los discípulos con un dolor indescriptible, poseía un valor muy grande para ellos desde otro punto de vista. Se habían embarcado con todos los intereses, temporales y eternos, en la causa de uno que, aunque había demostrado ser poderoso para librarse mientras estaba presente con ellos, había ido más allá del alcance de la visión y ya no mantenía una conversación personal con sus antiguos compañeros.

Hasta ahora, en medio de muchas lágrimas, algunos azotes y mucha aflicción, habían encontrado satisfacción en su servicio; pero antes de la muerte de Esteban no se sabía por experiencia cómo su nueva fe los sustentaría en la hora de su agonía. Ahora uno de ellos había probado la terrible realidad.

Esteban había muerto orando por sus asesinos y encomendando su espíritu al Hijo del hombre, a quien vio en visión celestial. Ningún hombre en la actualidad puede decir cuán grande fue la fuerza y el consuelo que vino a todos cuando la muerte del primero que murió fue tan triunfante. Fue una preparación adecuada y muy providencial para la prueba de fuego por la que todo el cuerpo de los creyentes se vio obligado a pasar de

inmediato. Ahora podían seguir adelante en su curso atenuado por las lágrimas sin temor ni preocupación por lo que estaba dentro de la tumba o más allá de ella. Con mucha amargura de corazón dejaron su ciudad natal y sus hogares individuales para buscar refugio entre extraños; pero para muchos de ellos la amargura de la pérdida temporal fue sin duda pequeña comparada con la de ver la causa que amaban más de lo que la vida aparentemente les llevó a la ruina.

Aun así, aunque lo habían perdido todo por predicar la palabra, iban por *todas* partes predicándola. ¿Y cuáles deben ser los sentimientos de los doce cuando se encontraron solos en una gran ciudad, la congregación de muchos miles que habían reunido se dispersó y se fueron, y ellos mismos silenciados por falta de oyentes?

Su propia vida debe haber estado en peligro inminente; pero, suponiendo que el tiempo al que Jesús había limitado su estancia en Jerusalén aún no había expirado, y estando indudablemente solícitos por el futuro de sus muchos hermanos y hermanas que languidecían allí en prisión, valientemente se mantuvieron firmes, sin importar las consecuencias.

Que se les permitió quedarse y no fueran molestados, puede explicarse en parte por la suposición de que serían impotentes después de la destrucción de la Iglesia, y en parte por el recuerdo de sus milagros, especialmente su milagroso escape de la prisión. Además, ya no podían predicar en público por falta de audiencia y, por lo tanto, parecían estar asustados y en silencio y, por lo tanto, eran considerados inofensivos.

SEGUNDA PARTE

LA ESPARCIÓN DEL EVANGELIO EN JUDEA Y LOS PAISES ADJUNTOS

(8:5 — 12:25)

SECCIÓN I — LAS LABORES DE FELIPE (8:5-40)

1. Felipe Funda una Iglesia en la Ciudad de Samaria, 5-13.

V. 5. Entre los muchos que ahora predicaban la palabra, el escritor primero sigue a Felipe y describe algunas de sus labores. (5) **Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo.** Este Felipe no era el apóstol por ese nombre, ya que se dice que los apóstoles en el versículo 1 se quedaron en Jerusalén; pero él era uno de los siete mencionados en 6: 5. Su oficio de diácono había terminado por la dispersión de la Iglesia a la que había servido, y ahora se convierte en *evangelista*, título por el cual es llamado en 21: 8.

Evidentemente se convirtió en evangelista, no por haber sido apartado formalmente para esta obra, sino por comenzar a *evangelizar* bajo la fuerza de las circunstancias. Entre los comentaristas más antiguos hubo mucha disputa sobre si la ciudad a la que entró era *una* ciudad de Samaria o *la* ciudad de Samaria; pero ahora se admite que el artículo definido es parte del texto Griego, y esto resuelve la cuestión.¹ Era la antigua capital de las doce tribus, y

recientemente había sido ampliada y embellecida por Herodes el Grande.² Lucas describe primero la obra de Felipe en Samaria, porque esta fue la *primera* obra exitosa fuera de Judea, y porque, en las instrucciones dadas por Jesús (1:8), Samaria está al lado de Judea.

Vers. 6-12. Cuando Felipe entró en la ciudad de Samaria, la mente del público se encontraba en una condición aparentemente desfavorable para la recepción del evangelio. La práctica de las artes mágicas era bastante común entre los Judíos y los Samaritanos de esa época, y las masas de la gente de todas las naciones eran muy supersticiosas con respecto a ellas. En este momento en particular, la gente de Samaria estaba completamente bajo la influencia de un mago famoso, y este obstáculo tuvo que superarse antes de que Felipe pudiera tener esperanzas de éxito. Se cuenta brevemente la historia del conflicto y el triunfo. (6) **Y la gente, unánime, escuchaba las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo las señales que hacía** (7) Porque de muchos que tenían espíritus inmundos, salían éstos dando grandes voces; y muchos paralíticos y cojos eran sanados; (8) así que había gran gozo en aquella ciudad. (9) Pero había un hombre llamado Simón, que antes ejercía la magia en aquella ciudad, y había engañado a la gente de Samaria, haciéndose pasar por algún grande. (10) A éste oían atentamente todos, desde el más pequeño hasta el más grande, diciendo: Este es el gran poder de Dios. (11) Y le estaban atentos, porque con sus artes mágicas les había engañado mucho tiempo. (12)

¹ Fue resuelto por la lectura ($\tauῇν πόλιν τῆς Σαμαρείας$) en el manuscrito Sinaítico, que, reforzando la evidencia previamente conocida de los manuscritos Alejandrino y Vaticano, sobre balanceó toda evidencia de la omisión de $\tauῇν$ antes de $πόλιν$.

² Herodes cambió su nombre a Sebaste, el Griego para Augusta, en honor a Augusto César; y aún conserva este nombre en la forma Árabe, *Sebustiyeh*. Para una descripción de sus ruinas actuales, véase *Lands of the Bible* del autor, 294.

Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y en el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres. Este es otro caso de conversión, con una descripción muy breve de los medios e influencias por los cuales se produjo. La predicación de Felipe, como la de los apóstoles el día de Pentecostés, y la de Jesús antes que ellos, estuvo acompañada de *milagros*.

El primer efecto en la gente fue una gran alegría, acompañada de la más interesada atención a las cosas que decía Felipe (6-8). A continuación, se sacudieron las artes mágicas que Simón había hecho sobre ellos y creyeron en la predicación de Felipe (9-12). Cuando creyeron se bautizaron, tanto hombres como mujeres (12), y aquí termina el breve relato. Es tan simple y directa como la comisión bajo la cual predicaba Felipe: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo” (Mar.16:16).

Este caso de conversión fue bien elegido por Lucas, porque los sujetos de ella, hasta el momento en que Felipe comenzó a hablarles, estaban bajo el hechizo de un mago, y los milagros obrados por Felipe se pusieron en *comparación* directa con los prodigios obrados por Simón.

El hecho de que el pueblo sin vacilación renunciara a su fe en Simón como el gran poder de Dios, y creyera implícitamente en lo que hizo y enseñó Felipe, puede explicarse sólo sobre la base de que había tal *diferencia* entre los trucos de la hechicería y los milagros, que la gente, aunque completamente engañada por los primeros, podía ver claramente, cuando los dos estaban colocados uno al

¹ Aquí el nombre Samaria no designa la ciudad, sino el país de los Samaritanos. La expresión en Griego es τὸ ἔθνος τῆς Σαμαρείας. Josefo describe sus límites (*Guerras*, III. 3, 4); y correspondían muy estrechamente a los de las tribus de Efraín y Manasés occidental.

lado del otro, que los últimos eran divinos, y los primeros humanos. Los trucos de la hechicería eran, y siguen siendo, tan inexplicables para el espectador como los primeros son meros *trucos*, que no tienen otro propósito que el de excitar la curiosidad ociosa, y por lo tanto son indignos de Dios como su autor; mientras que los milagros consistían en actos de sanidad totalmente benéficos y dignos del ejercicio del poder divino. Además, estos últimos cumplían el propósito de *acreditar* un mensaje de misericordia a una raza perdida, y de este modo cumplían un propósito muy superior en beneficencia a sus buenos efectos inmediatos sobre los afligidos. Debido a esta distinción, los milagros, en lugar de ser exhibiciones superiores del arte mágico, como han alegado los escépticos, se encuentran en conflicto mortal con la magia dondequiera que ambas se encuentren. Vea más evidencia de esto en 13: 6-12, y 19:11-20.

V. 13. El triunfo más significativo logrado en esa ocasión, fue aquel obrado sobre el propio Simón. Lucas le da prominencia de una declaración separada en estas palabras: (13) **También creyó Simón mismo, y habiéndose bautizado, estaba siempre con Felipe; y viendo las señales y grandes milagros que se hacían, estaba atónito.** Su asombro es prueba de lo que vio, tal como las personas, la distinción entre los milagros y sus propios trucos de malabarismo. Él podía entender la naturaleza de estos últimos, incluso aquellos que no sabía cómo trabajar, debido a su propia experiencia con tales cosas; pero los primeros eran para él, como para todos los hombres, incomprensibles.

Sin duda fue esto lo que le hizo creer; y para evitar la confusión en que muchos han caído con respecto a su fe, debe observarse que las palabras, “También creyó Simón

mismo”, no están escritas desde el punto de vista de Felipe, sino desde el de Lucas. Felipe pudo haber sido engañado por una fe fingida; pero Lucas, escribiendo mucho después del suceso, y con todo el conocimiento que tenemos de la carrera posterior de Simón, dice que él creyó, y esto debería descartar toda duda en cuanto a la realidad de su fe. Las declaraciones hechas a continuación (18-24) deben interpretarse a la luz de este hecho. Su bautismo lo comprometió no sólo a esta fe, sino al *abandono* de la hechicería, como de todos los demás pecados.

2. La Misión de Pedro y Felipe en Samaria, 14-17.

Vers. 14-17. Lucas presenta a continuación un incidente que, debido a su singularidad en la historia del Nuevo Testamento y las especulaciones a las que ha dado lugar, exige una consideración muy cuidadosa: (14) **Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan;** (15) **los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo;** (16) **porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús.** (17) **Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo.** Para una correcta comprensión de este procedimiento, debemos notar cuatro hechos que son conspicuos: Primero, que los Samaritanos, habiendo creído en el evangelio y siendo bautizados, fue de acuerdo a la comisión (Mar.16:16), y según la respuesta de Pedro en el día de Pentecostés (Hech. 2: 38), fueron perdonados y entraron en posesión del “don del Espíritu Santo”. Segundo, ellos habiendo estado en posesión de este don el tiempo suficiente para que la noticia llegara a Jerusalén, el cuerpo de apóstoles se unió para enviarles a Pedro y Juan.

Tercero, antes de la llegada de Pedro y Juan,¹ Tercero, previo a la llegada de Pedro y Juan, el Espíritu Santo no había caído con sus poderes milagrosos sobre ninguno de los Samaritanos. En Cuarto lugar, tras la imposición de manos por parte de los dos apóstoles, precedida de la oración, el Espíritu Santo con sus poderes milagrosos *descendió* sobre ellos.

De estos hechos podemos sacar varias conclusiones: (1) Cualesquiera que sean los otros propósitos que hayan motivado la misión de los dos apóstoles, como confirmar la fe de los discípulos o ayudar a Felipe en sus labores, es bastante seguro que el propósito principal era la *impartición* del Espíritu Santo. Lo que hicieron al llegar fue ciertamente aquello por lo que fueron: pero lo principal que hicieron fue *conferir* el Espíritu Santo; por lo tanto, este era el propósito principal de su visita.

Sin embargo, si Felipe hubiera podido conferir este don, la misión habría sido inútil en lo que se refiere a su objetivo principal. Esto proporciona una fuerte evidencia de que el don milagroso del Espíritu Santo no fue otorgado por manos humanas sino por las *de* los apóstoles; y esta conclusión es confirmada por la consideración de que en el único *otro* caso del tipo registrado en Hechos, el de los doce en Éfeso (19:1-7), el don fue otorgado por manos de un apóstol. El caso de Saulo no es una excepción (véanse las observaciones sobre 9:17); tampoco lo es el de Timoteo; porque aunque se dice que este último recibió un don a través de la imposición por manos del presbiterio (1 Tim.4:14) sin embargo, él recibió el don o algún otro por la

¹ Que Pedro y Juan fueron “enviados” por los demás apóstoles, entra en conflicto con la doctrina Católica Romana de la supremacía de Pedro, al mostrar que él estuvo sujeto a sus hermanos.

imposición de las manos de Pablo (2 Tim.1:6). De Pablo sin duda, él recibió el don milagroso y de los ancianos el don del puesto de evangelista.

(2) El hecho que estos discípulos disfrutaron del perdón y la membresía en la Iglesia antes de recibir el don milagroso prueba que este don no tiene conexión con el disfrute de ninguna de estas bendiciones; sin embargo, el poder místico de un ultra espiritualismo ha envuelto a algunas grandes mentes en la confusión en cuanto a este importante asunto. Obsérvese lo siguiente de Neander en referencia a la condición de los Samaritanos antes de la visita de Pedro y Juan: “Aún no habían alcanzado la conciencia de una comunión vital con el Cristo que predicaba Felipe, ni la conciencia de una vida divina personal. La morada del Espíritu era todavía algo extraño para ellos, conocida sólo por las operaciones maravillosas que veían tener lugar a su alrededor”.

Esta afirmación está en conflicto directo con la comisión y con la promesa apostólica de que aquellos que se arrepientan y sean bautizados recibirán el don del Espíritu Santo. También entra en conflicto con la enseñanza de Pablo, que la *morada* del Espíritu es característica de todos los que son de Cristo (Rom. 8: 9-11); porque ciertamente aquellos que habían sido propiamente “bautizados en el nombre de Cristo”, como lo habían sido los Samaritanos (16), eran tuyos.

(3) La declaración, “porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús” muestra que no había tal conexión entre el bautismo y el don milagroso del Espíritu,

¹ *Planting and Training of the Church, Ibid.*

como para que este último pudiera deducirse del primero. Este don, pues, *no* era común a los discípulos, sino que sólo lo disfrutaban aquellos a quienes se impartía especialmente.

En vista de que este don extraordinario del Espíritu no era necesario para la conversión y el perdón de estas personas, ni para la morada del Espíritu, es propio preguntarse con qué propósito fue otorgado. Ya hemos comentado en el capítulo 1:8, que el propósito de conferirlo a los apóstoles era *capacitarlos* de poder para establecer el reino, y proporcionar un testimonio milagroso de su misión. En general, los milagros estaban destinados a indicar la aprobación divina del procedimiento con el que estaban relacionados; pero cuando el milagro asumió una forma mental, también tenía la intención de impartir a la persona un poder mental sobrenatural. La Iglesia joven en Samaria hasta ahora había sido guiada por la enseñanza de Felipe, y más recientemente por la de Pedro y Juan; pero estos hombres deben, al ejecutar su alta comisión, partir pronto a otros campos de trabajo; y si, al hacerlo, hubieran dejado la Iglesia en la condición en que la encontraron Pedro y Juan, habría estado sin medios para aumentar su conocimiento de la nueva institución, y sin nada más que la memoria incierta de los miembros para retener con exactitud lo que ya había aprendido. Para suplir este defecto, en primer lugar, y en segundo lugar para dejar a la Iglesia los medios de convencer a los incrédulos, se les otorgó el *don* de la inspiración.¹

¹ La sugerencia hecha por Alford de que otro propósito de impartir el Espíritu a los Samaritanos era eliminar el distanciamiento entre ellos y los hermanos Judíos, al mostrarles a estos últimos que Dios les dio a los Samaritanos los mismos dones que a ellos mismos apunta a una probable efecto del don; pero después de que el Señor había ordenado personalmente a los apóstoles que predicasen en Samaria (1:8), no es absolutamente seguro que ningún prejuicio sobre el tema permaneciera en las mentes de los discípulos, especialmente porque los Samaritanos eran un pueblo circuncidado.

Se otorgó, podemos suponer, no a todos, tanto hombres como mujeres, sino a un número suficiente de individuos elegidos. El diseño de tales dones, y la forma en que fueron ejercidos en la congregación, es completamente expuesto por Pablo en 1 Cor. 12-14. Estos dones tuvieron un propósito temporal, hasta que los hechos, la doctrina, los mandamientos y las promesas del nuevo pacto fueron puestos por escrito por hombres inspirados, cuando las profecías, las lenguas y el conocimiento milagroso de maestros individuales dieron lugar a la palabra *escrita*.

3. La Propuesta Malvada de Simón, 18-24.

Vers.18, 19. En los comentarios anteriores sobre el incidente que tenemos ante nosotros, se ha asumido que el don del Espíritu impartido fue milagroso. Esta suposición se justifica por el hecho de que se trataba de una observación para los espectadores, como se desprende de la siguiente declaración del texto: **(18) Cuando vio Simón que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero, (19) diciendo: Dadme también a mí este poder, para que cualquiera a quien yo impusiere las manos reciba el Espíritu Santo.** Esta propuesta muestra, al igual que la declaración anterior del versículo 17, que el Espíritu no descendió sobre estas personas *directamente* del cielo, como sobre los apóstoles el día de Pentecostés; sino que fue impartido a través de la imposición de manos, y vino de la persona de los apóstoles en quienes el Espíritu moraba. Esta es una *marca* de distinción entre el bautismo en el Espíritu y el don del Espíritu. Vea mas comentarios en el capítulo 9:16.

Para explicar la infame propuesta de Simón, debemos recordar su antiguo modo de vida y considerar los hábitos

mentales que generó. Como hechicero, su negocio había sido aumentar su capital en el comercio comprando a otros hechiceros el *secreto* de los trucos que él mismo no podía realizar, y buscaba oportunidades para hacer tales compras. Cuando vio que los apóstoles impartían a los hombres el poder de obrar verdaderos milagros, inmediatamente percibió que aquí había una oportunidad de beneficio mucho mayor que la que había abandonado. Su avaricia dominante, mezclada con una pasión por el aplauso popular, pasión que también habían cultivado en sus hábitos anteriores, lo incitó a hacer la propuesta; y el efecto cegador de estas pasiones le impidió ver la maldad de ofrecer dinero por este poder o de intentar vendérselo a otros.

Vers.20-23. Nada podría ser más aborrecible para un apóstol que tal propuesta. Despertó el espíritu impulsivo de Pedro, y su respuesta está marcada por su característica vehemencia. **(20) Entonces Pedro le dijo:** Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero. **(21) No tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tú corazón no es recto delante de Dios.** **(22) Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios,** si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón; **(23) porque en hiel de amargura y en prisión de maldad veo que estás.** Esta descripción de la condición espiritual de Simón es explícita y enfática. La “hiel de amargura” es una expresión contundente de la *miseria* de su condición; y “el vínculo de la iniquidad”, por el dominio bajo el cual la iniquidad lo sostenía. Su corazón no era recto delante de Dios, y estaba en camino a la perdición.

La declaración, “Tú no tienes parte ni suerte en este asunto”, no debe limitarse al asunto de impartir el Espíritu,

como se desprende de la razón dada: “porque tu corazón no es recto delante de Dios”. Si su corazón hubiera sido recto delante de Dios, *todavía* no habría tenido parte ni suerte en la impartición del Espíritu Santo. La referencia es a *todo* el tema en cuestión,¹ en el cual una persona bautizada tendría una parte si su corazón fuera recto.

Muchos han interpretado la condición de indigencia y miseria de Simón como prueba de que había sido un hipócrita desde el principio. Si esta inferencia es justificable, depende de la cuestión de si la conversión implica una renovación tan completa que los viejos hábitos mentales son erradicados *por completo*, para nunca más ejercer de nuevo su poder. Si esto es cierto, entonces ciertamente Simón no era un verdadero converso. Pero si, como enseñan tanto las Escrituras como la experiencia, el hecho de que un pecador se vuelva a Dios deja sus pasiones aún dentro de él en un estado latente, listas para *activarse* bajo la tentación, debe admitirse que Simón *pudo* haber sido un creyente verdaderamente penitente cuando fue bautizado; y puesto que Lucas dice, con todos los hechos delante de él, que él sí creyó (13), no debemos negar este testimonio inspirado. El desafortunado se había convertido en un hijo de Dios, pero aún era un *niño*; y tanto más débil por la degradación a que había sido reducida su naturaleza moral antes de su conversión. Por lo tanto, fue presa *fácil* de la tentación, acudiendo a él en su antigua forma, y de una manera inesperada. Cayó, como muchos hombres todavía caen, cuando una antigua pasión dormida se *despierta* repentinamente. Pedro, por tanto, no le dice como a un hombre de mundo alarmado: “Arrepíntete y bautízate”;

¹ Las palabras Griegas son ἐν τῷ λόγῳ τούτῳ literalmente traducidas en esta palabra, como en el margen de R. V.; 'pero tal es la latitud que el uso atribuyó a la palabra λόγος, que la traducción, en este asunto, expresa correctamente el significado en este caso.'

sino, como a un discípulo pecador, “arrepiéntete y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón”. El “quizás” indica muy claramente una duda sobre si el perdón sería alcanzable. La duda se basaba en la incertidumbre en la mente de Pedro, si el arrepentimiento de tal hombre bajo tales circunstancias podría ser lo suficientemente profundo para asegurar el perdón.¹

V. 24. La duda indicada por el “quizás” de Pedro fue confirmada en cierta medida por la respuesta de Simón: **(24) Respondiendo entonces Simón, dijo: Rogad vosotros por mí al Señor, para que nada de esto que habéis dicho venga sobre mí.** Esta respuesta muestra claramente que el discurso mordaz de Pedro aterrorizó a Simón, pero ahí se detiene. Se le dijo que orara por sí mismo y por el perdón de su pecado; pero en lugar de hacer esto, llama a los dos apóstoles para que oren por él, y limita su petición a la idea de simplemente escapar de las cosas que habían dicho. Aquí lo deja el registro, y aunque desaparece en una condición más esperanzadora, no deja ninguna seguridad del arrepentimiento final y salvación.

De su carrera posterior, cuentan muchas tradiciones Justino Mártir, Cirilo de Jerusalén, Ireneo, Tertuliano y el autor de los Reconocimientos de Clementino, todos escritores del siglo II, la mayoría de ellos son ciertamente legendarios, y ninguno de ellos del todo confiable. No es sabio llenar la memoria con cuentos vanos sobre personajes bíblicos.

4. Otras Labores de Pedro y Juan, y Su Regreso, 25.

¹ Pedro no pudo haber hecho alusión al pecado imperdonable, como han asumido varios comentaristas (Plumptre, Alford, et. al.); porque sabía muy bien lo que es ese pecado (Mar. 3:28-30); y sabía que Simón no lo había cometido.

V. 25. La siguiente declaración de nuestro autor ilustra otra fase de los trabajos en los que los apóstoles habían entrado ahora. (25) **Y ellos, habiendo testificado y hablado la palabra de Dios, se volvieron a Jerusalén, y en muchas poblaciones de los samaritanos anunciaron el evangelio.** La primera cláusula de esta oración se refiere a su posterior testimonio y discurso en la ciudad de Samaria; y la última a su trabajo en el camino a Jerusalén. La ruta del viaje de Samaria a Jerusalén les llevó por Siquem, tantas veces mencionada en el Antiguo Testamento, y por Sicar, cerca del pozo de Jacob, donde Jesús había conversado con la mujer de Samaria (Jn.4:39-43).

Si esa mujer todavía estaba viva, y si no había ido ya a Samaria para escuchar la predicación de Felipe, ahora tenía la oportunidad de aprender lo que Jesús quiso decir con sus desconcertantes comentarios sobre el “agua viva” (Jn. 4:10-15). Los apóstoles probablemente adoptaron una ruta circunscrita a Jerusalén, para poder tocar otras aldeas además de las de la vía principal; y en cada una de ellas sin duda permanecieron el tiempo suficiente para cosechar algunos de los frutos de su trabajo.

5. Felipe es Enviado ante un Etíope Eunuco, 26-31.

V. 26. Cuando la congregación en Samaria hubo sido provista de dones espirituales, y suficientemente instruida para justificar dejarla con sus propios recursos para la edificación, Felipe fue llamado a otro campo de trabajo. y se nos presenta un caso de conversión en el que un solo individuo es el sujeto, y los detalles se dan con inusual plenitud. Es un caso en el que Dios es visto trazando planes, por así decirlo, para lograr el resultado, y podemos rastrear claramente el método de su procedimiento.

El primer paso dado en el caso fue la misión de un ángel del cielo; pero cuando el ángel hizo su aparición en la tierra, no fue, como en el caso de muchas visitas angélicas imaginarias con tal fin, en presencia del hombre a convertir, sino en presencia *del* predicador. (26) **Un ángel del Señor habló a Felipe, diciendo: Levántate y vé hacia el sur, por el camino que desciende de Jerusalén a Gaza, el cual es desierto.** Esto es todo lo que el ángel tiene que decir. Su parte de la obra, que consistía simplemente en comenzar al evangelista en la dirección de la persona a convertir, está cumplida; por lo que se retira de la escena.

Las palabras, “el cual es desierto” (ya sea pronunciado por el ángel, o agregado por Lucas, es irrelevante), tenían la intención de notar la singularidad de un predicador que es enviado lejos de un distrito poblado a una región *deshabitada*. El término desierto no debe entenderse aquí en el sentido de un desierto estéril; porque nunca ha existido tal desolación entre Jerusalén y Gaza; sino en el sentido de esa parte del camino que conduce a través de un distrito comparativamente *despoblado*.¹ Mucho error y confusión con respecto a este camino, se encuentra en los comentarios más antiguos, que fueron escritos antes de las recientes exploraciones exhaustivas del país; pero estos, y especialmente los actuales estudios realizados por el Fondo de Exploración de Palestina de Gran Bretaña, han aclarado el tema al mostrar que existía un camino Romano pavimentado que iba desde Jerusalén directo a Gaza, del que todavía se pueden ver algunos rastros, aunque la ruta, en la parte más tosca, es ahora intransitable para vehículos. Este camino está trazado en el gran mapa de Palestina hecho a partir de las encuestas, y cualquiera que posea el

¹ Que la palabra Griega, ἔρημος tiene este significado, puede verse por referencia a los siguientes pasajes: Mat. 14:15,19; Mar. 6:35, 39; Jn. 6 :10

mapa puede seguirlo fácilmente. La distancia total de ciudad a ciudad es de unas cincuenta millas, (80 kilómetros) y la dirección desde Jerusalén es casi al suroeste. A unas cinco o seis millas de esta última ciudad, el camino comienza a descender desde la cresta central, que sigue hasta allí, a través de un barranco áspero y estrecho llamado *Wady el Mesarr*, hasta *Wady es Sunt*, conocido en el Antiguo Testamento como el valle de Ela. Después de atravesar este valle unas pocas millas casi al sur, el camino gira hacia el oeste y sube por otro cauce hasta el nivel de la gran llanura Filistea, que sigue el resto del camino hasta Gaza.

El paso por el barranco de la montaña debe ser la parte llamada *desierto*, porque todo el resto del trayecto el camino pasa en medio de aldeas, pastos y campos de cultivo; es decir, él realizó el recorrido cuando el país estaba bien poblado. Si el camino de Felipe se cruzó con el camino en este desierto, él viajó hacia el sur desde la ciudad de Samaria, y pasó al oeste de Jerusalén, todo en cumplimiento de la dirección del ángel.

Vers. 27, 28. Felipe obedeció rápidamente la voz del ángel, y tras un viaje de casi cincuenta millas llegó al camino designado en la parte trasera de un carro. El ocupante era el hombre en cuyo nombre había venido, pero aún no sabía nada de él. **(27) Entonces él se levantó y fue.** Y sucedió que un etíope, eunuco, funcionario de Candace reina de los etíopes, el cual estaba sobre todos sus tesoros, y había venido a Jerusalén para adorar, **(28) volvía sentado en su carro, y leyendo al profeta Isaías.** Todo lo que se dice aquí sobre este hombre, lo aprendió Felipe después, y sin duda se lo comunicó a Lucas. Su condición de eunuco le impedía el privilegio de mezclarse en la

congregación Judía o entrar en el atrio Judío del templo;¹ pero no lo excluía del atrio de los Gentiles, en el cual hombres de todas las naciones, limpios o inmundos, tenían libertad para adorar. Que había estado en Jerusalén para adorar, y que ahora estaba ocupado en el estudio de las Escrituras Judías, vuelve casi seguro que él era un Judío o un prosélito, más probablemente lo primero; y cuando agregamos a estas consideraciones la circunstancia de que Lucas introduce más sobre el bautismo de personas incircuncisas como si fuera una innovación sorprendente, nos vemos obligados a pensar que era la intención de Lucas que consideráramos a este eunuco como un hombre circuncidado.

No era raro que los Judíos nacidos y criados en tierras extranjeras alcanzaran posiciones *eminentes*, como las que disfrutaba este hombre, y especialmente en el departamento de las finanzas, para el cual siempre han poseído una aptitud natural.

Se puede observar una notable presciencia en el tiempo de la misión del ángel y los movimientos de Felipe al comienzo y progreso del viaje del eunuco. Felipe debe haber partido de Samaria al menos tan pronto como el día anterior a aquel en que el eunuco salió de Jerusalén; sin embargo, el Señor que envió al ángel sabía tan bien cuándo partiría el eunuco, cuánto tardaría en llegar al punto en que Felipe venía detrás de él, y cuánto tardaría Felipe en llegar al mismo punto, que la misión del ángel estaba tan cronometrada como para hacer que todos los movimientos encajaban entre sí: De este modo, la providencia de Dios se

¹ Si bien las personas castradas eran excluidas de la asamblea de Israel, ya que los Gentiles fueron los primeros con el propósito de evitar que los Judíos permitieran que ellos mismos o sus hijos fueran mutilados (Deut.23:1), sin embargo, ambos, si obedecían la ley de Dios, fueron motivados a adorar a Dios, y a enviar sacrificios con la seguridad de que serían aceptados (Isa. 56:1-8).

unió a la misión milagrosa del ángel para lograr la conversión prevista del eunuco y enviar el evangelio en él a una nación lejana.

V. 29. Cuando Felipe entró en el camino que se le había indicado, su misión estaba cumplida hasta donde podía saber por el mensaje del ángel; porque esto era todo lo que el ángel le había dicho que hiciera.

Aquí sin duda se habría detenido para recibir más órdenes si otra advertencia divina no lo hubiera impulsado. Justo en este momento el Espíritu Santo comenzó a tomar parte en los procedimientos; y, como el ángel, comenzó, no con el pecador, sino con el predicador. **(29) Y el Espíritu dijo a Felipe: Acércate y júntate a ese carro.** El propósito de esta comunicación era evidentemente el mismo que el del ángel, para poner cara a cara al predicador y al sujeto de la conversión. De no haber sido por ella, Felipe podría haber dejado que el carruaje, que ya estaba a cierta distancia por delante de él, se perdiera de vista.

V. 30. Para hacer lo que el Espíritu le indicaba, Felipe tuvo que moverse enérgicamente. **(30) Acudiendo Felipe, le oyó que leía al profeta Isaías, y dijo: Pero ¿entiendes lo que lees?** El hombre estaba leyendo en voz alta — una buena manera de mantener la mente fija en lo que leemos. Teniendo en cuenta las posiciones relativas de las partes, la pregunta de Felipe, ¿Entiendes lo que lees? nos parece un método bastante abrupto, si no impertinente, de presentarse ante el funcionario. Sin embargo, era una pregunta apropiada y sabiamente planteada. Felipe aún no conocía a su hombre; no sabía si acercarse a él como compañero discípulo o como incrédulo. Sabía que si era incrédulo no podría entender el significado de la bien

conocida profecía que estaba leyendo, una de las profecías más claras de todos los profetas acerca de los sufrimientos de Cristo. Los Judíos, no queriendo aplicarlo a Cristo, porque esperaban que fuera un gran rey terrenal, no sabían qué hacer con él. Por otro lado, sabía que si el hombre era creyente, el pasaje sería inequívocamente claro para él. El propósito de la pregunta, entonces, era sacar a la luz la posición religiosa de su hombre, para determinar cómo proceder con él más adelante.

6. Felipe Predica al Eunuco, Le Bautiza, y Luego Predica en Filistea, 31-40.

Vers. 31-35. La respuesta del eunuco a la pregunta de Felipe fue rápida y satisfactoria: (31) Él dijo: **¿Y cómo podré, si alguno no me enseñará?** (32) El pasaje de la Escritura que leía era este: Como oveja a la muerte fue llevado; Y como cordero mudo delante del que lo trasquila, Así no abrió su boca. (33) En su humillación no se le hizo justicia; Mas su generación, **¿Quién la contará?** Porque fue quitada de la tierra su vida.¹ (34) Respondiendo el eunuco, dijo a Felipe: Te ruego que me

¹ Esta cita está tomada de Isaías 53: 7, 8; pero sigue la Septuaginta, que era la Biblia de todos los Judíos nacidos en el extranjero, y que el eunuco debe haber estado leyendo. La cláusula, "En su humillación no se le hizo justicia", se explica mejor por el hecho de que en el juicio de Jesús él fue privado del justo juicio por un juicio y condena injusto. Así lo entienden Plumptre, Gloag, Hackett y Alford. Meyer y otros sostienen que el juicio que se le quitó era su derecho a juzgar; pero este derecho Jesús como uno que todavía sería ejercido en el mundo venidero (Jn. 5:22-38; 12: 47, 48), y por lo tanto no le fue robado en su humillación. La cláusula, "Su generación **¿Quién la contará?**" debe interpretarse a la luz de la cláusula, "porque fue quitada de la tierra su vida". El hecho de que le quitaran la vida planteó la pregunta: **¿Quién contará su generación?** El significado depende de la expresión "su generación". Esta expresión generalmente significa la posteridad de un hombre, y la pregunta implica una respuesta negativa. El significado parece ser, nadie dará a conocer su posteridad, porque no tenía posteridad cuando su vida fue cortada. El significado sugerido por Meyer, "**¿Quién contará la multitud de su descendencia espiritual?**" se lee en el pasaje de desarrollos posteriores, y bien podría no haber estado en los puntos de vista del profeta; y no es sugerido por sus palabras.

digas: ¿de quién dice el profeta esto; de sí mismo, ¿o de algún otro? (35) Entonces Felipe, abriendo su boca, y comenzando desde esta escritura, le anunció el evangelio de Jesús. Felipe ahora entiende a su hombre, y comprende mejor lo que acababa de suceder con él mismo. El hombre es un devoto adorador de Dios, quien, aunque es tesorero de un reino distante, no deja de venir a Jerusalén, como lo demanda la ley, para adorar. Ha estado allí ahora; y, en su camino a casa, apenas se pierde de vista de la ciudad santa cuando toma en la mano, mientras cabalga, el libro de Isaías.

Es un lector reflexivo, que investiga cuidadosamente, mientras lee, el significado de cada pasaje. Es un incrédulo en Cristo, o no dudaría a quién se refiere el pasaje que está leyendo. De modo que sucede que estaba leyendo y estudiando el *mismo* pasaje de todos los demás en Isaías que, cuando se entiende, será más probable que lo lleve a Cristo: y ¿Podría Felipe haber dicho así sí mismo: "Dios me envió el ángel, para traerme aquí en el momento exacto en que Él previó que este hombre estaría leyendo este mismo pasaje, y planteando en su propia mente una pregunta al respecto que puedo responder con el nombre de Jesús?"

No hubo tiempo para hacer una pausa y maravillarse ante este afloramiento del conocimiento y la sabiduría de Dios; pero indudablemente el alma de Felipe se encendió al proceder de esa Escritura para predicar a Jesús como su cumplimiento. Y si su desconcertado oyente hubiera ofrecido la oración de David, "Abré mis ojos para que pueda ver las maravillas de tu ley" (Sal.119:18) se dio cuenta de una respuesta cuando vio, radiante desde la página que estaba tan oscura antes, la gloria de un Salvador sufriente. Las Escrituras le fueron abiertas por la ministración de los ángeles y del Espíritu Santo, pero todas

se hicieron efectivas para él por las palabras del predicador.

Vers.36-40. El relato de esta conversión termina, como los de Pentecostés y los de Samaria, con el bautismo de la persona. (36) **Y yendo por el camino, llegaron a cierta agua, y dijo el eunuco:** Aquí hay agua; ¿Qué impide que yo sea bautizado? (37) Felipe dijo. Si crees de todo corazón, bien puedes. Y respondiendo, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios (38) **Y mandó para el carro;** y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y le bautizó. (39) Cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe; y el eunuco no le vio más, y siguió gozoso su camino. (40) Pero Felipe se encontró en Azoto; y pasando, anunciaba el evangelio en todas las ciudades, hasta que llegó a Cesárea. La primera agua natural a la que llegaron, a menos que fuera un manantial junto al camino, fue el arroyo que atraviesa el valle de Ela, el arroyo que cruzó David para salir al encuentro de Goliat (1 Sam.17:40). Es un arroyo de montaña, que se seca en el verano, pero fluye con una fuerte corriente durante el invierno y la primavera.¹ Tales corrientes siempre producían charcos aquí y allá muy apropiados para bautizar. Si el carro ya había cruzado este arroyo cuando el eunuco pidió el bautismo, había otro en la llanura Filistea, ahora llamado *Wady el Hasy*, que Robinson, el primero en instituir investigaciones inteligentes sobre este tema, fijó como el lugar del bautismo.² Es un arroyo perenne, y apto para bautizar en cualquier época del año. Sin embargo, no es del todo improbable que el lugar verdadero de este bautismo fuera uno de los muchos estanques artificiales que abundaban en el país en ese momento, y cuyas ruinas se encuentran en todas partes.³ La estación sin lluvia de siete meses, que se

¹ Vea una investigación del autor en su volumen *Lands of the Bible*, 259.

² *Biblical Researches*, II, 514, Nota xxxii.

³ Vea *Lands of the Bible*. 48.

experimenta allí todos los años, hizo necesario, cuando el país estaba lleno de gente y rebaños y manadas, hacer una provisión extraordinaria de agua para el ganado y para regar las cosechas de verano; y ningún país estuvo nunca tan bien abastecido de esta manera como Judea.

La pregunta: “¿Qué impide que yo sea bautizado?” fue sugerida inmediatamente por la aparición del agua; pero no se le podría haber ocurrido al eunuco si no hubiera sido instruido previamente acerca de la ordenanza. Había aprendido no sólo que había una ordenanza, sino que era el deber y el privilegio de los hombres obedecerla cuando estaban debidamente preparados para ello. También deseaba ser bautizado, y su única pregunta era si era un candidato *adecuado*. Como no había sabido nada de Jesús como el Cristo hasta el momento en que Felipe le predicó, ciertamente no había aprendido nada definitivo acerca del bautismo que Jesús había ordenado; y, en consecuencia, nos vemos obligados a concluir que lo que ahora sabía lo había aprendido de la *predicación* de Felipe.¹ De esto aprendemos que al predicarle a Jesús, Felipe le había instruido acerca de que era parte del bautismo; que cuando los hombres predicaban a Jesús como es debido, el bautismo es *parte* del sermón. El sermón de Pedro sobre Pentecostés y la *predicación* de Felipe a los Samaritanos; y veremos, a medida que avancemos con este Comentario, que tenía un *lugar* en cada sermón apostólico completo dirigido a los pecadores. Los evangelistas de la actualidad que lo *omiten* predicaban un evangelio mutilado, y lo hacen para complacer a los hombres al alimentar un prejuicio sectario que más bien deberían tratar de desarraigarse y destruir.

¹ La idea de que lo había aprendido de las palabras, “Así rociará a muchas naciones”, cerca del final del capítulo anterior de Isaías, ha sido promovida por algunos controversialistas; pero no ha sido aprobado por ninguno de los Comentristas críticos, y se prueba que no tiene fundamento por el hecho de que la Septuaginta, que el eunuco estaba leyendo, tiene en ese pasaje, en lugar de la palabra Griega para rociar, la palabra θαυματάζω que significa *asombrar*.

Tan pronto como hubo formulado la pregunta, ordenó que el carrojaje se detuviera, mostrando que la respuesta de Felipe, que no está registrada, no presentaba ningún obstáculo. A algunas personas en una época posterior les pareció que aquí se representa a Felipe sin responder, y que actuó con demasiada precipitación; de ahí la interpolación en algunas copias de Hechos de las palabras: "Y Felipe dijo: Si crees de todo corazón, puedes. Y él respondió y dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios"¹. El interpolador obtuvo la idea que insertó de pasajes como Rom. 10: 8, 9; 1 Tim. 6:13; y Mat. 16: 16, que muestran que tal confesión fue tomada por los apóstoles; y no es improbable que esta costumbre apostólica todavía prevaleciera cuando se hizo la interpolación.²

Es imposible formular una oración en Inglés o en Griego que pueda declarar de manera más inequívoca el hecho de que antes del bautismo del eunuco, tanto él como Felipe *descendieron* al agua, y que después del bautismo *salieron* de ella. Es doloroso observar la falsedad con la que algunos Comentaristas, como muchos controversialistas ignorantes, han puesto a prueba su ingenio para oscurecer este hecho, en el intento de una forma pervertida del mandamiento del bautismo.

¹ Con respecto a casi ninguna lectura, los críticos textuales están más unánimemente de acuerdo, o en mejor evidencia manuscrita, que el rechazo de este versículo como una interpolación. Véanse las pruebas en Tregelles, o Westcott y Hort, o en la octava edición de Tischendorf.

² Se encontró en al menos un MS. en la segunda mitad del siglo Segundo; porque es citado por Ireneo, que estaba en la vida activa del año 170 al 210 D.C. Sus palabras son: δὲ εἴπε πιστεύΩ τὸν νιὸν τοῦ θεοῦ εἶναι τὸν ιησοῦν χριστόν cuando el eunuco mismo se convenció, y creyó conveniente ser bautizado inmediatamente, y dijo: "Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios". Cipriano cita el pasaje de la siguiente manera: "He aquí el agua; ¿qué es lo que impide que yo sea bautizado?" Entonces Felipe dijo: "Si crees de todo corazón, puedes". (*Las Obras de Cipriano*, 318).

³ Como ejemplo reciente y llamativo, citamos las siguientes observaciones de la *Expositor's Bible*, del Prof. G. T. Stokes, sobre este pasaje: "El eunuco Etíope

Se ve claramente que ni Felipe ni el eunuco habrían entrado en el agua si el propósito hubiera sido simplemente *rociar* o *verter* una pequeña cantidad de agua sobre este último. Precisamente las *mismas* razones que ahora mantienen a los predicadores que practican el rociar fuera del agua habrían mantenido a Felipe y al eunuco fuera de ella. Por otro lado, la misma necesidad que ahora obliga a los que practican la inmersión a meterse en el agua con ese propósito, obligó a Felipe y al eunuco a hacerlo; y de esta conclusión la mente objetiva no puede encontrar escape. Si no supiéramos nada en absoluto del significado de la palabra bautizar, ya sea en Inglés o en Griego, excepto el simple hecho de que algunos dicen que significa rociar, y otros que significa sumergir, este pasaje por sí solo resolvería la cuestión para siempre con todos cuyas mentes son libres de seguir implícitamente el significado obvio de las Escrituras. El relato de la conversión del eunuco reprende en varios puntos a muchos maestros de nuestra época, y debería llamarlos con temor a la enseñanza y práctica de los evangelistas inspirados.

La desaparición de Felipe después del bautismo puede haber sido milagrosa, en lo que se refiere al significado de la expresión “arrebatado”; y este significado concuerda mejor con la expresión “se encontró en Azoto”; o puede haber sido por una orden repentina, como la que le hizo correr y alcanzar el carro del eunuco (29, 30); y esto concuerda mejor con la razón dada por la cual el eunuco no lo vio más, “y siguió gozoso su camino”. Esta razón implica

bautizado por San Felipe en el desierto no pudo haber sido sumergido. Llegó a un arroyo que corría, apenas suficiente para lavarse los pies, o quizás más bien a un pozo en el desierto; el agua estaba profunda y sólo alcanzada, como en el caso del pozo de Jacob, por una cuerda o cadena. Incluso si se hubiera podido llegar al agua, el sentido común, por no hablar de un motivo superior, habría prohibido la contaminación de un elemento tan necesario para la vida humana. (Pag. 143)

que si él no hubiera seguido su camino, podría haber seguido a Felipe en el suyo. El propósito evidente del escritor es mostrar que fue el Espíritu quien provocó su salida de la presencia del eunuco, y dejar en la oscuridad el método exacto de su eliminación, como un asunto sin importancia para sus lectores. La circunstancia que vale la pena señalar es que a Felipe *no* se le permitió permanecer más tiempo en compañía de su nuevo converso, como naturalmente desearía hacer para continuar con su instrucción.

Era la voluntad de Dios que el hombre siguiera su camino a su tierra natal y trabajara en su propia salvación (junto, quizás, con la de muchas otras personas) edificando sobre la instrucción elemental que ahora había recibido. Con muchos hombres esto sin duda sería inseguro; pero Dios conocía a su hombre; y fue porque lo conocía que había dado los pasos deliberados que hemos trazado para traerlo a Cristo.

A pesar de esta separación repentina de su maestro, y la necesidad de seguir su camino con tan poco conocimiento de su Salvador recién encontrado, el eunuco “siguió gozosos su camino”. Su regocijo brotó de la experiencia de lo que Pablo expuso después a una audiencia de Judíos: “Sabed, pues, esto varones hermanos: que por medio de él se os anuncia perdón de pecados, y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree” (13: 38, 39).

Es imposible que Felipe no le dijera, como lo hizo Pedro a sus conversos, la conexión del perdón de los pecados con el arrepentimiento y el bautismo; y ahora que

él ha cumplido con las condiciones del perdón, se regocija en la experiencia de haberlo obedecido. Nuestra concepción de este caso de conversión carecerá de plenitud si no lo miramos desde otro punto de vista que el relato nos permite tomar. Si un amigo del eunuco se reunió con él después de que se separó de Felipe, y le preguntó por la causa del gozo tan manifiesto en su semblante, el relato habría presentado los hechos de la conversión desde su punto de vista, más que desde el del historiador. No habría comenzado la historia, como lo hace nuestro autor, con la visita del ángel a Felipe; porque de esto nada sabía; él no habría mencionado la orden del Espíritu Santo: "Acércate y júntate a este carro"; porque de esto él era igualmente ignorante; pero su historia habría sido sobre esto:

Yo había estado en Jerusalén para adorar. Había emprendido el camino de regreso a casa; y mientras viajaba en mi carro, abrí el libro de Isaías y comencé a leer. Di con el pasaje que tanto desconcierta a nuestros escribas, en que el profeta habla de la humillación y muerte de alguien por el bien del mundo; y estaba trabajando duro para determinar en mi propia mente de quién escribió el profeta esas palabras, cuando de repente apareció corriendo al lado de mi carro un extraño, que me preguntó: "¿Entiendes lo que lees?" Su actitud indicaba que lo entendía, y me pareció providencial que viniera a mí en el momento mismo en que necesitaba su ayuda. Lo invitó a tomar asiento conmigo; Señalé el pasaje y le expliqué mi dificultad.

En poco tiempo me dejó perfectamente claro que el pasaje se refería al Mesías largamente esperado; y que este gran personaje, en lugar de reinar aquí en la tierra, como nos han enseñado nuestros escribas, iba a morir en sacrificio por nuestros pecados; resucitar de entre los

muertos, ascender al cielo de donde vino, y establecer su reino sobre hombres y ángeles. Me convenció de la verdad de todo esto, y me mostró que a través de la sangre de ese hombre, por la fe en Él y el arrepentimiento y el bautismo en Su nombre, hemos de recibir el perdón de los pecados que la ley no podía darnos. Estando aun diciéndome estas buenas nuevas de gran gozo, llegamos a cierta agua, y pedí el bautismo en que él me había instruido. Él me bautizó; luego se desapareció tan bruscamente como había venido a mí; pero he venido por mi camino gozoso en el perdón de mis pecados, y en la esperanza segura de la vida eterna.

Tal fue la experiencia de este hombre hasta el momento que el telón de la historia baja y lo oculta de nuestra vista. Felizmente, cuando lo perdemos de vista, los sonidos que regresan a nosotros son notas de alegría, y podemos esperar encontrarlo en el punto donde terminan todos nuestros viajes, y regocijarnos con él para siempre. Su fe rápida y pronta obediencia dan evidencia de tal carácter que podemos creer que traerá muchas gavillas consigo en la gran cosecha.¹

El pueblo de Azoto en el que se encontró a Felipe es el Asdod del Antiguo Testamento, una de las cinco ciudades de los Filisteos. Se encontraba a unas pocas millas de la orilla del mar, casi en ángulo recto con la línea de viaje del eunuco, y probablemente a quince millas de distancia. Desde ese lugar hasta Cesárea, el punto final de los trabajos de Felipe aquí mencionados, hay unas sesenta millas; y la región en la que él trabajó fue la antigua tierra de Filistea hasta el norte de Jope, y la llanura de Sarón desde allí

¹ Muy naturalmente, los Cristianos de Etiopía atribuyeron después al eunuco la introducción del Cristianismo en el país; y tienen algunas tradiciones con respecto a su carrera posterior, pero ninguna de ellas está lo suficientemente autenticada como para merecer nuestra atención.

treinta millas al norte hasta Cesárea. En Azoto esta llanura tiene unas dieciséis millas de ancho, y cerca de diez en Cesárea; y todo el camino es sumamente productivo. En ese momento estaba densamente poblado de aldeas y pequeñas ciudades, muchas de las cuales, en un estado de decadencia, permanecen hasta el presente. Fue un campo de evangelización suficiente para ocupar muchos años de la vida de Felipe. Veremos rastros de los efectos probables de su trabajo a medida que avancemos.

SECCIÓN II— LA CONVERSIÓN Y LAS PRIMERAS LABORES DE SAULO

(9:1-31)

1. Su Viaje a Damasco, 1-9.

Vers. 1, 2. De la conversión de un noble, cuyo hogar estaba en una tierra lejana, nuestro autor pasa ahora a la del enemigo más distinguido de la Iglesia en ese momento. Ya ha presentado a Saulo a sus lectores, en el relato del martirio de Esteban; porque éste, el más laborioso y abnegado de todos los apóstoles, aparece por primera vez en la página de la historia de pie cuando Esteban fue apedreado, con las ropas de los testigos en su contra tiradas a sus pies. Sus propias declaraciones acerca de sí mismo nos permiten rastrear su historia hasta un período aún anterior. La educación temprana y los recuerdos ancestrales de un hombre tienen mucho que ver con la formación de su carácter y su carrera. Los de Saulo estaban bien calculados para empujarlo al mismo curso de acción en el que figura por primera vez en las narraciones de Lucas.

El nació en la famosa ciudad Griega de Tarso, a orillas del río Cidno en Cilicia (Hech.22:3). Esta ciudad era entonces una sede de estudios Griegos, casi rivalizando con Atenas y Alejandría;¹ y debido a su situación en un río navegable, y cerca de los pasos de montaña que conducen al interior de Asia Menor al norte, y de Siria al este,² fue el centro de un extenso comercio. Aquí adquirió en la niñez un conocimiento del idioma Griego y de los usos y costumbres de los Griegos, lo que le sirvió para un buen

propósito en su vida futura. Al mismo tiempo, otras influencias lo protegían cuidadosamente contra los efectos perversos de la sociedad pagana que lo rodeaba. Era de pura extracción Judía, un “hebreo de hebreos; en cuanto a la ley fariseo” “de la tribu de Benjamín” (Fil.3:5) y descendiente de antepasados piadosos (Gál.1:14). Esto aseguró su cuidadosa instrucción en la historia Judía y en la ley de Moisés. Sus padres fueron Fariseos (Hech.23:6), y su entendimiento de las Escrituras fue por lo tanto, modificado por las interpretaciones peculiares y tradiciones de esa secta.

Además de esta instrucción religiosa, se le enseñó el oficio de fabricante de tiendas (Hech.18:3). El pelo de cabra que se usaba para la fabricación de prendas rudas y telas de tienda, se producía en grandes cantidades en las montañas de Cilicia, y el artículo manufacturado adquirió el nombre de κιλίκιον (Del Latín, *Cilicum*), derivado del nombre de la provincia. El hecho de que después recibiera una costosa educación intelectual prueba que su padre lo puso en este humilde oficio, no por necesidad, sino de acuerdo con la concepción Judía, de que alguna forma de trabajo manual era una parte importante de la educación de todo niño.³

¹ “Tan grande es el celo de los habitantes por la filosofía y todas las demás enseñanzas encíclicas, que han superado incluso a Atenas y Alejandría, y a cualquier otro lugar que se pueda mencionar en el que hayan surgido escuelas filosóficas y filológicas” (Estrabón, xiv. 4)

² La llanura en la que se encuentra Tarso está limitada al norte y al noroeste por una alta cadena de montañas, cubiertas de nieve la mayor parte del año. Se llega a la región más allá por un paso a través de esta cordillera llamado las Puertas de Cilicia, porque era el único medio de acceso a Cilicia desde el oeste. Otra cadena limita con Cilicia por el este, y a través de ella hay otros dos pasos bien conocidos, llamados Amanidas y las puertas de Siria, que dan acceso a Siria. Tarso es ahora una ciudad insignificante de unos diez mil habitantes; pero recientemente se ha construido un ferrocarril desde la costa del mar a través y más allá de Adana, y esto puede conducir a una renovación parcial de su antigua importancia.

El oficio fue de gran utilidad para él en algunos de los días más oscuros de su vida posterior (Hech.18:3; 20:34; 1 Tes.2:9). Fue sólo su infancia la que estuvo así dedicada a la instrucción de los padres y a la adquisición de la lengua Griega y un oficio; porque fue “criado” a los pies de Gamaliel en Jerusalén. Bajo la instrucción de este doctor Fariseo, cuya prudencia y serenidad hemos tenido ocasión de notar en relación con el juicio de los doce apóstoles (vers. 33-39), su conocimiento de la ley se amplió, su celo por ella se encendió, y sus prejuicios Farisaicos se intensificaron. Su progreso en esta escuela bíblica es así descrito por él mismo: “y en el judaísmo aventajaba a muchos de mis contemporáneos de mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres” (Gál.1:14). Esta preeminencia en erudición y celo fue acompañada por la conducta religiosa más estricta, de modo que después de un lapso de muchos años pudo apelar a quienes lo conocieron en su juventud, aunque ahora eran sus enemigos, para testificar que de acuerdo con la secta más estricta de su religión había vivido Fariseo; e incluso podía declarar que en cuanto a la ley era irrepreensible (Hech.26:4, 5; Fil.3:6). Tal era su carácter y reputación antes de su aparición en las páginas de Hechos.

No es probable que Saúl estuviera en Jerusalén en el momento de la crucifixión de Jesús, o varios años antes. Si lo hubiera estado, es inexplicable que en todos sus discursos y epístolas *no* haga alusión a un conocimiento personal de los acontecimientos de la vida de Jesús. En el momento de la muerte de Esteban debió tener por lo menos

³ En el Talmud, se cita a Gamaliel diciendo: “El aprendizaje de cualquier tipo, sin ir acompañado de un oficio, no termina en nada y conduce al pecado”; el Rabino Meir, diciendo: “Que un hombre siempre enseñe a sus hijos oficios puros y fáciles;” y el Rabino Juda, diciendo: “No enseñar un oficio a un hijo es como enseñarle a robar” (Farrar’s *Life of Paul*, Pág. 14, n. 1).

treinta años de edad¹ y probablemente llevaba diez años o más sin ir a la escuela. La suposición de que había regresado a Tarso antes del comienzo del ministerio de Juan, y había reaparecido en Jerusalén después de la ascensión de Jesús, es lo más acorde con todos los hechos conocidos en el caso. Cuando surgió el conflicto entre Esteban y los Judíos de la sinagoga extranjera, es casi seguro que Saulo fue uno de los Cilicios que se encontró con él (6:9); y su conocimiento superior en la ley lo colocó naturalmente en la primera fila de los disputantes. Aparentemente era miembro del Sanedrín,² y ciertamente asumió el papel de líder de ese cuerpo cuando se convirtieron en una turba y apedrearon a Esteban; porque “los testigos pusieron sus ropas a los pies de un joven que se llamaba Saulo” (7:58); y se hace la declaración formal de que “Saulo consentía en su muerte” (8:1). Después de la muerte de Esteban, todavía mantuvo la posición de líder en la persecución, hasta que la Iglesia se dispersó. En el curso de esta persecución, además de Esteban, otros fueron muertos, mientras que muchos fueron azotados en las sinagogas para que blasfemaran el nombre de Jesús (26:11).

Cuando la Iglesia de Jerusalén fue dispersada, Saulo sin duda pensó que había destruido efectivamente la secta

¹ Se le llama “un joven” en ese momento, pero su liderazgo implica una edad lo suficientemente avanzada como sería consistente con llamarlo un hombre joven, y apunta a unos treinta años.

² Si hemos de entender su comentario (26:10), “Cuando los mataron, yo di mi voto” literalmente, ciertamente era miembro de algún tribunal que decidió el destino de los discípulos en esta persecución; y no se conoce otro excepto el Sanedrín. Contra la suposición de que él era miembro de este cuerpo, nada se alega excepto una tradición entre escritores Judíos posteriores, de que nadie podía ser miembro si no era mayor de edad o si no era un hombre casado (vea a Gloag, Lechler, Hackett en 26:10). En cuanto a la última cualificación, Farrar da razones muy plausibles, si no concluyentes, para creer que Saulo se casó a temprana edad y enviudó (*Life of Paul*, Cap. 4). Ambas objeciones, sin embargo, carecen del apoyo de hechos bien establecidos.

odiada: pero pronto comenzaron a llegar noticias de varios lugares, que los discípulos dispersos estaban estableciendo congregaciones en todas direcciones. Alguien menos persistente que Saulo podría ahora haber perdido la esperanza de tener éxito en suprimir una fe que hasta ahora había sido promovida por *cada* ataque hecho contra ella, y que parecía cobrar vida renovada de una aparente destrucción; pero él tenía una voluntad que se elevó a una resolución más alta a medida que los obstáculos se multiplicaban ante ella, y así es representado en el texto que ahora debe presentarse ante nosotros. **(1) Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote, (2) y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén.** La pluralidad de sinagogas en Damasco aquí indicada muestra que la ciudad contenía una población Judía muy considerable; y con esto concuerda la afirmación de Josefo de que no menos de diez mil Judíos fueron asesinados en un tumulto allí durante el reinado de Nerón.¹

Cuando llegó a Jerusalén la noticia de que la fe de Jesús se estaba propagando en esta gran comunidad Judía, la exasperación de Saulo y sus compañeros perseguidores no conocían límites; y como Damasco era la ciudad extranjera de gran importancia más cercana, se seleccionó de inmediato como el primer punto para la persecución de los discípulos dispersos. En circunstancias ordinarias, las cartas que llevaba Saulo no le habrían dado poder para arrestar a hombres en una ciudad extranjera y llevarlos atados; pero tenía razones para creer, por consideraciones que ahora deben ser sólo una cuestión de conjeturas, que las autoridades de Damasco le permitirían actuar así; y que

¹ *Guerras de los Judíos*, II. 25.

estaba en lo cierto es evidente por la prontitud con la que el gobernador de la ciudad prestó después la ayuda de sus guardias con el propósito de arrestar al mismo Saúl (2 Cor.11:32).

Vers. 3, 4. Es imposible que un hombre esté en un estado de ánimo menos favorable a la conversión a Cristo que el que Saúl tenía cuando emprendió esta loca expedición. ¡Cuán notable es el contraste entre él, respirando amenazas y muerte contra los discípulos de Cristo, cuando se dirigía a una ciudad extranjera para arrestarlos y encarcelarlos, y el eunuco, leyendo reflexivamente al profeta Isaías cuando emprendió un viaje pacífico a su lejano hogar. Sin embargo, el evangelio de Cristo muestra su maravilloso poder de adaptación al convertir a *ambos* en el camino de la salvación. La distancia de Jerusalén a Damasco es de unas ciento cuarenta millas (225 km). La ruta de viaje más usual era hacia el norte a lo largo de la cresta divisoria de la cordillera a través de Betel y Siquem hasta Jezreel; de allí hacia el oeste hasta Beth Shan en el acantilado que baja al valle del Jordán; de allí se sube por ese valle hasta un puente de piedra que cruza el Jordán y que se conserva en buenas condiciones hasta el día de hoy;¹ y de allí a lo largo de la meseta elevada al este del valle del Jordán hasta Damasco.

Durante el último día de viaje el camino discurre por la base oriental del monte Hermón, cuya cumbre nevada delimita el horizonte por la izquierda. La tempestad de pasión con la que Saúl emprendió este viaje naturalmente habría disminuido un poco durante los cuatro o cinco días

¹ Vea una descripción de este puente en el volumen del autor, *Lands of the Bible*, 354.

de viaje, dejándolo en un estado de ánimo más adecuado para la entrevista que Cristo le había preparado. (3) **Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo;** (4) **y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?** Lucas omite varios detalles importantes de la escena que ahora describe, porque se los proporciona a sus lectores en dos discursos que cita de Pablo más adelante (cf. 22:6-10; 26:12-18). Es apropiado que también los dejemos fuera de la vista mientras intentamos concentrarnos en la escena como Lucas pretende presentárnosla. No se nos dice aquí cómo supo Saulo que la luz que de repente brilló a su alrededor era una “luz del cielo”; es suficiente saber que era de tal carácter que no deja ninguna duda sobre este punto. Esta fue de tal naturaleza que cuando brilló sobre él “cayó sobre la tierra”; y fue un hombre valiente para estar desconcertado ante un evento sin una causa adecuada. Que era un milagro, debe haberlo percibido al instante; y cuando llegó la voz, diciendo: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” La palabra “perseguir” transmitía una referencia demasiado clara a su conducta hacia los discípulos para ser malinterpretada. También era inequívocamente manifiesto que la voz, como la luz, vino *del cielo*; pero quién era el hablante, si Esteban, o algún otro discípulo a quien él había matado, o algún otro personaje misterioso, no pudo saberlo por estas palabras, por lo que inmediatamente pregunta quién es.

Vers. 5, 6. (5) El dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coches contra el agujón. (6) El, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes

hacer. Es imposible para nosotros, que hemos estado familiarizados con la gloria del Cristo resucitado desde la infancia, darnos cuenta plenamente de los pensamientos y sentimientos que relampaguearon como un relámpago en el alma de Saulo al escuchar estas palabras. Hasta ese momento había tenido a Jesús como un impostor maldecido por Dios y por los hombres, y sus seguidores por blasfemos dignos de muerte; pero ahora este ser odiado se le revela repentinamente en un resplandor de gloria divina. No se puede dudar de la evidencia de los ojos y los oídos. Allí está, con la luz del cielo y la gloria de Dios a su alrededor, y dice: "Yo soy Jesús". Esteban entonces tenía razón, y yo he derramado sangre inocente. ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom.7:24) La suerte está echada. El espíritu orgulloso cede, y la corriente de esa poderosa alma se vuelve hacia atrás de su cauce, para fluir para siempre profunda y fuertemente en la dirección *opuesta*.

V. 7. En este punto Lucas revela el hecho de que Saulo no estaba solo y menciona brevemente el comportamiento de los hombres que estaban con él. **(7) Y los hombres que iban con Saulo se pararon atónitos, oyendo a la verdad la voz, mas sin ver a nadie.** Esta no es una declaración de un escritor que está consciente de haber inventado una historia y se cuida de reforzarla con evidencia ficticia: de lo contrario no habría admitido que las únicas personas que podrían haber sido testigos junto con Saulo de la presencia de Jesús no lo vieron. El hecho de que no le vieran, si realmente se les apareció, puede explicarse por una de dos únicas suposiciones; O que Jesús se mantuvo intencionalmente oculto de ellos mientras se le aparecía a Saulo; o que fallaron, por alguna causa no mencionada en el texto, en volver sus ojos en esa dirección. La verdadera

¹ Vea Comentarios bajo los Capítulos 22:9; 26:14.

causa aparecerá más adelante.¹ Mientras tanto, estos compañeros, aunque no pudieron decir quién habló con Saúl, fueron testigos competentes de los hechos de que apareció la luz, de que se oyó una voz en medio de ella, y de la ceguera de Saúl que siguió como resultado inmediato.

Vers. 8, 9. De no haber sido por las últimas palabras pronunciadas por Jesús: “Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer”, Saúl no habría sabido qué paso dar a continuación; pero habiendo recibido esta orden, la obedeció lo mejor que pudo. (8) **Entonces Saúl se levantó de tierra, y abriendo los ojos, no veía a nadie;** así que, llevándole por la mano, le metieron en Damasco, (9) **donde estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió.** Las palabras, “abriendo sus ojos”, no implican que habían estado cerrados desde el instante en que apareció la luz por primera vez; porque entonces *no* podría haber visto a Jesús. Además, si los hubiera cerrado entonces, la luz no lo habría cegado.

La narración claramente implica que miró hacia la luz mientras pudo soportar el resplandor; y que cerró los ojos cuando ya no pudo soportar más el dolor. Cuando se levantó, lo que pudo haber sido después de pasar algunos momentos en un esfuerzo por calmar sus nervios, instintivamente abrió los ojos y se encontró ciego. Las palabras, “llevándole de la mano, le metieron a Damasco”, implican que él y sus acompañantes iban a pie, un modo de viajar muy común en esos días, y no en caballos o camellos, como la imaginación los ha pintado con tanta frecuencia. Su abstinencia tanto de comida como de bebida puede explicarse solo por su extrema miseria mientras meditaba

sobre sus horribles crímenes y esperaba que se le dijera qué hacer. Sin duda, los tres días deben entenderse, según el conteo Judío, como incluyendo el resto del día en que llegó, el día siguiente, y un tanto del tercer día como había pasado cuando obtuvo alivio.

2. Saulo es Bautizado, 10-19.

Vers. 10-12. El Señor dejó deliberadamente a Saulo tres días en la agonía que le habían provocado sus nuevas convicciones, antes de decirle, según la promesa, lo que debía hacer. Esta demora fijó la atención de todos los Judíos incrédulos que lo rodeaban, y trataron en vano de consolarlo, sobre la causa de su angustia y de su ceguera; y así, como veremos más adelante, se cumplió un buen propósito. Ahora se describe la manera en que finalmente se le envió el socorro. **(10) Había entonces en Damasco un discípulo llamado Ananías, a quien el Señor dijo en visión:** Ananías. Y él respondió: Heme aquí, Señor. **(11) Y el Señor le dijo:** Levántate, y vé a la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo, de Tarso; porque he aquí, él ora. **(12) y ha visto en visión a un varón llamado Ananías, que entra y le pone las manos encima para que recobre la vista.** En esta comunicación el Señor le habla a Ananías como si Saulo le fuera totalmente desconocido, y le revela el hecho, que podríamos haber conjeturado, de que en medio de su remordimiento Saulo estaba ocupado en ferviente oración. La visión aquí mencionada le había sido concedida a Saulo con el propósito obvio de darle la esperanza de que su vista sería restaurada; y se hizo conforme a lo que realmente sucedió, para que cuando sucediera, Saulo pudiera ver en la correspondencia la mano de Dios. La calle llamada

Derecha todavía se identifica inequívocamente en Damasco por su contraste con todas las demás calles de la ciudad; porque mientras todos los demás son muy torcidos, haciendo curvas o ángulos abruptos a intervalos de cincuenta a cien yardas, esta calle corre casi una milla (equivalente a 1.609 Metros) con solo cinco ángulos pequeños. La mención de esta calle por su nombre, junto con el nombre de Judas, en cuya casa se hospedaba Saulo, no proporciona evidencia de la autenticidad de esta narración.

Vers.13-16. Esta comunicación del Señor le impuso a Ananías una tarea muy desagradable. (13) Entonces Ananías respondió: Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén; (14) y aun aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre. (15) El Señor le dijo: Vé, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; (16) porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre. Aquí el término “santos” es aplicado por Ananías a los discípulos para indicar que ya había adquirido este uso, aunque esta es la primera vez que aparece en el Nuevo Testamento. Los designa como hombres de vida santa. La expresión equivalente, los que “invocan tu nombre”, también se usa para las mismas personas. El Nombre al que se hace referencia es el del Señor Jesús; porque es Él quien mantiene la conversación con Ananías. Este último habla de la carrera perseguidora de Saulo en Jerusalén como de oídas con él mismo, de lo que inferimos que no era uno de los que habían huido de Jerusalén después de la muerte de Esteban, sino uno que había sido bautizado allí durante el período pacífico

anterior a esa persecución. Cómo había oído que Saulo había venido a Damasco para atar a todos los que allí invocaban el nombre de Jesús, cuando nadie parecía saberlo sino los compañeros de Saulo, no se determina fácilmente, a menos que supongamos que los apóstoles que se habían quedado en Jerusalén habían enviado mensajeros antes de la compañía de Saulo, para advertir a los discípulos de Damasco del peligro inminente. Esto es muy probable.

Ananías descubrió, como todos los demás que se han aventurado a argumentar en contra de un mandato del Señor, que él no escucha tal argumento. La respuesta, “Ve”, resolvió esto; pero el Señor se dignó informarle que había estimado a Saulo muy diferente de lo que cualquiera hubiera supuesto. En la figura de un “vaso elegido” [“vaso escogido” tiene la versión empleada por el autor “Revised Version”, mismo término empleado por versiones posteriores, cf. KJV y otras] para llevar el nombre de Jesús ante los Gentiles, reyes e Israelitas, compara a Saulo con un cofre cuidadosamente seleccionado, en el cual se depositará una joya lo suficientemente rica como regalo para un rey, esa joya siendo su propio Nombre precioso. Los joyeros siempre guardan gemas costosas en cofres de valor correspondiente; y así, cuando Jesús está a punto de enviar Su Nombre a los reyes y los grandes de la tierra, *elige* a este Saulo perseguidor como el recipiente más adecuado para encerrarlo. La selección fue de lo más sorprendente para Ananías; pero los acontecimientos posteriores demostraron Su sabiduría. Mucho tiempo después, el propio Saulo empleó la misma forma de hablar, sin duda habiéndola tomado de los labios de Ananías; pero lo cambia materialmente, diciendo: “Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de

nosotros" (2 Cor.4:6, 7). Aunque para Cristo él era un vaso escogido, a sus propios ojos él no era más que una vasija de cerámica. Ananías quizás no se sorprendió mucho menos cuando el Señor añadió, como mostrando una consecuencia de que Saulo fuera un vaso tan escogido: "yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre" Esta observación fija la atención en el hecho, observable en todos los tratos de Dios con los espíritus escogidos de esta tierra, de que cuando llama a los hombres a posiciones de alto honor y distinguida utilidad, los llama a una vida de *sufrimiento*. Esto demostró más tarde preeminente mente ser el caso de Saulo.

Vers. 17-19. Por estas palabras del Señor eliminó el temor natural del perseguidor, que hacía que Ananías se opusiera a ir a él. (17) **Fue entonces Ananías y entró en la casa, y poniendo sobre él las manos, dijo:** Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo. (18) Y al instante le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al instante la vista; y levantándose, fue bautizado. (19) Y habiendo tomado alimento, recobró fuerzas. **Y estuvo Saulo algunos días con los discípulos que estaban en Damasco.** No aparece, por el relato, cómo Ananías se había enterado de que Jesús se le había aparecido a Saulo en el camino. Es muy probable que lo supiera por lo dicho por los que conversaron con Saulo en casa de Judas, habiéndose difundido rápidamente la noticia entre los Judíos de la ciudad. Se dirigió a él con el cariñoso título de "hermano", no porque fuera un hermano Israelita, sino porque ahora era un creyente y en el camino de la obediencia. Lo que cayó de sus ojos, comparado con escamas, fue indudablemente un depósito causado por la aguda inflamación consecuente con el resplandor de la luz

del cielo. Obsérvese, también, que no fue algo que simplemente le pareció a Saulo como si se le cayera de los ojos, como dirían algunos intérpretes,¹ sino algo que cayó, como Lucas declara expresamente. En la declaración, “y levantándose, fue bautizado”, hay una omisión del mandato a tal efecto, que debe haber sido pronunciado; y esta es una prueba más de que Lucas ha abreviado deliberadamente la narración. La omisión se suple en el relato de Pablo citado en 22: 14-16. El lugar del bautismo también se omite; pero el río Abana corre por en medio de la ciudad, y proporciona abundantes facilidades para el bautismo en sí mismo, además de suministrar muchos estanques artificiales en los patios de los edificios más grandes.²

La declaración de Ananías, de que había sido enviado para que Saulo pudiera “ser lleno del Espíritu Santo”, se interpreta comúnmente como implicando que el Espíritu Santo iba a ser impartido por imposición de manos.³ Pero ya hemos visto que cuando los Samaritanos convertidos de Felipe iban a recibir el don milagroso del Espíritu, les fueron enviados dos apóstoles con el fin de impartirlo, de lo cual inferimos que Felipe *no* tenía este poder. Esto nos hace lentos para creer que el poder fue dado a Ananías; sin embargo, estaríamos encerrados en esta conclusión si no hubiera otra alternativa. Hay, sin embargo, una alternativa que hace que esta conclusión no sólo sea innecesaria, sino altamente improbable. Hemos aprendido, del primer discurso de Pedro, que todos los que se arrepintieron y fueron bautizados recibieron el Espíritu Santo; y se sigue que Saulo recibió el Espíritu cuando Ananías lo bautizó. Esto hizo que su recepción del Espíritu Santo dependiera de la venida de Ananías, y explica suficientemente las

¹ Vea a Lechler, Hackett, y a otros.

² Vea a Plumptre loco, y a *Lands of the Bible*, Pgs. 551, 552, 558.

³ Vea a Plumptre, Gloag, Lechler.

palabras de este último, sin recurrir a la suposición improbable de que estaba facultado para hacer lo que ordinariamente sólo podían hacer los apóstoles. Obsérvese también en este punto que es casi seguro que Ananías era un discípulo no oficial (versículo 10), y que aquí tenemos un ejemplo de un bautismo por manos *no* oficiales. Muestra que, cualquiera que sea la verdad como cuestión de propiedad ordinaria, la validez de la ordenanza de ninguna manera *depende* de que la administre un oficial de la Iglesia o un predicador.

El hecho de que inmediatamente después de su bautismo, Saulo “habiendo tomado alimento, recobró fuerzas” implica que el remordimiento que lo había llevado a su ayuno extremo había desaparecido; y esto concuerda con la promesa el perdón de pecados en el bautismo. Vea más sobre este punto en 22:16. Si ahora, antes de dejar este caso de conversión, nos detenemos a distinguir lo humano y lo divino en los agentes por los cuales se efectuó, y sus conexiones entre sí, comprenderemos mejor cómo Saulo fue traído a Cristo. La característica principal de este caso es el hecho de que el Señor Jesús mismo era el predicador. Fue su palabra proclamada desde la luz del cielo, y probada como divina por esa luz milagrosa en la que apareció, lo que hizo a Saulo un creyente y lo llevó al arrepentimiento. La fe vino, como en todos los demás casos, por el *oír* la palabra (Rom.10:17). Pero aunque el Señor era el predicador, y aunque Su palabra hacía que el pecador creyera y se arrepintiera, todavía había algo que el pecador debía *hacer* antes de encontrar la paz, y para obtener información sobre esto, el Señor *lo envía* a Damasco en lugar de *dársela* él mismo. Mientras espera esta información, a través de los sufrimientos, él derrama su alma en oración, sus pecados aún no han sido perdonados, lo que demuestra

que la justificación *no* es una consecuencia inmediata de la fe y el arrepentimiento. En esta desdichada condición permanece durante tres días, porque nadie ha venido a decirle qué hacer. Esta es otra peculiaridad de su caso, ningún otro converso del que leemos ha experimentado un *retraso* similar. La demora fue obra del Señor; porque nadie que pudiera decirle qué hacer se atrevía a acercarse a él, y el Señor aún no había enviado a Ananías. Como Saulo no sabía a quién enviar, y como ni Ananías ni ningún otro discípulo vendría si se le dejaba solo, fue necesaria una interposición divina, como en el caso de la misión de Felipe al eunuco; y así, en lugar de enviar un ángel, como en ese caso, el Señor mismo *habló* a Ananías. Así, se hace que un mensajero humano le diga al pecador qué hacer, incluso después de que el mismo Señor se le ha aparecido, y el mensajero humano lo ayuda a hacer lo que se le dice que haga bautizándolo. Cuando es bautizado, su dolor y ayuno terminan, sus pecados son perdonados, y aquí termina la historia de su conversión.

3. Saulo Predica en Damasco, 19-25.

Vers.19-22. Tan pronto como Saulo obedeció el evangelio y recibió el perdón, comenzó a dedicar todas sus energías a edificar lo que había tratado de derribar. (19) **Y habiendo tomado alimento, recobró fuerzas. Y estuvo Saulo por algunos días con los discípulos que estaban en Damasco** (20) En seguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que éste era el Hijo de Dios (21) **Y todos los que le oían estaban atónitos, y decían: ¿no es éste el que asolaba en Jerusalén a los que invocaban este nombre, y a eso vino acá, para llevarlos presos ante los principales sacerdotes?** (22) Pero Saulo mucho más se esforzaba, y confundía a los judíos que moraban en

Damasco, demostrando que Jesús era el Cristo. “algunos días” (ἡμέρας τινάς) del versículo 19 se entienden más naturalmente como incluyendo el tiempo de la predicación que se menciona a continuación; y la palabra “en seguida” (εὐθέως) del versículo 20, como comenzando no desde el final de algunos días, sino desde el bautismo de Saulo. Indudablemente, el mismo día en que fue bautizado, todos los discípulos de la ciudad se reunieron a su alrededor y lo recibieron de *inmediato* en su comunión; y en el mismo sábado siguiente, ya sea un día o seis días después, comenzó su predicación en la sinagoga, siendo esta su primera oportunidad. Puede ser que algunas de las sinagogas se abrieran en otros días de la semana después de que él había comenzado a predicar, dándole así oportunidades más frecuentes de lo que permitían las reuniones regulares. El primer efecto de esta predicación fue asombro al escuchar al hombre que había causado “estragos” en la Iglesia de Jerusalén, y había venido a Damasco con un propósito similar, predicando la fe que antes había tratado de destruir. El siguiente efecto es que estaban “confundidos” por las pruebas de Saulo de que Jesús es el Cristo. En las palabras, “Pero Saulo mucho más se esforzaba”, la comparación es con la fuerza mencionada en el versículo 19, “Y habiendo tomado alimento, recobró fuerzas”, y la referencia es a la restauración de su fuerza *física* después del ayuno agotador y agonía de los tres días anteriores. Tal experiencia debilitaría grandemente a un hombre muy robusto, y podría tardar muchos días en recuperarse de sus efectos.

Esta predicación de Saulo fue un esfuerzo prolongado para convertir a la fe a los Judíos que vivían en Damasco; y aunque no tenemos evidencia de que algunos fueran convencidos, al menos estaban “confundidos”. Este fue el

resultado del testimonio fresco e independiente de Saulo sobre la resurrección y glorificación de Jesús. Él no había visto al Señor, como los apóstoles originales, después de Su resurrección y antes de Su ascensión, pero lo había visto descender del cielo en su cuerpo glorificado, y su testimonio era completamente *igual* al que había dado Pedro. Si algún hombre en Damasco dudara de su veracidad, sus compañeros de viaje podrían *testificar* con él sobre la realidad de la luz del cielo, y la voz que procedía de en medio de la luz, mientras que su propia ceguera, más conocida por los incrédulos que a los creyentes, no podría haber resultado de concebir o decir una mentira. Si en alguna mente surgía el pensamiento de que había sido engañado por alguna ilusión óptica o mental, era disipado con la consideración de que la ceguera no podía deberse a tal causa. De este modo, la ceguera sirvió para cortar todo escape de la conclusión de que su informe de la visión era verdadero; y si la visión era una realidad, no había lugar para dudar de que Jesús había resucitado de entre los muertos y ascendido al cielo. La ceguera había sido prolongada, involucrando el retraso de su bautismo mencionado anteriormente (Págs. 208-211), con el mismo propósito de establecerla en la mente de las personas, y especialmente en la mente de los Judíos incrédulos, para que finalmente pudiera servir a este propósito importante.

Tal es la fuerza de su testimonio como les pareció a quienes lo escucharon en Damasco. Para nosotros es así: Si la visión que él afirmó haber presenciado fue una realidad, entonces Jesús es el Cristo, y su religión es divina. Su ceguera, de la que no puede haber razón para dudar, excluye la suposición de que fue engañado. ¿Fue entonces un engañador? Toda su carrera posterior, tal como la relatan tanto Lucas como él mismo, declara que no lo era:

porque todos los motivos derivados tanto del tiempo como de la eternidad que pueden mover a los hombres al engaño se dispusieron *contra* el curso que él siguió después. Tal es Su reputación entre los hombres, sus esperanzas de riqueza y poder, su amor por la amistad y su seguridad personal, todo exigía que mantuviera su antigua posición religiosa. Al hacer el cambio, a sabiendas sacrificó *todo* esto y, si estaba practicando el engaño, se expuso al castigo que creía que los impíos recibirían en la eternidad. Es posible creer que un hombre pueda, por un error de cálculo en cuanto a los resultados inmediatos, comenzar a practicar un engaño de tales consecuencias, pero es increíble que continúe haciéndolo *después* de que se descubrió su error, y que persista en el a lo largo de una larga vida. Es increíble, por lo tanto, que Saulo fuera un engañador;¹ y como no se engañó a sí mismo, ni engañaba a otros, su visión debe haber sido una realidad, y Jesús que se le apareció es lo que demostró que era, el Hijo de Dios.²

Vers. 23-25. Saulo ve ahora representado en Damasco y una escena similar a la que había protagonizado en Jerusalén, pero con su propio papel invertido. Experimenta algunos de los malos tratos que había infligido a otros. (23) **Pasados muchos días, los judíos resolvieron en consejo matarle; (24) pero sus asechanzas llegaron a conocimiento de Saulo. Y ellos guardaban las puertas de día y de noche matarle.** De este relato, parece que cuando se enteró de su

¹ Es una evidencia como ésta la que obliga al autor de “*Supernatural Religión*”, una de las obras incrédulas más radicales publicadas en Inglaterra dentro de la presente generación, a decir: “En cuanto al apóstol Pablo mismo, decimos de la manera más fuerte y enfática posible, que no sugerimos ni la más remota sospecha de la sinceridad de cualquier declaración histórica que realice aquí” (Vol. III: 496).

² El pequeño volumen de Lord Lyttleton sobre la conversión de Pablo, en el que probó el origen divino de la fe Cristiana a partir de este solo incidente, nunca ha sido respondido. Las teorías mediante las cuales Renan, Baur y Strauss han intentado explicar la creencia de Pablo de que vio a Jesús, sin admitir el hecho, se consideran en mi libro *Evidences of Christianity* Parte III, Cap. 11.

complot se escondió; pero sus enemigos, pensando que trataría de escapar por una de las puertas de la ciudad, y que así estarían seguros de encontrarlo, lo vigilaban constantemente. Esta vigilancia también llegó a ser conocida por sus amigos, lo que demuestra que ellos también estaban vigilando, y le proporcionaron otra vía de escape. A lo largo del muro oriental de Damasco, algunas de las casas están construidas contra el muro, con pisos superiores de madera apoyados sobre la parte superior del muro; y también hay unos de este tipo en el muro sur.¹ A través de una ventana en cualquiera de estos ahora un hombre podría ser bajado en la forma descrita en el texto;² (cf. 2 Cor.11:32) y lo mismo era sin duda cierto en la antigüedad. En caso de asedio, cuando el muro debe ser superado por soldados, estas superestructuras de madera podrían ser arrancadas en unas pocas horas.

Este intento de matar a Saúl es el tercer efecto de su predicación sobre los Judíos incrédulos. El primero fue el *asombro* de que predicara a Jesús (ver. 21); el segundo, *confusión* al escuchar su testimonio de Jesús (ver. 22); y tercero, su *complot* para matarlo. Este último efecto se vio “pasados muchos días”, una expresión indefinida que podría significar unas pocas semanas, unos pocos meses o

¹ *Lands of the Bible*, 559.

² Aquí se alegan dos contradicciones entre el relato de Lucas y el de Pablo: Primero, que los “pasados muchos días” de Lucas no pueden incluir los “tres años” de Pablo; y Segundo, que mientras Lucas dice que Saulo predico en Damasco “En seguida”, Pablo dice que fue “inmediatamente a Arabia”. En cuanto a la primera, también podemos decir que cuando Josué comenta a los Israelitas: “estuvisteis muchos días en el desierto” (Jos. 24:7), mientras que Moisés dice que estuvieron allí cuarenta años, hay aquí una contradicción, porque una temporada larga no es igual a cuarenta años. O, tomando la expresión opuesta, también digamos del comentario de Job: “El hombre es corto de días y hastiado de sinsabores”, que según esto los hombres en los días de Job vivían solo unos *pocos días*, contradiciendo la afirmación de que Job mismo vivió ciento cuarenta años después de su aflicción (Job 14:1; 42:16). El caso de Simeón es aún más

unos pocos años. Aprendemos de la propia declaración de Saulo en Gálatas (1:17,18), que su escape ocurrió tres años después de su conversión, y que dentro de este período había hecho una excursión a Arabia.² Cómo hasta dónde había llegado a Arabia, o cuánto tiempo había permanecido allí, no lo insinúa; pero dice que después de esa excursión volvió a Damasco, y es fácil ver que el intento de matarlo ocurrió después de este regreso. También dice que “el gobernador de la provincia del rey Aretas guardaba la ciudad de los damascenos, para prenderme” (2 Cor. 11:32); lo que demuestra que Damasco estaba entonces bajo el dominio de Aretas, quien era el rey de Arabia y que los Judíos había cooperado en el intento de arrestar a Saulo en las puertas.

pertinente. Cuando Salomón lo perdonó con la condición de que no se fuera de Jerusalén, “y habitó en Jerusalén muchos días”; sin embargo, salió de la ciudad “pasados tres años” (1 Rey. 2:36-40). En cuanto a la segunda alegación, no es verdadero que el lenguaje de Pablo contradiga el de Lucas. Si lo leemos con la pregunta en mente, ¿Dice que él se fue inmediatamente a Arabia? Creo que responderemos que no. Él dice: “Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles, no consulté en seguida con carne y sangre, ni subí a Jerusalén a los que eran apóstoles antes que yo; sino que fui a Arabia, y volví de nuevo a Damasco” (Gál. 1:15-17). Aquí hay cuatro declaraciones: primero, que no consultó con carne y sangre; segundo, que no subió a Jerusalén para ver a los primeros apóstoles; tercero, que fue a Arabia; y cuarto, que volvió a Damasco. ¿A cuál de estas califica la palabra “en seguida”? Ciertamente no a la última; porque no regresó “en seguida” a Damasco. Y si no es a la última, ¿Por qué a la Tercera? Estas dos son las cosas que hizo; y se contraponen por la conjunción “pero” a las dos cosas que no realizó. Pero, la expresión ¿“en seguida” realmente califica a cualquiera de estas directamente? ¿Quiso decir que “en seguida” no consultó? ¿en seguida no fui? ¿O no hay algo entendido que califique la palabra “en seguida” más directamente? Pablo está hablando de ser llamado a predicar; y qué puede querer decir, sino que “en seguida” comenzó a predicar sin consultar con carne y sangre, sin subir a Jerusalén para consultar con los apóstoles. ¿Y qué además, en cumplimiento de esta predicción, que comenzó “en seguida”, fue a Arabia, y volvió de nuevo a Damasco, todo esto, antes de subir a Jerusalén para ver a Pedro? Si este es el hilo de pensamiento en el pasaje, y parece no producir otro, entonces en lugar de contradecir la afirmación de Lucas de que predicó “en seguida” en Damasco, todo esto lo confirma.

Además, como Damasco estaba en ese momento bajo el rey de Arabia,¹ el país al sur y adyacente a él también debe haber sido invadido por sus fuerzas, y durante el tiempo en que lo tuvo se consideraría parte de Arabia. La excursión de Saulo, entonces, pudo haber sido a esta región con el propósito de predicar en sus ciudades y aldeas;² y pudo haber sido su actividad en esta obra lo que despertó la oposición Judía a su punto más alto, y al mismo tiempo les permitió reclutar al gobernador Árabe en su complot.

4. Saulo Regresa a Jerusalén, y es Enviado a Tarso, 26-30.

Vers. 26, 27. La mortificación de Saulo al verse obligado a escapar de esta manera del escenario de sus

¹ Debido a que no existe otro relato histórico de esta posesión temporal de Damasco por parte de Aretas, se ha cuestionado la declaración de Pablo al respecto; pero él estuvo muy bien informado sobre la relación política de la ciudad en el momento en que estaba predicando en ella; y como la declaración de un testigo ocular, y un hombre completamente confiable, no se puede desechar una mejor autoridad para el hecho.

² Aquí cito de mi libro *Evidences of Christianity*, Parte III, Cap.8: "La conjectura de que la excursión de Pablo a Arabia no fue con el propósito de predicar, sino con el propósito de meditar sobre sus nuevas relaciones con Cristo, y prepararse mentalmente para la obra que ahora tenía ante él, aunque es adoptada por tales hombres como Alford, Lightfoot y Farrar, me parece tan completamente en desacuerdo con la actividad inquieta y el celo ardiente del apóstol, que es del todo increíble. La adición a esta conjectura, que llegó hasta el Monte Sinaí, más a cuatrocientas millas de Damasco, a donde Elías se había retirado antes que él, en lugar de confirmar la hipótesis original, parece más bien debilitarla, porque Pablo sabía muy bien que cuando Elías estuvo ahí, fue reprendido por el Señor, quien le dijo: "¿Qué haces aquí, Elías?" (1 Rey.19:9,13) y que se le ordenó volver a su obra. En ausencia de toda evidencia para esta conjectura, deberíamos guiarnos al juzgar el propósito de la excursión por lo que sabemos de los hábitos de Pablo durante el resto de su vida; y por esta norma debemos juzgar que fue uno de los últimos hombres en la tierra en desperdiciar cualquier momento precioso, por no hablar de un año o dos, en meditación en el desierto, mientras la causa que él había abrazado luchaba ahora por su propia existencia. Véanse los puntos de vista de Alford y Lightfoot en sus *Comentarios sobre Gálatas*, y los de Farrar en su *Life of Paul*, cap. 11.

primeras labores en el evangelio fueron recordadas durante mucho tiempo como es mencionada muchos años después cuando hablaba de las cosas que concernían a su debilidad (2 Cor.11:30-33). Todavía no había visto a ninguno de los que eran apóstoles fueron antes que él, desde que los dejó en Jerusalén para ir a su misión asesina a Damasco. Ahora vuelve sus pasos en esa dirección, decidido a subir y ver a Pedro (Gál.1:18). Temprano en el viaje nocturno pasó por el lugar donde Jesús lo había encontrado.

No intentaremos describir sus emociones cuando los muros de Jerusalén y los guardias del templo volvieron a estar a la vista. Al acercarse a la ciudad, vio el lugar de la crucifixión, y es posible que haya pasado cerca del lugar donde apedrearon a Esteban, y donde él mismo había estado “consintiendo en su muerte” (8:1). Estaba a punto de volver a encontrarse, en las calles y en las sinagogas, con sus antiguos aliados a quienes había abandonado, y con algunos de los discípulos a quienes había perseguido. Dejamos el tumulto de sus emociones a la imaginación del lector, y su descripción a las páginas de escritores ¹ más voluminosos, mientras seguimos el relato de Lucas sobre su recepción entre los discípulos. **(26) Cuando llegó a Jerusalén, trataba de juntarse con los discípulos; pero todos le tenían miedo, no creyendo que fuese discípulo.** **(27) Entonces Bernabé, tomándole, lo trajo a los apóstoles, y les contó cómo Saulo había visto en el camino al Señor, el cual le había hablado, y cómo en Damasco había hablado valerosamente en el nombre de Jesús.** Parece que al principio “todos le tenían miedo, no creyendo que fuese discípulo”; y que su intento de unirse a ello fue rechazado. Por más doloroso que esto hubiere sido esto para él,

¹ Vea especialmente, *Life and Epistles of Paul* por Conybeare y Howson; y *Life of Paul* por W. Farrar.

probablemente no fue una sorpresa; porque ¿Cómo podía esperar que le creyeran ser un discípulo genuino, después de experimentar lo que tuvieron en sus manos? No es posible que no hayan oído algún informe de su conversión; pero como debieron suponer que era capaz de cualquier artimaña para obtener una ventaja sobre ellos, era imposible para ellos, salvo por las pruebas más contundentes que su conversión era *genuina*. Bernabé fue el *primero* en estar completamente convencido. Movido por los impulsos generosos que lo caracterizaban, pudo haber buscado una entrevista con Saulo, o este último, teniendo algún conocimiento de Bernabé, pudo haberse acercado a él como el que más indicado para concederle una audiencia sincera. En cualquier caso, no sería difícil para Bernabé dar crédito a la historia sin adornos, contada, como debe haber sido, con una seriedad y patetismo que ningún impostor podría asumir.

Una vez que Bernabé estuvo convencido, fue fácil para él convencer a los apóstoles, y ellos convencer a los hermanos. Todo esto fue probablemente el trabajo de un solo día. Pedro lo recibió en la casa donde entonces residía y lo hospedó quince días (Gál.1:18). Ahora tenía mucho tiempo y una buena oportunidad para aprender de los labios de labios de Pedro toda la historia de la vida de Jesús, sobre la cual su conocimiento previo debió ser muy limitado. “De los otros apóstoles”, dice en relación con ellos, “no vi a ninguno, sino a Jacobo, el hermano del Señor” (Gál.1:19). De esto aprendemos que este Jacobo, aunque no era el mismo de los doce, en cierto sentido era considerado como un apóstol; y Lucas indudablemente lo incluye a él, y quizás a otros de rango similar entre los hermanos, entre los “apóstoles” a quienes Bernabé trajo a Saulo.¹

Vers. 28-30. Es posible que los hermanos hayan

recibido a Saulo con cierto recelo, pero el proceder que siguió debe haber ganado su confianza muy pronto. (28) Y entraba con ellos en Jerusalén; y entraba y salía, (29) y hablaba denodadamente en el nombre del Señor, y disputaba con los griegos; pero éstos procuraban matarle. (30) Cuando supieron esto los hermanos, le llevaron hasta Cesárea, y le enviaron a Tarso. Durante su ausencia de Jerusalén, la persecución que había encabezado había disminuido tanto que estos Judíos extranjeros estaban una vez más dispuestos a debatir las cuestiones; y en los intervalos de sus conversaciones con Pedro, Saulo los encontró discutiendo; pero antes de que hubieran pasado dos semanas encontraron a su nuevo oponente igualmente invencible con Esteban; y en la locura de su derrota resolvieron que el destino de Esteban debería ser el suyo. En esta emergencia, los hermanos encontraron la oportunidad de enmendar la sospecha con la que lo habían mirado al principio, llevándolo a un lugar seguro. Aprendemos de sus propios labios, más adelante, que la preocupación de los hermanos por su seguridad personal no fue la razón principal de su partida; y que tenía un deseo muy fuerte de mantenerse firme en Jerusalén, a pesar del propósito de los Judíos de matarlo (Hech.22:18-21).

Después de llegar a Cesárea, un corto viaje por el Mediterráneo y por el río Cidno arriba lo llevó a Tarso, el hogar de su infancia, y quizás de su primera madurez. Vuelve a los amigos de sus primeros años, *fugitivo* de las

¹ La afirmación hecha por Zeller (I: 299), siguiendo a Baur y otros incrédulos Alemanes, de que Lucas contradice a Pablo al decir que Bernabé llevó a este último a "los apóstoles", se basa en la doble suposición de que con el término apóstoles se refiere a todos los apóstoles, o la mayoría de ellos; y que el término se aplica a ninguno sino a los doce. Pero Lightfoot, en su *Commentary on Galatians*, ha mostrado claramente que el término se aplicó a varios otros, como tanto Pablo como Lucas lo aplican a Jacobo, el hermano del Señor; y este hecho refuta la acusación. Véase para este uso del término, Cap. 14:4, 14; Rom. 16: 7; 2 Cor. 8: 23; Cap. 11: 13; Fil. 2:25; Apoc. 2:2.

dos grandes ciudades y *desertor* de la más estricta de las sectas en las que había sido educado; pero él vino a traerles las buenas nuevas de gran gozo. Desaparece en este punto de las páginas de Lucas, pero no entra en la inactividad. Su propia pluma en una fecha posterior llena este espacio en blanco en la historia, al informarnos que fue a las regiones de Siria y Cilicia, donde predicó la fe que una vez destruyó (Gál.1:21-24). Todavía nos encontraremos con hermanos en estos dos países, quienes sin duda fueron traídos a Cristo por esta predicación (Hech.15:40, 41). Encontraremos razones para creer, también, que durante este intervalo encontró una parte de los sufrimientos que enumera en el capítulo once de Segunda de Corintios, y que antes del final experimentó su bien conocida visión del paraíso (2 Cor.12:4-9) mientras él está pasando por estas experiencias, nuestro historiador nos presenta algunas escenas importantes e instructivas en la obra del apóstol Pedro.

SECCIÓN III — PEDRO PREDICA EN JUDEA, Y ES ENVIADO A LOS INCIRCUNCISOS

(9:31- 11:18)

1. La Iglesia Goza de Paz y Prosperidad, 31

V. 31. Nuestro autor hace la transición de las labores de Saulo a las de Pedro, al establecer la situación que invitó a Pedro a salir de Jerusalén y viajar al extranjero. (31) **Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidos por el Espíritu Santo.** Este tiempo de paz probablemente había comenzado antes del regreso de Saulo a Jerusalén, y había sido interrumpido por la persecución emprendida en su

contra. Ahora que se había ido, fue restaurada. Algunos podrían haber imaginado que, como la Iglesia había surgido en medio de luchas y persecuciones, languidecería cuando se retirara la oposición; pero su presente prosperidad probó que no fue la obstinación de la pasión humana, sino la obra legítima de la verdad inmutable, la que la ha hecho existir. Según la filosofía de Gamaliel (5: 34-39), su afirmación de un origen divino ahora estaba justificada. La Iglesia fue edificada, en el sentido de ser edificada en carácter Cristiano; y multiplicada, en el sentido de aumento muy rápido de números. Debe notarse que el término Iglesia, o congregación, se aplica aquí para incluir a todos los discípulos en estos tres distritos, la región de las labores personales de nuestro Salvador. Es un uso secundario de la palabra, el cuerpo entero contemplado como si estuviera congregado.¹

2. Pedro, Evangelizando, Viene a Lida, 32-35

Vers. 32-35. Cuando el Señor ordenó a Saulo que se alejara de Jerusalén, dijo que lo enviaría “lejos, a los gentiles”; pero hasta ahora ningún gentil incircunciso había sido admitido en la Iglesia. Lucas ahora está a punto de mostrar cómo Pedro abrió las puertas del reino para su admisión; y aborda el tema relatando las labores que condujeron a Pedro al lugar donde lo encontraron los mensajeros que lo llamaron a esta tarea. (32) Aconteció que Pedro, visitando a todos, vino también a los santos que habitaban en Lida. (33) y halló allí a uno que se llamaba

¹ El original (ἐκκλησία) es la palabra Griega común para una asamblea del pueblo. Se usa en este sentido en el Cap. 19: 32, 39, 41, donde se aplica a una asamblea del pueblo de Éfeso, ya sea ordenada o desordenada. Es lamentable que no se traduzca congregación en todas partes, como en la versión de Ginebra, de modo que el lector Inglés desinformado pueda ver su significado exacto. Su uso figurativo cuando se aplica a más de una sola congregación, como en el presente caso, sería evidente para todos los lectores, así como para los eruditos.

Eneas, que hacía ocho años que estaba en cama, pues era paralítico. (34) Y le dijo Pedro: Eneas, Jesucristo te sana; levántate, y haz tu cama. Y en seguida se levantó. (35) Y le vieron todos los que habitaban en Lida y en Sarón, los cuales se convirtieron al Señor. De esto parece que había santos en Lida antes de la llegada de Pedro. Es posible que hayan sido bautizados en Jerusalén durante los primeros días de la Iglesia allí; o pueden haber sido traídos por Felipe mientras estaba evangelizando desde Azoto a Cesárea (8:40). Sin duda fue su presencia en la ciudad lo que llevó a Pedro, mientras iba “por todas partes”, a llegar allí. Las “todas partes” a las que se hace referencia eran las partes de Judea, Galilea y Samaria, mencionadas en el versículo anterior; y el comentario muestra que antes de llegar a Lida Pedro había visitado congregaciones en todos estos distritos. El efecto casi sin precedentes de este único milagro, que hizo que la población de Lida y de la llanura circundante de Sarón se volviera al Señor, es atribuible a dos causas: Primero, el hecho de que el hombre curado era, como el lisiado curado en la puerta Hermosa en Jerusalén (3:10; 4: 22), una víctima ampliamente *conocida* de una enfermedad incurable; y Segundo, el hecho de que el pueblo, como la fruta madura en un árbol, que sólo necesita una pequeña sacudida para derribarlo, ya que estaba *inclinada* más favorablemente a la verdad.

2. Pedro es Llamado a Jope, 36-43

Vers. 36-38. En medio de estos felices y estimulantes triunfos del evangelio, Pedro fue llamado a una casa de luto en la ciudad de Jope. (36) Había entonces en Jope una discípula llamada Tabita, que traducido ¹ quiere decir, Dorcas. Esta abundaba en buenas obras y en limosnas que hacía. (37) Y aconteció que en aquellos días enfermó y

murió. Después de lavada, la pusieron en una sala. (38) Y como Lida estaba cerca de Jope, los discípulos, oyendo que Pedro estaba ahí, le enviaron dos hombres, a rogarle: **No tardes en venir a nosotros.** Jope siempre ha sido el principal puerto marítimo de Judea ¹, excepto durante el período comparativamente corto en que estuvo en uso el puerto artificial construido por Herodes en Cesárea ². Se encuentra en dirección noroeste de Jerusalén, de la cual dista treinta y ocho millas (61 Km.) por el camino pavimentado que ahora conecta las dos ciudades. Lida está a unas dos o tres millas al norte de este camino, y a unas doce millas de Jope. El antiguo camino a Jerusalén, que se usaba antes de que se construyera la carretera de circunvalación, pasaba por Lida y entraba a Jerusalén por el norte, mientras que el camino actual entra por el oeste. Una caminata de tres horas trajo a los dos hombres con su triste mensaje para Pedro. El historiador nos deja enteramente a conjeturar en cuanto al propósito por el cual se deseaba la presencia de Pedro en Jope, ya sea para ministrar consuelo al pequeño grupo de creyentes angustiados, de la manera que es lo único que queda por hacer para predicadores modernos en tales circunstancias, o con la esperanza de que resucitaría del santo durmiente de entre los muertos. Es más probable que lo primero fuera su pensamiento; porque *no* era costumbre de los apóstoles resucitar a sus hermanos y hermanas difuntos simplemente porque ellos habían sido útiles en sus vidas; de lo contrario, Esteban y otros que habían sido asesinados cruelmente en

¹ Es el puerto en el que se desembarcaron las balsas de cedro del Líbano para el templo de Salomón (2 Cron. 2: 16); y también los del segundo Templo (Esd. 3:7); y es de donde partió Jonás, para huir a Tarsis (Jonás 1:3). Tiene ahora una población de quince a veinte mil habitantes, y está conectada por líneas regulares de vapores, que la visitan semanalmente, con todos los puertos del mar Mediterráneo.

² Véase un relato de ello en el Capítulo 10:1.

Esteban y otros que habían sido asesinados cruelmente en medio de su utilidad habrían sido resucitados. El mensaje a Pedro, tal como lo leemos, fue simplemente este: “**No tardes en venir a nosotros**”. Sin duda se le contó toda la historia de Dorcas; porque los corazones de los mensajeros estaban llenos de eso, y Pedro tenía sus propios pensamientos al respecto mientras los tres iban camino a Jope.

Vers. 39-43. La muerte en ese clima cálido, donde no existen instalaciones para conservar los cadáveres, es seguida por un rápido entierro, generalmente antes del cierre del mismo día; y si Pedro iba a estar allí a tiempo para presenciar el entierro de Tabita, no había tiempo para demoras. (39) **Levantándose entonces Pedro, fue con ellos; y cuando llegó, le llevaron a la sala, donde le rodearon todas las viudas, llorando y mostrando las túnicas y los vestidos** ¹ **que Dorcas hacía cuando estaba con ellas.** (40) Entonces, sacando a todos, Pedro se puso de rodillas y oró; y volviéndose al cuerpo, dijo: Tabita, levántate. Y ella abrió los ojos, y al ver a Pedro, se incorporó. (41) Y él, dándole la mano, la levantó; entonces, llamando a los santos y a las viudas, la presentó viva. (42) Esto fue notorio en toda Jope, y muchos creyeron en el Señor. (43) Y aconteció que se quedó muchos días en Jope en casa de un cierto Simón, curtidor. Nada podría ser más gráfico que esta breve narración, o más conmovedor que el incidente mismo. En medio de la marcha de los acontecimientos imponentes que se están moviendo ante nosotros, cae como una flor silvestre en un bosque majestuoso. Abre un panorama a través de los acontecimientos más grandes de

¹ Las dos palabras convertidas en abrigos y prendas (*χιτώνας* y *ἱμάτια*) significan túnicas y mantos: la primera la prenda interior que se usaba entonces, que se ajustaba cerca del cuerpo, y la segunda la prenda exterior, que estaba suelta y holgada.

la historia, deja entrever las penas sociales de los primeros santos y revela una escena con la que nuestras propias experiencias nos han hecho familiares. He aquí el mismo tierno cuidado por el cuerpo sin vida, la misma angustia sentida por todos, el mismo deseo por la presencia de aquel que ha sido nuestro consejero religioso; la misma compañía de mujeres que lloran y de hombres de pie en un silencio lamentoso; los mismos contando con voces sollozantes las buenas obras hechas por los difuntos; y, además de todo esto a lo que estamos acostumbrados, un grupo de viudas pobres que sostienen a Pedro cuando viene con las túnicas y los mantos que Dorcas había hecho para ellas y sus hijos mientras aún estaba con ellos.

¡Qué recuerdo! ¡Cuánto más rico y deseable que los monumentos de mármol y bronce cubiertos de halagadoras inscripciones! Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor; y bienaventurados los vivos en cuyos corazones ablandados se atesora en tal hora el recuerdo de una vida como la que ha vivido Dorcas. Mientras Pedro se quedó allí por un momento en un silencio lloroso, ¿No le pareció a sí mismo que estaba de pie una vez más junto a la tumba de Lázaro, al lado de Su Maestro, y rodeado por los Judíos al lado de su Maestro, y rodeado por los Judíos que lloraron con María y Marta? Pero recuerda que su Señor compasivo está ahora es el cielo.

Con profunda solemnidad hace señas a los dolientes de todos lados. Se queda solo con la difunta. Se arrodilla y ora. La oración de fe que sabe que es escuchada. Con una voz de autoridad, y sin embargo de ternura, una voz que puede ser escuchada por los muertos, le dice al cuerpo frío: "Tabita, levántate". Sus ojos se abren y ve a Pedro. ¿Lo reconoce o es un extraño para ella? No lo sabemos. Ella se

sienta y lo mira a la cara. Ni una palabra más se cruza entre ellos; pero él le da la mano suavemente y la ayuda a levantarse. Él llama a los santos y a las viudas, y allí, en su blanco sudario, ella se presenta viva ante ellos. Aquí se cierra la narración, como bien podría ser; pues ni siquiera la pluma gráfica de Lucas pudo describir la escena que siguió.

Y si la restauración de una santa al pequeño grupo que ha dejado es indescriptible, ¿Qué diremos o pensaremos de aquella hora en que *todos* los santos muertos resucitarán en gloria y se engrandecerán unos a otros en las orillas de la vida? ¿No pretende este acontecimiento de Jope darnos un ligero anticipo de los gozos de la mañana de la resurrección? No es de extrañar que esto “**fue notorio en toda Jope**” y que “**muchos creyeran en el Señor**” Pedro se quedó para alegrarse con los que se regocijaban.

4. Cornelio, Un Gentil Mandó Llamar a Pedro, 10:1-8

Vers. 1, 2. El escenario de la narración se traslada de Jope a Cesárea, a unas treinta millas al norte en la costa Mediterránea, y se nos presenta otro caso de conversión, el de un Gentil y soldado. **(1) Había en Cesárea un hombre llamado Cornelio, centurión de la compañía llamada la Italiana, (2) piadoso y temeroso de Dios con toda su casa, y que hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre.** A primera vista, puede parecer extraño que un hombre cuyo carácter se describe de esta manera necesite conversión. Hay muchos hombres en la actualidad, en cuyo favor no se puede decir mucho, que se jactan de que sus perspectivas de salvación final son buenas. Son honestos en sus tratos, honorables en sus relaciones con los hombres, buenos esposos y padres, generosos con sus vecinos y benévolos con los pobres; ¿Qué tienen que temer a manos de un Dios justo y misericordioso? Pero Cornelio era *todo* esto, y más allá de esto era un hombre devoto y que practicaba la oración; sin embargo, era necesario que incluso él escuchara *palabras* por las cuales pudiera ser salvo (11:14). Nuestros hombres del mundo de hoy que se auto justifican deben entonces estar engañándose a sí mismos. Olvidan que, aunque están cumpliendo de manera

¹ Esta ciudad fue fundada por Herodes el Grande con el fin de proporcionar en la costa de Judea, que no tiene puerto natural, uno artificial en el que pudieran anclar los barcos en cualquier época del año. Su terminación como ciudad amurallada, junto con la terminación del puerto artificial, se celebró en el año 13 A.C.; y todos los procuradores de Judea después de Pilato la convirtieron su sede de gobierno. Después de pasar por muchas vicisitudes durante los siglos de guerra y desolación a la que fue sometida toda Judea, Cesárea fue finalmente destruida en el año 1226. Desde entonces su puerto se ha enlodado, el rompeolas hace tiempo que se derrumbó bajo el incesante lavado de las olas y ahora es demasiado poco profundo para cualquier barco de alta mar. Sus ruinas se encuentran entre las más extensas e interesantes de Palestina. Para una descripción de ellas se remite al lector al volumen *Lands of the Bible* del autor, Pág. 275.

meritoria sus obligaciones para con sus semejantes, están descuidando la obligación mucho más elevada de rendir servicio directo a Dios al observar las ordenanzas de Su voluntad. El más inexcusable de todos los pecados es negarse a rendir a Dios, nuestro Hacedor y Redentor, el homenaje que le corresponde. Además, actuando así, hacemos mucho daño con nuestro ejemplo a nuestros semejantes, y sobre todo a aquellos que más nos aman.

Que Cornelio era Italiano, nacido y criado en una tierra pagana, es casi seguro por su nombre en Latín, combinado con el hecho de que era un oficial en una cohorte Italiana. Entonces, ¿Cómo pudo haber adquirido el carácter que aquí se le atribuye? Ninguna educación pagana posible podría habérselo impartido. Sólo podía adquirirse por *contacto* con el pueblo Judío.

Del mismo pueblo, pues, a quien ayudaba a mantener en sujeción al yugo Romano, había aprendido la única religión verdadera. Con la excepción de ser incircunciso, se presentó ante Dios como cualquier Judío piadoso de esa época, o de esta, que no había aceptado a Cristo. Cristo ya se había manifestado entre todos los hombres y Dios, de modo que no había acceso al perdón de los pecados sino a través de Él, y vamos a ver cómo Cornelio fue llevado a Cristo, y por medio de él a Dios.

Vers. 3-6. El primer paso dado para traer a este buen hombre a Cristo es descrito con estas palabras: (3) **Este vio claramente en una visión, como a la hora novena del día, que un ángel de Dios entraba donde él estaba, y le decía: Cornelio.** (4) **El. Mirándole fijamente, y atemorizado, dijo: ¿Qué es, Señor?** Y le dijo: **Tus oraciones y tus limosnas**

han subido para memoria delante de Dios. (5) Envía, pues, ahora hombres a Jope, y haz venir a Simón, el que tiene por sobrenombe Pedro. (6) Este posa en casa de cierto Simón curtidor, que tiene su casa junto al mar; él te dirá lo que es necesario que hagas. La visión aquí descrita no apareció en un sueño o en trance; sino a un hombre bien despierto y, como veremos más adelante (v. 30), ocupado en la oración. Que observara una de las horas Judías de oración (3:1), la hora del incienso vespertino, es prueba adicional de que debía su carácter religioso a la instrucción Judía.

El miedo que despertaba la presencia visible del ángel era instintivo; porque no hay razón por la que los hombres deban temer a los ángeles o espíritus; sin embargo, todos los hombres, incluso los más piadosos, se han asustado cuando han visto, o pensaron que vieron seres sobrenaturales.

Desde un punto de vista moderno, las palabras del ángel hacen aún más sorprendente (Vea Comentarios bajo 1, 2) que tal hombre debiera ser un sujeto especial para la conversión. Si, además de todo lo que se dice de su exaltado carácter religioso, sus oraciones eran escuchadas, y sus limosnas habían subido como memorial delante de Dios, ¿Qué le faltaba todavía para salvarse del pecado? Que un hombre con una experiencia como la suya se presente ante cualquier Iglesia en el día de hoy, y diga: "He sido por muchos años un hombre piadoso, adorando a Dios en lo mejor que conocimiento, dando muchas limosnas a los pobres, orando continuamente, y enseñando a mi familia el temor de Dios. Ayer por la tarde, a las tres de la tarde, estaba yo orando como tenía por costumbre, cuando de repente se me apareció un ángel y me dijo: Tus oraciones y

tus limosnas han subido para memoria delante de Dios” ¿Quién vacilaría en declararlo un hombre *completamente convertido*? Ciertamente era un converso del paganismo al Judaísmo, sin embargo, el ángel, como sabemos por el recuento posterior de los hechos de Pedro (9:14), después de decirle que mande llamar a Pedro, le dijo: “**Él te hablará palabras con las cuales serás salvo, tú y toda tu casa**”. Aunque el ángel le había hablado, y aunque Dios había escuchado sus oraciones, *todavía* debe escuchar palabras de los labios de un hombre *antes* de que pueda ser salvo. Debemos observar la narración a medida que continúa, para ver qué palabras se pronunciaron y qué contenían que era tan necesario.

No dejemos de observar que aquí está la oración de un hombre que *aún* no se ha convertido completamente a Cristo, y que la oración es contestada. Pero cuán diferente es la respuesta de la que a las personas en una condición espiritual similar se les enseña a esperar en nuestro propio tiempo. El ángel no le trae un mensaje de que sus pecados *son* perdonados; ni lo deja regocijándose en el perdón de los pecados porque tiene la seguridad de que sus oraciones *son* escuchadas. En lugar de esto, le dice que envíe por un hombre que le dirá lo que *debe* hacer para ser salvo.

Si oraciones similares fueran respondidas ahora, ¿Quién puede dudar que el mismo Dios las respondería de la misma manera, diciendo al que pregunta que envíe por un predicador, o por algún otro discípulo, para que lo instruya correctamente?

Es interesante e instructivo observar que aquí tenemos *otro* ejemplo de la intervención de un ángel para asegurar la conversión de un hombre. Al comparar la obra del ángel

con la del que apareció en el caso del eunuco (8:26), observamos que aunque este último se apareció al predicador y el primero a la persona que se iba a convertir, ambos aparecieron esencialmente por el *mismo* propósito; es decir, poner cara a cara al predicador y al sujeto de la conversión. De este modo, aprendemos que las intervenciones sobrenaturales *nunca* reemplazaron el trabajo indispensable del agente humano. Incluso cuando el Señor mismo, como en el caso de la conversión de Saulo, se apareció al pecador, la agencia humana seguía siendo indispensable, y el Señor mismo instruyó a Ananías para que fuera a encontrarse con al aún no perdonado Saulo.

Estos hechos no pueden llamar demasiado la atención de una época como la nuestra, en la que son totalmente ignorados por la mayoría de los maestros religiosos. En los tres casos se hizo necesaria la *intervención* sobrenatural, porque sin ella las partes no se habrían unido en absoluto. De lo contrario, Felipe *no* habría sabido que había un etíope cabalgaba en el camino a Gaza; Ananías *no* se habría atrevido a acercarse a Saulo; y Cornelio *no* habría sabido que tenía el privilegio de enviar a buscar a Pedro.

Vers. 7, 8. Aunque ya era tarde en la tarde, Cornelio no dudó en poner en marcha a tres mensajeros a la vez. (7) **Ido el ángel que hablaba con Cornelio, éste llamó a dos de sus criados, y a un devoto soldado de los que le asistían; (8) a los cuales envió a Jope, después de haberles contado todo.** Aquí parece que el cielo religioso con el que había llevado a su casa al temor de Dios (v. 2) se había extendido también a algunos de los soldados bajo su mando. El soldado, con su uniforme Romano, fue enviado como protección a los dos sirvientes; porque entonces, como ahora, la asistencia de un solo soldado, que

representaba el poder supremo del Imperio, era una protección para los viajeros.

5. Pedro es Dirigido Ir a la Casa de Cornelio, 9-23.

Vers. 9-16. La escena ahora cambia de nuevamente, y pasamos de Cesárea de regreso a Jope, donde dejamos a Pedro en la casa del curtidor. Nuestro autor anticipa la llegada de los mensajeros de Cornelio, mostrando cómo el Señor preparó a Pedro para una recepción favorable de su mensaje. (9) **Al día siguiente, mientras ellos iban por el camino y se acercaban a la ciudad.** Pedro subió a la azotea para orar, cerca de la hora sexta. (10) Y tuvo gran hambre, y quiso comer; pero mientras le preparaban algo, le sobrevino un éxtasis; (11) y vio el cielo abierto, y que descendía algo semejante a un gran lienzo, que atado de las cuatro puntas era bajado a la tierra; (12) en el cual había de todos los cuadrúpedos terrestres y reptiles y aves del cielo. (13) Y le vino una voz: Levántate, Pedro, mata y come. (14) Entonces Pedro dijo: Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás. (15) Volvió la voz a él la segunda vez: Lo que Dios limpió, no lo llames tú común. (16) Esto se hizo tres veces; y aquel lienzo volvió a ser recogido en el cielo. Aunque Pedro estaba en éxtasis, todavía estaba completamente en sí mismo en pensamiento y sentimiento; de ahí la efusión de su impetuosidad característica, cuando respondió al mandato del cielo: "No, Señor".

Sus pensamientos no fueron más lejos en la justificación de su audacia que el hecho de que nunca en su vida había comido nada inmundo, como lo fueron algunas de las cosas que se le ordenó comer; pero al abstenerse, sabía que estaba obedeciendo una ley que Dios mismo

había dado a sus padres, y no podía en ese momento asimilar el pensamiento que Dios estaba ahora aboliendo una de sus propias leyes. Cuando la sábana y la voz llegaron a él por segunda y tercera vez, se quedó en silencio; porque entonces vio que Dios quiso decir lo que dijo, y que ningún hombre estuvo jamás más dispuesto a obedecer cuando se entendía una orden.

Esta visión vino cuando Pedro estaba ocupado en la oración, porque entonces estaba en el estado de ánimo más favorable para aceptar una orden no deseada; y cuando tenía hambre, porque el mandamiento se refería a las distinciones legales concernientes a la alimentación animal. Estaba en la azotea, porque, en una casa pequeña, con tal vez sólo dos o tres habitaciones, podría encontrar mejor privacidad en el techo que abajo. Un techado puede haberlo escondido de la vista de las personas en las casas vecinas, si alguna estaba en sus azoteas en el calor del día.

Vers.17-20. El acontecimiento de esta visión, y los movimientos de los mensajeros enviados por Cornelio, como el viaje de Felipe y el movimiento del carroaje del eunuco (8: 26, 27), fueron bien programados por los ángeles que los tenían a su cargo. (17) **Y mientras Pedro estaba perplejo dentro de sí sobre lo que significaría la visión que había visto, he aquí los hombres que habían sido enviados por Cornelio, los cuales, preguntando por la casa de Simón, llegaron a la puerta,** (18) **Y llamando, preguntaron si moraba allí un Simón que tenía por sobrenombre Pedro.** (19) **Y mientras Pedro pensaba en la visión, le dijo el Espíritu: He aquí, tres hombres te buscan.** (20) **Levántate, pues, y desciende, y no dudes de ir con ellos, porque yo los he enviado.** Pedro no pudo dejar de ver que por medio de esta visión Dios habíaabolido la

distinción legal entre animales limpios e inmundos; por lo tanto, inferimos que su perplejidad y su prolongado pensamiento sobre el significado de la visión se referían a algo más. Lo que fue abolido era una parte prominente de la ley de Dios; y él pudo haber estado perplejo en cuanto a por qué debería ser abolido. También puede haber planteado la cuestión de si el resto de la ley también debía ser abolida; de ser así, esto lo dejaría aún más perplejo. Pero no estuvo mucho tiempo en duda; porque en el ajuste hábil de la visión a los movimientos de los mensajeros de Cornelio, este último ya había llegado y encontró la casa correcta, y el Espíritu Santo en Pedro le revela que tres hombres están abajo buscándolo, y le dice que vaya con ellos. No es necesario pensar que la casa de Simón estaba fuera de la ciudad, porque, como han supuesto muchos de los Comentaristas,¹ su negocio fue considerado inmundo; pues, sea cual fuere la verdad en cuanto a eso, su lugar de trabajo como curtidor pudo haber estado fuera de los muros mientras que su residencia estaba dentro.

Vers. 21, 22. Mientras Pedro baja las escaleras para encontrarse con los hombres cuya llegada se le hizo saber de manera tan extraña, todavía está perplejo en cuanto al significado de la visión; pero pronto comienza a ver en ello un significado que no había sospechado. **(21) Entonces Pedro, descendiendo a donde estaban los hombres que fueron enviados por Cornelio, les dijo:** He aquí, yo soy el que buscáis; ¿cuál es la causa por la que habéis venido? **(22) Ellos dijeron:** Cornelio el centurión, varón justo y temeroso de Dios, y que tiene buen testimonio en toda la nación de los judíos, ha recibido instrucciones de un santo ángel, de hacerte venir a su casa para oír tus

¹ Esta suposición se basa exclusivamente en la declaración de los Rabinos de una época posterior; pero no hay nada en la ley de Moisés que lo justifique, y no es del todo seguro que el negocio fuera considerado inmundo por los Fariseos de la época Apostólica.

palabras. Conectando este mensaje, enviado por orden de un “santo ángel”, con la visión, y con el mandato del Espíritu de ir con los hombres, sin dudar nada, Pedro ve ahora en un instante que es llamado por la autoridad divina, a través del *ángel*, a través de la *visión*, y a través del *Espíritu*, para hacer lo que antes siempre había considerado *pecaminoso*, entrar en la casa de un Gentil, y hablarle la palabra del Señor.

Nada menos que un llamado divino inconfundible pudo haberlo inducido a hacer esto; pero ahora no tiene alternativa a menos que resista a Dios. Ahora ve lo que luego expresó con tanto regocijo, que no debía llamar a ningún hombre común o inmundo (v. 25).

6. El Encuentro de Pedro y Cornelio, 23-33.

Vers. 23, 24. Los mismos mensajeros probablemente eran Gentiles, y el soldado ciertamente lo era; y bajo circunstancias ordinarias los Gentiles difícilmente podrían haber encontrado entretenimiento en la casa de Simón el curtidor.

Pero su mente y la de Pedro estaban lo suficientemente movidas en la dirección correcta por lo que ya había ocurrido, como para eliminar toda duda de recibirlos en las hospitalidades de la casa. (23) Entonces, haciéndoles entrar, los hospedó. Y al día siguiente, levantándose, se fue con ellos; y le acompañaron algunos de los hermanos de Jope. (24) Al otro día entraron en Cesárea. Y Cornelio los estaba esperando, habiendo convocado a sus parientes y amigos más íntimos. Pedro no partió hacia Cesárea con la misma rapidez con la que

Cornelio había enviado a sus mensajeros a Jope. Es posible que haya esperado hasta el día siguiente para que los hermanos que iban a ir con él, seis en número (11:12), pudieran estar listos; o porque el lugar en que debían pasar la noche en el camino estaba tan lejos que era mejor partir por la mañana. Cornelio sabía el tiempo que requeriría el viaje, y de este modo, con rapidez militar, tenía una audiencia selecta lista y esperando.

Nótese que esta audiencia no estaba compuesta por una multitud diversa, sino por parientes y amigos cercanos de Cornelio, quienes sin duda fueron invitados a estar presentes debido a su conocido interés en el objeto por el cual se reunieron.

Vers. 25-29. No fue sin emoción que Pedro se acercó por primera vez a la puerta de la casa de un Gentil, y debe haber sido con la más profunda emoción que Cornelio conoció por primera vez con el hombre a quien había enviado en obediencia al mandato de un ángel. Una humildad abrumadora marcaba el comportamiento del soldado, mientras que el apóstol se conducía con una dignidad fácil, que sólo una naturaleza noble y una alta vocación podrían tener sentido de impartir a un pescador.
(25) Cuando Pedro entró, salió Cornelio a recibirle, y postrándose a sus pies, adoró. (26) Mas Pedro le levantó, diciendo: Levántate, pues yo mismo también soy hombre.
(27) Y hablando con él, entró, y halló a muchos que se habían reunido. (28) Y les dijo: Vosotros sabéis cuán abominable es para un varón judío juntarse o acercarse a un extranjero; pero a mí me ha mostrado Dios que a ningún hombre llame común o inmundo; (29) por lo cual, al ser llamado, vine sin replicar. Así que pregunto: ¿Por qué causa me habéis hecho venir? Cornelio adoró a Pedro

sólo en el sentido de rendirle el homenaje que, según la costumbre Oriental, se debía a uno de rango muy superior. El término se usa con frecuencia en este sentido, y su conocimiento del verdadero Dios prohíbe la suposición de que tenía la intención de rendir honores *divinos* a un hombre. Se sintió movido a este homenaje en consideración a la alta estima en que Pedro parecía ser sostenido por el “santo ángel”. Pero Pedro, que todavía no conocía a Cornelio, no podía saber que solo se pretendía este tipo de homenaje, (cf. Mat.2:2; 8; 8:2; 9:18; 14:33; 15:25; 18:26; 20:20) y de ahí su comentario: “**Pues mismo también soy hombre**”. La explicación de Pedro de su separación de la costumbre Judía al entrar en la casa de un Gentil muestra que ahora entendió claramente que la visión incluía a los hombres en su alcance; y su comentario, basado en este entendimiento, fue satisfactorio para sus oyentes sin el relato de la visión misma. Los mensajeros le habían dicho con qué propósito había sido enviado, pero él consideró apropiado tener una declaración de este propósito de las partes *mismas*, antes de continuar.

Vers. 30-33. La pregunta de Pedro estaba dirigida a la compañía en general, pero Cornelio era la persona adecuada para responderla, y lo hizo de la manera más directa y satisfactoria. (30) **Entonces Cornelio dijo:** Hace cuatro días que a esta hora yo estaba en ayunas; y a la hora novena, mientras oraba en mi casa, vi que se puso delante de mí un varón con vestidos resplandecientes, (31) y dijo: Cornelio, tu oración ha sido oída, y tus limosnas han sido recordadas delante de Dios. (32) Envía, pues, a Jope, y haz venir a Simón el que tiene por sobrenombre Pedro, el cual mora en casa de Simón, un curtidor, junto al mar; y cuando llegue, él te hablará. (33) Así que luego envié por ti; y tú has hecho bien en venir. Ahora, pues, todos

nosotros estamos aquí en la presencia de Dios para oír todo lo que Dios te ha mandado. Su primera observación en esta respuesta muestra que, según el modo de contar que prevalecía entonces, habían pasado cuatro días desde la aparición del ángel, aunque, según nuestro propio método, como podemos ver al contar hacia atrás, fueron precisamente tres días. Aquí llama al ser que le había hablado “**un varón con vestidos resplandecientes**”, pero evidentemente no lo reconoció por la comunicación que traía, si no por el brillo peculiar de sus vestiduras, como un ángel, como lo llama Lucas (v. 3), y por los mensajeros (v. 22).

La última declaración en la respuesta muestra que toda la compañía se había reunido en la presencia consciente de Dios, con el propósito expreso de escuchar, y de escuchar como debían escuchar, el mensaje de Dios con el Pedro estaba encargado. Cuando tal audiencia se reúne para escuchar a tal predicador, los resultados más deseados seguramente se obtendrán.

7. El Sermón de Pedro a los Incircuncisos, 34-43.

Vers. 34, 35. La ocasión proporcionó a Pedro una introducción muy feliz a las observaciones que tenía que presentar, y como un retórico entrenado, que no lo era, procedió a hacer uso de ella. (34) **Entonces Pedro, abriendo su boca, dijo:** **En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas,** (35) **sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia.** El pensamiento expansivo aquí expresado fue suficiente, en la mente de Pedro, para romper los lazos exclusivos del pacto Mosaico; y debería ser suficiente ahora disipar de la mente de los hombres la teoría igualmente exclusiva de una

predestinación arbitraria de ciertos hombres y ángeles a su destino eterno. Es una declaración positiva e inspirada de que Dios *no* hace acepción de personas, sino buscar su carácter. Temerle y obrar justicia, y no cualquier otra distinción entre las personas, es la base de la aceptabilidad ante Él.

Vers. 36-39. Como hemos observado anteriormente, la experiencia que Cornelio ahora le había contado a Pedro es tal que le aseguraría un reconocimiento instantáneo como Cristiano entre los Protestantes modernos; pero Pedro estaba tan lejos de considerarlo así, que procede a predicarle las palabras por las cuales podría ser salvo; y primero, como en Pentecostés, describe brevemente la carrera personal de Jesús. (36) **Dios envió mensaje a los hijos de Israel, anunciando el evangelio de la paz por medio de Jesucristo; éste es Señor de todos.** (37) Vosotros sabéis lo que se divulgó por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan (38) cómo Dios ungíó con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanado a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. (39) Y nosotros somos testigos de estas cosas que Jesús hizo en la tierra de Judea y en Jerusalén; a quien mataron colgándole en un madero. De las palabras “sabéis”, con las que se introduce este relato, aprendemos que Cornelio y sus amigos ya conocían la carrera personal de Jesús; y que estaban familiarizados con las “el evangelio de la paz” que Jesús había predicado a los hijos de Israel.

Pedro ensaya la historia con el aparente propósito de confirmar su creencia en ella al afirmar que él y sus compañeros fueron testigos de todo. Lo que los auditores aún ignoraban era su *propio* interés en el mensaje de paz,

que se había considerado como destinado únicamente para Israel.

Vers. 40, 41. El hecho culminante del evangelio viene a continuación en la narración, como lo hizo en el sermón de Pentecostés. (40) **no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había ordenado de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de los muertos.** (41) **De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyesen, recibirán perdón de pecados en su nombre.** Aquí, a modo de elogiar la evidencia de la resurrección, Pedro declara a sus oyentes un hecho que ha sido interpretado de manera tan diferente por los incrédulos que se ha convertido en un motivo de objeción; es decir, que los testigos fueron elegidos de antemano. Dice que fueron escogidos por Dios; pero sin duda se refiere a su elección *por el Señor Jesús*.

Si Pedro o los incrédulos tienen razón en esto, depende completamente de los motivos de la elección. Si fueron elegidos por su disposición a testificar sin tener en cuenta los hechos, o debido a la facilidad con la que podrían ser engañados, podría considerarse con razón como una circunstancia sospechosa.

Pero lo contrario es verdadero en ambos casos. Tal era la situación de los testigos que existió un peligro inminente tanto para la propiedad como para la persona al dar su testimonio, por lo que todo motivo de deshonestidad los impulsaba a guardar silencio. Eran también los menos susceptibles de ser engañados de todos los hombres, debido a su larga e íntima familiaridad con él que iba a ser identificado. Por otra parte, si se hubiera aparecido a todo el pueblo, la gran mayoría de ellos no habrían podido

testificar con completa certeza sobre su identidad. Pedro, entonces, tenía razón; porque el hecho de que tales testigos hayan sido elegidos de antemano prueba que no se pretendía engañar; sino que, por el contrario, el objetivo era proporcionar los testigos *más* confiables que entonces vivían¹ Para Cornelio, el testimonio de Pedro sobre lo que se había hecho era amplio, por el hecho de haber sido advertido por un santo ángel para que enviará a buscar a Pedro; y la compañía ya se había declarado dispuesta a escuchar todas las cosas que le habían sido ordenadas por el Señor (v. 33).

Vers. 42, 43. Después de haber esbozado la carrera de Jesús, y de haber declarado la evidencia de Su resurrección, Pedro procede en orden regular al siguiente hecho histórico, la entrega de la comisión apostólica. **(42) Y nos mandó que predicásemos al pueblo, y testificásemos que él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos.** **(43) De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyesen, recibirán perdón de pecados por su nombre.** El mandato de predicar al pueblo se expresó en la gran comisión (Mar.16:15), y que debían dar testimonio de que “éste es el que Dios ha puesto para ser Juez de vivos y muertos” estaba implícito en el prefacio de la comisión: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18). Antes de esto, sin embargo, en vida de Jesús, había

1 “Si su objetivo hubiera sido hacer creer su historia, ya sea verdadera o falsa, o si hubieran estado dispuestos a presentar su testimonio, ya sea como testigos personales o como historiadores, de tal manera que lo hiciera tan engañoso e inobjetable como ellos podrían —en una palabra, si hubieran pensado en algo más que en la verdad del caso tal como la entendían y creían — al menos habrían omitido esta restricción en el relato de las apariciones de Cristo. A esta distancia en el tiempo, el relato tal como lo tenemos es quizás más creíble de lo que hubiera sido de otra manera, porque esta manifestación de la franqueza del historiador es más ventajosa para el testimonio de lo que la diferencia en las circunstancias del relato hubiera sido a la naturaleza de la evidencia. Pero este es un efecto que los evangelistas no pudieron prever, y es uno que de ningún modo se habría producido en la época en que escribieron” (Paley, *Evidences of Christianity*).

declarado a los Judíos que todo el juicio le había sido dado a él, y que el Padre no juzaría a nadie (Jn. 5: 21, 22). En la promesa del perdón de los pecados (v. 43) no debemos pasar por alto la fuerza de las palabras, “**por su nombre**”. La promesa es para todo aquel que crea en Jesús, pero es “**por su nombre**” que la promesa se hará efectiva. A estas mismas personas se les ordenó un poco más tarde que fueran bautizadas “en el nombre de Jesucristo” (v. 48); y todos son bautizados “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19).

Esto armoniza perfectamente con el mandamiento de Pedro en su primer sermón: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados” (2:28); y el pasaje de ninguna manera apoya la doctrina de la justificación *solo* por la fe. La referencia de Pedro a los profetas como testigos de esta promesa es una sorpresa, especialmente porque se produce inmediatamente después de su referencia a la comisión apostólica en la que fue la declaración más explícita de la misma.

Su propósito probable no era indicar una confianza primaria en los profetas, sino mostrar que en lugar de ser una nueva promesa que venía solo de Jesús, era una antigua promesa enseñada generalmente en el Antiguo Testamento.

8. Los Incircuncisos Reciben el Espíritu Santo y Son Bautizados, 44-48.

Vers. 44-46. El sermón de Pedro fue interrumpido y roto por un incidente que se mantiene único en la historia apostólica, y fue una gran sorpresa para Pedro y sus compañeros Judíos. (44) Mientras aún hablaba Pedro estas

palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso. (45) Y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo. (46) Porque les oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios. El motivo de asombro de los hermanos Judíos no fue el mero hecho de que estos Gentiles recibieran el Espíritu Santo; porque si Pedro hubiera terminado su discurso, prometiéndoles el Espíritu Santo en los términos que él había establecido en Pentecostés, y luego los hubiera bautizado, estos hermanos habrían dado por sentado que recibieron el Espíritu. Y si, después de esto, les hubiera impuesto las manos y les hubiera impartido el don milagroso del Espíritu, como en el caso de los Samaritanos, no se habrían sorprendido tanto. Las consideraciones que causaron el asombro fueron, primero, que el Espíritu Santo fue “derramado” sobre ellos *directamente* de parte de Dios, como nunca lo había hecho nadie más que los apóstoles; y segundo, que este don inusual fue otorgado a los *Gentiles*. Esta segunda circunstancia se explicará al discutir el diseño de este milagro en los versículos 47, 48, a continuación. El hecho de que este don del Espíritu fuera manifestado por el milagro de hablar en lenguas¹ lo *distingue* del don del Espíritu

¹ Es una cuestión de sorpresa encontrar a un Comentariista tan juicioso como Plumptre expresándose sobre este milagro de la siguiente manera: “Como no se menciona aquí que la pronunciación de la alabanza sea en ningún otro idioma que no sea aquel con el que los oradores estaban familiarizados, no hay ninguna base para suponer que esta característica del don Pentecostal fue reproducida, y la alabanza extática jubilosa que era la esencia de ese don debe considerarse como correspondiente a los fenómenos descritos en I Cor. 14:7-9”. Es menos sorprendente encontrar a Meyer expresando en esencia la misma opinión. Ambos pasan por alto el hecho sobre el que Alford llama la atención, que Pedro, al describir el incidente después, dice: “Dios, pues, les concedió también el mismo don que a nosotros” (Cap. 11:17), identificándolo así con el don de lenguas otorgado en Pentecostés. Como Lucas una vez describió hablar en otras lenguas en Pentecostés, y mostró que los hombres de estas otras lenguas entendían a los hablantes, era natural que en su segunda referencia al mismo fenómeno usara una forma de expresión más breve; y si, por “hablar en lenguas”, no quiere decir otras lenguas que las que eran naturales para los hablantes, sus palabras carecen de sentido”. La suposición de que este fenómeno o el mencionado en el capítulo catorce de 1 Corintios fuera mera “alabanza extática jubilosa”, no pronunciada en ninguna lengua humana, es suponer que estos son los disparates de quienes adoptan esta suposición. Véanse las notas de Alford sobre este último pasaje y sobre Hechos 2:4.

prometido a todos los que se arrepienten y son bautizados (2:38); y el hecho de que vino *directamente* del cielo, sin la imposición de manos apostólicas, lo *distingue* de los dones como los otorgados a los Samaritanos, y posteriormente de aquellos otorgados posteriormente a miembros prominentes de muchas Iglesias (Vea Hech.19:1-7; 1 Cor.1:4-6; 14; Gál.3:1-6; 1 Tes.5:19, 20). No tenemos ningún evento con el cual clasificarlo excepto el don otorgado a los apóstoles en Pentecostés; y de este modo, Pedro lo clasifica más adelante (11: 15, 16). Él dice: “Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio. Entonces me acordé de lo dicho por el Señor,

Cuando dijo: Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo”. En estas palabras lo identifica como un bautismo en el Espíritu Santo; y estos dos son los *únicos* eventos que se designan así en el Nuevo Testamento. Uno fue la expresión divina de la admisión de los primeros *Judíos* en el nuevo reino mesiánico, y el otro, el de los primeros *Gentiles*.

El bautismo de Cornelio y sus parientes en el Santo Espíritu previo antes de su bautismo en agua ha sido argumentado como evidencia de que el perdón de pecados tiene lugar *antes* del bautismo. Podría proporcionar tal evidencia si el perdón de los pecados fuera simultáneo con el don milagroso del Espíritu; Pero ése no es el caso.

En todos los demás casos de un don milagroso, el perdón de los pecados lo *precedía*. Esto es verdadero de los apóstoles en Pentecostés, porque mucho antes habían sido aceptados como discípulos de Cristo; es verdadero de los

Samaritanos, porque habían sido bautizados por Felipe antes de que los apóstoles les enviaran a Pedro y Juan para impartirles el don milagroso; es verdadero de los doce discípulos en Éfeso, a quienes Pablo impartió este don después de haberlos bautizado (19:1-7); y es verdadero de todos en la Iglesia en Corinto que habían recibido dones similares (1 Cor. 1:4-7; 12: 1-7).

En *ninguno* de estos casos estuvo relacionado con el perdón de los pecados; por lo tanto, tal conexión no puede suponerse en el presente caso. Si se piensa que es incongruente que este poder milagroso se manifieste en personas cuyos pecados no son perdonados, recuérdese que fue un milagro obrado sobre estas personas para un propósito externo a ellos (vea más abajo, Comentarios en vers. 47, 48); y que, aunque no fueron perdonados, eran personas piadosas de acuerdo a la fe Judía.

No hay mayor incongruencia, si es que se puede tolerar la idea de incongruencia, en que recibieran un momentáneo don milagroso del Espíritu, que en la misión anterior de un ángel a Cornelio para asegurarle que sus oraciones fueron escuchadas y que sus limosnas fueron recordadas por Dios.

Este incidente en la conversión de Cornelio no puede de ninguna manera tomarse como *precedente* para las edades posteriores; porque ciertamente fue un milagro, y ahora *no* se hacen milagros. Tampoco podemos esperar que los pecadores ahora vean un ángel, como lo hizo Cornelio, antes de que sus pecados sean perdonados, para recibir el Espíritu como el lo hizo.

Vers. 47, 48. La verdadera explicación de esta circunstancia inusual, aunque dada más completamente en el discurso de Pedro registrado en el próximo capítulo 11: 15-18), está claramente implícita en las siguientes palabras: **(47) Entonces respondiendo Pedro: ¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?** **(48) Y mandó bautizarles en el nombre del Señor Jesús.** **Entonces le rogaron que se quedase por algunos días.** Hay dos formas de determinar el propósito de un incidente: se puede declarar el propósito; o podemos aprender lo que es por el uso que se hace de él.

Aquí no hay declaración del propósito del don del Espíritu; pero Pedro, que conocía el propósito, indica claramente cuál era por el uso que hace de él. Lo usa para quitar de la mente de sus compañeros Judíos cualquier duda que aún puedan albergar en cuanto a la conveniencia de bautizar a los Gentiles. Este, entonces, es el *propósito* por el cual se realizó el milagro. Es más, encontramos a Pedro usándolo después en Jerusalén, para *eliminar* las mismas dudas de las mentes de los hermanos Judíos allí (vea la última cita).

Incuestionablemente, entonces, ese era su propósito; y aquí encontramos la razón por la cual ningún evento como este ocurrió después, o es ahora esperado; porque una vez que se demostró que los Gentiles incircuncisos podían ser bautizados, la cuestión quedó resuelta para *siempre* y no necesitaba ser resuelta de nuevo.¹

¹ Sobre este punto el decano Plumptre se expresa de la siguiente manera satisfactoria: “El don excepcional fue otorgado en este caso para eliminar los escrúpulos que los Judíos de la incircuncisión podrían haber sentido en cuanto a la admisión de los Gentiles, como tales, al bautismo; y habiendo servido ese propósito, como ejemplo crucial, *nunca* se repitió después, que sepamos, bajo condiciones similares” (Com. *Ibid.*).

Antes de ser interrumpido, Pedro había proseguido con su discurso hasta llegar al tema de la fe y el perdón de los pecados; y el bautismo habría sido la siguiente palabra en sus labios si hubiera continuado según el modelo de su sermón en el Pentecostés.

La interrupción, sin embargo, no rompió el hilo de su discurso; sólo le permitió avanzar con aún mayor confianza hasta la misma conclusión que se había propuesto; porque primero *pregunta* a los hermanos si alguno puede prohibir el bautismo, y luego *ordena* a los Gentiles que sean bautizados en el nombre del Señor. Recordemos ahora el hecho de que a Cornelio se le había ordenado que llamara a Pedro para escuchar las *palabras* por las cuales él y toda su casa serían salvos (11:14).

Pedro ha venido y ha hablado estas *palabras*. Les ha hablado de Cristo, en quien ahora creen. Les ha dicho que se bauticen, y así se ha hecho. Le ha dicho lo que al piadoso y generoso Cornelio le había faltado para ser Cristiano ahora ha sido suplido, y nada se le ha requerido sino creer en Cristo y ser bautizado. Esto cierra el relato de otra conversión, y coincide en detalles esenciales con *todo* lo que le ha precedido en esta narración.

Debemos estar contentos de saber más de Cornelio, para juzgar si, incluso en tiempos de paz, la profesión de las armas fue considerada por los apóstoles compatible con el servicio del Príncipe de la Paz. Es el único soldado de cuya conversión tenemos un relato en el Nuevo Testamento, y de su carrera posterior no sabemos nada. No muchos años después, el ejército en el que ocupaba una comisión visitó a los Judíos de la manera más cruel e injusta, y si continuó en el servicio durante ese período,

nunca podremos saberlo en esta vida. Sin embargo, obsérvese que este es un ejemplo de un soldado que se convierte en *Cristiano*, no de un Cristiano que se convierte en un *soldado*. Proporciona un precedente para el primero, pero no para el segundo.

9. La Defensa de Pedro por estos Procedimientos, 11:1-8

Vers. 1, 2. La escena novedosa y sorprendente que había ocurrido en Cesárea pronto se informó en el extranjero. (1) Oyeron los apóstoles y los hermanos que estaban en Judea, que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios. (2) Y cuando Pedro subió a Jerusalén, disputaban con él los que eran de la circuncisión, (3) diciendo: ¿Por qué has entrado en casa de hombres incircuncisos, y has comido con ellos? Si bien las personas que hicieron esta queja contra Pedro se llaman “los que eran de la circuncisión”, y no se dice que incluyan a ninguno de los apóstoles, se da a entender claramente que los apóstoles, de quienes en el primer versículo se dice que oyeron hablar de los procedimientos de Pedro, no habían expresado ninguna aprobación de la misma.

Sin duda pensaron y sintieron como los hermanos que hicieron la denuncia. Ahora deben ser iluminados sobre el tema, como lo había sido Pedro, y el método en el que se logró es muy instructivo.

Vers. 4-17. (4) Entonces comenzó Pedro a contarles por orden lo sucedido, diciendo: (5) Estaba yo en la ciudad de Jope orando, y vi en éxtasis una visión; algo semejante a un gran lienzo que descendía, que por las cuatro puntas era bajado del cielo y venía hasta mí. (6) Cuando fijé en él los ojos, consideré y vi cuadrúpedos terrestres, y fieras, y reptiles, y aves del cielo. (7) Y oí una voz que me decía: Levántate, Pedro, mata y come. (8) Y dije: Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda entró jamás a mi boca. (9) Entonces la voz me respondió del cielo por

segunda vez: Lo que Dios limpió, no lo llames tú común. (10) Y esto se hizo tres veces, y volvió todo a ser llevado arriba al cielo. (11) Y he aquí, luego llegaron tres hombres a la casa donde yo estaba, enviados a mí desde Cesárea. (12) Y el Espíritu me dijo que fuese con ellos sin dudar. Fueron también conmigo estos seis hermanos, y entraron en casa de un varón, (13) quien nos contó cómo había visto en su casa un ángel, que se puso en pie y le dijo: Envía hombres a Jope, y haz venir a Simón, el que tiene por sobrenombre Pedro; (14) él te hablará palabras por las cuales serás salvo tú, y toda tu casa. (15) Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también como sobre nosotros al principio. (16) Entonces me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo: Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo. (17) Si Dios, pues, les concedió también el mismo don que a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿Quién era yo que pudiese estorbar a Dios? En este discurso, Pedro se limita a un cuidadoso relato de los incidentes mencionados en el capítulo anterior que fueron objeto de su propia observación, y a la conclusión que deduce de ellos.

Su argumento es que después de *ver* la visión, *oír* la voz y *recibir* la orden del Espíritu de ir con los hombres enviados por él, entró debidamente en la casa del hombre; y que cuando vio que los Gentiles a quienes había comenzado a dirigirse fueron bautizados en el Espíritu Santo, no pudo resistir a Dios.

Con esta última observación, tomada en su conexión histórica, ciertamente quiso decir que habría estado resistiendo a Dios si se hubiera negado a bautizar a las personas, o si hubiera hecho una diferencia en otros

aspectos entre ellos y los Judíos. No menciona el acto de bautizarlos, tampoco lo habían mencionado los reprochadores. Este último sólo había mencionado la falta de entrar en casa de los Gentiles y comer con ellos, dejando fuera la falta mucho *más* grave de bautizarlos, porque si lo primero estaba mal, mucho peor lo segundo. Este era un caso en el que lo menor incluía lo mayor. En su respuesta, Pedro justificó en términos expresos el *entrar* en la casa y, por una implicación necesaria, el *acto* de bautizarlos.

V. 18. Los hechos relatados por Pedro tuvieron el mismo efecto en la mente de los objetores que tuvieron en la mente de Pedro. (18) **Entonces, oídas estas cosas, callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!** En lugar de ser intolerantes, como a veces se dice que lo eran, estos hermanos Judíos, que hasta entonces no habían sido instruidos sobre la relación de las personas incircuncisas con la Iglesia de Dios, aceptaron la verdad tan pronto como la oyeron: y no la aceptaron murmurando, como hombres que se ven forzados a aceptarla, sino *gozosamente*, como hombres que se alegran de ser liberados de una convicción que les había causado ansiedad.

No sólo “guardaron silencio”, sino que *glorificaron a Dios*” por lo que habían aprendido.

En esta sección de la historia tenemos un ejemplo sorprendente de una de las formas en que los apóstoles fueron guiados a toda la verdad, según la promesa del Señor (Jn. 16:13). Pedro no sabía en virtud de su inspiración que los incircuncisos debían ser admitidos al bautismo; ni los otros apóstoles, después que Pedro hubo bautizado a algunos incircuncisos, supieron por su inspiración que

había hecho lo correcto. Por supuesto, el Espíritu Santo podría haber iluminado todas sus mentes internamente sobre este tema como sobre cualquier otro; pero optó, en lugar de esto, por adoptar un método diferente.

Mediante visiones dirigidas a sus ojos, una voz dirigida a su oído, mensajes que le fueron enviados por mandato de un ángel, reforzados por un solo mandato del Espíritu Santo, Pedro fue guiado a esta nueva verdad; y por un relato verbal de lo mismo a sus hermanos, estos últimos fueron traídos a la misma luz.

Estos últimos ciertamente estaban convencidos por los mismos hechos que convencieron a Pedro; la única diferencia es que los hechos llegaron a Pedro a través de la observación *directa*, mientras que la forma en la que llegaron a los demás fue a través de las *palabras* con las que Pedro los relató.

Precisamente de esta forma el poder de todos los hechos de la Escritura llega a la mente y al corazón de los hombres de hoy, y de esta manera el Espíritu Santo obra en nosotros a través de la palabra.

SECCIÓN IV — LA IGLESIA FUNDADA EN ANTIOQUÍA, Y OTRA PERSECUCIÓN EN JERUSALÉN

(11:19 – 12:25)

1. El Comienzo de la Obra en Antioquía, 19-21

Vers. 19-21. Nuestro autor, siguiendo el plan de esta

parte de su obra, vuelve ahora una vez más a la dispersión de la Iglesia de Jerusalén, y examina rápidamente otra sección del amplio campo que tiene ante él. (19) Ahora bien, los que habían sido esparcidos a causa de la persecución que hubo con motivo de Esteban, pasaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, no hablando a nadie la palabra, sino sólo a los judíos. (20) Pero había entre ellos unos varones de Chipre y de Cirene, los cuales, cuando entraron en Antioquía, hablaron también a los griegos, anunciando el evangelio del Señor Jesús. (21) Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor. De estos versículos aprendemos que mientras Felipe predicaba en Samaria, Saulo en Damasco y Arabia, y Pedro, poco después, en todas las partes de Judea, Samaria y Galilea, otros hermanos evangelizaban entre los Judíos hasta Fenicia, al norte de la Isla de Chipre, y la famosa ciudad de Antioquía, siendo esta última su punto más lejano en esa dirección.

Al predicar “**no hablando a nadie la palabra, sino sólo a los judíos**”, estos hermanos estaban siguiendo el ejemplo de los apóstoles, hasta que Pedro abrió la puerta a los Gentiles, como se describe en la última sección.

La declaración de que algunos de estos, cuando llegaron a Antioquía, predicaron también a los Griegos, limita esta última predicación, en cuanto a los lugares mencionados, a Antioquía. No fue hasta que llegaron a Antioquía que comenzaron a predicar a los Griegos. Parece también que estos hombres llegaron a Antioquía en un período más tardío que los que hablaban sólo con los Judíos.

Está claramente implícito que algo había ocurrido en

el intervalo para provocar este cambio; y como la última serie anterior de eventos mencionados por Lucas está relacionada con el bautismo de los Gentiles por Pedro, parece haber deseado que sus lectores dedujeran que este último evento precedió a la predicación a los Griegos en Antioquía. Esta probabilidad se reduce casi a la certeza cuando observamos la cronología de estos eventos.

Está bien comprobado que la muerte de Herodes, mencionada en el capítulo doce, ocurrió en el año 44 D.C.; y aprendemos de nuestro presente capítulo que Bernabé y Saulo trabajaron juntos en Antioquía un año entero antes de ese evento (V. 26).

Bernabé llevó a Saulo a Antioquía, pues, en el año 43; y las declaraciones de los versículos 22-25 a continuación implican que el primero no había estado muchos meses en Antioquía antes de que fuera por Saulo; en consecuencia, Bernabé debe haber sido enviado desde Jerusalén no antes de la última parte del año 42.

Pero fue enviado tan pronto como los hermanos en Jerusalén se enteraron del éxito de la predicación en Antioquía; y en consecuencia debemos concluir que la última parte de esta predicación, la de los Griegos, no había tenido lugar antes de la primera parte del año 42, o la última del 41; y como el bautismo de Cornelio ocurrió en el 40 o 41, este evento precedió a la predicación a los Griegos en Antioquía.¹

De este modo, la conclusión que sugiere naturalmente el orden de la narración de Lucas es la que establece la inv-

¹ Vea la *Cronología de Hechos*, Pág.28

estigación más minuciosa, que los Gentiles incircuncisos no fueron bautizados hasta que Pedro les abrió la puerta en Cesárea. Pero mientras la obra de Pedro abrió el camino, esta obra en Antioquía fue la *primera* invasión vigorosa del mundo Gentil por parte de las fuerzas avanzadas del ejército del Señor.

La predicación en Fenicia aquí mencionada, sugiere el origen de las Iglesias que se encontraron allí posteriormente; (cf. 15:3; 22:3, 4; 27:3) y el hecho de que los primeros predicadores que hablaron a los Griegos en Antioquía fueran de Chipre y Cirene sugiere la probabilidad de que primero habría hecho predicación en sus propios hogares, antes de ir a estas misiones extranjeras. Para esto ellos tuvieron mucho tiempo para hacerlo, en los cinco o seis años que habían pasado desde la muerte de Esteban. Es posible, como muchos han sugerido, que Simón de Cirene, quien llevó la cruz de Jesús parte del camino al Gólgota, fuera uno de estos predicadores cireneos.

En las palabras, “**un gran número al Señor y se convirtió**” tenemos un reconocimiento del hecho de que volverse al Señor es un acto diferente de creer, y posterior a él. Como en Hechos 3:19, donde volverse al Señor sigue al arrepentimiento, la referencia específica es al bautismo, que es el acto del cambio. Una expresión equivalente, empleada en otros lugares, sería, “creyeron y fueron bautizados”. (18:8).

2. Bernabé es Enviado a Antioquía, 22-24

Vers. 22-24. Jerusalén seguía siendo el centro y base de operaciones, siendo el cuartel general de los apóstoles.

Esta vigilaba todos los movimientos de los otros predicadores y enviaba ayuda o consejo según las circunstancias.

Incluso cuando no había apóstoles presentes en la Iglesia madre, sin duda hicieron provisión para tal supervisión por parte de otras personas competentes. (22) **Llegó la noticia de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén; y enviaron a Bernabé que fuese a Antioquía.** (23) Este, cuando llegó, y vio la gracia de Dios, se regocijó, y exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor. (24) Porque era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe. Y una gran multitud fue agregada al Señor. No es frecuente que Lucas pronuncie un elogio sobre las personas de las que habla, como lo hace aquí sobre Bernabé; pero era conveniente que la selección de este último para esta importante misión se justificara por la mención de las nobles cualidades que llevaron a la elección.

El propósito de su misión puede conocerse sólo por la obra que hizo en Antioquía; y de esto aprendemos que era algo diferente de la misión de Pedro y Juan a Samaria. No fue para impartir dones espirituales milagrosos, porque Bernabé no tenía el poder de impartir; sino hacer aquello por lo que Bernabé era famoso, y de su superioridad de la que había derivado su nombre actual — exhortar a los hermanos a ser fieles al Señor. Los hermanos en Jerusalén sabían bien la necesidad de tal exhortación a los jóvenes discípulos, y enviaron con ese propósito a su *mejor exhortador*. Obsérvese también que mientras exhortaba a los hermanos, muchos que no eran hermanos se convirtieron en tales. Una vez que los hombres están convencidos de que Jesús es el Cristo, con mucha frecuencia

son llevados al arrepentimiento y a la obediencia al escuchar las exhortaciones dirigidas a los discípulos.

3. Bernabé Trae a Saulo a Antioquía, 25, 26

Vers. 25, 26. Parece que Bernabé estuvo poco tiempo ocupado en estas labores, cuando sintió la necesidad de una ayuda más eficaz que la de sus predecesores, si es que aún estaban presentes, y por razones que no se expresan en el texto sus pensamientos se volvieron hacia Saulo, el antiguo perseguidor, de quien se había hecho amigo en Jerusalén. Todo lo que sabía de la obra de Saulo desde que los hermanos de Jerusalén lo habían enviado a Tarso era el informe que había llegado a Jerusalén: “Aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora predica la fe que en otro tiempo asolaba” (Gál. 1:23) a menos que hubiera oído más desde que llegó a Antioquía, lo cual es bastante probable. En cualquier caso, de todos los hombres que estaban a su alcance, Saulo fue su elección para la obra que ahora se estaba abriendo en esta gran ciudad,¹ y de este modo

¹ No puedo introducir a la ciudad de Antioquía al lector que no esté familiarizado con su historia tan bien como citando la siguiente descripción gráfica de Farrar: “La reina de Oriente, la tercera metrópolis del mundo, esta vasta ciudad de quizás quinientas mil almas no debe ser juzgada por la actual ciudad de Antakieh disminuida, encogida y destrozada por un terremoto de hoy. No era una mera ciudad oriental, con techos planos y calles estrechas y sucias, sino una capital Griega, enriquecida y engrandecida por la magnificencia Romana. Está situada en el punto de unión entre las cadenas del Líbano y Táuro. Su posición natural en la ladera norte del monte Silpio, con un río navegable, el ancho e histórico río Orontes, fluyendo a sus pies, era a la vez imponente y hermoso. Los meandros del río enriquecían toda la planicie boscosa, y como la ciudad estaba a diecisési millas de la costa, las brisas marinas daban salud y frescor. Estas ventajas naturales se habían visto incrementadas en gran medida por la genialidad del arte antiguo. Construida por los Seléucidas como residencia real de su dinastía, su amplio circuito de muchas millas estaba rodeado por muros de asombrosa altura y espesor, que habían sido construidos a través de barrancos y sobre cumbres montañosas con una concepción tan atrevida como para darle a la ciudad el aspecto de estar defendida por sus propias montañas circundantes, como si estos gigantescos baluartes no fueran más que sus muros naturales. El palacio de los reyes de Siria estaba en una isla formada por un cauce artificial del río. A lo largo de toda la ciudad, desde la puerta Dorada o Daphne en el oeste, corría durante casi cinco millas un gran corso, adornado con árboles, columnatas y estatuas. Originalmente construido por el Nicador de los Seléucidas, fue continuado por Herodes el Grande, quien, a la vez para satisfacer su pasión por la arquitectura y recompensar al pueblo por su buena voluntad hacia los Judíos, la había pavimentado en dos millas y media con bloques de mármol blanco. Amplios puentes cruzaban el río y sus diversos afluentes; baños, basílicas, villas, teatros agrupados en eminencias sobre niveles planos, y eclipsadas por pintorescas agrescas, dieron a la ciudad un esplendor digno de su fama inferior solamente en grandeza de Alejandría y Roma”.

leemos: (25) Despues fue Bernabé a Tarso para buscar a Saulo; y hallándole, le trajo a Antioquía. (26) Y se congregaron todo un año con la iglesia; y enseñaron a mucha gente; y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía.

El trabajo conjunto de dos hombres como ellos durante todo un año, en una comunidad a la que ya se había introducido favorablemente el evangelio, no podían dejar de dar grandes resultados; y los resultados finales estaban mucho más allá de cualquier esperanza que pudieran haber albergado; porque ahora estaban erigiendo en la *segunda capital* del mundo Cristiano, de donde fueron enviadas no mucho después las misiones más fructíferas de la era apostólica.

El nuevo nombre que se originó aquí y ahora demostró ser el nombre más potente que jamás se haya aplicado a un cuerpo de hombres.

La cuestión de *quién* la originó, si Bernabé y Saulo, o los discípulos de Antioquía, o los incrédulos de Antioquía, ha ocasionado más discusión de la que justifica su importancia. A un lector inexperto del Griego podría parecerle que el pasaje debería traducirse, “estaban reunidos con la iglesia, y enseñaban a mucha gente, y llamaron cristianos a los discípulos primero en Antioquía”, representando así a Bernabé y Saulo como los autores del nombre; pero esta interpretación está condenada, y la de nuestro texto está justificada por el juicio casi unánime de los eruditos.

Llamar a los seguidores de Cristo, Cristianos es tan

obviamente apropiado y natural que se le podría haber ocurrido a casi *cualquier* persona familiarizada con el idioma Griego y esto hace que sea difícil decidir si fue dado por incrédulos o por los mismos discípulos.

A favor de la primera suposición está el hecho de que cuerpos de hombres muy comúnmente reciben los nombres por los cuales son permanentemente conocidos por los demás; pero la suposición adoptada por muchos, que este nombre fue dado por los enemigos de la fe en burla, es infundada, como está muy claro por la consideración de que no hay nada en ella menoscambiando o usada despectivamente.

Es precisamente un nombre que podrían haber adoptado varios amigos serios y dignos de la causa, si hubieran estado reunidos en consejo sobre el tema. Para su aprobación divina, no necesitamos otra seguridad que la que se encuentra en *su aceptación por los apóstoles*. Es verdad, que en las únicas apariciones posteriores en el Nuevo Testamento, aparece como el nombre por el cual los discípulos fueron llamados, en lugar por el cual se llamaron así mismos;¹ pero es natural que en las epístolas, que son todas dirigidas a los Cristianos, se empleen normalmente otros títulos más íntimos.²

4. Bernabé Y Saulo son Enviados a Judea, 27-30

Vers. 27-30. Así como el labrador cambia anualmente el trabajo de labranza por el de recoger su cosecha, así

¹ Vea Hechos 26: 28, donde se encuentra en los labios del rey Agripa II; 1 Pedro 4:16, donde Pedro lo usa como el nombre bajo el cual los discípulos fueron perseguidos.

² Para una discusión sobre el significado y el valor de los nombres para los seguidores de Cristo, Véase *Excurso*.

Bernabé y Saulo, después de un año de trabajo predicando y enseñando, dejaron a un lado ese trabajo por un tiempo, para llevar algunos de los frutos de la benevolencia que habían cultivado para los que sufrían en otro país. (27) En aquellos días unos profetas descendieron de Jerusalén A Antioquía. (28) Y levantándose uno de ellos, llamado Agabo, daba a entender por el Espíritu, que vendría una gran hambruna en toda la tierra habitada; la cual sucedió en tiempo de Claudio. (29) Entonces los discípulos, cada uno conforme a lo que tenían, determinaron enviar socorro a los hermanos que habitaban en Judea. (30) lo cual en efecto hicieron, enviándolo a los ancianos por mano de Bernabé y Saulo.

Esta es la primera mención del don de profecía entre los discípulos, pero Agabo y sus compañeros parecen haber sido ya bien conocidos como profetas, lo que demuestra que su don había sido ejercido previamente.

La conducta de los hermanos en Antioquía muestra también que las profecías pronunciadas por estos profetas fueron implícitamente creídas; porque no esperaron hasta que la hambruna pronosticada realmente se hubiera desatado, sino que hicieron provisión para ella con anticipación.

Esta pronta acción de su parte, parece haber sido espontánea, y no haber surgido de las exhortaciones de Bernabé y Saulo, es tanto más a su favor, por la consideración de que la hambruna se extendería sobre su propio país y el mundo en general, así como sobre Judea.

Si se hubieran caracterizado por el egoísmo de nuestra

época, habrían dicho: Veamos primero cuán severa será la hambruna para nosotros y nuestros vecinos inmediatos; y luego, si tenemos algo de sobra, lo enviaremos a nuestros hermanos más lejanos.

No se entregaron a tales parlamentaciones egoístas; pero, sabiendo que en la abarrotada población de Judea, donde había *más pobreza* en el mejor de los casos que en la región alrededor de Antioquía, que se había enriquecido con el comercio exterior, una hambruna sería más angustiosa que aquí, determinaron de inmediato correr el riesgo por sí mismos, y asegurarse a toda costa de aliviar a sus hermanos más pobres.

Está claro que entendieron la maravillosa benevolencia de la Iglesia de Jerusalén, no como un estallido fanático del comunismo, sino como un *ejemplo* a imitar en circunstancias similares por todos los Cristianos.

Bernabé y Saulo bien podían darse el lujo de suspender por unas pocas semanas su trabajo de predicación y enseñanza con el propósito de promover una empresa benévolas como la que el mundo rara vez o nunca había presenciado antes. No hay predicación tan elocuente como la que surge desde la benevolencia de *todo* corazón.

La forma en que se menciona aquí a los ancianos de las Iglesias de Judea, sin que se haya informado previamente de su nombramiento, muestra el carácter elíptico de la narración de Lucas, y resulta de la circunstancia de que escribió después de que las Iglesias se habían organizado por completo, y todos los funcionarios y sus deberes se habían vuelto bien conocidos.

Los ancianos, siendo los gobernantes de las congregaciones, eran las personas apropiadas para recibir los dones y velar por su adecuada distribución entre los necesitados.

5. Jacobo es Decapitado y Pedro es Encarcelado, 12:1-11

Vers. 1, 2. El historiador no sigue a Bernabé y Saulo en su recorrido por las Iglesias de Judea, sino que, dejándolos en este trabajo, se dirige a Jerusalén e introduce un episodio emocionante sobre los asuntos que entonces ocurrían en esa ciudad. **(1) En aquel mismo tiempo el rey Herodes echó mano a algunos de la iglesia para maltratarlos (2) y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan.** Las persecuciones que hemos notado hasta ahora fueron conducidas por partidarios religiosos en Jerusalén, sin la ayuda de los gobernantes civiles; pero aquí hay una en el que el príncipe reinante es el líder, mientras que los viejos enemigos de la verdad están trabajando detrás de la cortina, si es que lo hacen. Este Herodes era homónimo de Agripa, el célebre ministro de Augusto César cuya vida escrita por Tácito es una de las más nobles de los clásicos Latinos, y comúnmente se le llamaba Agripa. Era nieto de Herodes quien ordenó que los niños de Belén fueron sacrificados, y sobrino de Herodes el tetrarca que ordenó que Juan el Bautista fuera decapitado.

Creció en Roma, donde malgastó la fortuna que había heredado en extravagancias principescas; pero mientras lo hacía contraíó intimidad con Cayo César, más tarde el notorio emperador Calígula. Cuando este último subió al trono tras la muerte de Tiberio, elevó a su amigo Agripa a un pequeño reino compuesto por parte de los dominios de su abuelo, que posteriormente fue ampliado por Claudio hasta abarcar todo el territorio gobernado por el primer Herodes. Ahora estaba en el zenit de su poder y vivía en la máxima magnificencia.¹ No hay indicios de la excitante causa de este asesinato; y son tantas las causas que la han

podido instigar, que es vano conjeturar acerca de ella. Un tema más provechoso para la reflexión es el hecho singularísimo de que Dios pudo librar tan pronto del mundo y de la Iglesia a uno de los apóstoles, cuando sólo tenía doce; porque esta muerte ocurrió sólo unos diez años después de la muerte de Jesús. Seguramente Jacobo había realizado sólo una parte muy pequeña de la obra que le había sido asignada a él y a sus compañeros apóstoles en la gran comisión, cuando Dios permitió que su vida fuera repentina y cruelmente cortada. Cuán sorprendente ilustración del dicho tan repetido, que los caminos de Dios no son como los nuestros. Y cuán claramente debe haber recordado Jacobo, cuando le colocaron la cabeza en el bloque, lo que Jesús había predicho de sí mismo y de su hermano Juan en una ocasión memorable cuando su ambición los superó. En ese momento comprendió mejor que entonces lo que era *sentarse a la diestra de Jesús en Su reino* (Mat.20:20-28).

La muerte de Jacobo, el primer apóstol que sufrió el *martirio*, debe haber sido una fuente de dolor indescriptible para la Iglesia en Jerusalén; y para un historiador no inspirado habría proporcionado materia para muchas páginas de escritura elocuente: ¿Qué pensaremos, entonces, de Lucas como escritor, que dispone de ella en una oración de siete palabras en Griego, representada por once en Inglés (y nueve en Español -ARP)? Seguramente hay una indicación aquí de alguna *restricción sobrenatural* de los impulsos del autor y solo se explica por su inspiración.

Vers. 3-5. Un hombre que se compromete a una empresa malvada con frecuencia se vuelve tímido por la

¹ Para un relato completo y más interesante de su carrera, vea *Antigüedades de los Judíos* por Josefo, XVIII., XIX.

conciencia cuando se le deja solo; pero cuando es aplaudido por la multitud, se anima a seguir adelante en su loca carrera. Agripa pudo haber vacilado cuando derramó la sangre de un apóstol — un crimen que ninguno de los perseguidores anteriores en Jerusalén se había atrevido a perpetrar; pero cuando la gente lo aplaudió, él no dudó más. (3) **Y viendo que esto había agradado a los judíos, procedió a prender también a Pedro.** Eran entonces los días de los panes sin levadura. (4) **Y habiendo tomado preso, le puso en la cárcel, entregándole a cuatro grupos de cuatro soldados cada uno, para que le custodiasen;** y se proponía sacarle al pueblo después de la pascua. (5) Así que Pedro estaba custodiado en la cárcel; pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él. Evidentemente, el rey buscaba la destrucción de la Iglesia en Jerusalén, como lo habían hecho antes los Fariseos, bajo el liderazgo de Saulo; pero, en contraste con su método, trató de lograr su propósito decapitando a los líderes, en lugar de perseguir a los miembros. Sin duda se felicitó por la sabiduría del nuevo método, cuando logró matar a un apóstol y encerrar, a otro, listo para la ejecución, al principal de todos ellos.

Debe haber oído hablar de un encarcelamiento anterior de los doce, y de su escape de la prisión en la noche sin el conocimiento de los guardias (vv. 17-23); así que decidió mejorar el método de confinamiento entonces adoptado, tal como el método general de persecución.

No contento con encerrar a Pedro en una prisión cuya puerta exterior era de hierro (v. 10), añadió una guardia de dieciséis soldados, a quien a algunos colocó frente a la puerta (v.6) y otros en dos distintos puntos entre la puerta y la celda en la que Pedro estaba encarcelado (v.10). Finalmente, para asegurarse doblemente, lo hizo atar con

dos cadenas a dos soldados, entre los cuales él dormía (6). Tomadas todas estas precauciones, sin duda dijo a los principales sacerdotes: Les enseñaré *como* se guarda a un prisionero. Que se me escape de las manos, *si* puede.

En la oración ferviente que la Iglesia estaba haciendo ahora por Pedro, los hermanos estaban siguiendo el ejemplo de los mismos apóstoles en el momento de su primera persecución (4: 23-30). Tenemos razones para creer que no estaban orando por su liberación; porque bien sabían que sin intervención milagrosa esto era imposible; y como Dios no había rescatado así a Jacobo, no tenían razón para creer que rescataría a Pedro. Además, cuando fue puesto en libertad, como vemos a continuación (vv. 13-15), estaban tan lejos de esperarlo o desearlo, que al principio no pudieron creerlo, como lo habrían estado dispuestos a hacer si hubieran estado orando para ello.

Era muy natural bajo las circunstancias que su petición a Dios tomara una dirección diferente; porque, recordando cómo Pedro había vacilado una vez ante la presencia de un peligro inminente, y esperando plenamente que ahora tendría que enfrentarse al obstáculo, tenían buenas razones para orar para que su fe y valor no le fallara en la crisis final, sino que, como en los casos de Esteban y Jacobo, como podemos suponer, él pudiera glorificar al Señor con una muerte triunfante.

Vers. 6-11. El tiempo pasó en doloroso suspenso hasta la última noche de la semana de la Pascua, y esta noche fue para los hermanos la más dolorosa de todas; pero aunque Pedro sin duda esperaba morir a la mañana siguiente, parece haber dormido tan *profundamente* como los soldados

a los que estaba encadenado. (6) Y cuando Herodes le iba a sacar, aquella misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, sujeto con dos cadenas, y los guardas delante de la puerta custodiaban la cárcel. (7) Y he aquí que se presentó un ángel del Señor, y una luz resplandeció en la cárcel; y tocado a Pedro en el costado, le despertó, diciendo: Levántate pronto. Y las cadenas se le cayeron de las manos. (8) Le dijo el ángel: Cíñete, y átate las sandalias. Y lo hizo así. Y le dijo: Envuélvete en tu manto, y sígueme. (9) Y saliendo, le seguía; pero no sabía que era verdad lo que hacía el ángel, sino que pensaba que veía una visión. (10) Habiendo pasado la primera y la segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que daba a la ciudad, la cual se les abrió por sí misma; y salidos, pasaron una calle, y luego el ángel se apartó de él. (11) Entonces Pedro, volviendo en sí, dijo: Ahora entiendo verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel, y me ha librado de la mano de Herodes, y de todo lo que el pueblo de los judíos esperaba. No es de extrañar que Pedro pensara que estaba soñando mientras se estaba logrando esta liberación, o que requirió ver la luna¹ y las estrellas sobre él, y las casas a su alrededor, para convencerlo de que en realidad estaba fuera de la prisión. Ningún milagro más complicado o más inesperado se había obrado.

6. Pedro Abandona la Ciudad, Y los Guardias son Asesinados, 12-19

Vers. 12-16. Después de volver en sí, Pedro no tardó en decidir qué hacer. Ya sea porque la casa de María era la más cercana entre las casas de los discípulos, o por el

¹ Como el cordero pascual se comía en el tiempo de la luna llena, siendo la noche entre los días catorce y quince del mes lunar, y como esta liberación ocurrió en la séptima noche después, la luna estaba justo una semana después de la llena; y como esta era la estación seca, era casi seguro que era visible.

carácter bien conocido de sus compañeros, o por ambas cosas, fue inmediatamente allí. (12) Y habiendo considerado esto, llegó a casa de María la madre de Juan el que tenía por sobrenombre Marcos, donde muchos estaban reunidos orando. (13) Cuando llamó Pedro a la puerta¹ del patio, salió a escuchar una muchacha² llamada Rode, (14) la cual, cuando reconoció la voz de Pedro, de gozo no abrió la puerta, sino que corriendo adentro, dio la nueva de que Pedro estaba a la puerta. (15) Y ellos le dijeron: Estas loca. Pero ella aseguraba que así era. Entonces ellos decían: ¡Es su ángel! (16) Mas Pedro persistía en llamar; y cuando abrieron y le vieron, se quedaron atónitos. María no sólo fue madre de Marcos, sin duda el Marcos del segundo Evangelio, sino también tía de Bernabé (Col.4:10). Aparentemente era una viuda en buenas circunstancias económicas, y su casa cómoda era un lugar de descanso para los hermanos de la Iglesia.

Los muchos que estaban reunidos allí esa noche no eran de ninguna manera toda la Iglesia, como suponen algunos escritores; porque la Iglesia era en ese momento demasiado *numerosa* para ser reunida en una sola residencia privada. Esta fue probablemente una de las muchas casas en las que los hermanos se reunían para orar en lo que se suponía que era la última noche de la vida de Pedro.

Pocas noches más solemnes habían experimentado los

¹ “La puerta del patio”, aunque una expresión poco significativa para nosotros, es estrictamente exacta como se emplea aquí; porque la entrada a las casas grandes en Palestina es a través de grandes portones plegables, lo suficientemente anchos para que pasaran animales cargados, mientras que, para la entrada de personas cuando el portón grande estaba cerrado, había una puerta pequeña a través de uno de los pliegues del portón, lo suficientemente grande como para admitir la entrada de una persona a la vez.

hermanos de esa Iglesia con frecuencia perseguida. La falta de voluntad de los que estaban en la casa de María para creer las palabras de Rode, y su asombro cuando vieron a Pedro con sus propios ojos, eran naturales dadas las circunstancias; y sin duda la misma incredulidad fue manifestada por otros grupos de hermanos en la ciudad, a medida que la noticia les fue llegando gradualmente durante el resto de la noche, y temprano a la mañana siguiente. El pensamiento, antes de que lo vieran, de que debe ser su ángel, se basa en la suposición de que todo hombre *tiene* un ángel, lo cual es una idea Escritural verdadera; (cf. Mat.18:10; Heb.1:14) y que este ángel a veces puede asumir la voz y la apariencia personal de su pupilo, lo que sin duda es una superstición.

V.17. La liberación de Pedro por el ángel fue una clara indicación de que era la voluntad de Dios que él huyera de sus enemigos, y sus planes para este fin se formaron rápidamente. Su visita a la casa de María fue con el propósito de *aliviar* la ansiedad de sus hermanos; pero era necesario el mayor secreto para evitar que sus planes se frustraran, por lo que su estancia en la casa de María fue sólo momentánea (v.17) **Pero él, haciéndoles con la mano señal de que callasen, les contó cómo el Señor le había sacado de la cárcel. Y dijo: Haced saber esto a Jacobo y a los hermanos. Y salió, y se fue a otro lugar.** El silencio era necesario para evitar despertar a algunos vecinos, que podrían enterarse de lo que estaba pasando e informar a las autoridades. Jacobo, y los hermanos en general, debían ser informados de la liberación, a fin de que su ansiedad por Pedro, tanto ahora como en el día siguiente, se disipara.

La forma en que se menciona a Jacobo muestra que él, desde la muerte del anciano Jacobo, y en ausencia de Pedro,

era el hombre principal de la Iglesia. Lo más probable es que no se tratara de Jacobo, uno de los hijos de Alfeo, y uno de los doce, sino de Jacobo, el hermano del Señor.¹ El “otro lugar” al que ahora fue Pedro era sin duda algún otro lugar que no fuera Jerusalén; porque en Jerusalén le sería muy difícil esconderse con seguridad. Deliberadamente evitó decirles a los hermanos adónde iba, para que pudieran decir con verdad, si les preguntaban, que no sabían; y de ninguna manera es seguro que Lucas supiera dónde estaba cuando escribió esta narración. Cuando Pedro apareció de nuevo en Jerusalén, sin duda hubo gran curiosidad entre amigos y enemigos por saber dónde había estado escondido; pero incluso entonces la prudencia puede haber sugerido que debería guardarse para sí mismo el secreto.

Vers.18, 19. Naturalmente, la luz de la mañana trajo gran confusión a los soldados; primero a los dos entre quienes había estado encadenado, y después a todos ellos. Herodes también estaba sorprendido y molesto. Aprendió que no tenía más habilidad para mantener encarcelados a los apóstoles que la que tenían los principales sacerdotes antes que él. **(18) Luego que fue de día, hubo no poco alboroto entre los soldados sobre qué había sido de Pedro.** **(19) Mas Herodes, habiéndole buscado sin hallarle, después de interrogar a los guardas, ordenó llevarlos a la muerte. Después descendió de Judea a Cesárea y se quedo allí.** De acuerdo a la letra estricta de la ley militar Romana, la ejecución de los soldados era una

¹ Él es Jacobo que estaba asociado con Pedro en Jerusalén en el momento de la primera visita de Pablo a la ciudad después de su conversión (Gál. 1:19); y también con Pedro y Juan, como indicaría el contexto en Gálatas, en la conferencia sobre la circuncisión (Cap. 12:9); y en este momento, intermedio entre los dos, es una presunción correcta que tenemos al mismo Jacobo. Del apóstol Jacobo, Hechos no nos proporciona información después de la primera dispersión de la Iglesia de Jerusalén.

necesidad. Cuando se examinó a los que estaban parados frente a la puerta, podemos ver que la única respuesta que podían dar era: Mantuvimos nuestra vigilia toda la noche, permanecimos despiertos y nadie entró ni salió por esa puerta. Cuando llamaron al hombre que guardaba la llave de la puerta de hierro, dijo con verdad que no se le había escapado de la mano ni la habían puesto en la cerradura.

Los dos guardias que se encontraban entre la puerta exterior y la celda de Pedro estaban seguros de que *nadie* había pasado junto a ellos durante la noche; y los dos a quienes Pedro había sido encadenado sólo pudieron decir: Cuando nos fuimos a dormir él estaba aquí con las cadenas bien aseguradas, y cuando despertamos se había ido; y eso es todo lo que sabemos.

Por supuesto, ninguna de estas afirmaciones podría ser cierta a menos que se haya obrado un estupendo milagro; y no había absolutamente otra alternativa que *admitir* el milagro, o sostener que todos los soldados habían conspirado *juntos* para liberar voluntariamente al prisionero.

Ningún hombre en su sano juicio podía aceptar la última alternativa del dilema, ya que los soldados sabían perfectamente que sus vidas pagarían la pérdida de tal liberación. Es imposible creer que Herodes dudara de la realidad de lo que parece entonces el milagro, o de la veracidad de los soldados; pero estaba decidido a *no admitir* el milagro, y prefirió deliberadamente asesinar a dieciséis hombres inocentes. No había un solo hombre en Jerusalén que pudiera dudar del verdadero estado del caso cuando los hechos se conocieron.

No es de extrañar que el desdichado asesino abandonara pronto la escena de tan repugnante crimen y se estableciera en Cesárea como su lugar de residencia.

7. La Muerte de Herodes, y el Regreso de Bernabé y Saulo, 20-25.

Vers.20-23. Nuestro autor continúa la historia de este príncipe asesino hasta su final. (20) Y Herodes estaba enojado contra los de Tiro y de Sidón; pero ellos vinieron de acuerdo ante él, y sobornando a Blasto, que era camarero mayor del rey, pedían paz, porque su territorio era abastecido por el del rey. (21) Y un día señalado, Herodes, vestido de ropas reales, se sentó en el tribunal y les arengó. (22) Y el pueblo aclamaba gritando: ¡Voz de Dios, y no de hombre! (23) Al momento un ángel del Señor le hirió, por cuanto no dio la gloria a Dios; y expiró comido de gusanos. La dependencia de Tiro y Sidón del país de Herodes para la alimentación no era absoluta; porque su propio territorio producía algo de grano, y Egipto no estaba muy lejos; pero el territorio de Fenicia era sólo una estrecha cadena montañosa a lo largo de la costa, del todo insuficiente para el sostenimiento de estas dos grandes ciudades, y era mucho más barato traer el suministro adicional del país contiguo al suyo que de Egipto; así que, como cuestión de política pública, la paz con los primeros era muy deseada.

Parece que los que vinieron a Cesárea para asegurar esta paz no fueron un pequeño cuerpo de embajadores, sino una gran multitud de ciudadanos. Probablemente fue por soborno que hicieron a Blasto el chambelán (tesorero) su amigo, y puede ser que a través de él parte del dinero

llegara al rey. Josefo, que da un relato más detallado de la muerte de Herodes, dice que la ocasión de esta oración, aquí llamada “**un día señalado**”, era una fiesta que Herodes estaba celebrando en honor de Claudio César; y que el atavío real con el que estaba vestido Herodes era un manto tejido enteramente de plata, que brillaba al sol de la mañana.

También dice que Herodes fue atacado con violentos dolores en las entrañas, y que estuvo cinco días en gran tortura. Su relato, aunque contiene varios detalles además de los que da Lucas, y omite algunos de los que da Lucas, no contiene nada incompatible con lo que aquí se dice.¹ De este modo, el justo juicio de Dios, que generalmente se reserva para el estado futuro, se mostró en este mundo, como una advertencia para los hombres malvados y un estímulo para los que hacen el bien.

V. 24. Fue inevitable que esta muerte providencial de Herodes, tan poco tiempo después de los asesinatos que había cometido en Jerusalén, afectara seriamente la mente del público. No nos sorprende, por lo tanto, cuando Lucas añade: **(24) Pero la palabra del Señor crecía y se multiplicaba.** Creció en la reverencia con que la gente la consideraba, y se multiplicó en el aumento de sus convertidos a la verdad. Otro complot formidable y audazmente ejecutado para destruir la fe en Cristo no hizo más que *promoverla* entre el pueblo, como lo habían hecho todos los demás.

V. 25. El relato que acabamos de repasar, de la muerte de Jacobo, el encarcelamiento de Pedro y la muerte misera-

¹ *Antigüedades de los Judíos*, XIX.8.

ble de Herodes, se intercala entre la llegada de Bernabé y Saulo en su misión a los santos pobres, y su regreso a Antioquía; y el autor parece querer decir con este arreglo que estos eventos ocurrieron en este intervalo. No se dice si Bernabé y Saulo fueron a Jerusalén para asistir a la pascua que se estaba celebrando mientras Pedro estaba en prisión; y lo más probable es que, por el peligro inminente, se mantuvieran alejados.

Pero después de que Herodes salió de la ciudad, este peligro disminuyó, por lo que antes de su regreso a Antioquía entraron en la ciudad, aunque no es probable que encontraran allí ni a Pedro ni a ninguno de los otros apóstoles. (25) **Y Bernabé y Saulo, cumplido su servicio, volvieron de Jerusalén, llevando también consigo a Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos.** Aquí se nos presenta por primera vez al hijo de María, a cuya casa fue Pedro cuando el ángel lo liberó de la prisión. Sin duda él estaba en su casa aquella noche memorable; era el hijo de Pedro en el Evangelio; (1 Ped.5:13) y debe haber estado muy profundamente impresionado por los eventos de esa pascua. El Evangelio que escribió después no proporciona nada de su historia personal, pero nos volveremos a encontrar con él más de una vez en esta narración. Al regresar a Antioquía, Bernabé y Saulo tenían noticias muy sorprendentes que contar, además de su informe sobre la misión a la que habían sido enviados.

Aquí llega a su fin la segunda parte de los Hechos, y con ella el relato de Lucas sobre la difusión general del evangelio. A partir de este punto, su narración se limita a ciertos hechos destacados de la carrera del apóstol Pablo y asume el carácter de una biografía.

EXCURSO A

LA CONEXIÓN DEL BAUTISMO CON EL PERDÓN DE LOS PECADOS

La idea de cualquier conexión entre el bautismo y el perdón de los pecados es repulsiva para muchos protestantes de la época actual. Este estado de ánimo se debe en gran medida, me veo obligado a creer, a un concepto erróneo de la naturaleza del perdón de los pecados. Este último se confunde con un cambio del corazón, y se supone que es una renovación del alma efectuada por la acción directa del Espíritu Santo. Se considera como una experiencia interior, una cuestión de conciencia; y se enseña a los hombres a buscar dentro de sí mismos la evidencia de ello, y a encontrar esa evidencia en el estado de gozo que inmediatamente le sigue. A quien tenga este concepto del perdón de los pecados y del medio por el cual se produce, necesariamente le parecerá absurdo suponer que de alguna manera depende del bautismo, a menos que, como los Romanistas, atribuyamos al bautismo algún tipo de poder mágico para efectuar un cambio en el alma. Pero este concepto del perdón de los pecados es erróneo. No se encuentra en el Nuevo Testamento. Por el contrario, el perdón de los pecados se distingue claramente de ese cambio dentro del cual llamamos comúnmente un cambio de corazón. Este último cambio tiene lugar en el arrepentimiento; porque en el curso del arrepentimiento el amor hacia el pecado es removido, interviene el dolor por el pecado, brota el amor por la justicia, y hay una profunda resolución de no pecar más.

Pero el arrepentimiento se distingue constantemente

en las Escrituras del perdón de los pecados, y se asume constantemente como consecuente del primero, no incluido en el. Esto se ve en la frecuencia de la expresión “arrepentimiento y el perdón de los pecados”. También se ve en expresiones como estas: “El bautismo de arrepentimiento para perdón de los pecados” (Mar.1:4; Luc.3:3); “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados” (Hech.2:38). Aquí no sólo hay una distinción muy marcada entre los dos, sino que el perdón de los pecados es más clara establecido como posterior al arrepentimiento.

Este concepto erróneo se corrige aún más, y se resalta la idea verdadera, al observar el significado de la palabra traducida remisión ($\alphaφεσις$). Tal como se define en los Léxicos, significa, principalmente, “liberar, como de servidumbre, de prisión, etc. En segundo lugar, cuando se relaciona con los pecados, significa perdón, perdón de los pecados (propriamente, el dejarlos ir, como si no se hubieran cometido), remisión de su pena”¹. Se usa en su sentido principal en la cita de la Septuaginta, Luc. 4:18, 19, donde aparece dos veces en el sentido de liberación o liberación de los cautivos. Se usa en su sentido secundario en todo el resto del Nuevo Testamento, y en un lugar (Mar.3:29, “no tiene jamás perdón”), el término perdón es su única traducción admisible en Inglés. Pero el perdón, no es un acto que tenga lugar en el alma de la persona culpable; tiene lugar dentro de la mente de la persona que *perdona*, y no puede ser conocido por la persona perdonada excepto por algún medio de comunicación. Esto es obviamente verdadero cuando un hombre perdon a otro; y cuando es Dios quien perdon, es un acto de la mente divina en

¹ Grimm. Greek Lexicon of the New Testament; Vea Tambien Richard Trench, *Synonyms of the New Testament* 129-132).

referencia con el pecador, y no un cambio dentro del del pecador mismo. Además, es un acto que, por su propia naturaleza, no puede tener lugar hasta que ya haya ocurrido dentro del pecador tal cambio de corazón y de propósito tal que pueda hacer Dios, incluso sobre la base de la expiación en Cristo, conceder el perdón. En otras palabras, todo el cambio interior que el pecador debe experimentar, debe tener lugar *antes* de que el pecado pueda ser perdonado. Siendo esto verdadero, se elimina la aparente absurdidad de conectar perdón de los pecados de alguna manera con el bautismo, y queda abierta la cuestión de si, además de la fe y el arrepentimiento, Dios también requiere el bautismo antes del perdón. Para la mente de la mayoría de los Protestantes actuales, el mero anuncio de esta cuestión plantea la objeción de que la justificación es solo por la fe, y que la posibilidad de que el bautismo sea un requisito previo queda excluida por este hecho.

Pero aunque que la justificación, que implica el perdón de los pecados, depende indudablemente de la fe como condición, en ninguna parte se dice ni se da a entender que depende únicamente de la fe; es decir, sobre la fe aparte de las manifestaciones externas de la fe. Si se retiene la justificación hasta que la fe se manifieste en alguna acción externa, el pecador aún es justificado por la fe, pero es por la fe en acción, a diferencia de la fe como un *mero* estado mental. Abraham es el ejemplo típico de justificación por la fe; sin embargo, lo que acabamos de decir es verdadero de él, tal como lo expone el apóstol Santiago. Él dice: “¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras? Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue

contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios" (2:21-23). Aquí el apóstol, en lugar de ver una inconsistencia entre la justificación por la fe y la justificación por la fe manifestada en un *acto* de fe, sostiene que lo último en el caso de Abraham es el cumplimiento del primero. En otras palabras, la declaración de las Escrituras de que Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, se realizó cuando Abraham, por la fe, *ofreció* a su hijo sobre el altar. Precisamente de la misma manera, y en perfecta armonía con la justificación por la fe, un hombre puede ser justificado por la fe cuando, como un acto de fe, es bautizado. La cuestión sigue abierta, entonces, si este es el hecho en el caso.

Se objeta además que algunas afirmaciones relativas a la fe, no incluidas en las que la conectan con la justificación, excluyen la posibilidad de que el perdón esté conectado con el bautismo. Por ejemplo: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Jn. 3:16); y, "El que cree en el Hijo tiene vida eterna" (v.36). Aquí se afirma claramente que el creyente está en posesión de la vida eterna; pero sigue siendo una cuestión abierta si esto se afirma del creyente obediente, o del creyente que aún no ha manifestado su fe por la acción; si, para usar la fraseología de Santiago, es la fe perfeccionada por las obras de la fe, o la fe todavía silenciosa en el alma. Esta cuestión debe ser determinada, no por declaraciones generales como estas, sino por declaraciones específicas en cuanto a las condiciones en las que se ofrece el perdón de los pecados.

El objector persistente tiene aún otro conjunto de textos que, para él, excluyen la conexión de la que hablamos,

textos en los que se afirma la justificación de la fe sin las obras de la ley. Por ejemplo: "Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley" (Rom.3:28). Pero por obras de la ley en este lugar Pablo se refiere a tales actos de obediencia a la ley que justificarían a un hombre sobre la base de la inocencia, y lo harían independiente de la gracia manifestada en el perdón. Ahora bien, los actos de fe, como la ofrenda de Isaac en el altar, no pertenecen a esta categoría. Por el contrario, este acto de Abraham, visto a la luz de la ley, habría sido un crimen. Lo mismo es verdadero del acto de Rahab al recibir a los espías y protegerlos, que Santiago especifica como el acto por el cual fue justificada (Sant. 2:25). Este acto, visto a la luz de la ley, fue traición, mientras que el de Abraham fue asesinato. Ahora bien, el bautismo es ciertamente un acto de fe, que deriva su propiedad de un mandato positivo; y no una obra de ley en el sentido que Pablo le da a esa expresión; en consecuencia, se le puede requerir a un creyente que se bautice antes de ser perdonado, y sin embargo, la justificación puede ser aparte de las "obras de la ley".

Se supone que toda conexión entre el bautismo y el perdón de los pecados queda excluida por otro motivo más, el hecho de que la salvación es un asunto de gracia y no de obras: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Efe. 2:8, 9). Pero aquí también, como en la epístola a los Romanos, las obras excluidas de la base de la salvación son obras de perfecta obediencia, por las cuales, si alguno las hubiera realizado, se salvaría en base al mérito. Esto excluiría la gracia. Pero el perdón de los pecados es en su misma naturaleza una gracia *otorgada*, y no una deuda pagada; y ya sea que se conceda bajo ciertas condiciones o sin ninguna condición, sigue siendo un asunto de gracia.

Sólo que en el caso de que las obras realizadas sean de tal naturaleza que la persona que las realiza merezca la salvación, puede excluirse la gracia; y en ese caso no habría perdón, porque no habría pecados que perdonar. Así pues, si Dios ha considerado conveniente requerir que el creyente sea bautizado antes de perdonarlo, el perdón no es menos una cuestión de gracia que si no hiciera tal requisito. Cuando un juez estatal perdona a un criminal, a nadie se le ocurre decir que no es un acto de gracia porque el criminal está obligado, como condición, a firmar un compromiso de no volver a cometer su delito; y si se tratara de un caso de robo, y el juez exigiera la restitución de los bienes robados como condición del perdón, a nadie se le ocurriría negar que el perdón fue un acto de gracia. Viendo ahora que una conexión entre el bautismo y el perdón de los pecados no está excluida por ninguna de las declaraciones doctrinales de las Escrituras, que tan comúnmente se ha supuesto que tienen esta fuerza, estamos en libertad de examinar sin prejuicio aquellos pasajes de las Escrituras que parecen declarar tal conexión y determinar, si es posible, cuál es esa conexión. Primero, entonces, examinamos algunos pasajes que enseñan claramente que el perdón de los pecados sigue al bautismo en orden de tiempo.

El primero de ellos es la conocida respuesta de Pedro, en su sermón de Pentecostés, a la pregunta: “Varones hermano, ¿Qué haremos?” (Hech.2:37). Es el más importante, porque es la primera vez que Pedro, haciendo uso de las llaves que le habían sido confiadas (Mat. 16:19), abrió las puertas del reino a los creyentes declarando lo que debían hacer para ser admitidos. Él dijo: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (v.38). Aquí, como hemos señalado en el comentario

bajo este pasaje, ya sea que la preposición se traduzca *a*, o *para*, o *con el fin de*, el perdón de los pecados se coloca inequívocamente *después* del arrepentimiento y el bautismo. No hay palabras que puedan hacer esto más seguro. Marcos y Lucas afirman precisamente la misma conexión en términos casi idénticos con referencia al bautismo de Juan. Ambos dicen que Juan predicó “el bautismo de arrepentimiento para el perdón de los pecados” (Mar. 1:4; Luc.3:3). Aquí el bautismo de Juan se llama el “bautismo de arrepentimiento”, porque el arrepentimiento era el único requisito *previo* requerido a un Judío creyente. Si el bautismo instituido por Cristo se distinguiera de el por un epíteto correspondiente, este último se denominaría bautismo de fe; no porque la fe sea el único prerequisito previo, sino que es el más prominente en la predicación de los apóstoles. Que este bautismo de arrepentimiento fue “para el perdón de los pecados”, indica inequívocamente que el perdón es posterior a el en el orden del tiempo.

En todos estos pasajes, sin embargo, si se usa estrictamente la preposición “para”, el bautismo se contempla como llevando a la persona bautizada *al* perdón, y no se supone ningún lapso de tiempo entre el bautismo y aquello a lo que lleva a la persona. Por lo tanto, cuando hablamos del perdón después del bautismo, queremos decir que sigue inmediatamente. El mandamiento de Ananías a Saúl enseña la misma cosa. Las palabras “Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre” (Hech.22:16), claramente implica que sus pecados fueron lavados (una metáfora para el perdón de los pecados) como un resultado *inmediato* del bautismo. Estos son todos los pasajes en los que se mencionan los pecados en conexión inmediata con el bautismo, y se unen para

mostrar que el perdón de los primeros es una consecuencia inmediata del segundo.

En otra clase de pasajes se establece la misma verdad por implicación. Pablo hace la declaración, y la reitera, de que somos bautizados en Cristo: “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?” (Rom.6:3); “porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (Gál.3:27). Ahora bien, cuando un hombre está en Cristo, sus pecados ciertamente son perdonados, y antes de que él esté en Cristo ciertamente *no* son perdonados. Son perdonados al pasar a Cristo, y una parte del proceso por el cual uno pasa a Cristo es el acto del bautismo; y se sigue que, como no está en Cristo hasta que es bautizado, hasta que no es bautizado no es perdonado. Las palabras de nuestro Señor en la comisión apostólica justifican la misma inferencia: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mat.28:19). El hombre que todavía no ha entrado en la relación expresada por las palabras, “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” todavía está en una condición no perdonada cualquiera que sea su creencia y sus emociones; y esta relación se establece tan pronto como todos sus pecados son perdonados; pero entra en esta relación en el acto del bautismo, es bautizado en ella, y se deduce que sus pecados son perdonados en conexión con su bautismo.

Todavía otra clase de pasajes presenta *hechos* que implican la misma relación entre el bautismo y el perdón. Pertenece a la naturaleza del perdón impartir gozo a la persona perdonada, y es un asunto de experiencia universal que la conciencia de los pecados no perdonados

es una *carga* para el alma. Si, pues, al rastrear las experiencias de los hombres cuya conversión a Cristo se describe en el Nuevo Testamento, encontraremos que se *regocijaron* antes de ser bautizados, esto sería evidencia de que el perdón de los pecados precede al bautismo. Por otro lado, si encontramos este regocijo uniformemente después del bautismo, debemos aceptar la conclusión opuesta. Ahora bien, no hay ningún caso registrado de lo segundo; por el contrario, en cada instancia de la mención de este regocijo, viene *después* del bautismo. Por ejemplo, fue después de ser bautizado que el eunuco siguió "gozoso" su camino; mientras antes del bautismo estaba en un estado de ansiedad y perplejidad (Hech.8:34-40). Antes que Saúl fuera bautizado y hasta el momento en que Ananías le indicó levantarse y ser bautizado y lavar sus pecados, él estaba en gran agonía de su alma y no había comido ni bebido por tres días; tan pronto como fue bautizado, su alma se tranquilizó, "Y habiendo tomado alimento, recobró fuerzas" (9:9-19). De la misma manera, el carcelero de Filipo estaba en estabas angustiado y perplejo antes de su bautismo, pero después de ser bautizado, llevó a Pablo y Silas a su casa y les puso comida, "y se regocijó con toda su casa de haber creído en Dios" (16:30-34).

Una cuarta clase de pasajes enseña la misma doctrina por la manera en que conectan el bautismo con la salvación. La salvación en Cristo consiste esencialmente en el perdón de los pecados; porque sólo cuando el alma es redimida de los pecados por el poder de Cristo obrando en el interior, y la culpa del pecado removida por el perdón, puede un hombre estar en un estado de salvación. Si, entonces, cuando se habla de la salvación y el bautismo juntos, es en cierto modo para indicar que no hay conexión entre ellos, esto podría obligarnos a reexaminar los pasajes ya

observados, para ver si por alguna posibilidad los habíamos mal interpretado. O si en tales pasajes encontramos que se habla de la salvación como si precediera al bautismo, esto podría exigir un reexamen similar. Pero no se encuentra que exista ninguna de estas condiciones; el reverso es uniformemente el orden que encontramos. En la comisión leemos “El que creyere y fuera bautizado, será salvo” (Mar.16:16). Aquí la salvación es colocada después del bautismo, y es ciertamente la salvación que consiste en el perdón de pecados; porque la salvación final depende mucho más que creer y ser bautizado. En la epístola a Tito leemos: “Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia, que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por medio del lavamiento de regeneración y la renovación del Espíritu Santo, que cual derramó sobre nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (3:4-7).

Aquí, por el lavamiento (literalmente, lavatorio) de la regeneración, el apóstol se refiere al bautismo, el cual es llamado así porque es una especie de lavamiento relacionado con el proceso de regeneración; y se afirma que por esto y por la renovación del Espíritu Santo (la obra interior del Espíritu que precede al bautismo) somos salvos. Al mismo tiempo, para que nadie pueda pensar en ningún tipo de mérito como la base de esta salvación, dice que esta salvación no se concede por algo que hayamos hecho antes en el camino de la justicia, sino solo por la misericordia de Dios. Además, identifica la salvación de la que así se habla con la justificación, mediante la cláusula añadida, “para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna”. De nuevo

leemos en la primera epístola de Pedro que “ocho fueron salvadas por agua; El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo” (1 Ped. 3:21). Aquí, la negación de desechar las inmundicias de la carne está dirigida contra un concepto erróneo Judío, y para nosotros su significado es obvio. La cláusula traducida, “sino como la aspiración de una buena conciencia” es manifiestamente oscura; pero cualquiera que sea su significado, deja intacto el hecho previamente establecido, que el agua ahora, en una verdadera semejanza a la del diluvio, nos salva en el bautismo; y si el bautismo salva en cualquier sentido, debe preceder a la salvación y traer al pecador a ella.

Finalmente, la conexión en cuestión está implícita en el comentario de nuestro Señor a Nicodemo en cuanto a las condiciones para entrar en el reino de Dios: “El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Jn.3:3). Todos los eruditos Cristianos antiguos, y todos los expositores más capaces de los tiempos modernos, están de acuerdo en declarar a una voz que por el término agua Jesús aquí se refiere al *bautismo*. El Dr. Wall, en su historia del Bautismo Infantil, dice: “No hay un solo escritor Cristiano de la antigüedad, en cualquier idioma, que no entienda que el nuevo nacimiento del agua se refiere al bautismo; y si no se entiende así, es difícil dar cuenta de cómo una persona nace del agua, más que nace de la madera” (Vol.1:110). Alford testifica: “Todos los expositores mejores y más profundos han reconocido la coexistencia de los dos, el agua y el Espíritu” (*Comentario, Ibíd.*); y en el mismo sentido dice el Dr. Westcott: “Todas las interpretaciones que tratan el término agua aquí como simplemente figurativo y descriptivo del poder limpiador

del Espíritu, son esencialmente defectuosas, ya que también se oponen a toda tradición antigua" (*Comentario, sobre Juan, Ibíd.*).

En otra parte de sus notas sobre el pasaje, Alford va aún más lejos en la dirección de estas afirmaciones, y también da el significado del versículo, con estas palabras: "No puede haber duda, sobre cualquier interpretación honesta de las palabras, de que nacer del agua se refiere a la señal o signo externo del bautismo — nacer del Espíritu, a la cosa significada, o la gracia interna del Espíritu Santo. Todos los intentos de deshacerse de estos dos hechos claros han surgido de prejuicios doctrinales, por lo que las opiniones de los expositores han sido distorsionadas".

Podemos dejar de lado, por lo tanto, como excepcionales y sectarias, todas las interpretaciones que eliminan de este pasaje su obvia alusión al bautismo, y estamos justificados al decir que, según el juicio conjunto de eruditos imparciales de todas las Iglesias, Jesús aquí quiso decir que, excepto un hombre experimenta la obra interior del Espíritu Santo, y es bautizado, no puede entrar en el reino de Dios. Ahora bien, antes de que un hombre esté en el reino de Dios, sus pecados no son perdonados; y cuando sus pecados son perdonados, ya no es un extranjero, sino un ciudadano de ese reino. Por cualquier proceso, entonces, entra en ese reino, por eso o en eso obtiene el perdón de los pecados; pero ese proceso es el nacimiento del agua y del Espíritu, de ninguno solo, sino de *ambos*; y por eso obtiene el perdón no antes, sino *cuando* es bautizado. No es más que un eco de estas palabras de nuestro Señor, cuando Pablo dice que nos salvó "por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo" (Tito 3:5). Estas evidencias establecen, tan

claramente como se puede establecer cualquier hecho, una conexión *inmediata* entre el bautismo y el perdón de los pecados, y muestran con igual claridad que el acto divino de perdonar los pecados tiene lugar cuando el pecador, en cuyo corazón el Espíritu Santo ha obrado fe y arrepentimiento, es *bautizado* en Cristo.

Aquí podríamos llevar esta discusión a su fin, pero por el hecho de que muchos suponen que esta es una doctrina herética, sin el apoyo de la erudición de épocas pasadas o presentes. Para desengañar al lector de esta impresión, procedemos a mostrar cómo han sido consideradas estas evidencias por los hombres eruditos. En primer lugar, sobre ella se une la voz de la antigüedad, como sobre el significado de "nacer del agua y del Espíritu". Prueba suficiente de ello, sin citar a autores individuales, se encuentra en el hecho de que el artículo sobre el tema en el Credo de Nicea, adoptado a principios del siglo IV sin una voz disidente, declara: "Creemos en un bautismo para el perdón de los pecados". También es un hecho bien conocido que la Iglesia Griega, la Armenia y la Católica Romana todavía enseñan y siempre han enseñado esta doctrina, con la idea adicional y no bíblica de que el bautismo, independientemente de la fe y el arrepentimiento, quita el pecado original en el caso de los infantes. De hecho, el bautismo de infantes debe su origen a esta concepción equivocada. El proceso es trazado por Neander en el siguiente pasaje bien conocido: "Pero cuando, ahora, por un lado, la doctrina de la corrupción y la culpa, que se adhieren a la naturaleza humana como consecuencia de la primera transgresión, fue reducida a una forma más precisa y sistemática y por otra parte, por no distinguir debidamente entre lo exterior y lo interior en el bautismo (el bautismo por agua y el bautismo

por el Espíritu), el error se estableció más firmemente de que sin el bautismo exterior nadie podía ser librado de esa culpa inherente, podía ser salvado del castigo eterno que lo amenazaba, o ser elevado a la vida eterna; y cuando la noción de influencia mágica, un encanto relacionado con el sacramento, fue ganando terreno continuamente, se desarrolló finalmente la teoría de la necesidad incondicional del bautismo infantil. Alrededor de la mitad del siglo III, esta teoría fue generalmente admitida en la Iglesia del Norte de África".

Entre las pruebas que ofrece de la veracidad de esta representación, se encuentra un extracto de Cipriano (Epístola 59), en el que el escritor defiende el bautismo de los niños inmediatamente después de su nacimiento, y cierra con estas palabras: "Pero si aún el principal de los pecadores, que han sido sumamente culpable delante de Dios, reciben el perdón de los pecados al llegar a la fe, y nadie está excluido del bautismo y de la gracia, ¿Cuánto menos debe ser retenido el niño, el cual, siendo recién nacido, no puede haber pecado, sino que sólo ha traído consigo, por su descendencia de Adán, la infección de la antigua muerte; y que puede obtener más fácilmente el perdón de los pecados, porque que los pecados que le son perdonados no son los suyos propios, sino los de alguien más?" (*Historia de la Iglesia*, I: 313, 314). La desafortunada circunstancia de que esta doctrina del bautismo para el perdón de los pecados, enseñada universalmente en la Iglesia antigua, fue así corrompida por la Iglesia de la edad oscura, fue sin duda la causa de una reacción contra ella entre los líderes de la Reforma Protestante; sin embargo, Lutero y Calvino, aunque repudiaron la doctrina tal como la enseñaba Roma y no la adoptaron en su forma original, tropezaron con ella en su exposición de varios pasajes de la

Escritura en los que se enseña claramente. De este modo, Lutero, comentando sobre las palabras (Gál.3:27). “porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” hace estas observaciones: “Este viejo hombre debe ser despojado de todas sus obras, para que los hijos de Adán podamos ser hechos hijos de Dios. Esto no se hace cambiando de ropa, ni por ninguna ley u obra, sino por un nuevo nacimiento, y por la renovación del hombre interior; lo cual se hace en el bautismo, como dice Pablo: “porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (Gál.3:27). Por tanto, vestirse de Cristo según el evangelio no es vestirse con la ley ni con las obras, sino con un don incomparable; es decir, con el perdón de los pecados, la justicia, la paz, la consolación, el gozo del espíritu, la salvación, la vida y Cristo mismo. Esto debe notarse diligentemente, debido a los espíritus afectuosos y fantásticos, que desfiguran la majestad del bautismo y hablan mal de él. Pablo, por el contrario, lo encomia y lo expone con títulos honoríficos, llamándolo “el lavamiento del nuevo nacimiento, la renovación del Espíritu Santo” (Tito 3:5). Y aquí también dice que todos los bautizados se han revestido de Cristo. Como si dijera: Vosotros sois llevados de la ley a un nuevo nacimiento, que se obra en el bautismo. Por tanto, ya no estáis bajo la ley, sino que estáis vestidos con un vestido nuevo; es decir, con la justicia de Cristo. Por tanto, el bautismo es algo de gran fuerza y eficacia” (*Comentario de Lutero sobre Gálatas*).

En estos extractos, Lutero confirma las opiniones expresadas anteriormente, no solo sobre el pasaje que tiene inmediatamente a la mano, sino también sobre el comentario de nuestro Señor sobre el nuevo nacimiento, y el de Pablo con respecto al lavamiento de la regeneración. Y todo esto viene de él, quien es el *primer autor* de la

doctrina moderna de la justificación por la fe sola.

Juan Calvino se expresa en el mismo sentido, y trae a la vista un número aún mayor de los pasajes que he citado anteriormente. Él dice: “Del bautismo nuestra fe obtiene tres ventajas, que requieren ser consideradas claramente. La primera es, que tal como nos la propone el Señor, es un símbolo y señal de nuestra purificación; o, para expresar mi significado más plenamente, se asemeja a un instrumento legal debidamente atestiguado, por el cual nos asegura que todos nuestros pecados son cancelados y borrados de modo que nunca aparecerán a su vista, ni vendrán a su memoria, ni nos serán imputados, porque Él manda a todos los que creen sean bautizados para el perdón de sus pecados. Por lo tanto, todos los que han imaginado que el bautismo no es más que una marca o señal por la cual profesamos nuestra religión ante los hombres, como soldados llevando la insignia de su soberano como una marca de su profesión, no han considerado lo que es principal en el bautismo, que es que debemos recibirlo con esta promesa: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo” (Mar.16:16).

En este sentido, se debe entender lo que dice Pablo, que Cristo “santifica y purifica la Iglesia en el lavamiento del agua por la palabra” (Efe. 5:26); y en otro lugar que según su misericordia nos salva, “por el lavamiento de la regeneración, y la renovación del Espíritu Santo” (Tito 3:5); y por Pedro, que “el bautismo ahora nos salva” (1 Ped. 3:21)¹. A partir de este extracto, el lector puede ver de simple vista que Calvino entiende que todos los pasajes citados en su tratado tienen el mismo significado que les he atribuido; y el hecho de que estas interpretaciones sean

¹ *Institutos de Calvino*, B. IV.15, 1, 2. Concepto similares son expresados en las fracciones 3, y 4. El inconsistenteamente representa los pecados de Cornelio siendo perdonados antes de ser bautizado.

dadas por un teólogo que no las aplicó consistentemente en su sistema, les da mayor peso porque demuestra que no son el resultado de la presunción doctrinal, sino de la sencillez y claridad con que son expresados en los pasajes mismos.

Es bien sabido, también, que otro gran reformador de tiempos más recientes, John Wesley, cayó sobre esta doctrina en el curso de sus estudios exegéticos, aunque no constituía parte de su sistema. Él dice: "El bautismo administrado a los verdaderos penitentes, es a la vez un medio y un sello de perdón. En la Iglesia primitiva, Dios no concedía ordinariamente el perdón a nadie, a menos que fuera por este medio" (*Notas sobre el N. T.*, p. 350). Para no multiplicar innecesariamente las evidencias de este tipo, pasamos por alto las declaraciones de muchos otros eruditos eminentes de las Iglesias Ortodoxas, y añadimos algunas de escritores de nuestra época, eminentes por su conocimiento y su habilidad exegética.

H. B. Hackett, uno de los eruditos y comentaristas más eminentes de la Iglesia Bautista de América, al comentar Hechos 2: 38, dice: "*para perdón de los pecados*, nos conectamos naturalmente con los dos verbos anteriores. La cláusula establece el motivo o el objeto que debe inducirlos a arrepentirse y ser bautizados. Hace cumplir toda la exhortación, ninguna parte de ella excluye a la otra" Esta cláusula establece el motivo o el objeto que debían inducirlos a arrepentirse y bautizarse. Refuerza toda la exhortación, ninguna parte de ella con exclusión de la otra" Sobre Hechos 22:16, dice: "*Y lava tus pecados*". — es decir, Esta cláusula declara un resultado del bautismo, en un lenguaje derivado de la naturaleza de esa ordenanza. Este responde al anterior "*para perdón de los pecados*" — esto es, someterse al rito para ser perdonado". Testimonio más

claro o más explícito de la doctrina sostenida en este excuso no podría ser pronunciado.

El Dr. Jacobson, Obispo de Chester y autor de las notas sobre Hechos en *El Comentario The Speaker*, bajo Hech. 22:16 cita con aprobación las palabras de Waterland: "El bautismo fue finalmente su gran absolución [de Pablo], su patente de perdón, su instrumento de justificación otorgado desde lo alto; ni fue justificado hasta que recibió ese sello divino, ya que sus pecados estuvieron sobre él hasta aquella misma hora". El Dr. J. A. Alexander, de Princeton, escribe: "Toda la frase, para (o hacia) el perdón de los pecados, describe esto como el fin al que se refería la multitud, y que, por lo tanto, debe contemplarse en la respuesta". Nuevamente: "El fin benéfico al que condujo todo esto fue el perdón de los pecados" (*Comentario sobre Hechos 2:38*). Lechler, autor de Comentario sobre Hechos in *Acts in Langes Bible Work*, dice en 2:38: "El apóstol promete a los que se arrepientan y reciban el bautismo, (1) El perdón de los pecados, y (2) el don del Espíritu Santo". Bajo 22: 16, dice: "Tenemos aquí un noble testimonio del valor que la Iglesia apostólica pura asignaba al santo bautismo. No era una mera ceremonia externa, sino un medio de gracia para lavar los pecados, y fue la primera entrada verdadera a la Iglesia de Jesús". El Dr. Gloag (Presbiteriano), dice en su Comentario, bajo 2:16: "El bautismo en el adulto, excepto en el caso peculiar de nuestro Señor, iba acompañado de la confesión del pecado, y era señal de su perdón; por eso se llama bautismo para el perdón de los pecados" (Hech.2: 38). Plumptre, después de citar las palabras de Ananías a Pablo, dice: "Muestran que para el apóstol el bautismo no era un acto formal o ceremonial, sino que iba unido al arrepentimiento y, acompañado de la fe supuesta, traía consigo la seguridad de un perdón verdadero. En el

lenguaje de San Pablo en cuanto al lavado (o baño) de la regeneración (Tito 3: 5), podemos rastrear su continua adhesión a la idea que le habían enseñado de esta misma manera en su primera admisión a la Iglesia de Cristo” (*Comentario sobre Hechos*, 22:16). Finalmente citamos el testimonio de dos eminentes filólogos. Meyer dice bajo Hech.2:38: “εἰς denota el objeto del bautismo, que es la admisión de la culpa contraída en el estado antes de μετανοία” Grimm, en su gran Léxico Griego del N. T., define εἰς ἀφεσιν ἀμαρτιῶν, Hech.2: 38, “para obtener el perdón de los pecados” (βαπτίξω II. b. aa.).

Estas citas son abundantes para mostrar que no hemos malinterpretado los pasajes en cuestión; y muestran claramente que tenemos razón al rechazar la traducción de la Revised Version, “hacia el perdón de pecados”, y retener la de la American Version, “para perdón de pecados”.¹

El propósito de Pedro en la expresión no era indicar el mero hecho de que el bautismo trae a uno al perdón, sino declarar la bendición para el logro de la cual sus oyentes debían ser bautizados. En otras palabras, establece un motivo para el acto. En muchos otros pasajes, la Revised Version está sujeta a la misma crítica en su interpretación de la preposición εἰς. Podríamos añadir muchos más testimonios si fuera necesario. Muestran que la conexión entre el bautismo y la remisión de los pecados por la que luchamos es una de las doctrinas más *universalmente* reconocidas del Nuevo Testamento.

¹ Nuestras versiones Castellanas no presentan esta ligera variante en la preposición de las palabras “hacia” (R. V.) o “para” (A.V.) el perdón de los pecados en Hechos 2:38. Las versiones Inglesas recientes (NASB, KJV, RSV, etc.) tampoco presentan esta variante. Thayer tiene una extensa nota con respecto a la preposición εἰς “denotando un lugar de entrada en o en dirección o límite: a, hacia, para, entre” (*Greek-English Lexicon on the N. T.* 183-186). – El Traductor, ARP.

Hemos ocupado tanto espacio con su presentación, por el deseo de *restaurar* esta solemnísima ordenanza de nuestro Señor al lugar que ocupó en la Iglesia primitiva, y de llevar a la práctica los puntos de vista de su significado tan claramente expresados por los eruditos de todas las escuelas y edades. Ha sido común, en estos últimos días, desacreditar la doctrina, conectada sobre cómo debe estar con la *acción* correcta del bautismo, debido a las consecuencias que se le atribuyen con referencia a la salvación de millares de personas piadosas en épocas pasadas que *no* han sido realmente bautizados; pero tales consecuencias, ya sean reales o imaginarias, no pueden alterar la verdad de las Escrituras, mientras que su consideración tiende a sesgar nuestro juicio y a ocultarnos la verdad.

Es parte de la sabiduría aceptar sin vacilar la verdad tal como la descubrimos, sabiendo que seremos juzgados en el gran día según la medida de luz que tengamos o podamos tener; y que si nuestros antepasados se salvaron por el descuido de algún deber que ignoraban, nosotros no podemos esperar ser salvos por el descuido de ningún deber que se nos señale claramente. La acción correcta del bautismo está ganando rápidamente reconocimiento entre las mentes serias de nuestro tiempo; esforcémonos por restaurar también su diseño correcto, y así podemos silenciar a esos “*espíritus afectuosos y fantásticos*”, como los llama Lutero, “que van a desfigurar la majestad del bautismo, y hablan perversamente de él”.



J. W. McGarvey (1829-1911)

Descendiente de padre Irlandés, J. W. McGarvey nació el 1 de Marzo de 1829 en Hopkinsville, Kentucky. Al fallecimiento de su padre John Alexander McGarvey, su madre se casó con G. F. Saltonstall moviendo la familia a Illinois en 1839 donde McGarvey recibió su formación académica bajo James Kellogg, un reconocido educador de la ciudad de Tremont. En 1847 ingresó al Colegio Betania en West Virginia para recibir su formación religiosa bajo la influencia de profesores y predicadores como Alexander Campbell, Barton W. Stone y W. K. Pendleton. Fue bautizado por W. K. Pendleton en Abril de 1848.

Se casó con Ottie Frances Hix en Dover, Missouri 1853 donde comenzó a predicar extensivamente. Sostuvo 5 debates con representativos de las denominaciones. En 1862 se movió a Lexington, Kentucky donde predicó para varias Congregaciones. En 1865 se convirtió en Profesor del Colegio de la Biblia para enseñar Historia Sagrada. Enseñó durante 46 años siendo nombrado Presidente del Colegio por los últimos 16 años de su vida.

Como Escritor fue muy prolífico. Escribió artículos para periódicos populares de su época desde la segunda mitad del siglo 18 y principios del 19, como *Millennial Harbinger*, *American Christian Standard*, *Apostolic Times* y *Lard's Quarterly*. Fue autor de excelentes Comentarios: *Un Comentario sobre Hechos* (1863) *Un Comentario sobre Mateo y Marcos*, (1875), *Lands of the Bible (Tierras de la Biblia)* 1870. Libro que escribió luego de su viaje e investigación en Israel (1869). *Jesus y Jonás* (1896), *The Fourfold Gospel* (1905) (El Evangelio Cuatriple: Una Armonía de los 4 Evangelios junto a Pendleton). Una Revisión y ampliación, él realizó a su volumen sobre Hechos titulándolo; *Un Nuevo Comentario sobre Hechos* (1892). Sobre esta última revisión viene la versión al Español de la cual este es el primer Volumen de dos.

J. W. McGarvey falleció el 5 de Octubre de 1911 y su cuerpo fue sepultado en el Cementerio de Lexington, KY. Es dicho que una vez el prestigiado periódico; *The London Times* escribió de él; "Con Toda probabilidad John William McGarvey fue el erudito de la Biblia más capaz sobre la Tierra".